

Libros del Asteroide 

# Tom Perrotta

## La señora Fletcher

Traducción de Mauricio Bach



**Tom Perrotta**

**La señora Fletcher**

Traducción de Mauricio Bach

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada

Primera parte. El inicio de algo importante

El obligado emoticono

Bomba de carne

Departamento de envejecimiento

Orientación

Vivir y aprender

Segunda parte. Se acabaron las reticencias

Un problema en Sunset Acres

El puto Julian Spitzer

Segura de sí misma

Fin de semana de padres

La condición humana

Tercera parte. Género y Sociedad

Un ramo de banderas rojas

Historia de una mujer

Cuarta parte. La MILF

«Eso» sucedió

Alguien me ama

Dirty Martini

Una invitación

Coyote

La puerta del garaje

Quinta parte. Mi día de suerte

La alfombra roja

AGRADECIMIENTOS

Colofón

Primera edición, 2018

Título original: *Mrs. Fletcher*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2017 by Tom Perrotta

© de la traducción, Mauricio Bach, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía del autor: © Mark Ostow

Ilustración de cubierta: © Gemma Quevedo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-45-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

El camino de ida y el camino de vuelta  
son uno y el mismo.

HERÁCLITO

## PRIMERA PARTE

El inicio de algo importante

## El obligado emoticono

El trayecto en coche era largo y Eve se pasó la mayor parte del viaje de vuelta a casa llorando, porque el gran día no había ido como esperaba, aunque en realidad los grandes días nunca respondían a sus expectativas. Los cumpleaños, festividades señaladas, bodas, graduaciones y funerales siempre estaban demasiado cargados de anticipación y las personas importantes en su vida rara vez actuaban como se suponía que debían hacerlo. La mayoría de ellos ni siquiera parecían seguir el mismo guion que ella, aunque eso tal vez dijese más sobre las personas importantes en su vida que sobre los grandes días en general.

Se podía tomar como ejemplo ese mismo día: desde el momento en que Eve había abierto los ojos por la mañana, lo único que deseaba era una oportunidad para hacerle saber a Brendan lo que su corazón sentía, para expresarle todo el amor que había ido creciendo durante el verano, aumentando hasta tal punto que en ocasiones creía que iba a estallarle el pecho. A Eve le parecía muy importante decírselo en voz alta antes de que él se marchase, expresar toda la gratitud y orgullo que sentía, no solo hacia la maravillosa persona que era él ahora, sino hacia el niño encantador que había sido y el hombre fuerte y decente que llegaría a ser algún día. Y también quería tranquilizarlo y dejarle bien claro que ella iba a empezar una nueva vida, igual que él, y que eso sería una gran aventura para ambos.

«No te preocupes por mí», quería decirle. «Tú dedícate a estudiar mucho y pásatelo bien. Yo ya cuidaré de mí...»

Pero esa conversación no llegó a producirse. Brendan se quedó dormido —había estado de juerga con sus amigos hasta muy tarde— y cuando por fin salió de la cama estaba en un estado lamentable, con tal resaca que fue incapaz de echar una mano con las incorporaciones de última hora al equipaje o de ayudar a cargar las maletas en el monovolumen. Era una absoluta irresponsabilidad dejar que bajara ella sola las cajas y las maletas por la escalera, con los dolores de espalda que tenía, y más aún con el calor húmedo

de pleno agosto, que le empapaba de sudor su blusa buena, mientras él se quedaba sentado en calzoncillos sobre las cajas, junto a la mesa de la cocina, luchando con el tapón de rosca a prueba de niños de un bote de ibuprofeno, pero Eve se las apañó para disimular su irritación. No quería estropear la última mañana que iban a pasar juntos refunfuñando por tonterías, aunque él se mereciese una bronca. Despedirse con acritud hubiera sido un flaco favor para ambos.

Cuando terminó de cargarla, Eve tomó varias fotos del monovolumen con la puerta trasera abierta y el maletero repleto de maletas y cajas de plástico, una alfombra enrollada y un palo de lacrosse, una videoconsola Xbox y un ventilador, una neverita y un táper de plástico abierto lleno de comida de emergencia, además de una bolsa gigante de Cool Ranch Doritos, que eran los favoritos de su hijo. Subió la foto menos borrosa a Facebook, junto con una actualización de su estado que decía: «¡De camino a la universidad! ¡¡¡Me siento feliz por mi maravilloso hijo Brendan!!!». Y a continuación insertó el obligado emoticono y lanzó el mensaje para que sus doscientos veintiún amigos supiesen cómo se sentía y le pudieran responder con un *like*.

Le llevó dos intentos cerrar el maletero —la maldita alfombra lo impedía—, pero al final lo logró. Permaneció junto a la furgoneta unos instantes, recordando otros viajes por carretera: las vacaciones cuando Brendan era pequeño, los tres rumbo a Cape Cod para instalarse en la casa de los padres de Ted; cuando fueron de acampada a los Berkshires y, como no paró de llover —la tierra se convertía en barro bajo su tienda—, tuvieron que recogerlo todo y buscar un motel en plena noche. Eve pensó que iba a ponerse a llorar en cualquier momento —era algo que iba a suceder tarde o temprano—, pero no le dio tiempo, porque Becca apareció con su bici por el camino de entrada, a tal velocidad y con tal sigilo que pareció un ataque sorpresa.

—¡Oh! —Eve levantó los brazos para protegerse, pese a que no había peligro alguno de que la arrollase—. ¡Qué susto!

Mientras se apeaba, Becca la fulminó con una mirada que decía ¿de-qué-planeta-sale-usted?, pero la mueca de desprecio fue tan fugaz que resultó casi imperceptible.



—Buenos días, señora Fletcher.

A Eve le fastidió el saludo, porque le había dicho un montón de veces que prefería que la llamasen por su nombre, pero la chica insistía en llamarla señora Fletcher como si siguiera casada.

—Buenos días, Becca. ¿No deberías llevar casco?

Becca soltó la bicicleta, que se mantuvo en equilibrio un instante antes de caer sobre el mullido césped, y se retocó el pelo con ambas manos, asegurándose de que no se había despeinado, cosa que por supuesto no había sucedido.

—Señora Fletcher, los cascos son un incordio.

Eve llevaba semanas sin ver a Becca, y de pronto se dio cuenta de lo plácido que había resultado el interludio y de que no se había percatado de su ausencia, del mismo modo que uno no se percata de la desaparición de un dolor de estómago hasta que vuelven los retortijones. Becca era menuda y adorable, e iba muy arreglada, con el mono turquesa, las zapatillas deportivas de un blanco inmaculado y un montón de maquillaje, excesivo para una adolescente montada en bicicleta una mañana de verano. ¡Y ni siquiera sudaba!

—Y bien —sonrió Eve nerviosa, visualizando su propio cuerpo, la palidez de su piel y el sudor que se le acumulaba bajo las axilas—, ¿puedo hacer algo por ti?

Becca volvió a lanzarle su mirada glacial, para dejarle claro que ya había cubierto su cuota de preguntas idiotas del día.

—¿Está en casa?

—Lo siento, cariño —dijo Eve, señalando el monovolumen con un movimiento de la cabeza—. Estamos a punto de marcharnos.

—No pasa nada. —Becca ya había emprendido el camino hacia la casa—. Solo es un minuto.

Eve podría haberle impedido entrar, estaba en su derecho, pero no quería representar el papel de madre malhumorada y castradora, al menos no ese día. ¿Para qué? Su época de madre tocaba a su fin. Y por mucho que le desagradase Becca, Eve no podía evitar sentir cierta lástima por ella. No tenía que ser fácil ser la novia de Brendan, y debía haberle dolido mucho que él terminase con la relación pocas semanas antes de marcharse a la universidad,

mientras que a ella todavía le quedaba un año más de instituto. Por lo visto él había hecho el trabajo sucio con un mensaje de texto y después se había negado a hablar con ella; se había limitado a aplastar la relación hasta hacer una bola con ella y la había lanzado a la papelera, una táctica aprendida de su padre. Eve comprendía demasiado bien la necesidad de Becca de mantener una última conversación con la vana esperanza de cerrar el tema con cierta dignidad.

Buena suerte.

Pensando que así les dejaría un cierto margen, Eve llevó el monovolumen hasta la gasolinera Citgo para llenar el depósito y comprobar la presión de los neumáticos. Después pasó por el banco para sacar algo de dinero que le entregaría a Brendan como regalo de despedida. «Para libros», le diría, aunque suponía que la mayor parte se la gastaría en pizzas y cervezas.

Se ausentó durante quince minutos, tiempo más que suficiente para una charla de despedida, pero cuando volvió la bicicleta de Becca seguía tirada en el césped.

«Lo siento», pensó. «El horario de visitas ya se ha terminado...»

No había nadie en la cocina y Brendan no respondió cuando lo llamó. Volvió a intentarlo alzando más la voz, pero sin éxito. Entonces decidió echar un vistazo en el patio, pero por pura formalidad: ya sabía dónde estaban y qué estaban haciendo. Lo notaba en el ambiente, una vibración sutil, ilícita y muy irritante.

Eve no era una madre puritana —cuando iba a la farmacia, siempre le preguntaba a su hijo si necesitaba preservativos—, pero no tenía paciencia para esto, ese día no, no después de haber cargado el monovolumen ella sola y cuando ya iban con retraso. Se acercó al pie de la escalera.

—¡Brendan! —Su voz sonó estridente y severa, con el mismo tono que utilizaba cuando él era pequeño y se portaba mal en el parque—. ¡Baja ahora mismo!

Esperó unos segundos y se precipitó escaleras arriba, haciendo todo el ruido posible. Le daba igual lo que estuviesen haciendo. Era una cuestión de

respeto. Respeto y madurez. Brendan empezaba la universidad y ya era hora de que se comportase como un adulto.

La puerta de su dormitorio estaba cerrada y en el interior se oía música, el rap macarra de costumbre. Eve levantó la mano para llamar con los nudillos. El sonido que la detuvo al principio era vago, apenas audible, pero se hizo más claro cuando ella aguzó el oído, un ansioso gimoteo primario que ninguna madre debería tener que escuchar de boca de su hijo, y menos en un momento de nostalgia por el niño que fue, el tierno niño que se le agarraba desesperado a la pierna cuando ella intentaba despedirse de él en su primer día de parvulario, rogándole que se quedase «solo un minuto más. ¡Por favor, mamá, solo un minuto!».

—Mierda —decía ahora ese niño con un tono de relajado asombro—. Joder, sí... Chúpamela, zorra.

Como huyendo de un terrible hedor, Eve se alejó de la puerta y se refugió aturdida en la cocina, donde se preparó una infusión de menta para relajarse. Para ocupar la mente mientras esperaba a que infusionase, hojeó el folleto del Eastern Community College, porque a partir de ahora iba a disponer de mucho tiempo libre y necesitaba encontrar algunas actividades que le hicieran salir de casa y que tal vez la pondrían en contacto con gente nueva e interesante. Ya había repasado todo el ciclo de Sociología, marcando las clases que le parecían prometedoras y cuyos horarios le iban bien, cuando por fin oyó pasos en la escalera. Unos segundos después apareció Becca en la cocina, despeinada pero con aires de victoria, y con una aparatosa mancha húmeda en el mono. Al menos tuvo la decencia de ruborizarse.

—Adiós, señora Fletcher. ¡Disfrute del nido vacío!

El verano anterior, que Eve y Brendan dedicaron a visitar universidades, hicieron varios viajes largos en coche que resultaron deliciosos. Arrullado por la monotonía de la autopista, él se le abrió de un modo que ella ya no creía posible, y le habló con franqueza y de un modo reflexivo sobre un montón de temas que normalmente eludía: las chicas, la nueva familia de su padre, las opciones que estaba barajando para su licenciatura (Económicas, si no resultaba demasiado dura, o tal vez Criminología). La había sorprendido al

mostrar cierta curiosidad por su pasado y preguntarle cómo era ella a su edad, qué novios había tenido antes de casarse y los grupos musicales que le gustaban, y si había fumado alguna vez marihuana. Compartían la habitación de motel en los desplazamientos de más de un día, veían la tele cada uno desde su cama y se iban pasando la bolsa de Doritos mientras se reían con *South Park* y Jon Stewart. Por un momento le había parecido que estaban entrando en una nueva y gratificante fase de su relación, una fluida camaradería adulta, pero la cosa no duró mucho. En cuanto volvían a casa retomaban la actitud de siempre: la de dos personas que vivían bajo el mismo techo y poco más, y que intercambiaban la mínima información diaria necesaria, sobre todo su hijo, que se limitaba a emitir resentidos monosílabos y sulfurados gruñidos.

Eve atesoraba el recuerdo de aquellas conversaciones íntimas de autopista y esperaba poder mantener otra similar esa tarde, una última ocasión para hablar de los grandes cambios que estaban a punto de transformar sus vidas y tal vez reflexionar un poco sobre los años que de pronto iban a quedar atrás y que habían pasado más rápido de lo que ella jamás hubiera podido imaginar. Pero ¿cómo iban a poder compartir unos momentos de nostalgia cuando lo único que a ella le venía a la cabeza en esos momentos eran las horribles palabras que había oído a través de la puerta?

«Chúpamela, zorra.»

¡Puaj! Eve quería pulsar un botón que le permitiese borrar esta desagradable frase de su memoria, pero no paraba de resonar en su cabeza en un bucle infinito: Chúpamela, zorra... Chúpamela, zorra... Chúpamela, zorra... Brendan había pronunciado esas palabras de un modo tan natural, tan automático, tal como un chico de la generación de Eve podría haber dicho «Oh, sí» o «Sigue», lo cual ya habría resultado bastante embarazoso desde la perspectiva de una madre, pero ni de lejos tan perturbador.

Probablemente no debería haberle sorprendido. Cuando Brendan estudiaba en el instituto, Eve había acudido a una charla sobre control parental de internet organizada por la asociación de padres. El conferenciante invitado, un ayudante del fiscal del condado, les ofreció una deprimente panorámica del ciberespacio y los peligros que suponía para los adolescentes. Les habló del envío de fotos de desnudos por sms, del ciberacoso y de los

depredadores sexuales que poblaban la red, pero lo que más le preocupaba era la enorme cantidad de pornografía a la que los chicos estaban potencialmente expuestos a diario, un verdadero tsunami de bazofia sin precedentes en la historia de la humanidad.

—Y no me refiero a un ejemplar de *Playboy* escondido en el lavabo, ¿de acuerdo? Hablo de una fosa séptica sin regulación alguna de imágenes degradantes y perversiones sexuales extremas, al alcance de cualquiera en la privacidad de sus habitaciones, sin restricción alguna por cuestiones de edad o de madurez emocional. En este entorno tóxico, es necesario aplicar una vigilancia constante y decidida para mantener a nuestros hijos a salvo, proteger su inocencia y mantenerlos a resguardo de la depravación. ¿Estáis preparados para asumir este reto?

Eve y las otras madres con las que había hablado quedaron impactadas por el horrible panorama que les pintó, pero después todas consideraron que había exagerado un poco. La situación era preocupante, no tenía sentido negarlo, pero no era tan preocupante, ¿verdad que no? Y aunque lo fuese, no había modo de controlar cada clic en el ratón de sus hijos. No podías hacer otra cosa que enseñarles los valores adecuados, respeto, bondad y compasión, sobre todo hacia los demás, aunque no es que Eve fuese muy religiosa, y confiar en que eso les proporcionase un escudo frente a las imágenes nocivas y los estereotipos sexistas a los que de manera inevitable se verían expuestos. Y eso era lo que había hecho Eve, lo mejor que supo, aunque estaba claro que no había conseguido los resultados esperados.

«Chúpamela, zorra.»

Ya era un poco tarde para mantener una conversación seria sobre sexo, pero Eve pensó que Brendan debía saber que estaba muy decepcionada. Lo que le había dicho a Becca no estaba bien y Eve necesitaba dejar esto bien claro, aunque les arruinase su último día juntos. No quería que fuese a la universidad sin entender que había una diferencia fundamental entre las relaciones sexuales en la vida real y los impersonales encuentros que presumiblemente veía en internet (él insistía en que se mantenía alejado de toda esa basura, pero siempre borraba de forma minuciosa el historial de navegación de su ordenador, lo cual constituía una de las señales de alarma que le habían explicado a Eve en aquella reunión de la asociación de padres).

Como mínimo, tenía que hacerle saber que no estaba bien llamar zorra a su novia, aunque fuese una palabra que utilizase en tono de broma con sus amigos o aunque la propia chica asegurase que no le importaba.

«O aunque en realidad lo sea», pensó Eve, aunque eso no era de gran ayuda para su razonamiento.

Brendan debió presentir que se avecinaba un sermón, porque se dirigió con paso decidido hacia el monovolumen con la visera de la gorra calada sobre las gafas de sol y moviendo de forma ostensible la cabeza al ritmo del hip-hop que sonaba por sus lustrosos auriculares blancos. En cuanto los dos estuvieron sentados en la Pike, reclinó el asiento y anunció que iba a echarse una siesta.

—Espero que no te importe —dijo, y fue la primera frase medio amable que salía de su boca en todo el día—. Estoy muy cansado.

—Tienes que estarlo —dijo ella, adornando su voz con simulada empatía—. Has tenido una mañana muy ajetreada. Y te has matado cargando el monovolumen.

—Ja ja. —Brendan colocó los pies descalzos sobre el salpicadero—. Despiértame cuando lleguemos, ¿vale?

Durmió, o simuló dormir, las dos horas siguientes y no se apeó del monovolumen cuando Eve paró en un área de descanso a las afueras de Sturbirdge. A ella al principio esa actitud le molestó, aunque como en realidad no tenía ningunas ganas de mantener con él una conversación sobre buenos modales sexuales y respeto hacia las mujeres, tuvo que admitir que suponía un alivio poder posponer la charla, que habría significado tener que confesar sus escuchas a hurtadillas detrás de la puerta y mencionar la frase que tanto la había alterado. No estaba segura de ser capaz de pronunciarla en voz alta, al menos no sin sentirse muy incómoda, y además se temía que Brendan se riese y pretendiese que lo había oído mal, que él jamás le diría «chúpamela, zorra» a Becca ni a ninguna otra chica, y acabasen hablando de los detalles del asunto en lugar de abordar los temas que de verdad eran relevantes. Brendan podía ser muy escurridizo cuando le convenía; era otro rasgo que había heredado de su padre, un maestro de la negación y las evasivas.

«Déjalo descansar», pensó Eve, e insertó un cd de Neil Young en la ranura, viejas y melodiosas canciones que le generaron una placentera sensación de melancolía, perfecta para la ocasión. «Ya hablaremos en otro momento.»

Eve sabía que era una actitud cobarde, que estaba abdicando de su responsabilidad materna, pero dejar que se fuera de rositas no era más que un reflejo de la situación en la que estaban. El divorcio la había dejado con un complejo de culpa permanente que le hacía casi imposible enfadarse con su hijo o obligarle a rendir cuentas de sus acciones. El pobre chaval había sido víctima de un elaborado engaño llevado a cabo por sus propios padres que, durante once años, habían construido una vida para él que parecía estable, permanente y buena, y de pronto, ¡vaya broma!, se la habían arrebatado de las manos y le habían dado el cambiazo con un sucedáneo de calidad inferior, una versión más reducida y escuálida, en la que el amor tenía fecha de caducidad y nada resultaba fiable. ¿Era chocante que el chico no siempre tratase a la gente con la amabilidad y consideración que se merecían?

Aunque la culpa no era de Eve. El culpable era Ted, el cabronazo egoísta que había abandonado a su familia perfectamente estable para iniciar una nueva vida con una mujer a la que había conocido a través de la sección de encuentros informales de Craigslist (Ted había falseado su estado civil poniendo que estaba «separado», algo que en todo caso era una aseveración autoprofética). A Eve la traición de su marido la había pillado por sorpresa y la había hundido, sobre todo cuando él rechazó acudir a un consejero matrimonial o hacer un mínimo esfuerzo, aunque fuese de cara a la galería, por salvar su matrimonio. Simplemente lo dio ya por muerto y enterrado, de manera unilateral, decidió que las dos últimas décadas de su vida habían sido un lamentable error y juró que la próxima vez lo haría mejor.

—Tengo una segunda oportunidad —le había dicho a Eve, con la voz temblorosa de emoción—. ¿Sabes lo importante que es eso?

—¿Y qué pasa conmigo? —respondió ella—. ¿Y con tu hijo? ¿Acaso nosotros no somos también importantes?

Todo el mundo le reconocía la condición de víctima inocente, ¡hasta Ted estaba de acuerdo!, pero aun así Eve se sentía cómplice en la ruptura. El matrimonio llevaba ya tiempo trastabillando antes de que Ted encontrase una

oportunidad en Craigslist, y ella no había hecho nada por reconducir la situación, ni siquiera había asumido que existía un problema. Su pasividad había propiciado el desastre, permitiendo que su marido se distanciase y su familia se desmoronase. Había fracasado como esposa y por lo tanto también como madre, y Brendan era el que había pagado los platos rotos.

El daño que había sufrido su hijo era sutil y difícil de precisar. El resto de gente se maravillaba de lo apuesto que era y de lo bien que había llevado el divorcio. A Eve le encantaban estos elogios, significaban muchísimo para ella, e incluso se los creía hasta un cierto punto. Su hijo, en efecto, poseía varias cualidades. Era guapo y popular, un buen deportista que siempre despertaba la atención femenina. Había sacado buenas notas en el instituto, lo bastante buenas como para ser admitido en las dos universidades de Fordham y Connecticut, aunque al final había optado por la Universidad Estatal de Berkshire, en parte porque era más asequible económicamente, pero sobre todo, según le contaba entusiasmado a cualquiera que le preguntase, porque la bsu era una universidad famosa por sus juergas y a él le encantaban las juergas. Así era como se presentaba al mundo, como un colega grandullón, afable y amante de la diversión, el tipo de tío que uno quiere tener en su equipo o en su fraternidad, y el mundo parecía encantado de acogerlo tal como se presentaba.

Para Eve, sin embargo, todavía era un chico desconcertado que seguía sin entender por qué su padre los había abandonado y por qué no podían hacer que volviese a casa. Los dos primeros meses después de que Ted se largase, Brendan había dormido con una foto de su padre debajo de la almohada y Eve lo había visto más de una vez despierto en plena noche, hablándole a la foto con lágrimas resbalándole por las mejillas. Con el tiempo se había hecho más fuerte —ganó en musculatura, la mirada se le endureció y la fotografía desapareció—, pero durante el proceso algo se perdió por el camino: toda esa dulzura y vulnerabilidad infantil que a ella le llegaba al corazón. Brendan ya no era una persona tan noble como antes, ni tan dulce, ni tan cariñosa ni tan adorable, y Eve no se perdonaba haber permitido que eso sucediese, no haber sabido cómo protegerlo o cómo arreglar lo que se había quebrado.



Se toparon con un atasco cerca del campus provocado por el alegre convoy de los novatos y sus familias. A medida que avanzaban hacia el complejo residencial Longfellow iban recibiendo los saludos de grupos de estudiantes veteranos uniformados con camisetas rojas para recibir a los recién llegados. Algunos bailoteaban y otros sostenían carteles escritos a mano en los que se leía «¡Bienvenidos a casa!» y «¡El primer año mola!». Por muy mercenaria que fuese el origen de esta costumbre, el entusiasmo de los chicos era tan contagioso que Eve no pudo evitar sonreír y saludarles con la mano.

—¿Qué haces? —murmuró Brendan, malhumorado porque acababa de despertarse de la siesta.

—Intentar ser amable, nada más —respondió ella—. A menos que tengas alguna objeción.

—Lo que tú digas. —Se escurrió hacia abajo en el asiento—. Ya veo que le pones ganas.

Brendan se alojaba en el edificio Einstein, una de las horripilantes residencias con un montón de plantas que hacían que Longfellow pareciese una barriada de viviendas sociales. Eve había oído historias inquietantes sobre las juergas que se organizaban en esta parte del campus, pero el ambiente parecía muy sano cuando se detuvieron en la zona de descarga y se vieron rodeados por un alegre y eficiente equipo de mudanzas formado por estudiantes dispuestos a ayudarles. En cuestión de minutos, los chicos habían vaciado el monovolumen y colocado todas las posesiones de Brendan en un enorme contenedor naranja con ruedas. Eve se limitó a observar, encantada de ahorrarse el esfuerzo de la descarga. Un chaval desaliñado cuya camiseta lo identificaba como «jefe de equipo» cerró la puerta trasera y le dirigió un profesional gesto de asentimiento.

—Muy bien, mamá. Nosotros nos ocuparemos de acompañar este joven a la habitación.

—Estupendo. —Eve cerró el monovolumen con el mando a distancia—. Vamos allá.

El jefe negó con la cabeza. Pese a los treinta y dos grados, el tipo llevaba un invernal gorro de punto con orejeras, tan empapado en sudor que las orejeras estaban curvadas, como las trenzas de Pipi Calzaslargas.

—No, usted no, mamá. Usted tiene que aparcar el vehículo en el aparcamiento de visitantes.

A Eve la propuesta no le gustó. Había visto a montones de madres encaminándose hacia los dormitorios con sus hijos. Una señora india con un sari color verde lima estaba acompañando a su hija en ese preciso momento. Pero en el instante en que Eve se disponía a señalarla se percató de que las restantes madres debían contar con maridos que se hacían cargo de aparcar el coche. Todo el mundo parecía estar de acuerdo en que esa era la división del trabajo correcta: los hombres aparcaban mientras las mujeres permanecían al lado de sus hijos. Eve bajó la voz para pedir clemencia.

—Serán solo unos minutos. Tengo que ayudarle a deshacer las maletas.

—Me parece fantástico, mamá. —En la voz del jefe del equipo de mudanzas ya asomaba un tonillo impaciente—. Pero primero tiene que mover el vehículo. Hay un montón de gente esperando.

«No soy tu madre», pensó Eve, sonriendo con una vergonzosa educación a ese mierdecilla metomentodo. De haber sido su madre le habría aconsejado que se quitase el gorro. «Cariño», le habría dicho, «pareces un imbécil». Pero respiró hondo e intentó apelar a su humanidad.

—Soy madre soltera —le explicó—. Es mi único hijo. Este es un cambio muy grande para los dos.

En ese momento, Brendan intervino en la negociación. Se volvió y miró a Eve.

—Mamá. —Su voz sonaba cortante y tensa—. Ve a aparcar el coche. Yo ya me apaño.

—¿Estás seguro?

El jefe del equipo de mudanzas le dio a Eve una palmadita en el hombro.

—No se preocupe —la tranquilizó—. Cuidaremos de su nene.

El aparcamiento para visitantes quedaba muy cerca, pero el recorrido de regreso hasta el edificio Einstein le llevó más tiempo del que esperaba. Cuando por fin llegó al cuarto de Brendan en la séptima planta, él ya estaba en pleno compadreo masculino con su compañero de habitación, Zack, un chaval como un armario que procedía de Boxborough y lucía una barba

recortada que le envolvía el mentón como un barboquejo, el mismo tipo de desfavorecedor vello facial que Brendan se había empeñado en lucir durante la mayor parte de su último año en el instituto. Además, ambos vestían de forma idéntica —chanclas, pantalones cortos muy holgados, camisetas sin mangas y gorras de béisbol ladeadas—, aunque Zack había añadido al conjunto un detalle personal en forma de collar de caracolas.

Parecía simpático, pero Eve tuvo que ocultar su decepción. Esperaba que Brendan tuviera un compañero de habitación más exótico, un chaval negro de una barriada de Boston o un estudiante extranjero procedente de la China continental, o tal vez un chico gay apasionado por el teatro musical, alguien que ampliase el horizonte de su hijo y lo retase a moverse más allá de su suburbana zona de confort. Y en lugar de eso, lo emparejaban con un jovencito que podría haber sido un hermano perdido desde hacía mucho tiempo o como mínimo un compañero del equipo de lacrosse del instituto de Haddington. Cuando Eve entró, los dos chavales estaban admirando sus neveritas del mismo tamaño.

—Podríamos destinar una a la cerveza —propuso Zack—. Y la otra para todo lo que no sea cerveza, los fiambres o lo que sea.

—De acuerdo —aceptó Brendan—. La leche para los cereales.

—Zumos Arizona. —Zack se toqueteó las caracolas del collar—. Sería cojonudo colocarlas una encima de la otra. Tendríamos algo muy parecido a un frigorífico de tamaño medio con dos compartimentos. Y más espacio libre en la habitación.

—Genial.

Eve se puso manos a la obra, colocando sábanas y mantas sobre la cama de Brendan y organizándole el armario y la cómoda igual que en casa, para que no se sintiese perdido. Ninguno de los dos chavales le prestó mucha atención —estaban planteándose la posibilidad de levantar una de las camas para colocar debajo uno de los escritorios y así liberar espacio para un sofá, que les resultaría más cómodo para las partidas de videojuegos— y se dijo a sí misma que era muy natural que en una situación como esta un hijo no prestase la más mínima atención a su madre. Este era su dormitorio y el de su compañero de cuarto, este era su mundo; ella era una forastera que no tardaría en evaporarse.

—¿Y de dónde sacamos un sofá? —preguntó Brendan.

—La gente los deja en la calle —le explicó Zack—. Podemos salir dentro de un rato y coger el primero que veamos.

—¿Eso es higiénico? —preguntó Eve—. Podría tener chinches.

—Mamá. —Brendan la hizo callar meneando la cabeza—. Eso es cosa nuestra, ¿vale?

Zack se mesó la barba como un filósofo y dijo:

—Podemos cubrirlo con una sábana para que sea más higiénico.

Eran casi las cinco y media cuando Eve terminó de deshacer las maletas. Dejó la alfombra para el final y la extendió entre las dos camas para que nadie sintiese el frío del suelo en los pies en las gélidas mañanas de invierno. Era un delicado toque casero.

—No está mal —dijo Eve echando un vistazo a su alrededor con expresión satisfecha—. Ha quedado muy digno para ser un dormitorio de estudiantes.

Brendan y Zack asintieron de ese modo desganado típicamente masculino, como si apenas pudiesen erguirse para expresar acuerdo, mucho menos gratitud.

—¿A quién le apetece cenar? —preguntó Eve—. Yo pago las pizzas.

Los dos compañeros de habitación intercambiaron unas rápidas miradas recelosas.

—¿Sabes qué pasa, mamá? Un grupo de chicos de nuestra planta van a salir dentro de un rato. Ya comeré algo con ellos, ¿vale?

«Dios mío», pensó Eve, y sintió que se sonrojaba. «Sí que ha sido rápido.»

—De acuerdo —dijo—. Adelante. Que os divirtáis.

—Sí —añadió Brendan—. Así no tendrás que conducir de noche.

—Bueno, pues muy bien. —Eve revisó infructuosamente la habitación en busca de algo más que hacer—. Parece que ha llegado el momento.

Ninguno de los chicos la contradijo.

—Pues vale. —Alisó la colcha de Brendan por última vez. Le invadió la sensación un poco vertiginosa de verse superada por el tiempo, de que el futuro se convertía en presente sin que ella estuviese todavía preparada—. Supongo que será mejor que me vaya.

Brendan la acompañó hasta los ascensores. No era el lugar idóneo para despedirse, había demasiados chavales pululando, incluido un grupo de los estudiantes que ayudaban en las mudanzas y que arrastraban un contenedor vacío, pero no quedaba otra alternativa.

—Ah, por cierto... —Eve rebuscó en el bolso y sacó el dinero que había guardado por la mañana. Puso los billetes en la mano de Brendan y le dio un fuerte abrazo y un rápido beso—. Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—No me va a pasar nada.

Cuando se abrió el ascensor volvió a abrazarlo.

—Te quiero.

—Sí —murmuró él—. Yo también.

—Te voy a echar mucho de menos.

—Lo sé.

Después de esto ya no tuvo más remedio que entrar en el ascensor y despedirse de su hijo moviendo la mano hasta que las puertas se cerraron. Durante unos segundos el ascensor no se movió. Eve sonrió con nerviosismo a los otros ocupantes, todos estudiantes, ninguno de los cuales respondió con un gesto cómplice. Estaban enfrascados en una animada conversación, haciendo planes, parlotando entusiasmados y del todo ajenos a su presencia. Eve se sintió vieja y excluida, como si todos los demás fuesen a una fiesta a la que ella no había sido invitada. «No es justo», quiso decirles, pero los chicos ya estaban saliendo y, de todos modos, a nadie le hubiera importando su apreciación.

## Bomba de carne

Todavía estaba un poco aturdido cuando salimos a cenar, con dolor de cabeza por la resaca que me había durado todo el día —es lo que tienen los chupitos de tequila— y un poco descolocado por el nuevo entorno, los edificios con un montón de plantas y tantas caras desconocidas. Resultaba difícil creer que por fin estuviera en la universidad, después de tanto darle vueltas, de todo un año de visitas, pruebas, solicitudes y entrevistas, de todo el drama de elegir tu futuro, graduarte en el instituto, despedirte de tus amigos, tu familia y tus entrenadores y todos esos rollos lacrimógenos.

Supongo que era excitante disfrutar por fin de la libertad con la que había estado soñando, de la posibilidad de hacer lo que quisiera cuando quisiera, sin tener que responder ante nadie salvo ante mí mismo. Pero también sentía como una decepción. La verdad es que hubiera estado igual de feliz de pasar otro año en el instituto de Haddington, donde conocía a todo el mundo y todo el mundo me conocía a mí, donde podía formar parte del equipo de prácticamente cualquier deporte que eligiese y sacar unas notas correctas sin despeinarme. Ahora me sentía un poco mareado al caminar hacia la ciudad —era la misma sensación que me asaltaba en los aeropuertos y estaciones de tren—, como si hubiera demasiada gente en el mundo y yo no le importase una mierda a nadie.

Como mínimo el aire fresco me sentaba bien. En la habitación todo había acabado siendo bastante claustrofóbico, con mi madre empeñada en montar su numerito, ordenando las cosas y ofreciendo consejos de todo tipo que nadie le había pedido, como si hacer la colada requiriese conocimientos de ingeniería espacial y ella fuese la directora de la nasa. Cuando por fin se metió en el ascensor, me sentí aliviadísimo, un tipo de reacción que uno no quisiera tener hacia su madre en un momento como ese.

Mientras caminábamos, Zack me pasó el brazo por los hombros con total naturalidad, como si nos conociésemos desde hacía años. Me recordó a mi amigo Wade, que solía hacer un montón de escenificaciones homoeróticas

de ese tipo por los pasillos. A veces hasta me plantaba un beso en la mejilla o en la cabeza, o me pellizcaba el culo, lo cual resultaba gracioso solo porque éramos jugadores de lacrosse y todo el mundo sabía que no éramos gais.

—Colega —me dijo Zack—, nos lo vamos a pasar de coña este año. En la habitación 706 va a correr el alcohol a chorros.

—Y se va a fumar hierba —añadí yo—. Y se van a montar fiestas.

—¡Y se van a chupar pollas! —añadió él, con un tono tan elevado que las dos chicas asiáticas que caminaban delante de nosotros se volvieron y nos miraron como si fuésemos un par de capullos.

—No seré yo quien las chupe —les aseguró Zack a las chicas, apartando rápidamente el brazo de mis hombros—. Pero vosotras deberíais hacerlo, si eso es lo que os va.

Las chicas no sonrieron. Se limitaron a volverse y siguieron caminando.

—No pasa nada —le dije a Zack—. Nadie te va a juzgar. Hay un montón de gente que sale del armario en la universidad.

—Cómeme la polla, subnormal.

—Eso es políticamente incorrecto, mamón.

—¿Subnormal es políticamente incorrecto?

—Sí, es ofensivo para los subnormales.

—Oh. —Asintió como si yo tuviera toda la razón—. Entonces me disculpo.

—No pasa nada —dije—. Estamos aquí para aprender.

En principio habíamos quedado solo cuatro en la pizzería: Zack y yo, y Will y Rico, dos tíos enrollados de nuestra planta, pero, sin avisarnos, Will había invitado a Dylan, un colega con el que había hecho de monitor en un campamento de verano, y este se había traído a su compañero de habitación, un tipo coñazo llamado Sanjay.

Bueno, no quiero decir que Sanjay tuviese nada malo, y no, no tengo prejuicios contra los indios ni contra nadie. Es solo que el tipo resultaba incómodo. El resto de nosotros éramos deportistas y juerguistas y Sanjay era un *nerd* enclenque que parecía un chavalín de doce años. Y bueno, no pasa nada, ¿vale? Adelante, compórtate como un *nerd* si eso es lo que te mola.

Dedícate a crear tu *app* o lo que te dé la gana. Pero no me pidas que sea tu colega.

—Sanjay estudia en el Honors College —nos contó Dylan—. Está cursando la especialidad de ingeniería eléctrica. Es un geniecillo.

Supongo que las intenciones de Dylan eran buenas. Estaba intentando ser un buen compañero de habitación, haciendo todo lo posible por incluir en la conversación a Sanjay y tratando de que se sintiese cómodo. El problema era que resultaba una pérdida de tiempo. Sanjay no iba a convertirse en nuestro colega ni nosotros íbamos a entablar amistad con él. Bastaba echar un vistazo rápido a nuestra mesa para darse cuenta de eso.

—Qué guay —dijo Rico, un chaval blanco, de cabello rubio rizado, que había estado en el equipo de lucha libre de su instituto. En realidad se llamaba Richard Timpkins, pero su profesor de español lo llamaba Rico; a sus compañeros de clase les parecía muy gracioso y se le había quedado el mote—. Yo pensé en ingeniería, pero las mates se me dan de pena. Y además fumo demasiada hierba.

—Tal vez haya una conexión entre ambas cosas —opinó Will, exjugador de fútbol americano que tenía el cuello más grande que la cabeza—. Me limito a sugerirlo.

—Es posible —concedió Rico—. Las pipadas de cachimba y el cálculo no forman una combinación ganadora.

—De hecho —intervino Sanjay—, estoy pensando en cambiarme a arquitectura. Fue mi primer amor.

Traté de intercambiar una mirada con Zack, pero él ya había cogido el móvil y estaba pasando el dedo por la pantalla y tecleando con ambos pulgares. Recibí su mensaje a los pocos segundos.

«Mi primer amor es la arquitectura!»

Le mandé mi respuesta:

«El segundo es chupar pollas!!!»

Zack resopló y entrechocamos los puños por encima de la mesa.

—¿Sabéis lo que sacó Sanjay en matemáticas en el examen de admisión? —preguntó Dylan.

A nadie le importaba lo más mínimo, de modo que la pregunta se quedó flotando en el aire hasta pasar al olvido. Sanjay pareció tan aliviado como el



resto de nosotros.

Will miró a Dylan. No creo que estuviese rebotado. Simplemente tenía uno de esos caretos que hacen que uno parezca cabreado a todas horas. Pero supongo que no se le podía echar la culpa a él. Había sido uno de los mejores defensas del estado, muy solicitado por los equipos de los institutos de la División 3, pero se machacó la rodilla en el partido inaugural de la temporada de su último año y ahí se acabó todo. Retirada sin posibilidad de vuelta a los diecisiete años.

—¿Y cómo es que no está instalado en los dormitorios de Honors? —preguntó, como si Sanjay no hablase inglés y necesitase a Dylan como traductor.

—Es demasiado elitista —explicó Sanjay—. No creo que debamos tener los dormitorios separados de todos los demás. Al fin y al cabo, somos una única comunidad, ¿no?

Mi teléfono volvió a vibrar. Pensé que sería Zack, pero resultó que era Becca.

«Qué tal te va, universitario?»

«Estoy cenando con los chicos», le mandé como respuesta.

«Me echas de menos?»

Estuve tentado de decirle la verdad —«no, para nada»—, pero me dio pena.

«Claro.»

«Podemos hablar por Skype dentro de un rato?»

«Voy a una fiesta.»

«A qué hora?»

«A las diez.»

«Qué tal hacia las 9.30? Me lo debes por lo de esta mañana!!! Ja ja J»

Sabía que iba a pasar esto. Por eso había cortado con ella, para no tener que bregar con el rollo de una relación a distancia en la universidad. Pero la noche anterior, borracho, le había mandado un mensaje insinuante pidiéndole que echáramos un último polvo antes de marcharme. Ella me mandó a tomar por saco, cosa que sin duda me merecía. Y ya no recordaba nada más hasta que apareció en mi casa por la mañana y me dejó del todo descolocado de la forma más increíble. «Es tu regalo de despedida», me anunció, y se arrodilló

delante de mí y me bajó los calzoncillos. Y desde luego fue una mamada colosal, mucho mejor que de costumbre, pero no pensé que eso quería decir que habíamos vuelto o que le debiese algo, aunque entendía que ella lo viese de otro modo.

«De acuerdo. 9:30.»

«Te quiero.»

Llegaron las pizzas, una gigante de pepperoni, una gigante de salchicha y una gigante de queso, y por supuesto resultó que Sanjay era vegetariano. Empezamos a meternos con él por eso, hasta que Dylan nos explicó que se trataba de un asunto religioso, lo cual significaba, plegándose a lo políticamente correcto, que no se podían hacer bromas al respecto.

—Se me había olvidado cuánto me gusta la pizza —nos dijo Will—. No he comido ni una en todo el verano. No podía ni verlas.

—¿Por qué? —le preguntó Rico.

Will se encogió de hombros y respondió:

—Tuve una mala experiencia. Mejor no os la cuento mientras estáis comiendo.

Pero le pedimos que lo hiciese y lo hizo. El día después de la graduación, Will había ido a una fiesta en casa de una chica rica, en la supermansión más grande que había visto en su vida, con piscina cubierta, gimnasio y unos ocho cuartos de baño. La chica había dejado muy claro que no iba a haber alcohol en la fiesta, de modo que Will decidió ponerse a tono antes de llegar allí, bebiéndose un montón de chupitos de Jack Daniel's y lameteando una piruleta de thc, obsequio del tío de alguien que sufría un dolor crónico de espalda y tenía un médico comprensivo. Cuando llegó a la fiesta estaba hambriento, y en cuanto entró fue como alcanzar el cielo: había un impresionante despliegue de pollo frito, lasaña, barbacoa: tres metros de bufet con toneladas de manjares. Ya había probado un montón de cosas cuando sonó el timbre y apareció un repartidor con una docena de pizzas amontonadas una sobre otra. Una multitud se congregó alrededor de la mesa del bufet y uno de los colegas de Will lo retó apostando veinte pavos a que no se podía comer una pizza gigante él solo. Y no una pizza cualquiera. La que llamaban bomba de carne. Will le respondió: ¡Acércamela, capullo!

—No jodas —dijo Rico.

—Era un desafío —explicó Will.

Se jaló los primeros cuatro trozos como una máquina. Sin embargo, a mitad del quinto trozo se dio cuenta de que tenía un problema.

—Ya sabéis lo que es eso. Estás de puta madre, en plenitud de facultades, y de repente, el estómago se te contrae y te dice: «Se acabó, colega. No des ni un mordisco más». Pero todavía me quedaban tres trozos.

—¿No te los comiste? —preguntó Rico.

—Y un carajo, por supuesto que me los comí —replicó Will—. Seguí engullendo aquella mierda. Pero sabía que no lo iba a poder digerir.

Los espectadores aplaudieron cuando terminó, pero Will no se quedó allí para disfrutar de su triunfo. Se abrió paso entre la multitud y se dirigió al cuarto de baño más cercano, pero resultó que la puerta estaba cerrada. Giró el pomo varias veces, pero el ocupante le dijo que esperase su turno. No se angustió, porque había otro lavabo junto a la cocina. Por desgracia, ese estaba muy concurrido. Había cinco o seis personas haciendo cola y Will no podía ni hablar, lo cual significaba que no podía explicar lo que le sucedía, así que se dio media vuelta y enfiló la escalera hacia la planta superior, agarrándose el estómago y apretando los dientes.

Aquello parecía una pesadilla. Cada vez que encontraba un baño, o bien la puerta estaba cerrada o había un montón de chavales haciendo cola. De modo que siguió recorriendo la casa, con la esperanza de encontrar uno libre antes de que fuese demasiado tarde. La mansión era enorme y la recorrió prácticamente entera, paseándose por las tres plantas hasta que por fin localizó el dormitorio principal, que era espectacular, con una enorme cama redonda y una pared toda de cristal que daba a un jardín, aunque Will no pudo detenerse a contemplarlo. Fue directo al lavabo y, ¡milagro!, la puerta estaba abierta. El estómago ya estaba en plena revolución cuando entró atropelladamente y se topó con seis de las chicas más guapas del instituto, todas en bikini, metidas en un jacuzzi gigante.

—Joder —dijo Dylan—. ¿Y les potaste encima?

Will negó con la cabeza.

—Me limité a hacerles un triste saludo con la mano, como si me hubiera dejado caer por allí para decir hola, y me largué a toda hostia. Apenas logré llegar al pasillo y fui incapaz de seguir buscando otro baño. Asomé la cabeza

en una habitación infantil, pensé que habría una papelera o algo por el estilo, pero no encontré nada, así que opté por abrir un cajón de la cómoda, saqué toda la ropa y eché allí la vomitona. La puta bomba de carne entera. Cerré el cajón, me limpié los labios y salí cagando leches.

—¿Se lo contaste a alguien? —le preguntó Dylan cuando dejamos de descojonarnos.

—Joder, no. ¿Qué iba a decir? Oh, por cierto, será mejor que tu hermanito no abra el cajón de los pijamas...

—Al menos sacaste los pijamas —apuntó Rico—. Todo un detalle.

—¿Qué iba a hacer? —Will volvía a tener esa expresión de rebotado—. Ocho putos lavabos y ¿no puedo encontrar un váter libre en el que potar? La culpa no es mía.

Se encogió de hombros y agarró otro trozo de pizza. Sanjay permaneció inmóvil y boquiabierto, incapaz de articular palabra.

—¿Qué te parece? —le preguntó Rico—. ¿Demasiado tarde para mudarte al dormitorio de los Honors?

Zack y yo volvimos a la habitación a tiempo para mi sesión de Skype con Becca. Le pedí si me podía dejar un poco de intimidad.

—Ningún problema —dijo él—. Me pondré los auriculares.

—¿No podrías salir unos cinco o diez minutos? No me llevará más tiempo.

—¿Por qué? —Me lanzó una mirada taimada—. ¿Vas a hacerte una paja?

—Vamos a mantener una conversación delicada. Pasamos buena parte del verano sin vernos después de dejarlo, pero después hubo una especie de reconciliación. Tengo que cortar con ella con delicadeza.

—Colega, no hace falta que me cuentes más. Voy a ver quién hay por la sala común. Mándame un mensaje cuando hayas acabado.

—Gracias.

Saqué el portátil y abrí Skype. Zack estaba saliendo de la habitación cuando hice la llamada, pero de pronto cambió de opinión y, mientras Becca

aparecía en la pantalla, se sentó a mi lado en la cama, aunque fuera del alcance de la cámara.

—Hola, cariño. —Becca llevaba una camiseta de tirantes blanca lo bastante ceñida como para que en el escote le marcara un canalillo, cosa bastante difícil dado lo pequeñas que tenía las tetas—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondí—. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Habla con un tono susurrante mucho más seductor que el de su voz normal, que era más bien chillona y mandona—. ¿Dónde estás?

—En mi habitación.

Becca se lamió los lustrosos labios.

—¿Estás solo?

Lancé una mirada fugaz a Zack para darle a entender que la broma ya había dejado de tener gracia, pero él hizo ver que no captaba la insinuación. Vocalizó sin decir palabra: «¡Está buena!» y movió arriba y abajo el puño cerrado por encima de su entrepierna.

—¿Brendan? —dijo Becca—. ¿Hay alguien ahí?

Debería haberle dicho «Sí, está mi compañero de habitación haciendo el gilipollas», pero no quería violentar a Zack.

—No —respondí—. Estoy solo.

—Te echo de menos, cariño. —Miró con actitud conmovedora a la cámara—. No me quito de la cabeza lo de esta mañana.

—Sí —le dije—. Ha sido una sorpresa muy bonita.

—¿Solo bonita?

—Ha sido una pasada.

—Bien. —Parecía un poco avergonzada, pero también orgullosa—. Seguí las pautas de un tutorial de YouTube.

Me cuadró. Me había hecho algunas mamadas anteriormente, pero nunca le ponía muchas ganas. Lo hacía con torpeza y se atragantaba, y casi siempre parecía aliviada cuando la cosa terminaba. Pero aquella mañana se había comportado como una estrella del porno.

—Sí, lo has hecho de diez.

—Es un tema mental —explicó—. Basta con que decidas tener una actitud positiva. Eso marca la diferencia.

Era ridículo, y bastante embarazoso, mantener esta conversación con Zack sentado a mi lado, pero ya no podía hacer nada por solucionarlo, excepto lanzarle otra mirada. No quería saber qué pensaba él, ni lo cerca que podía estar de empezar a descojonarse de risa.

—Pensaba que podría tragármelo —dijo Becca—, pero... No sé. Tendré que seguir practicando.

—¿Con quién? —le pregunté.

En ese momento Zack emitió un sonido casi inaudible, una risita contenida en el fondo de la garganta. Pero Becca no pareció percatarse.

—Contigo, idiota. A menos que quieras que me busque a otro.

—La perfección se logra con la práctica —dije con tono provocador.

Zack movía la mano, intentando atraer mi atención. Lo veía por el rabillo del ojo, señalándose la polla y vocalizando en silencio: «Yo me ofrezco».

—Eh —dijo Becca, y su voz volvía a ser normal, como si la parte sexy de la conversación hubiera quedado clausurada de manera oficial—. ¿Tú madre comentó algo cuando me marché?

—No, ¿por qué?

—No sé. Me miró de una manera rara cuando le dije adiós, como si supiese lo que habíamos estado haciendo.

—No te preocupes. Ha estado de mal humor todo el día. No tenía nada que ver contigo.

—Vale. —Becca parecía aliviada—. ¿Y te gusta la universidad?

—Creo que sí. De momento estoy intentando aclimatarme, ¿sabes?

—Bueno, si necesitas hablar, solo tienes que llamarme. —Bajó la mirada unos segundos, de modo que lo único que yo veía era la parte superior de su cabeza, ese cabello castaño brillante que siempre olía tan bien. Cuando alzó la mirada, aspiró con fuerza por la nariz y se secó las lágrimas de los ojos—. Este verano te he echado mucho de menos.

Zack se había inclinado hacia adelante para aparecer en mi campo de visión. Ponía cara de pena, proyectando hacia fuera el labio inferior como si estuviese a punto de romper a llorar. Estiré el brazo hasta donde Becca no podía verlo y le hice un gesto muy claro levantando el dedo corazón.

—Me gusta tu camiseta —le dije a Becca—. Es muy sexy.

—¿Sí? —Se animó de inmediato—. Me la he puesto para ti. También llevo ese tanga rojo que te gusta.

Se levantó para enseñármelo: se bajó el pantalón de pijama y se dio la vuelta para que yo pudiera contemplar su culito prieto de gimnasio. Zack se quedó impresionado.

—Espectacular —le dije.

—Deberías volver a casa el fin de semana —propuso ella—. O tal vez podría hacerte una visita.

Zack expresó en silencio su voto a favor de la segunda opción.

—Ya veremos —dije—. Lo más probable es que esté muy ocupado.

—Sí, ya me lo imaginaba.

Nos quedamos en silencio unos instantes y supe que había llegado el momento de decirle lo que le tenía que decir, de disculparme por cómo la había tratado en verano y después explicarle, con el mayor tacto posible, que no quería mantener una relación a distancia y que los dos deberíamos sentirnos libres para salir con otras personas si nos apetecía. Pero me resultaba difícil pensar con claridad teniendo a Zack pegado a mí, metiendo la lengua en la V que había formado con el índice y el corazón.

—Bueno —le dije a Becca—. Me temo que tengo que colgar.

Ella sonrió con tristeza y asintió. Pero después se acercó a la cámara.

—Eh, Brendan.

Y, sin previo aviso, se levantó la camiseta y el sujetador y me enseñó los pechos, que ocupaban toda la pantalla. Fue visto y no visto. Volvió a bajarse la camiseta y de nuevo apareció su cara y me lanzó un beso.

—Buenas noches, cariño.

Zack empezó a dar puñetazos al aire con ambas manos, gritando en silencio «¡Sí!» una y otra vez, como si acabase de marcar un gol.

—Gracias —dije—. Buenas noches a ti también.

Era difícil cabrearse con Zack. Actuaba con aparente ingenuidad, como si entrometerse en mi conversación privada fuera lo más divertido del mundo y no algo asqueroso, como si hacerlo fortaleciese nuestra amistad. Se deshizo

en elogios hacia Becca y se mostró entusiasmado con sus pezones rosados, que comparó con «las pequeñas gomas de borrar de los lápices».

—¿Por qué quieres romper con una chica como esa? —me preguntó.

—Porque quiero hacer borrón y cuenta nueva.

—Mantenla en la reserva. Joder, tío, se dedica a ver tutoriales en YouTube sobre cómo mamarla. Te puede alegrar las vacaciones navideñas.

—Puede que tengas razón.

—Eh —me dijo—, si no la quieres, mándamela. Le daré algunas lecciones de experto.

El resto de la noche fue más bien desastroso. A Zack lo había invitado a una fiesta fuera del campus un amigo de su hermano mayor, y resultó que la casa quedaba mucho más lejos de lo que creíamos. Nos llevó media hora caminar hasta allí y cuando llegamos la fiesta ya estaba echando el cierre. Alguien nos dijo que había una juerga en otra casa a dos manzanas, pero no fuimos capaces de encontrarla, de manera que acabamos arrastrando los pies de vuelta a nuestra habitación.

Todavía era temprano, pero los dos estábamos agotados. Nos cepillamos los dientes a la vez en el lavabo, volvimos a la habitación, nos desnudamos hasta quedarnos en calzoncillos y nos metimos en la cama. Era como tener un hermano gemelo.

Permanecí un rato tumbado en la oscuridad, pensando que lo más probable era que eso de la universidad me fuese bien. Sabía que había tenido suerte con mi compañero de habitación y daba las gracias por ello. Es decir, ¿qué hubiera pasado si me hubiese tocado alguien como Sanjay, un chaval con el que no tenía nada en común? Hubiera sido una puta mierda tener a un *nerd* pegado a mí todo el día, verme obligado a comer con él y tener que simular que admiraba sus dibujos arquitectónicos y sus notas sobrehumanas. Era mucho mejor estar con Zack, un colega al que le gustaban las fiestas y que se reía de las mismas paridas que yo. Sé que mi madre hubiera preferido a Sanjay, pero no era ella la que tendría que haber convivido con él.

—Oh, mierda —murmuré.

—¿Qué? —masculló Zack.

—Se me ha olvidado mandarle un mensaje a mi madre.



Salí de la cama, localicé mi teléfono y escribí: «La universidad es genial!!!». Supuse que estaría todavía despierta en casa, preguntándose qué tal me iba. Se había pasado horas hablando de lo triste que se iba a sentir cuando yo me marchase y de lo duro que sería acostumbrarse a vivir en una casa vacía.

—No te lo tomes a mal —dijo Zack cuando volví a meterme en la cama—, pero tu madre está muy buena.

—Colega —repliqué—, en serio, este no es un tema de conversación apropiado.

—Solo lo comento —dijo él—. Es una auténtica milf,\* ¿no te parece?

No era la primera vez que alguno de mis amigos hacía este comentario sobre mi madre, que seguía vistiendo con un aire juvenil y tenía un cuerpazo para una mujer de su edad. Pero era mi madre y no me gustaba pensar en ella en esos términos.

—¿Y la tuya? —le pregunté—. ¿También es una milf?

—Mi madre falleció—respondió él con voz desolada—. La echo mucho de menos.

—Joder, mierda. —Me incorporé en la cama—. De verdad que lo siento.

—Colega —dijo Zack, riéndose de mi acongojada reacción—. Te estaba tomando el pelo. Mi madre está viva y goza de buena salud. Pero desde luego no es una milf.

## Departamento de envejecimiento

Cuando Eve repasaba su vida, el trabajo aparecía como el gran punto positivo, el único plano en el que consideraba que había logrado algún éxito. Era la directora del centro para mayores de Haddington, cuyas boyantes instalaciones proporcionaban un impresionante abanico de servicios a los ancianos de la ciudad. El centro no solo les brindaba compañía, estímulo mental y ejercicios adaptados a su edad, sino que también ofrecía a los ancianos con pocos recursos una comida financiada por el gobierno federal y el servicio de una enfermera que les comprobaba la presión arterial y un podólogo altruista que les cortaba las uñas problemáticas. El centro fletaba un autobús y llevaba a los usuarios al Market Basket dos veces por semana y también actuaba como intermediario con empleados de mantenimiento, jardineros, enfermeras particulares y demás servicios, recomendando a profesionales locales cualificados a los residentes que los necesitaban. Eve estaba orgullosa del trabajo que realizaba y, a diferencia de mucha gente a la que conocía, nunca se preguntaba para qué servía lo que hacía o si debería hacer algo un poco más relevante con su vida.

Cuando pensaba en lo mucho que le gustaba su trabajo, tendía a centrarse en algunas de las actividades que organizaban, como el yoga con silla, los talleres de escritura memorialística y el karaoke de los jueves por la tarde. En lo que no pensaba era en situaciones como esta: cuando le tocaba comunicar malas noticias a personas que ya tenían bastantes problemas en sus vidas.

—Gracias por venir tan rápido —empezó, sonriendo a su pesar a George Rafferty, al que claramente había interrumpido en mitad de algún mugriento trabajo de fontanería. Tenía la cara manchada de grasa y las rodillas de sus pantalones de trabajo estaban negras de algo que parecía la acumulación durante años de sucesivas capas de reluciente mugre. En una ocasión había acudido a casa de Eve a las seis de la mañana del día de Acción de Gracias para arreglarle un inodoro con el desagüe obturado, lo cual dificultaba

todavía más la conversación que estaban a punto de mantener—. Ya sé que le he avisado de un modo muy abrupto.

George no le devolvió la sonrisa. Era un hombre fornido y de ojos rasgados con el cabello color óxido, barba cobriza moteada de blanco y un aire de permanente impaciencia, como si siempre tuviese algún asunto más urgente que atender. Miró con recelo a su padre, que tenía ochenta y dos años, estaba sentado a su lado en el sofá y emitía unos chasquidos muy audibles con los labios.

—¿Qué ha hecho esta vez?

Eve percibió la cautela en su voz. La última vez que habían convocado a George con tanta urgencia, su padre se las había ingeniado para orinar por la ventanilla del autobús poniéndose de pie sobre su asiento cuando regresaban del centro comercial. Era una hazaña impresionante para un hombre de su edad, pese a que, según los testigos, solo había logrado su propósito a medias.

—¿Señor Rafferty? —Eve se volvió hacia el anciano, que la miraba con una expresión difusa y plácida—. ¿Puede explicarle a su hijo lo que ha sucedido después de comer?

Roy Rafferty despertó de su ensueño.

—¿Comer? —dijo—. ¿Ya es hora de comer?

—Ya ha comido —le recordó Eve—. Estamos hablando de lo que ha pasado después de comer. El motivo por el que se ha visto usted metido en un buen lío.

—Oh. —El anciano frunció el ceño en un inútil gesto de concentración. Era uno de los residentes favoritos de Eve. Llevaba mucho tiempo en el centro, y era un tipo hablador y agradable que se movía por la vida como un político en plena campaña para la reelección, dando la mano a todo el mundo y preguntándoles por sus nietos. Había gozado de buena salud y de una cabeza lúcida hasta hacía unos seis meses, cuando su esposa falleció de un fulminante ataque al corazón. Desde ese momento su deterioro había sido rápido y alarmante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él—. ¿He hecho algo mal?

—Ha vuelto a meterse en el lavabo de señoras.

—Oh, mierda. —George miró a su padre con una mezcla de lástima y exasperación—. Por Dios, papá. Ya hablamos de esto. No puedes entrar en

lavabo de señoras.

Roy bajó la cabeza como un colegial recibiendo una reprimenda. Eve lo conocía muy bien, o al menos conocía los grandes acontecimientos de su vida. Había combatido en Corea y había vuelto a casa con un Corazón púrpura y con muchas ganas de recuperar el tiempo perdido. Seis meses después se casó con su novia desde el instituto y tomó las riendas del negocio familiar de fontanería, Rafferty & Son, que llevó durante los siguientes cuarenta y cinco años, hasta que se lo pasó a su hijo George. Él y Joan habían tenido cuatro hijos, el mayor de los cuales, Nick, subdirector de un instituto, falleció a los cincuenta y pocos de cáncer de páncreas. Eve fue al funeral.

—Señor Rafferty —le dijo—, ¿recuerda lo que ha pasado en el lavabo de señoras?

—No tengo que entrar allí —respondió él.

—Exacto —dijo Eve—. No es para hombres.

—Muy bien —intervino de forma cortante George—. Todos estamos de acuerdo en eso. Y ahora, ¿puede decirme qué ha hecho? Tengo que volver al trabajo.

—Quiero que lo oiga de boca de su padre —le dijo Eve.

—¡Mi padre no se acuerda! —protestó George—. Lo más probable es que no sepa ni lo que ha comido hoy.

Eve guardó silencio unos segundos. Hubiera sido de ayuda que el anciano lo verbalizase.

—Su padre ha exhibido sus partes —dijo Eve, y decidió dejarlo ahí, sin especificar que se estaba masturbando ni que había invitado a la pobre Evelyn Gerardi, que arrastraba consigo un tanque de oxígeno allí adonde iba, a «acercarse y cogérsela». Al menos la había llamado «cariño».

—Oh, Dios mío. —George no parecía sorprendido—. Eso no está bien.

—Algunas de las señoras se han sentido muy ofendidas.

—Ya me imagino.

Eve apartó la vista del hijo y miró al padre. Detestaba esta parte de su trabajo.

—Señor Rafferty, hablo en nombre de todo el equipo del centro al decirle que hemos disfrutado de su compañía durante todos estos años. Ha sido usted muy amable y muy considerado con mucha gente y todo el mundo

lo adora. Pero me temo que no va a poder seguir aquí. No podemos permitirselo. Lo siento.

—¿Qué? —George se quedó perplejo—. ¿Lo está echando de una patada?

—No tengo otra opción. Esto es un centro comunitario. Su padre necesita los cuidados de un asilo.

—¿No puede darle una última oportunidad?

—Ya lo hemos hecho —dijo Eve—. George, esto no va a ir a mejor. Lo sabe, ¿verdad?

—Pero a él le gusta este sitio. Es lo único que le queda.

—No sé si lo ha entendido bien. —Eve hablaba en voz baja pero firme—. Su padre se estaba tocando y le ha dicho a una mujer cosas inapropiadas. Una de las señoras que lo ha visto quería llamar a la policía y presentar una denuncia. He tenido que pedirles que me dejaran manejar a mí el asunto y prometerles que tomaría medidas para tranquilizar a todo el mundo.

George cerró los ojos y asintió con un movimiento lento de cabeza. Sabía que este momento acabaría llegando.

—¿Y qué voy a hacer? No puedo cuidar de él todo el día. Mi mujer está recibiendo quimio. Se encuentra fatal.

—Lo siento. —A Eve le habían llegado noticias de la reaparición del cáncer de Lorraine Rafferty. Era el tipo de noticia que corría como la pólvora en el centro para mayores—. No sé qué decir.

—Es una luchadora —dijo George, pero no había mucha convicción en su voz—. Se le ha extendido a los pulmones y al hígado.

—Oh, Dios mío. Tiene que estar pasándolo usted muy mal.

—Nuestra hija ha dejado la universidad durante un semestre para ver morir a su madre. —Dejó escapar una risotada por lo penoso que era todo—. ¿Y ahora tengo que afrontar esta mierda?

Miró a su padre, que seguía tranquilamente sentado en el sofá, murmurando para sí mismo, como si esperase su turno en una oficina de la Dirección General de Tráfico.

—Existen ayudas para personas en la situación de su padre —le explicó Eve—. Tenemos en nuestro equipo a un trabajador social que puede asesorarle sobre las opciones.

Durante un rato nadie abrió la boca. George estiró el brazo y le cogió la mano a su padre. El anciano pareció no enterarse.

—Vaya mierda —dijo George—. Odio verlo así.

—Es un buen hombre. —Nada más pronunciar esas palabras, Eve se dio cuenta de lo violento que era referirse a aquel hombre en tercera persona, de modo que se dirigió a él directamente—: Roy, es usted un buen hombre. Lo vamos a echar de menos.

Roy Rafferty miró a Eve y asintió, como si hubiera entendido lo que le decía y le agradeciese su cariño.

—Estupendo —dijo—. ¿Y si vamos a comer de una vez?

Esta reunión se produjo un tranquilo viernes de finales de verano. Eve no tenía ninguna otra reunión o actividad programada en lo que quedaba de jornada. Después de que los Rafferty se marchasen, cerró la puerta del despacho y apagó las luces. Se sentó ante el escritorio y rompió a llorar.

En ocasiones era muy duro trabajar con gente mayor, tener que expulsar a esos pobres desgraciados que ya no eran capaces de controlar la vejiga o los intestinos, o tranquilizar a los que no lograban encontrar su coche en el aparcamiento o recordar la dirección de su casa. Era duro oír los detalles de sus alarmantes diagnósticos y enfermedades crónicas, acudir a los funerales de tanta gente a la que había llegado a apreciar o, como poco, a cuya presencia se había acostumbrado. Y era duro pensar en su propia vida, que transcurría tan rápido, avanzando a toda velocidad por el mismo camino.

No ayudaba el estar contemplando el abismo del puente del Día del Trabajo, tres desoladores días festivos en el calendario. Había estado tan ocupada con los preparativos de la mudanza de Brendan que hasta el día anterior no se le había pasado por la cabeza intentar planificar algo. Había probado primero con Jane Rosen, su compañera más fiable para salir a cenar, ir al cine o dar un paseo alrededor del embalse, pero resultó que Jane y Dave habían decidido de improviso pasar esos días fuera. También ellos estaban afrontando el trance del nido vacío — acababan de enviar a sus gemelas a Duke y a Vanderbilt— y habían pensado que un par de días en un hotelito junto al lago Champlain contribuirían a reavivar la llama de su matrimonio.

—Estoy aterrada —le había confesado Jane—. ¿Y si no surge la chispa? ¿Y si no tenemos nada de qué hablar? ¿Qué haremos entonces allí?

Eve puso de su parte para dar la sensación de que escuchaba con atención y se mostraba como una amiga comprensiva — se lo debía a Jane, después de haberla sometido a incontables monólogos desconsolados durante la negra época de su separación y divorcio—, pero no le resultó fácil. Jane tenía dudas sobre un camisón que se había comprado, rosa pálido y transparente, muy bonito, pero quizá no de la tonalidad más favorecedora para su color de piel, sobre todo ahora, con los sofocos que le asaltaban con frecuencia. Y últimamente, además, durante el acto sexual sudaba muchísimo, aunque Dave insistía en que a él no le importaba. «Supongo que no me siento muy atractiva», confesó. Eve musitó unas palabras de ánimo, recordándole a Jane que seguía siendo guapa y que Dave la adoraba, pero tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no estallar en carcajadas y decirle: «¿Me tomas el pelo? ¿Ese es tu problema? ¿Que sudas cuando tu marido te echa un polvo?».

Tras fallarle Jane, lo intentó con el resto de su lista de sospechosos habituales: Peggy, la madre de Wade, el amigo de Brendan; Liza, que llevaba divorciada y soltera todavía más años que Eve, y Jeanine Foley, su antigua compañera de habitación, pero avisando con tan poco tiempo no encontró a nadie libre. Su única alternativa real era coger el coche e irse a Nueva Jersey para pasar un par de días con su madre viuda y su hermana solterona, que vivían juntas en la casa en la que Eve había pasado la infancia. Hacía tiempo que les debía una visita, pero verlas acababa resultando siempre agotador (se pasaban el rato discutiendo, como una pareja que lleva toda la vida casada) y en esos momentos no tenía paciencia para aguantarlo.

Eve no dedicó mucho tiempo a lloriquear. Nunca le había gustado martirizarse y sabía que había situaciones mucho peores que pasarse tres días soleados sin nada que hacer. Se acordó de George Rafferty, con su mujer moribunda y su padre senil, y pensó que él se cambiaría por ella sin pensárselo dos veces.

«Basta de darle vueltas a esto», se dijo a sí misma, «no tienes ningún motivo para andar lloriqueando».

Por desgracia, todavía no le había dado tiempo a recomponerse cuando Amanda Olney, la empleada más novata del centro, abrió la puerta y asomó la cabeza en el despacho.

—Una pregunta rápida —empezó, y se quedó petrificada; tardó unos instantes en registrar en su cabeza la penumbra de la habitación y la actitud desolada de su jefa—. ¿Está usted bien?

—Estoy bien. —Eve aspiró con fuerza y se pasó un kleenex arrugado por la nariz—. En esta época siempre se me dispara la alergia.

Amanda abrió un poco más la puerta. Era baja y regordeta, con flequillo a lo Cleopatra y un montón de horripilantes tatuajes que no hacía el más mínimo esfuerzo por ocultar, pese a los comentarios despectivos y los disgustados meneos de cabeza que provocaban de manera infalible entre los ancianos. En especial les horrorizaba la cobra que se le enroscaba alrededor de la pantorrilla y la espinilla de la pierna izquierda, con la lengua bífida desplegada por la rótula.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Eve.

Amanda se mostró dubitativa, bloqueada por un repentino ataque de timidez.

—No es nada relacionado con el trabajo —le explicó—. Solo quería saber si tenía algún plan para esta noche. Pensaba que, si está libre, podíamos tomar una copa de vino o algo por el estilo.

Eve se emocionó, pese a lo tensa que estaba. Amanda le caía bien y era evidente que la chica había tenido que armarse de valor para hacer lo que había hecho, aunque fuese con torpeza. Acababa de terminar sus estudios, había roto con su novio de toda la vida y probablemente se sentía un poco sola y buscaba orientación y apoyo. Pero la primera lección que debía enseñarle Eve era dejarle claro que era una empleada, no una amiga. Había una frontera entre ellas que debía respetarse.

—Tengo otros planes —le dijo—. Pero gracias por la propuesta.

—No pasa nada. —Amanda se encogió de hombros, como si ya se esperase esa respuesta—. Disculpe que la haya molestado.

—No pasa nada —le aseguró Eve—. Pásatelo bien este fin de semana.



La velada en casa resultó razonablemente agradable y se desarrolló siguiendo el itinerario de costumbre. Primera parada, la cena (ensalada griega, hummus y pita), seguida de un exceso de Facebook (un problema que iba a tener que afrontar), un par de copas de vino y tres episodios de *Friends* en Netflix (otro problema, aunque este confiaba que se solucionara solo, una vez hubiera visto las diez temporadas). Seguía interesada en ponerse con *The Wire* o *Breaking Bad*, pero nunca encontraba el momento adecuado para zambullirse en algo tan sombrío y serio. Le pasaba lo mismo con los libros, siempre le resultaba más cómodo optar por algo ligero y alegre que abrir las páginas del ejemplar de *Middlemarch* que tenía en la mesilla de noche desde hacía nueve meses. Se lo había regalado Donna, su prima profesora de literatura, que le había insistido en que era «muy legible», significase eso lo que significase.

Aparte del impacto psicológico de la marcha de Brendan, todavía fresco y omnipresente, lo único que proyectaba una sombra en su estado de ánimo era un débil pero persistente sentimiento de culpa por no haber aceptado la invitación de Amanda. Una copa y un poco de conversación habrían estado bien, una descompresión entre el trabajo y la vuelta al hogar. Era cierto que tenía por norma no escrita no socializar con sus subalternos, pero eso obedecía más a su modo de ser que a una regla inviolable, basada en la misma medida en la falta de química con sus colegas (la mayoría de los cuales estaban casados y, todavía en mayor número, eran personas aburridas) que en un nebuloso sentido del decoro. En cualquier caso, era una norma que probablemente debería replantearse ahora que había dejado el papel de madre y disponía de tiempo más que suficiente para sí misma. En este momento de su vida no podía permitirse descartar potenciales nuevas amistades por un tecnicismo.

El teléfono sonó mientras se estaba cepillando los dientes y sintió un palpito de entusiasmo anticipado: «¡Es Brendan!». Pero cuando llegó corriendo al dormitorio, vestida solo con el pantalón del pijama porque no encontraba la parte de arriba (¿qué más daba?), vio que no era su hijo quien llamaba.

—¿Ted?

—Hola, espero no haberte despertado.

—Estaba despierta. ¿Pasa algo?

—Se me ha ocurrido llamarte para ver cómo estabas. Es increíble que nuestro chaval ya esté en la universidad, ¿verdad?

«¿El chaval de quién?», pensó Eve en un acto reflejo de su época de mayor indignación. Pero era cierto. Su chaval se había hecho mayor.

—Lo he visto contento —dijo Eve—. Creo que congenia con su compañero de habitación.

—Sí, ese tal Zack. —Ted soltó una risita, como si estuviese en el ajo—. Acabo de hablar con él. Parece un buen chico.

—¿Has hablado con Zack?

—Solo un minuto. Hace un rato. He llamado a Brendan y me ha pasado con Zack.

Ese era Ted en estado puro. El señor Encantado-de-conocerle. Siempre a la caza del siguiente desconocido al que engatusar.

—¿Cómo lo has visto?

—¿A Zack?

—No, a Brendan.

—Muy bien. —Ted hizo una pausa y se repensó la respuesta—. En realidad bastante machacado. Pero supongo que es el peaje del primer fin de semana en la universidad.

—Espero que no vaya a acabar siendo un problema.

—Los universitarios beben un montón. Lo sé porque yo lo hacía. — Parecía orgulloso de sí mismo—. El segundo año apenas lo recuerdo.

—Vaya, gran ejemplo.

—No te preocupes por Brendan. Tiene la cabeza bien amueblada.

—Eso espero. —Quería comentarle la obscenidad que Brendan le había dicho a Becca el día de la partida, pero oyó el llanto de un niño al otro lado de la línea y la voz conciliadora de una mujer, de modo que no le pareció el momento más adecuado—. Lo echo de menos.

—Él también te echa de menos a ti. Lo sabes, ¿verdad?

—A veces parece todo lo contrario.

—Eve —le cortó Ted—, Brendan te adora, solo que no siempre sabe cómo expresarlo.

Eve quería creerle y le agradecía que se lo dijese. La mala conciencia le hacía ser mucho más caballero que antaño.

—¿Y tú qué tal? —le preguntó Eve. De momento el llanto había cesado —. ¿Todo bien?

—Con altibajos. A Jon-Jon le gusta su nuevo colegio. Y la dieta sin gluten parece que ayuda algo.

Jon-Jon era el hijo autista de cuatro años de Ted, un crío adorable con graves problemas de conducta. Cuando Eve se enteró del diagnóstico reaccionó sin ninguna empatía, considerándolo una forma de justicia kármica para Ted y Bethany, la chica mala que tenía por esposa. Qué irónico y gratificante le había parecido en aquel momento que aquel «encuentro casual» en Craigslist de su ex y su nueva pareja se hubiera visto afectado por la realidad. Pero lo cierto es que la pareja no había sucumbido a la presión del modo que Eve esperaba. En lugar de eso, la dura prueba había sacado lo mejor de ellos. Estaban dedicados en cuerpo y alma a su hijo, inmersos por completo en cada pequeño detalle de su cuidado. Ted se había convertido en todo un experto amateur en las terapias más avanzadas para el autismo, y Bethany había dejado el trabajo y había vuelto a la universidad para estudiar un máster en Educación especial. Tras esta impresionante reacción, a Eve le había resultado muy difícil mantener los sentimientos de odio y desprecio que había experimentado hacia ellos en el periodo inmediatamente posterior al divorcio.

—Me alegra oírlo —dijo Eve, bajando la mirada para contemplarse los pechos desnudos. En la habitación hacía más frío del que pensaba y tenía los pezones erectos, lo cual la llevó a recordar lo mucho que en su día le gustaban sus pechos a Ted. «Son perfectos», le solía decir, aunque eso al final no sirvió para retenerlo. «Absolutamente perfectos.»—. Quizá todos deberíamos dejar de comer gluten. La gente que lo hace acaba proclamando a los cuatro vientos lo bien que les sienta.

—Eso es porque comerlo les sentaba mal.

—Supongo que sí.

Volvieron a empezar los gritos, pero esta vez en tono más elevado, y Eve hizo una mueca de dolor en solidaria aflicción. Brendan le había contado que los berrinches de Jon-Jon podían ser bastante aterradores.

—Bueno —suspiró Ted—. Será mejor que me ocupe de esto. Que pases una buena noche.

—Tú también. —Casi se le escapó añadir «cariño», un reflejo del pasado—. Gracias por llamar.

Eve estaba agotada, pero permaneció despierta hasta bien pasada la medianoche jugando a Words with Friends contra un contrincante aleatorio, aunque no era más que una excusa para mantener los ojos abiertos. Lo que de verdad hacía era esperar un mensaje de Brendan. Se había pasado el verano prometiéndole que se mantendría en contacto con ella enviándole al menos un mensaje de texto diario. Podía enviarle más de uno si le apetecía, o llamarla, o incluso conversar por Skype si se echaban mucho de menos. Pero un mensaje al día era el acuerdo de mínimos que habían pactado.

Brendan había cumplido su palabra a rajatabla los tres primeros días mandándole un único mensaje cada veinticuatro horas, aunque todos ellos decían en esencia lo mismo: «La universidad es genial!!!» (martes); «Otro día genial!!» (miércoles) y «Sigue siendo totalmente genial!» (el día anterior). Eve se alegraba por él, aunque estaba algo preocupada por la constante merma de signos de exclamación. Y estaba contenta de no haber sido olvidada por completo entre tantas genialidades.

Pero ese día no había recibido ningún mensaje. Claro que era viernes y, tal como le acababa de contar Ted, Brendan estaría borracho, así que había una explicación. Pero, aun así, ¿su hijo iba a romper al cuarto día la promesa que le había hecho? ¿Tan irresponsable era? Claro que podía ser ella quien tomase la iniciativa, mandarle un sucinto «te echo de menos, besos» y esperar a que respondiese, pero ese no era el trato. El trato era que él le mandaría mensajes, y Eve quería que lo hiciese por iniciativa propia, sin sentirse presionado, porque la quería y deseaba incluirla en su vida. Pero ella ya sabía, mucho antes de terminar su partida contra Heather0007 (una victoria decisiva para Eve), que se estaba autoengañando. Esta noche su hijo no le iba a mandar un mensaje, y lo más probable era que al día siguiente por la noche tampoco lo hiciese. Él no era de ese tipo de chavales, del tipo de los que piensan en su madre mientras se lo están pasando en grande con sus amigos.

o flirteando con una chica guapa de su residencia. De ahora en adelante Eve solo recibiría noticias de Brendan cuando a él le apeteciese comunicarse, si es que le apetecía —probablemente, cuando necesitase algo— y estaría de suerte si eso sucedía una vez por semana.

Debía haberse dormido con el móvil en la mano, porque la despertó la vibración de un mensaje entrante. «Gracias a Dios», pensó mientras se incorporaba aturdida y, medio dormida, trataba de fijar la mirada en la borrosa y cegadora pantalla, parpadeando una y otra vez para conseguir enfocar las palabras.

«Eres mi milf! Mándame una foto desnuda!! Quiero correrme en tus tetorras caídas!!!»

Durante uno o dos segundos, Eve se sintió muy turbada, incapaz de entender por qué Brendan le mandaba un mensaje tan asqueroso, por muy borracho que estuviese. Parecía del todo inconcebible. «¿Tetorras caídas?» Pero lo revisó y comprobó, para su inmenso alivio, que el mensaje procedía de un número de teléfono desconocido. Era un gilipollas anónimo, un cretino gracioso del que ni siquiera se acordaría por la mañana.

## Orientación

Esos primeros días en la universidad, antes de que empezase el machaque de las clases, fueron geniales. Había un montón de actividades programadas para los novatos, incluida la jornada al aire libre de bienvenida a bsu en el patio principal, con competición de tiro de soga por equipos, juego de aros, globos de agua, tobogán de agua y todo ese tipo de chorradas de campamento de verano. Y además hacía un tiempo estupendo, con lo cual había montones de tías buenas con vaqueros recortados y bikini, y más de las que esperaba lucían tatuajes que eran perfectos para iniciar una conversación. Algunas de las chicas menos buenorras también iban ligeras de ropa, y todo el mundo intentaba mostrarse enrollado al respecto, por toda esa historia de la imagen corporal y demás. Zack y yo nos quitamos las camisetas, porque los dos habíamos estado poniéndonos cachas durante el verano y ¿por qué no íbamos a lucir músculo si lo teníamos?

Esos días los compartí con Zack. Lo hacíamos todo juntos, desde que nos levantábamos hasta que caíamos desplomados por la noche. Una tarde nos metimos en el gimnasio e hicimos un poco de pesas. Los dos podíamos levantar ochenta kilos, pero Zack conseguía cinco repeticiones y yo solo cuatro. Al día siguiente probamos el rocódromo del centro de estudiantes, pero como íbamos colocados ninguno de los dos consiguió subir más de un 5.6.

Cuando estabas a mitad de pared la cosa daba ya bastante cague, agarrado a esas presas atornilladas como si tu vida dependiese de ello, allí clavado hasta que los antebrazos empezaban a temblarte y no tenías otro remedio que mover el brazo para agarrarte a otro asidero más alto. En una ocasión la mano me resbaló cuando estaba a unos diez metros del suelo. Me sentí como Humpty Dumpty, con los brazos balanceándose en el aire hasta que el arnés de seguridad me sostuvo aplastándome las pelotas mientras tiraba contra la fuerza de la gravedad. Quedé suspendido durante unos

dolorosos segundos, colgando como una polla flácida hasta que empecé a descender poco a poco hasta el suelo. A Zack le pareció la mar de divertido.

—¡Te has puesto a chillar como una zorra! ¡Creo que se te ha oído en todo el campus!

—¡Vete a la mierda! —le dije. Sentía el pecho hundido y las piernas me temblaban, y creo que por mi tono Zack notó que estaba hecho polvo.

—Era broma, colega. —Me dio una palmada en la espalda, con más delicadeza de lo que me esperaba—. Vamos a comer algo.

Durante la semana de orientación, en un momento u otro todo el mundo tenía que mantener un encuentro con su tutor académico para acabar de cuadrar los horarios de clase y escuchar un último panegírico sobre la universidad. El tío que yo tenía asignado era Devin Torborg, de la Facultad de Antropología. Cometí el error de llamarlo profesor, lo cual resultó que era poner el dedo en la llaga.

—Técnicamente soy profesor auxiliar —me explicó, pasándose la mano por el enmarañado cabello, que parecía no haberse lavado desde hacía algún tiempo. Llevaba unas gafitas redondas tipo John Lennon y detrás de las lentes sucias se le veía ojeroso y con la mirada cansada—. Todavía no tengo un contrato indefinido. De todos modos, prefiero que me llames Devin. —Se encogió de hombros con un gesto lastimero y echó un vistazo a la carpeta que tenía encima del escritorio—. Bueno. Brendan Fletcher. Supongo que para ti este es un momento emocionante. El principio de una gran...

Su voz se fue apagando y frunció el ceño como si no lograra recordar la siguiente palabra.

—Aventura —dije, echándole un cable.

—Ah —replicó él—. Eres un optimista.

Abrió la carpeta y repasó la solitaria hoja que había en su interior. Debía contener la nota media de mi paso por el instituto, las calificaciones de los exámenes finales y demás. Deslizó dos dedos entre su rostro y las gafas y se masajeó el párpado izquierdo a conciencia, primero con un movimiento en el sentido de las agujas del reloj y después a la inversa.

—Pues bueno, Brendan, dime. —Hizo una pausa para aplicar el masaje al otro ojo, estirando con fuerza la piel, arriba y abajo y hacia ambos lados—. ¿Qué esperas de la universidad?

Sabía que no podía contarle la verdad, que consistía en mi deseo de apuntarme a todas las juergas posibles y estudiar lo mínimo, pero no tenía preparada una respuesta para salir del paso, de modo que empecé a tartamudear.

—Yo... yo... bueno, esto... ya sabe. Buena pregunta. Supongo que un título.

—¿Un título en qué?

—Económicas. Creo. Si logro sobrevivir a las matemáticas.

—¿Por qué Económicas?

—Ya sabe. Para encontrar un trabajo en cuanto me gradúe.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Cualquiera. Me basta con que me paguen una cifra de seis dígitos. Bueno, quizá no de entrada, pero sí en cuanto tenga un poco de experiencia. Ese es mi principal objetivo.

El tipo puso cara de impresionado, pero con una mueca sarcástica.

—Pues buena suerte.

A continuación repasamos mis horarios, que no tenían mucha complicación. Tenía que coger Economía 101 y también ventilarme las asignaturas obligatorias de primer año, Redacción y Matemáticas. Eso solo dejaba margen para una optativa, que yo ya había reducido a dos posibilidades, o bien Conceptos básicos de contabilidad o Introducción a la estadística; ninguna de las dos sonaba muy excitante.

—Esa es una opción —dijo mi tutor—. Puedes apuntarte a una asignatura práctica como cualquiera de esas dos y aprender cosas útiles. Pero yo te aconsejaría ampliar un poco las miras, probar algo diferente y poco práctico, tal vez incluso un poco estrafalario. Aprende un idioma. Elige un curso de poesía. Estudia Historia de África o Lingüística o Dibujo. Hay un seminario sobre politeísmo al que deberías echar un vistazo. Lo da un servidor. —Sonrió como dando por hecho que no le iba a hacer ni caso—. Nunca se sabe. Podría cambiarte la vida, o al menos abrirte nuevos caminos.



Yo no tenía ni idea de qué era el politeísmo y la verdad es que me importaba un carajo. Pero no quería herir sus sentimientos, así que hice ver que me lo pensaría.

—Tal vez el próximo semestre —le dije—. Lo más probable es que ahora me decida por Estadística.

—De acuerdo. La decisión es tuya. —Comprobó la hora en su móvil—. ¿Y qué me dices de lo extracurricular? ¿Alguna idea al respecto? ¿Algún club, equipo u organización de servicios a la comunidad?

—Espero entrar en alguna fraternidad el año que viene —le expliqué—. Pero todavía no sé en cuál.

—Sobre este tema no tengo ni idea —me respondió—. Donde yo estudié la carrera no estaban permitidas.

Tuve la sensación de que deseaba que le preguntase dónde había estudiado, pero no piqué el anzuelo. Sobre todo porque no me parecía un tío en absoluto interesante. No era más que un cutre que ni siquiera era profesor metido en un despachito de mierda en el sótano, y que para colmo llevaba una camiseta del grupo Journey debajo de una americana de tweed, lo cual imagino que se suponía que debería parecerme muy enrollado.

—Pues vaya muermo —le dije.

—En absoluto —respondió él—. No las eché de menos en ningún momento.

Permanecimos sentados unos instantes más, mirándonos. En el patio se oía cantar a un grupo a capela que hacía una versión bastante lograda de *Livin' on a Prayer*. Uno de los miembros tenía un gran falsete. Pensé que podía ser divertido formar parte de un grupo como ese, si yo hubiera sabido cantar y ese rollo no fuese tan gay.

—¿Ya hemos terminado? —pregunté.

Asintió y me levanté. Cuando ya me dirigía hacia la puerta, me llamó.

—Brendan —dijo—. Tienes claro lo que es el consentimiento, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Es un concepto muy sencillo. «No» significa «no». Y una persona ebria no puede dar su consentimiento para mantener relaciones sexuales. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —respondí—. No soy idiota.

—De acuerdo. Que tengas un buen semestre.

Zack estaba reunido con su tutor, de modo que me quedé un rato en la zona de las actividades lúdicas antes de volver a la habitación. Estaba muy concurrida, con docenas y docenas de mesas dispuestas bajo una carpa y un montón de novatos pululando por allí. Por lo visto cualquiera podía fundar un club y recibir fondos de la universidad. Había apicultores, practicantes de hula hop, organizadores de combates de *paintball*, veganos, futuros profesionales del mercado inmobiliario, Hermanos y Hermanas de Cristo, Ateos Unidos, triatletas, víctimas de ataques al corazón, supervivientes del cáncer, mecánicos de bicicleta, bailarines de danzas folclóricas eslavas... Se podía montar a caballo, apuntarse a un equipo de remo, jugar a rugby, boicotear a Israel, aprender a hacer malabarismos o a tejer. Algunas de las personas situadas detrás de las mesas iban disfrazadas —los oficiales del Club de Quidditch llevaban escobas y lucían falsas gafas de Harry Potter, y una de las voluntarias de la Asociación de Estudiantes Musulmanes lucía un burka completo o como se llamara eso— y otros tenían sin más la pinta que era de esperar formando parte de sus respectivos clubs: Gays Afroamericanos, Forofos de Dragones y Mazmorras, Coalición para la Reforma Cannábica, Liga de Jóvenes Conservadores, Alianza de Hipsters Barbudos. Supongo que debí sentirme un poco aturdido, porque no sabía muy bien dónde me había detenido cuando una chica se dirigió a mí desde detrás de una mesa.

—Eh —me dijo—. ¿Cómo te llamas?

—¿Perdón?

Se rio de un modo que me hizo pensar que ya me conocía y le gustaba.

—No es una pregunta trampa. —Parecía una chica de campo, con pecas, coleta rubia y una anchura de hombros similar a la de un chico—. Sabes cómo te llamas, ¿no?

—Antes lo sabía —contesté—. Pero el año pasado me hice un poco de lío.

La respuesta también le gustó lo bastante como para chocarme la mano, y yo acerqué la mía con suavidad, lo justo para que las palmas se rozasen, lo

cual me sumó más puntos. Era unos cinco centímetros más alto que ella, pero teníamos las manos del mismo tamaño.

—Me llamo Amber —dijo—. Encantada de conocerte.

—Yo soy Brendan.

—Brendan, ¿conoces a alguien dentro del espectro?

Fue entonces cuando eché un vistazo al cartel de su mesa: Grupo de Concienciación sobre el Autismo.

—No, yo...

Estaba a punto de decirle que me había detenido ante la mesa por pura casualidad cuando caí en la cuenta de dos cosas. La primera era que sí conocía a alguien dentro del espectro, y la segunda, que la chica era guapísima. No me había dado cuenta de entrada porque había fijado toda mi atención en sus hombros.

—Quiero decir que sí —rectifiqué—. Mi hermanastro.

Ella asintió, como si no esperase menos.

—Mi hermano pequeño también. —Sonrió al pensar en él—. Está obsesionado con los coches de juguete de la marca Matchbox. Es lo único que de verdad le interesa. Ayer me envió un mensaje con una foto de dos modelos. Nada más. Solo dos coches pequeñitos.

A ella aquello le parecía adorable, aunque en mi opinión resultaba patético.

—El mío no habla mucho —le expliqué—. Y se agarra unas rabietas terroríficas sin ningún motivo aparente. Nunca sabemos por qué grita.

—¿Cómo se llama?

—Jonathan. Pero lo llamamos Jon-Jon.

—Qué nombre más bonito.

Me mostré de acuerdo, sobre todo porque la chica parecía encantadora y tenía una actitud muy positiva. Pero en realidad nada que tuviese que ver con Jon-Jon era bonito. Era horrible ver cómo se le enrojecía la cara de rabia y frustración y no tener ni idea de cómo ayudarlo.

—¿Tienes una foto? —me preguntó.

Negué con la cabeza. No se me había ocurrido jamás sacarle una foto a Jon-Jon.

—Este es Benjy. —Me tendió su móvil. El salvapantallas era una foto de Amber y su hermano en la playa. Me lo había imaginado como un niño pequeño, pero era un adolescente delgaducho de mirada intensa, casi enojada, solo uno o dos años más pequeño que ella. En la foto Amber llevaba un traje de baño azul marino, de esos sobrios que utilizan los nadadores de competición. Lucía un cuerpo rollizo y fornido, que no es el tipo que de entrada me atrae, pero sorprendentemente sexy.

—¿Me lo devuelves? —me dijo, pero sin acritud en el tono.

—¿Eres nadadora?

—Nadaba en el instituto. Ahora ya no. Aquí juego a softball.

—Mola —dije—. ¿En qué posición juegas?

—De lanzadora.

Trató de mostrarse humilde, pero vi que se sentía orgullosa.

—¿Sabes qué? —le dije—. Tienes pinta de lanzadora.

—¿Por qué? —Simuló sentirse ofendida—. ¿Porque soy ancha de hombros?

—No he dicho eso.

—No pasa nada. —Adoptó una pose de culturista, poniéndose de perfil y flexionando el brazo—. He trabajado duro para conseguir estos músculos. Y, modestia aparte, mis lanzamientos son imparables. Deberías venir a vernos jugar. Somos muy buenas.

—Tal vez lo haga.

Me miró como dando a entender que no me creía. Pero también había un punto de coqueteo en esa mirada.

—No todas somos bolleras, ¿sabes?

—Yo no he dicho nada...

—Es broma —replicó—. Algunas somos bisexuales.

Debí poner cara de susto, porque soltó una carcajada y me dio una palmada en el brazo mientras una chica de aspecto nervioso se acercaba a la mesa.

—Un placer conocerte —me dijo, y se giró hacia la recién llegada—. Deberías venir a una de nuestras reuniones. El tercer jueves de cada mes.

Esa noche me cogí un pedo épico. Zack y yo calentamos motores con vodka y después visitamos varias fiestas en habitaciones del edificio Einstein, pasando de una a otra como si estuviésemos en Halloween, echando una calada a una pipa de cristal en una, bebiendo un chupito de Jager en la siguiente y jalándonos un trozo de pizza en la de un tío blanco y delgado llamado Evan que se suponía que era un gran rapero. En otra habitación en la que estaban instaladas dos chicas llamadas Kayla —la Kayla que estaba muy buena y la Kayla que estaba menos buena— había bailoteo, y en una sala de la quinta planta se estaba celebrando un campeonato de fútbol.

En la habitación de Will y Rico bebí un combinado explosivo que me puso como una moto. En ese momento me llamó mi padre; era la primera vez que lo hacía desde mi llegada a la bsu. Debí empezar a desbarrar, porque Zack me quitó el teléfono y se puso a hablar con él como si fuesen colegas de toda la vida. Lo único que recuerdo después de eso es que vomité en el lavabo y que al salir me choqué con el gilipollas de Sanjay. Iba en pijama y con una bata a cuadros y llevaba un pequeño cubo con todos sus útiles de aseo.

—¿Estás bien? —me preguntó—. No tienes muy buen...

—Estoy perfectamente —respondí, mientras me acababa de limpiar la boca con la mano—. Listo para el segundo asalto.

Volví a mi habitación para cambiarme la camisa, pero supongo que me caí redondo, porque lo siguiente que recuerdo es que eran las tres de la madrugada y Zack apareció dando tumbos en la oscuridad, pedo total, y se puso a contarme que había intentado enrollarse con la Kayla que estaba menos buena, pero a ella no le apetecía, lo cual fue perfecto, porque en realidad a él tampoco.

—Quiero decir que si hubiera sido la Kayla que está más buena habría sido otra cosa, ¿entiendes?

Pasado un rato se metió en la cama y volvió a reinar el silencio, pero no pude conciliar el sueño. Estaba pensando en levantarme e ir a ver si quedaba alguien despierto cuando Zack empezó a pelársela. Estaba claro que intentaba hacerlo con sigilo, pero las camas estaban muy juntas.

—Colega —le dije—. ¿En serio?

—Oh, mierda —respondió—. Pensaba que estabas dormido.

—Pues no. Estoy muy despierto.

—¿Quieres que pare?

—No, no pasa nada. Pero date prisa, ¿vale?

No sé cuánto tardó. Tal vez unos minutos, pero se me hizo eterno, lo bastante como para decir ¡a tomar por saco! y unirme a la fiesta. Pensé un rato en Becca, pero ya la veía muy lejos, casi irreal. Decidí intentarlo entonces con las dos Kaylas, imaginándome un trío en su habitación, lo cual resultaba bastante interesante, pero solo hasta cierto punto. Al final fue Amber, la del Grupo de Concienciación sobre el Autismo, la que me ayudó a llegar a la meta. Y lo raro era que en la escena que imaginé ni siquiera estábamos enrollándonos. Ella estaba plantada en la playa con su traje de baño, sonriéndome con su bonita cara y esos hombros amplios, y por algún motivo eso me bastó.

—Buenas noches —dijo Zack en voz baja y relajada cuando acabó.

—Buenas noches, colega —respondí, flotando en la misma nube en la que estaba él—. Hablamos por la mañana.

## Vivir y aprender

Aquejada de un moderado —y no del todo desagradable— canguelo ante su regreso a las aulas, Eve deambuló por el edificio de la Facultad de Humanidades del Eastern Community College buscando el aula 213. Se sintió aliviada al cruzarse por los pasillos con varios «estudiantes no convencionales» como ella, algunos incluso mayores que ella.

Los pupitres del aula estaban colocados en círculo, como en un grupo de terapia. Eve eligió uno y se sentó, sin percatarse hasta que ya era demasiado tarde de que algún aburrido artesano había cincelado en la superficie del escritorio las palabras *estoy muy caliente* y después había repasado las incisiones con un rotulador. Tapó el grafiti con su libreta nueva y la abrió por la primera página. La imagen le resultó alentadora, todo ese papel en blanco esperando a ser llenado, el nuevo comienzo que necesitaba.

Una vez instalada, alzó la mirada e hizo un amable gesto de asentimiento al reducido grupo de estudiantes que había llegado todavía más pronto que ella. Solo uno le devolvió el saludo, un joven negro de aspecto preocupado que debía de estar en la treintena. Los otros tres, concentrados en sus móviles, ni se percataron del saludo, y tampoco estaba claro que de haberlo hecho hubiesen respondido.

Eve ya tenía un máster en Trabajo Social que se había sacado acudiendo a clases nocturnas durante cuatro largos años cuando Brendan estaba en primaria. La animadversión que sus ausencias despertaban en Ted y las responsabilidades paternales que se veía obligado a asumir cuando se producían habían sido uno de los puntos de mayor tensión en el matrimonio. La subsiguiente falta de interés que él mostraba por el trabajo de ella, su negativa a tomárselo en serio, había sido otro, aunque visto retrospectivamente resultaba irónico, ahora que a Ted le había tocado criar a

un hijo autista y no tenía otro remedio que confiar en todo tipo de especialistas del sector del trabajo social.

En cualquier caso, Eve no necesitaba otro posgrado y no tenía ningún interés en dar más brillo a su currículum. Su decisión de volver a las aulas era puramente personal. Tenía ganas de leer, reflexionar y reconectar con su yo universitario, que había sido mucho más abierto, fluido y lleno de expectativas que las versiones de sí misma que habían venido después. Y era muy estimulante tener un motivo para escapar de la casa vacía dos veces por semana sin tener que quedar con alguien.

La asignatura en la que se había matriculado se llamaba «Género y sociedad: una perspectiva crítica», y era un seminario intensivo con trabajos escritos cuyas clases se impartían los martes y jueves por la tarde, de siete y media a nueve. Eve no tenía un interés especial en el tema; en realidad había sido su tercera opción, por detrás de «Veganos frente a carnívoros: la ética de la alimentación sostenible» y «De Jane Austen a *Downton Abbey*. La mansión campestre inglesa en la literatura y el cine», pero los dos primeros ya estaban llenos. El curso en sí era lo de menos. Lo importante era que estaba aquí, intentando algo diferente, conociendo a gente nueva, ampliando las miras en lugar de quedarse apoltronada en el sofá de casa, aislada en su propia soledad.

A las siete y media en punto, una mujer alta y despampanante con una falda negra de tubo y zapatos de tacón entró muy decidida y, al ver a los estudiantes en el aula, abrió los ojos como platos en un artificioso gesto de asombro, como si aquello fuese una fiesta sorpresa en su honor.

—Vaya, hola a todos —dijo con una voz rasposa y extrañamente seductora. Era delgada y de complexión atlética, con las caderas estrechas y unos pechos que llamaban la atención, marcándose contra la tela de su entallada blusa—. Soy la doctora Margo Fairchild, profesora adjunta. —Guardó silencio unos instantes para que los alumnos asimilasen la información—. En caso de que no estéis familiarizados con la jerga académica, «adjunta» es otra manera de decir «muy mal pagada».

Unos cuantos estudiantes, entre ellos Eve, le rieron el comentario queriendo ser amables, mientras la doctora Fairchild se metía en el círculo de



pupitres, se sentaba, se alisaba la falda y cruzaba las piernas envidiablemente torneadas a la altura de los tobillos.

—Vamos a esperar uno o dos minutos a los rezagados —dijo, recolocándose con gesto lánguido un mechón de cabello negro por detrás de la oreja—. El primer día siempre hay algunas almas perdidas.

No era fácil conjeturar la edad de la profesora. Eve supuso que estaría entre los treinta y los cuarenta y cinco, pero parecía algo mayor de cara que de cuerpo. Aunque incluso eso podía ser objeto de debate, debido a la ingente cantidad de maquillaje que llevaba, una capa gruesa, casi de actriz de teatro, aplicada con precisión y que parecía más propia de la pasarela de un concurso de belleza que del aula de un centro de estudios superiores. Eve se dio cuenta de que se esperaba a alguien un poco más parecido a su prima Donna, una profesora recatada que llevaba el pelo cano recogido en una gruesa trenza y tenía un suéter North Face distinto para cada día de la semana.

Los compañeros de curso de Eve formaban un grupo variopinto: la mitad eran jóvenes universitarios, la otra, gente de más edad (incluida una vitalista octogenaria), dos hombres negros (uno de los cuales resultó ser nigeriano), una mujer negra, un emigrante chino con un acento indescifrable, una joven con hijab, un estudiante muy guapo con un skate y una marimacho con mono de motorista, chupa de cuero y un casco que dejó en el suelo, entre las machacadas botas de piel y aire militar. A Eve le sorprendió que doce de los veinte estudiantes fuesen varones, incluidos algunos hombres blancos de mediana edad que no le parecían los candidatos naturales para una clase en la que se iba a pedir a los alumnos que «escribiesen de modo autobiográfico y analítico sobre sus experiencias personales problemáticas en relación con el género, con especial énfasis en la construcción social de la identidad, la persistencia del sexismo en una cultura posfeminista y la subversión del discurso heteronormativo por parte de las voces lgbtqia». Pero el pequeño misterio quedó clarificado en cuanto empezaron la clase y la profesora Fairchild les pidió que se presentasen y expusiesen sus motivos para apuntarse al curso.

—Me llamo Russ —dijo el primero que habló. Llevaba una gorra de los Red Sox y una camiseta de los Bruins que parecía a punto de reventar por la panza cervecera—. Yo me había apuntado al curso de Briggsy, pero al final

lo han, eh... cancelado, y este era el único curso de escritura que había en el mismo horario, así que...

—Pobre Hal —se lamentó la profesora Fairchild, y varias cabezas asintieron con aire melancólico—. Era tan buena persona.

Resultó que había otros tres reubicados de ese mismo curso, «El moderno coliseo: los deportes en la sociedad contemporánea», que al parecer era uno de los cursos más populares de los que se ofrecían en el ecc. La clase la daba Hal Briggs, que había sido periodista deportivo en el *Herald* y acababa de morir de un ataque al corazón en una barbacoa del Día del Trabajo, delante de su esposa, hijos y vecinos. Eve había visto el obituario en el periódico.

—Era demasiado joven —comentó la profesora Fairchild—. Solo tenía cuarenta y nueve años.

—¿Estaba usted allí? —preguntó un barbudo llamado Barry, que explicó que era propietario de un bar deportivo en Waxford—. ¿En la barbacoa?

—No, gracias a Dios. —La profesora se enroscó un mechón de pelo alrededor del dedo índice, como si siguiera en el instituto—. Briggsy y yo solo éramos compañeros de trabajo. Y los dos jugábamos en la liga de baloncesto de la facultad los domingos por la mañana. —La evocación del recuerdo la hizo sonreír—. Tenía el tiro en suspensión con menos estilo que he visto en mi vida.

—¿Era una liga mixta? —preguntó Dumell, el tipo negro con aire preocupado.

—Me alegro de que hagas esta pregunta —dijo la profesora—. Es exactamente el tipo de presuposiciones que vamos a analizar a lo largo del semestre. El modo en que nuestras preconcepciones sobre el género condicionan nuestras respuestas en el entorno social. Pero creo que primero debemos desmontar tu pregunta.

—¿Qué significa eso?

—Significa que me gustaría que expusieses la pregunta que hay detrás de tu pregunta. En otras palabras, ¿qué estás preguntando en realidad?

—Vale, ya lo capto. —Dumell asintió dubitativo. Parecía un poco más preocupado que antes—. Bueno, ¿había más mujeres aparte de usted en el equipo?

La profesora Fairchild le dio una vuelta a la respuesta.

—¿Y si te dijese que había jugadores de todo el amplio espectro sexual? ¿Sería una respuesta satisfactoria a tu pregunta?

—Supongo que sí —dijo Dumell—. Pero es un poco enrevesado, ¿no le parece?

—Lo es —respondió la profesora—. Y tiene sentido que así sea. Porque en lo que respecta a los géneros nada es sencillo. Nada es natural. Es un campo de minas ideológico que atravesamos cada minuto del día. Y sobre eso versa este curso. Cómo atravesar el campo de minas sin herir los sentimientos de nadie o saltar uno mismo por los aires.

Cuando terminó la clase, Eve se dirigió hacia la salida del edificio con Barry, el barbudo dueño de un bar, pegado como una lapa, sin que ella hubiera hecho nada para animarle a ello. Habían formado pareja al azar en un ejercicio de clase y se habían pasado la mayor parte de la última media hora intercambiando «historias de género», concentrándose, según las instrucciones de la profesora, en momentos de confusión, duda y/o vergüenza relacionados con el género.

—Ha sido muy intenso —dijo él—. Tengo varias exmujeres que no me conocen tan bien como tú ahora.

Eve no se lo dijo, pero dudaba que las exmujeres de Barry tuvieran quejas por no haberlo conocido suficientemente bien. Era de esos tíos que no daban más de sí, un capullo brabucón que había empezado su conversación asegurando que él jamás en la vida había experimentado un solo momento de confusión, duda o vergüenza en relación a su identidad de género. La historia de la vida de Barry, según su propia narración, se resumía del siguiente modo: primero fue un niño, después un hombre. El recorrido del punto A al punto B fue en línea recta, claro y divertido.

—No le veo ningún sentido a este ejercicio autoexploratorio —había comentado durante la actividad—. Nací con pene. Fin de la historia.

Eve intentó sonsacarle algo, preguntándole si no le hubiera gustado poder quedarse embarazado o dar de mamar a un niño. En una ocasión Ted había comentado que la capacidad de llevar un bebé dentro era un superpoder

femenino —intentaba animarla en un momento especialmente duro y engorroso del tercer trimestre— y a Eve esa idea se le había quedado grabada.

—Es lo más parecido a un milagro —dijo Eve—. Sentir cómo va creciendo esa personita que llevas en las entrañas y después, cuando nace, alimentarla con tu cuerpo. Imagino que la mayoría de los hombres estarán al menos un poco celosos.

Barry se rio entre dientes de forma ostentosa, como felicitando a Eve por su hábil jugada.

—Dios bendiga a las mujeres —dijo él—. Y gracias por el servicio prestado. No sé cómo sois capaces de hacerlo.

Y a continuación se lanzó a una inacabable e innecesariamente gráfica descripción del peaje que la maternidad se había cobrado en el cuerpo de su primera esposa, sobre todo en los pechos, que desde entonces, sentía decirlo, no habían vuelto a ser los mismos. Él esperaba que se recuperasen, por decirlo de algún modo (eran su mejor atributo), pero eso no sucedió. Al menos aprendió la lección: cuando su segunda mujer se quedó embarazada, la convenció de alimentar al bebé con biberón y resultó ser una buena decisión. Al crío le dio igual y «las tetas de mami», esas fueron sus palabras exactas, siguieron milagrosamente turgentes. En cambio, sí que ensanchó un poco de cintura, pero no fue eso lo que hizo naufragar el matrimonio. Tenían problemas más importantes, sobre todo el lío de él con una camarera de veinticinco años que no tardaría en convertirse en su tercera esposa. Con esta impuso una ley, «nada de hijos», algo que a ella le pareció bien hasta que cumplió los treinta y cambió de opinión, lo cual acabó con el matrimonio.

—Dios mío —exclamó Eve—. ¿De cuántas exmujeres estamos hablando?

—Solo estas tres. Desde entonces me he echado algunas novias, pero no es tan fácil convencerlas de convertirse en mi Esposa Número Cuatro. Y créeme que lo he intentado.

En el aula Eve había escuchado la accidentada historia de Barry con distanciamiento científico; se trataba de escribir un perfil del individuo, no de juzgarlo por sus defectos. Sin embargo, ya en el aparcamiento, la invadió una sensación retroactiva de repulsión, incrementada por el hecho de que ese tipo

la agobiaba mientras caminaban, rozándola de tanto en tanto con el hombro de un modo que podría haber parecido amistoso, o incluso seductor, si él no hubiera puesto en evidencia su condición de baboso insensible.

—Ya soy mayorcita —le dijo Eve—. No hace falta que me acompañes hasta el coche.

—Y yo soy un caballero de la vieja escuela. Un poco de caballerosidad nunca está de más, ¿no crees? Las mujeres dicen que no les gusta, pero la experiencia me dice que agradecen mucho que les sostengas la puerta, te encargues de la cuenta en cuanto la traen o les regales flores.

Eve no quería admitirlo, pero había dado en la diana. Las cosas habían cambiado tanto a lo largo de su vida que las mujeres de su edad tenían la cabeza abarrotada con un montón de modelos de comportamiento diferentes: podías ser un ama de casa de la década de los cincuenta y una profesional liberada, una feminista militante y una recién casada que se sonroja, una atleta repleta de fuerza y una novia sumisa y dependiente. La mayor parte del tiempo podías saltar de un papel a otro sin demasiados problemas y sin ni siquiera percatarte de que hacías cosas contradictorias.

—Ahora resulta que hay cierta confusión entre los sexos — comentó Eve—. Supongo que esta noche he aprendido algo.

—Bueno, si vas a ponerte a estudiar esta mierda, lo suyo es hacerlo con un transexual, ¿no crees?

—¿Perdón?

—¿No lo sabías? —Barry parecía encantado con el candor de Eve—. Nuestra profesora antes era un tío.

—¿En serio?

—Pues sí. Margo era Mark Fairchild. Un gran jugador de baloncesto universitario. Incluso llegó a jugar como profesional un par de años en Europa. —Barry meneó la cabeza—. De hecho, como mujer no está nada mal.

A Eve la perplejidad le duró poco. Ahora que sabía en qué tenía que fijarse, era evidente: la voz, las caderas, los inadecuados pechos, el acertijo sobre la liga de baloncesto «mixta». Pero jamás lo hubiera adivinado sola.

«Vivir para ver», pensó.

—No había conocido a una persona transgénero en toda mi vida —dijo Eve—. O al menos eso creo.

—No es que me sienta atraído por ella —aclaró Barry, por si Eve había interpretado mal su comentario anterior—. Quiero decir que sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad? Pero para mí eso es demasiado. Me pregunto si se lo cuenta de antemano a los chicos con los que sale.

—¿Cómo sabes que sale con chicos?

—Es una intuición. ¿Crees que se habrá operado? No sé muy bien cómo funciona eso.

Eve se sintió aliviada al llegar a su coche. Por esta noche ya había tenido más que suficiente de Barry.

—Bueno. —Pulsó el mando y las luces del monovolumen parpadearon—. Supongo que nos veremos en la próxima clase.

—Eh —dijo Barry cuando ella se disponía a abrir la puerta—. ¿Te apetece una copa? Mi bar está calle abajo. Invito yo.

—Ha sido un día muy largo —le respondió ella—. Prefiero irme a casa.

—Como quieras —dijo Barry encogiéndose de hombros—. Lo dejamos para otra ocasión.

Era una pena que no le gustase al menos un poco, porque tomar una copa después de clase habría sido muy agradable. Por lo menos le habría proporcionado una excusa para seguir fuera de casa una o dos horas más, para posponer el inevitable momento de volver a casa y enfrentarse otra vez con el enorme vacío que había dejado su hijo, con el hecho de que había crecido y se había marchado, y Eve era consciente de que eso era lo lógico y adecuado —lo que la naturaleza dictaba— y que no tenía ningún derecho a quejarse.

Su vida se había convertido en eso: una quietud exánime, un leve pero persistente tufillo de putrefacción. Algo de lo que no tenía ningún derecho a quejarse.

No se entretuvo en la sala de la planta baja. Se sirvió una copa de vino, cogió el portátil y subió al dormitorio. Cerró la puerta con cerrojo tras ella, aunque no era un auténtico cerrojo, sino un simple pestillo comprado en una

ferretería que no serviría para impedir el paso de un intruso, pero al menos sí le daría unos segundos para reaccionar y, con suerte, tiempo suficiente para marcar el 911. Lo había instalado hacía seis o siete años, después de un par de embarazosos incidentes con Brendan, que había entrado en la habitación mientras se estaba vistiendo. Él insistió en que fue sin querer, pero ella no lo tenía tan claro —su hijo estaba entonces en la edad en que a los chavales se les despierta la curiosidad— y decidió que instalar algún elemento disuasorio sería de gran ayuda.

Durante los últimos años, desde que se abrió una cuenta, Facebook había formado parte del ritual nocturno de Eve al acostarse. La relajaba hacer un último repaso a las noticias más recientes antes de dormirse, hacer una visita a sus amigos y conocidos para recordarse que no estaba tan sola. Ellos siempre seguían allí, donde los había dejado, los sospechosos habituales que colgaban posts con los temas de siempre: recetas, aforismos, fotos escaneadas de los buenos viejos tiempos, las inevitables mascotas, declaraciones banales, memes ingeniosos, pensamientos profundos, despotriques políticos o vídeos virales. Un grupo de su ciudad natal había empezado un nuevo hilo alabando las virtudes del puesto de helados Freezy Cone en la calle Franklin (que había desaparecido hacía al menos dos décadas) y había acumulado ochenta y siete comentarios, la mayor parte de los cuales expresaban sentimientos del tipo «¡Yam!», «el mejor helado que ha existido» y «¡¡¡Vainilla con virutas de colorines!!!».

Eve se empeñó en leerlos todos. Eso por sí solo debería haber sido suficiente para dormir a cualquiera, pero al terminar Eve seguía completamente despierta, tan inquieta y despejada como cuando había empezado a leerlos. De manera que no le quedó otro remedio que hacer lo que se había prometido que no haría, aunque la verdad era que esa promesa la había hecho cruzando los dedos, consciente de que muy probablemente la rompiese.

Para ser una cuarentona sexualmente liberada, Eve había tenido, hasta hacía pocos días, una relación muy limitada con la pornografía. Recordaba haber ojeado siendo adolescente el alijo de revistas porno del hermano de una amiga y haberse sentido intimidada por la belleza retocada con aerógrafo de los modelos del desplegable central de la *Playboy* y muy impactada por las muy explícitas imágenes de «panochas» de *Hustler*. Su visceral desagrado adquirió perfil ideológico en la universidad, donde era dogma de fe feminista que la pornografía degradaba y objetualizaba a las mujeres, explotándolas por el puro beneficio económico. ¿Cómo iba a plantearse nadie tener algo que ver con un negocio asqueroso como ese?

Después de graduarse empezó a comprobar que esa opinión no era compartida de forma universal. Conocía a un montón de tíos supuestamente cultivados a los que al parecer les gustaba el porno, o al menos les gustaba bromear sobre que les gustaba el porno, pero lo que de verdad le sorprendió fue descubrir que cierto número de amigas también eran fans del asunto. Allison, su compañera en el posgrado, le contó que ella y su novio dedicaban los viernes a ver porno y ambos se pasaban la semana esperando que llegase ese momento. (Allison también tenía un vibrador al que llamaba Black Betty y que medio en broma describía como lo mejor que le había pasado en la vida.)

Sucumbiendo a la presión ambiental, en los inicios de su matrimonio Eve y Ted habían alquilado una película titulada *Jodiendo a mi secretaria* — fue en los tiempos en que todos los videoclubs tenían una sección X, casi siempre oculta en el sótano o apartada en una sala aparte—, pero solo aguantaron un par de minutos antes de tirar la toalla. Los actores parecían *freaks* de feria, la secretaria lucía unos pechos que desafiaban a la gravedad y el jefe mostraba una erección del tamaño de un calabacín de premio. A Eve y Ted no les motivó lo más mínimo, así que apagaron el vídeo e hicieron el amor, encantados de manejar sus propios equipamientos de dimensiones humanas. Su historia X básicamente se acabó ahí. Eve nunca había navegado por internet en busca de porno y casi nunca pensaba en ello, salvo con inquietud maternal.

Por eso se sintió tan rara al volver por sexto día consecutivo a [milfateria.com](http://milfateria.com) (¡El mayor bufet libre del mundo de porno milf amateur!),



desplazando el cursor por las imágenes en miniatura de los clips colgados hacía poco. *Mamada de deliciosa esposa, Anal MILF con corrida, Abby adora pollón negro, Primera vez ante la cámara de la sexy Samantha, Supermami viciosa se la mete como una campeona.* Supermami viciosa. A Eve la descripción le hizo sonreír y clicó en el link. Merecía la pena echar un vistazo.

Había sido el mensaje de texto anónimo, el que había recibido el viernes por la noche, lo que la había llevado hasta allí. Lo había olvidado por completo hasta el sábado por la mañana, cuando encendió el teléfono y se volvió a topár con el estúpido mensaje:

«Eres mi milf!»

No tenía muy claro por qué le había molestado tanto. Lo más probable es que fuese una broma inocente, obra de un adolescente borracho mientras se bebía los últimos lingotazos de la noche. Este tipo de textos eran el equivalente a una llamada obscena.

«Mándame una foto desnuda!!»

Lo único que tenía que hacer era borrarlo y olvidarse. Pero siguió mirando esas palabras que flotaban en la pantalla como si tuviese todo el derecho del mundo a invadir su móvil. Antes de tomar conciencia de lo que estaba haciendo, ya había tecleado una respuesta.

«No soy una milf, pedazo de mierda.»

Por suerte se impuso el sentido común antes de pulsar el botón de enviar. No tenía ni pies ni cabeza entablar un diálogo con un perverso, dándole la satisfacción de una respuesta, una recompensa por su acoso.

MILF.

Eve por supuesto sabía lo que significaba el acrónimo —no vivía aislada del mundo— o al menos creía saberlo. Tal como ella lo entendía, no era más que una puesta al día del nombre que se le daba al clásico estereotipo de la señora Robinson, la mujer de mediana edad depredadora que dirigía su atención hacia los hombres jóvenes, incluso tal vez a los chicos de la edad de

Brendan. Esto era lo que más la inquietaba, la posibilidad de que el texto lo hubiera escrito alguno de los amigos de su hijo, o incluso tal vez su nuevo compañero de habitación.

«Quiero correrme en tus tetorras caídas!!!»

¿Qué tipo de persona le soltaría esto a la madre de un amigo? ¿Y si era Wade o Tyler o Max, chavales a los que conocía desde que iban a la guardería, a los que había llevado a la playa y que habían dormido en su casa? Le revolvió el estómago imaginarse a uno de ellos pensando en su cuerpo de un modo tan lascivo.

«Y no las tengo caídas», pensó indignada. «De hecho las tengo bien firmes.»

Una de las cosas que había aprendido rastreando por la web esa mañana era que había estado mezclando los conceptos *cougar* y *milf*, que resultó que no eran en absoluto sinónimos. *milf* era un término más amplio y pasivo, que cubría a «cualquier madre sexualmente deseable». Lo cual significaba, descubrió Eve, que una no podía decir «No soy una *milf*», porque la denominación de *milf* dependía de los ojos del que miraba. El otro detalle que había descubierto era que no se podía escribir el término en Google a menos que uno quisiera nadar por un océano de porno.

No había la menor duda de que *milfateria.com* formaba parte de esa «fosa séptica desregularizada» de la que les había hablado años atrás el ayudante del fiscal del condado en aquella reunión de la asociación de padres. A Eve lo que veía allí la dejaba atónita y en muchos casos le repugnaba. La web le producía rechazo —le hubiera horrorizado encontrarse con algo similar en el ordenador de su hijo— y deseaba de corazón que no existiese. Pero no podía dejar de mirarla.

Algunas de las supuestas «*milf amateurs*» eran sin duda alguna estrellas porno, con sus pechos siliconados y sus brasileños completos, pero la gran mayoría parecían mujeres corrientes. Tenían estrías, cicatrices de cesárea, pecas en la cara y en el culo, moratones y sarpullidos, celulitis, vello en las axilas y en el pubis. Algunas llevaban las gafas puestas durante el acto sexual, y más de las que una se hubiera imaginado lo hacían con los calcetines puestos. Muchas de ellas tenían pinta de vivir en casas muy modestas o apartamentos minúsculos. Si bien algunas de las mujeres parecían

incómodas haciendo lo que hacían, otras miraban directamente a la cámara, como si estuviesen más interesadas en quienquiera que las estuviese mirando que en sus compañeros de cama. ¡Y los hombres! Eran (al menos la gran mayoría) un muestrario de horrores: velludos y panzudos, jadeantes y demasiado locuaces para el gusto de Eve. Les encantaba narrar sus orgasmos en tiempo real —«¡Me corro, nena!»— como si el mundo entero estuviera esperando la información actualizada.

La semana anterior Eve había dedicado más tiempo del que le habría gustado admitir a ver vídeos de milfateria y apenas había rascado la superficie. La web estaba organizada por categorías (milf oral, milf anal, trío milf, milf lesbo, milf negra, milf sola, etc.), por características corporales (milf tetona, milf depilada, milf culona, milf pelirroja) y también por nacionalidades (milf turca, milf alemana, milf canadiense, milf japonesa, milf israelí, milf iraní y suma y sigue), unidas por su disposición a practicar sexo ante la cámara y compartir su experiencia con el resto del mundo (a menos que fuese un hombre quien lo compartiese sin el consentimiento de ellas, lo cual es probable que fuese frecuente). La cantidad de vídeos era apabullante. Resultaba imposible verlos todos aunque una quisiera. Había tal cantidad que parecía solo cuestión de tiempo que Eve acabase topándose con alguna conocida, una compañera de clase de instituto, una vecina o quizá con su vieja amiga Allison.

Cada vez que iniciaba una sesión, su reacción era la misma: ¡Puaj! ¿Cómo pueden hacerlo? ¿Cómo puede la gente mostrarse de este modo? La simple visión de toda esa carne desnuda la apabullaba y la repelía. La abochornaban las guarradas nada imaginativas que decían los participantes y lo predecible de sus acciones. La repugnaban en especial los vídeos que se centraban en exclusiva en los genitales, los primeros planos de penes y vaginas. Y tantos años. Necesitaba ver caras para valorar a la persona a la que estaba viendo. Eso era lo único que de verdad importaba.

Era como en una cita a ciegas o una fiesta. Había personas que te gustaban de inmediato y otras que rechazabas al instante. Con otras en cambio tenías dudas. La supermami viciosa era horripilante, una mujer con

una sonrisa bobalicona haciendo un striptease chapucero con un televisor encendido al fondo. Eve clicó para cerrar ese vídeo y echó un vistazo a *¡MILF sueca con dildo rosa!* y después a *Italiana garganta profunda* y a *Polvo matinal de la sexy Abigail*. Ninguno le motivó lo más mínimo.

Pero siempre había más opciones. Y al final —esa noche fue con *¡Dama con clase ama esta polla!*— se producía el milagro. La pareja que apareció en la pantalla parecía inspirada e incluso afortunada, se los veía vivaces y felices, nada pendientes de la cámara. Podían provocar cierta envidia, pero sobre todo daban ganas de agradecerles que compartiesen ese momento contigo, y entonces caía la última barrera y tal vez durante uno o dos minutos tenías la sensación de estar allí con ellos, como cuando escuchabas una buena canción por la radio y sin darte cuenta de pronto estabas coreándola.

## SEGUNDA PARTE

Se acabaron las reticencias

## Un problema en Sunset Acres

Solo era jueves por la tarde, pero Amanda Olney ya notaba la proximidad del fin de semana como si se tratase de una enfermedad, un caso leve de gripe o un pequeño desarreglo intestinal, el tipo de achaque que no te obliga a meterte en la cama pero sí te mantiene apalancada en el sofá, incapaz de hacer frente a cualquier interacción humana y sin otro remedio que esperar a que se te pase ataviada con unos pantalones de chándal, atiborrándote de Netflix y tisanas, como una cuarentena de cuarenta y ocho horas, hasta que llega el lunes y puedes regresar al trabajo.

Tenía claro que sonaba patético. Era exactamente lo contrario a cómo se suponía que debía sentirse una siendo una jovencita soltera con un trabajo de oficina que no daba ni para pipas y que parecía una burla después de la cara educación recibida; un trabajo que encima te obligaba a pasarte buena parte de tu tiempo en compañía de ancianos, algunos física y/o mentalmente mermados, y otros muchos puros cascarrabias. Se suponía que una debía estar encantada con la llegada del fin de semana, esa brevísima ventana de libertad, la única oportunidad para quitarse de encima el hedor del aburrimiento con un estallido de diversión. Había que utilizarlo para beber y follar hasta llegar a un estado de venturosa evasión, cuyo recuerdo permitía acumular fuerzas para la semana de trabajo que venía a continuación, al final de la cual el ciclo se repetía, y así *ad infinitum*, o al menos hasta que una encontraba al tío (o tía) adecuado y sentaba la cabeza.

La verdad es que Amanda había intentado todo esto y lo único que había conseguido era una depresión de caballo. Mejor optar por una actitud monjil que pasarse cada domingo machacándose por las pésimas elecciones que había hecho el viernes y el sábado por la noche. De hecho, en esta particular encrucijada de su vida, no le hubiera importado que se aboliesen por completo los fines de semana. Ella hubiera estado encantada de trabajar siete días a la semana, parapetada detrás de su escritorio metálico de color beis, dedicándose a hacer llamadas telefónicas y rellenar papeles y pensando en

cómo mantener a los abuelos de Haddington ocupados durante la jubilación sin sobrepasar el presupuesto del centro.

Además de organizar los eventos y actividades, Amanda era la responsable de preparar un boletín informativo mensual llamado *La Voz de Haddington*. Una de las secciones fijas era un resumen informal de los acontecimientos más relevantes desde la entrega anterior: el nacimiento del séptimo nieto de Eleanor Testa, la magnífica recuperación de Lou LaGrande después de su operación de corazón, las bodas de oro de Dick y Marilyn Hauser. Estaba añadiendo algunos temas a la lista —*Tres hurras por Joy Malone, que ha quedado quinta en la división de mayores de setenta años de la competición de 5K en el parque Finley. ¡Felicidades, Joy! ¡Eres una inspiración para todos! Y felicitaciones a Arthur Weber por la anchoa de banco de cinco kilos que pescó en Cape Cod. Era casi tan grande como la que se le escapó, ¿verdad, Art?*— cuando Eve Fletcher asomó la cabeza en su diminuto despacho sin ventanas.

—Hola —dijo—. ¿Has solucionado lo del autobús?

Amanda asintió, feliz de ser portadora de buenas noticias.

—Ha costado un poco, pero al final he contactado con el propietario y le he explicado la situación. Dice que nos van a poner un pullman por el mismo precio.

—¿Con un lavabo en condiciones?

—Eso es lo que me ha dicho.

Eve lanzó un teatral suspiro de alivio.

—Gracias a Dios. Era inviable meter a un grupo de ancianos en un autobús escolar para llevarlos hasta Foxwoods. Hubiera sido un desastre.

—Por nuestra parte ya está todo solucionado —le aseguró Amanda—. El resto ya es cosa de Frank Sinatra Jr.

—Seguro que estará fantástico. —El tono de Eve sonaba confiado, pero la expresión de su rostro mostraba otra actitud—. Me gustaría acompañarte, pero esa noche tengo clase.

—No te preocupes —le respondió Amanda—. Todo controlado.

—Excelente. —Eve juntó las palmas de las manos en un aplauso silencioso—. Bueno, que tengas un buen día. Yo hoy me marcharé un poco antes.

—Qué suerte.

—No creas. Voy a un velatorio. Roy Rafferty.

—Oh. —Amanda hizo una mueca de complicidad—. Ya lo he oído. Pobre hombre.

—¿Quieres venir?

Amanda echó un vistazo a la pantalla de su ordenador.

—Tengo que acabar este artículo.

—No te preocupes —dijo Eve desde la puerta—. Nos vemos mañana.

El tramo final de la jornada laboral se le hizo eterno, con ese lapso temporal entre las cuatro y media y las cinco expandiéndose hasta el infinito, cuando ya no le quedaba nada por hacer y mataba el rato navegando por la red, simulando estar ocupada por si uno de sus compañeros pasaba por el pasillo. En un lugar de trabajo más humano y racional, una de esas empresas tecnológicas de la zona de la bahía de San Francisco con mesas de ping-pong, máquinas de *espresso* y salas para echar una siesta de las que estaba harta de oír hablar, podría haber dado por concluida la jornada y salido a respirar aire fresco, pero el centro para mayores era una empresa gubernamental a la vieja usanza. Te pagaban por calentar la silla con el culo pegado a ella, no por la calidad de tus ideas o por la eficacia del trabajo que realizabas. Era un ejemplo más de lo mal organizado que estaba todo. ¿No sería mucho más justo que machacas como ella dispusiesen de horarios flexibles y de las comodidades de esos hipsters? Los que ganaban sueldos de seis dígitos ya se podían comprar ellos mismos el puto *macchiato*.

Pensándolo bien, debería haber aceptado la invitación medio en serio de Eve para acompañarla al velatorio de Roy Rafferty. No habría sido lo más divertido del mundo pasarse el final de una hermosa tarde de otoño sentada en un tanatorio, pero al menos podrían haber ido juntas hasta allí en coche y tal vez tomarse una copa al acabar. Una buena ocasión para salir y conocerse un poco mejor fuera del contexto laboral.

Amanda no estaba segura de si quería a Eve como mentora o como amiga, pero en su vida había espacio para ambas cosas. O tal vez fuera que echaba de menos a su madre —solo hacía seis meses que había fallecido,



aunque la mayor parte del tiempo a ella le parecía que hubiera sucedido ayer — y buscaba una sustituta, una mujer de más edad y con más experiencia en la que encontrar apoyo emocional, aunque Eve no tenía ni mucho menos una edad similar a la de su madre ni había mostrado ningún interés en convertirse en parte de la red de apoyo de Amanda. En todo caso, ella misma parecía un poco triste. Amanda la había pillado in fraganti llorando en su despacho, pese a que Eve lo había negado, lo cual hacía que Amanda se sintiese mucho más próxima a ella y pensara que ojalá pudieran romper la rígida y artificial barrera que separaba a jefa y empleada y encontrar un modo de tratarse como iguales.

Estaba navegando por una lista viral que estaba segura de haber visto antes —*Veintinueve celebridades que no tenías ni idea de que fuesen bi*— cuando sonó el teléfono. El reloj del portátil marcaba las 4.52, lo bastante tarde como para que la llamada pareciese abusiva si no era alguna emergencia.

—Actividades —dijo con cautela—. Le habla Amanda.

—Hola, Amanda —saludó una rasposa voz femenina al otro lado de la línea—. Soy Grace Lucas.

—Ahá. —El nombre no le decía nada a Amanda—. ¿En qué puedo ayudarla?

—No me conoces —continuó Grace Lucas. Parecía un poco ida, tal vez bajo medicación—. Soy la mujer de Garth Heely.

«Por supuesto», pensó Amanda irritada. Cuando tenías un trabajo como el de coordinadora de actividades, siempre topabas con alguien que te hacía la vida imposible. En esos momentos, para Amanda esa persona era Garth Heely, un autor local de medio pelo con el que habían cerrado una charla en noviembre dentro del ciclo mensual de conferencias del centro. Abogado jubilado, Garth Heely había autoeditado tres novelas protagonizadas por Parker Winslow, un sabueso de cabellos plateados que ejercía su oficio en Sunset Acres, una comunidad para jubilados con un índice de asesinatos inusualmente elevado. Amanda las había leído todas —¡era su trabajo!— y eran más dignas de lo que se esperaba, salvo por el hecho de que en las tres resultaba que el asesino era una persona de color: una enfermera jamaicana

en *Un problema en Sunset Acres*, un urólogo indio en *Más problemas en Sunset Acres* y un fisioterapeuta guatemalteco en *Alboroto en Sunset Acres*. Cuando ella le hizo notar este desafortunado patrón, consideró que de un modo diplomático, Garth Heely se puso a la defensiva de inmediato y le dijo que estaba hasta las narices de tanta corrección política por todos lados, de que todo el mundo estuviese obsesionado con el color de la piel de los demás en lugar de fijarse en el carácter. Y a continuación sugirió que quizá fuese ella la racista al meter a todos los que no eran blancos en el mismo saco, como si no hubiera diferencias entre Kingston y Calcuta.

—¿Ha estado alguna vez en Calcuta? —le espetó.

Amanda admitió que no.

—Bueno, pues resulta que yo sí —dijo él—. Y créame, querida, ¡no se parece nada a Jamaica!

A Amanda no le cogió desprevenida esa actitud de ofendido candor. Era algo a lo que se había acostumbrado trabajando en el centro para mayores. Mucha gente blanca de avanzada edad seguía actuando como si vivieran en 1956, como si pudiesen decir lo que les viniese en gana y no tuviesen que asumir ninguna responsabilidad por sus palabras. Poco después de que la contratasen, había llamado la atención a dos mujeres por utilizar un término ofensivo para referirse a la gente de color en una conversación anodina (las dos estaban tejiendo jerséis para bebés) y la miraron como si hiciese una montaña de algo sin importancia, ya que no había ningún negro cerca que pudiera oírlas. No solía haberlos; Haddington era de ese tipo de ciudades.

Garth Heely no era un racista redomado, tan solo un hombre blanco adinerado, en ocasiones encantador, de una cierta edad e incapaz de ver su situación privilegiada. Y, algo nada sorprendente, era petulante y condescendiente. A Amanda, lo único que le llamó la atención es que ese individuo actuase como una diva, teniendo en cuenta que era un escritor del que nadie había oído hablar, con un puesto insignificante en el ranking de ventas de Amazon.

—Señora, ¿en qué puedo ayudarla?

—Llamo de parte de mi marido —dijo Grace Lucas—. Me temo que va a tener que cancelar la charla.

«Oh, Dios mío», pensó Amanda.

Justo el día antes, ella y Garth Heely habían estado discutiendo sobre los folletos que el centro había diseñado para publicitar la conferencia. A él le parecían aburridos —«lo eran, lo reconozco», pensó Amanda— y sugirió que los imprimiesen en papeles de colores vistosos, tipo rosa, amarillo y azul claro. Amanda le explicó que eso no iba a ser posible porque el presupuesto no les llegaba para utilizar papel de colores.

—¿Hola? —dijo Grace Lucas—. ¿Sigue usted ahí?

—Sí, sigo aquí. —Amanda notaba el sudor en la piel bajo el vestido. Solo llevaba unos meses trabajando en el centro para mayores y lo último que necesitaba era tener que entrar en el despacho de Eve para explicarle que el conferenciante de noviembre había cancelado su charla por una disputa trivial—. Por favor, dígame al señor Heely que me expresé mal. No habrá ningún problema en imprimir los folletos en papeles de colores.

El silencio al otro lado de la línea parecía más perplejo que gélido. Amanda estaba a punto de añadir una disculpa a la oferta cuando Grace Lucas le informó:

—Querida, Garth ha muerto.

—¿Qué? —Amanda se echó a reír y de inmediato se contuvo—. Hablé con él ayer por la mañana. Estaba perfecto.

—Lo sé. —Había un toque de contenido desconcierto en la voz de Grace Lucas—. Murió justo después. Usted fue la última persona que habló con él. Seguía con el teléfono en la mano cuando lo encontré.

«Oh, Dios mío», pensó Amanda. «Lo he matado.»

—Lo siento muchísimo —dijo.

—Gracias, querida. —Grace Lucas dejó escapar un resignado suspiro—. Ojalá hubiera podido terminar el libro en el que estaba trabajando. Decía que iba a ser la mejor novela de Parker Winslow. Ahora nunca sabremos quién era el asesino.

Amanda estuvo tentada de preguntar si en el libro había algún asistente sanitario que no fuese blanco —«¡Ese es su asesino!»—, pero la distrajo una súbita sensación de alivio, porque iba a resultarle mucho más fácil explicarle a Eve que el acto se cancelaba debido a la repentina muerte de Garth Heely y no por una discusión sobre el color del papel de los folletos.

—Lo voy a enterrar con su traje azul. —La voz de Grace Lucas sonaba vaga e íntima, como si estuviese hablando consigo misma—. El azul le sentaba de maravilla.

Los velatorios y funerales eran una parte ineludible de la vida profesional de Eve e intentaba abordarlos con frialdad profesional. Asistía a ellos cumpliendo con su cargo, presentaba sus respetos a los familiares del fallecido y se marchaba a casa. Ni dramas, ni sentimientos a flor de piel ni lágrimas.

Esa noche, sin embargo, sí estaba un poco tocada. La noticia del fallecimiento de Roy Rafferty la había conmocionado, porque llegó poco después de que le hubiera prohibido la entrada en el centro después del incidente exhibicionista en el lavabo de señoras. No se sentía culpable por la decisión —como directora no tenía otra opción—, pero el recuerdo de aquello todavía le ponía mal cuerpo. Al recordarlo ahora, parecía muy cruel e innecesario humillar de ese modo a un anciano enfermo al que solo le quedaba un mes de vida, aunque cuando tomó esa decisión Eve no tenía modo de saberlo. Lo único que sabía era que había causado dolor a una persona por la que sentía afecto, y eso siempre pasaba factura, aunque una se limitase a cumplir con su deber. Te hacía sentir zafia y mezquina, expuesta a las leyes del karma. Y también le planteaba la duda de si hacía bien yendo allí.

Muchos de los velatorios a los que acudía eran convocatorias desangeladas que congregaban a cuatro gatos, con un cadáver, unos cuantos ramos de flores y un puñado de aburridos asistentes, ninguno de los cuales se tomaba la molestia de simular que estaba muy afectado. Eve se sintió aliviada al comprobar que esa noche no era así. El aparcamiento estaba lleno y también la sala de vela, con una larga fila de personas colocadas junto a la pared que avanzaban poco a poco hacia el féretro abierto. La nutrida concurrencia era un homenaje a los lazos que habían unido a Roy con Haddington a lo largo de toda su vida, a su compromiso con diversas organizaciones cívicas y a su larga y exitosa carrera en el negocio de la

fontanería, amén de su condición de tipo encantador hasta que la demencia senil se apoderó de él.

En lugar de sumarse a la cola, Eve se sentó en una silla con un cojín de terciopelo en la penúltima fila de la sala, cerca de un grupo de señoras que frecuentaban el centro para mayores. Una de ellas era Evelyn Gerardi, la mujer con enfisema que había sido víctima de la exhibición indecente de Roy.

—Es una lástima —susurró Eve—. Qué pena.

Las señoras asintieron pesarosas mostrándose de acuerdo y murmuraron que Roy era un encanto, un buen padre y muy guapo de joven. Eve se volvió para contemplar el féretro, oculto por un muro de trajes oscuros y vestidos negros. Permaneció sentada e inmóvil un rato, intentando convocar una imagen mental del fallecido, no del ofuscado alborotador de la etapa final, sino del tipo chuleta y parlanchín al que había conocido una década antes, el hombre fornido con el cabello cano cortado a cepillo y un centelleo pícaro en la mirada. Los viernes siempre lucía camisas hawaianas —su favorita era la del estampado con piñas y loros— y le encantaba flirtear con el personal femenino del centro, Eve incluida.

Lo que más recordaba de él era cómo había cuidado de su esposa tras la muerte del hijo mayor, hacía cinco o seis años. A Joan le afectó mucho —¿Y a quién no? Nick seguía siendo su chiquillo, pese a que tenía cincuenta y dos años cuando falleció— y fue como si después de eso aquella mujer perdiese toda su felicidad y vitalidad. Roy empezó a cogerle la mano en público, un gesto que jamás había tenido con anterioridad, y la trataba con extrema delicadeza, le retiraba la silla para ayudarla a sentarse, la ayudaba a ponerse el abrigo, le preguntaba si necesitaba algo en voz baja y solícita. Ese era el hombre del que Eve venía a despedirse, y esperaba que la familia Rafferty aceptase sus condolencias sin rencor y la perdonase por el desafortunado papel que le había tocado representar en el capítulo final de la vida del finado.

La fila se había reducido mucho cuando Eve se puso en pie y se dirigió hacia el pedestal ante el féretro, respirando por la boca para evitar la empalagosa fragancia de los ramos de flores, que siempre la aturdía un poco. Detestaba esta parte del ritual, ese momento escalofriante en que te encarabas

con un objeto inerte que parecía una burda réplica de una persona a la que conocías pero que, claro está, era esa persona. Como de costumbre, toda la puesta en escena parecía un poco errada, desde el traje gris que llevaba Roy —en opinión de Eve, una cazadora y una camisa hawaiana hubieran sido lo adecuado— hasta la cajetilla de Camel y la bolsa de tiras de carne deshidratada que alguien había colocado en el féretro para hacerle más grato el viaje. Ninguna de las dos cosas parecía apropiada. Roy había dejado de fumar y renegaba de la carne roja desde hacía años. Pero el gran problema era el aspecto vacío de su rostro. Roy era una persona muy sociable, alguien que siempre se alegraba de verte y se interesaba por lo que decías, aunque te limitases a hablar del tiempo. La apatía no era propia de él.

Algunas personas besaban la frente del muerto, pero a Eve el gesto le parecía perturbador y teatral al mismo tiempo, además de poco higiénico. Optó por darle dos palmaditas muy rápidas en la mano.

—Adiós —susurró—. Te vamos a echar de menos.

Todos los hijos vivos de Roy esperaban de pie para recibir el pésame de los asistentes y a ninguno de ellos le pareció raro o insolente que Eve apareciese por allí. Las dos hijas —se llamaban Kim y Debbie, aunque Eve no lograba recordar quién era quién— la abrazaron y le comentaron que a su padre le encantaba ir al centro para mayores y que siempre hablaba maravillas de las personas que trabajaban allí. Eve les aseguró que el cariño era mutuo y que su padre era un hombre entrañable que le alegraba el día a todo el mundo.

George Rafferty se mostró más reservado que sus hermanas, pero no parecía guardarle rencor. Se lo veía un poco aturdido o simplemente agotado.

—Gracias por venir —le dijo mientras le estrechaba la mano con robótica indiferencia—. Un día duro. Me alegro de verla. Significa mucho para nosotros.

Eve ni siquiera estaba segura de que la hubiera reconocido, de modo que salió del tanatorio un poco ofendida. «¡Venga ya, sabes perfectamente quién soy!» Estaba a punto de reírse por el egoísmo de su reacción, cuando, al llegar al exterior, la distrajo el aire fresco del anochecer, el azul ya negruzco del cielo y la calle recién asfaltada que tenía delante, con el pavimento oscuro partido por una línea de un amarillo chillón, un mundo tan inexplicablemente

bello que olvidó de inmediato lo que estaba pensando y permaneció allí plantada unos instantes, asimilándolo.

El profesor de bikram yoga de esa noche era Jojo, que no era el favorito de Amanda. Ella hubiera preferido a Kendra, una mujer enternecedora con un ligero sobrepeso que, durante la *savasana* al principio y al final de la clase, se ponía a leer meditaciones inspiradoras sobre la aceptación de uno mismo. Kendra deambulaba por la sala como un espíritu benigno, la deidad del estímulo, siempre con un comentario alentador a punto. A veces era todo lo que una necesitaba, un pequeño apoyo para alcanzar las posturas más complicadas, la *utkatasana* o el «poste en equilibrio», esas que te hacían odiar tu propio cuerpo y preguntarte qué hacías allí.

—¡Vamos allá, chicos! —Jojo daba palmadas como si estuviera entrenando a un perro—. ¿Dónde está la energía? ¡En el bikram yoga no valen las medias tintas!

Jojo era un apuesto asiático con cuerpo de gimnasta y alma de sargento instructor. Sus correcciones eran poco frecuentes y bruscas, y en ocasiones llegaban a rozar lo inapropiado, como si su falta de interés sexual hacia las mujeres le diese licencia para tocarlas donde y como le diera la gana.

Aun así, Amanda sabía que quejarse de Jojo era un brindis al sol, como lamentarse de los precios del Whole Foods. Porque era un auténtico milagro que hubiera algún profesor de bikram yoga en Haddington. Diez años atrás, cuando se marchó a estudiar a Sarah Lawrence, no había ni un solo centro de yoga en la ciudad. Ahora contaban con tres —Bikram, Prana y Serenidad Real, fuese lo que fuese este último—, además de un gimnasio de CrossFit, un restaurante vegano decente y un estudio de tatuajes cuyo propietario era licenciado por la Escuela de Diseño de Rhode Island. Sin ser consciente de ello, Amanda formaba parte de la ola de jóvenes hipsters que habían regresado a la ciudad, legiones de veinteañeros con títulos universitarios que ganaban unos sueldos míseros y no podían vivir en las zonas residenciales más caras y cercanas al centro y se instalaban en sitios más alejados y asequibles como Haddington, transformando las zonas de las que en el pasado se habían marchado y haciéndolas habitables o, al menos, soportables.

Había otro motivo de gratitud: las clases de Jojo estaban menos concurridas que las de Kendra, de modo que Amanda disponía de más espacio personal para estirarse, sin tener que preocuparse de que algún tío bruto se lo invadiese o de resbalarse al pisar algún charco de sudor masculino. Detestaba ser sexista, pero no podía evitarlo: en las clases de yoga los hombres eran unos guarros. Todo el mundo traspiraba, pero había ciertos tipos que lo hacían de un modo repulsivo, chorreando como grifos durante los noventa minutos de clase, y la gomaespuma de sus colchonetas rezumaba al pisarla.

Esa noche solo había cinco varones en la clase y, gracias a Dios, no conocía a ninguno. Hacía un par de semanas, una fila por detrás, se había encontrado a un tío al que había conocido en Tinder, un artista gráfico de cuarenta y dos años llamado Dell, con melena canosa y la barriga emergiendo por encima de la cinturilla de su pantaloncito Speedo. Sus miradas se cruzaron en el espejo frontal y él sonrió encantado con la sorpresa. Amanda fue consciente del escrutinio al que fue sometida durante las veintiséis posturas y eso le arruinó por completo la concentración. Y después ese hombre intentó hablar con ella en el aparcamiento, como si se conocieran de toda la vida en lugar de ser dos extraños que habían follado en una ocasión, porque dio la coincidencia de que ambos estaban aburridos y se sentían solos en el mismo momento.

No sabía muy bien por qué ese encuentro la había puesto tan nerviosa. Dell era un buen tipo (de hecho, habían funcionado bien en la cama) y estaba segura al noventa y nueve por ciento de que su presencia en la clase era pura coincidencia, y no el inicio de una pesadilla de acoso. Pero daba igual, le resultaba inquietante encontrárselo allí, fuera de contexto, como si fuese un verdadero ser humano en lugar de un fragmento de su imaginación sexual. Esa noche, al volver a casa, borró su cuenta de Tinder, para que jamás le volviese a suceder una cosa así.

En el centro para mayores, los tatuajes de Amanda eran una constante fuente de fricción con los usuarios y, en apariencia, toda una invitación a criticarla, como uno de esos adhesivos que se pegan en la parte trasera del coche en los



que se lee «¿Qué tal conduzco?». Ella pensaba que ojalá hubiera un número gratuito al que los indignados viejales pudieran llamar y dejar un mensaje con sus quejas, en lugar de abordarla en la sala de manualidades para comentarle que había cometido un tremendo error, que podría haber sido una chica guapísima y que en qué demonios estaba pensando.

—Al menos usa manga larga —le sugerían las dulces ancianitas—. Y optar por cuello alto y medias oscuras tampoco estaría de más.

Algo más sutil y mucho más frustrante sucedía en el vestuario del centro de bikram yoga, donde varias de las mujeres más jóvenes también lucían tatuajes, aunque más decorosos, propios de la clase media acomodada: un delfín en el hombro, una constelación de tres o cuatro estrellas alrededor del tobillo, un animado pajarillo en la nuca. La primera vez que se cambió allí, notó un repentino escalofrío de marginación: la estética más radical de sus tatuajes la convirtió de inmediato en una intrusa, la tía provocadora con la cobra alrededor de la pierna, la granada de mano en el pecho, la bomba anarquista en el muslo y el cuchillo de carnicero —el único tatuaje del que de verdad se arrepentía— goteando sangre en su brazo.

Ella intentaba compensarlo mostrándose muy amistosa, sonriendo a todo el que le pasaba por delante, pero los demás casi nunca le devolvían la sonrisa. La mayoría de ellos evitaban cualquier contacto visual, igual que Amanda trataba de evitar cruzar la mirada con la anoréxica de su antiguo gimnasio, aquella que parecía decidida a suicidarse en la máquina de correr. Sentías el impulso de mirarla, ¿cómo no iba a ser así?, pero había que evitar violentarla, de modo que lo mejor era ocuparte de tus asuntos y hacer ver que no estaba allí.

Cinco años atrás, cuando vivía con Blake en Brooklyn, le habría encantado esta sensación de ser una marginada, saber que era un poco demasiado provocadora para las mamis de la clase de yoga y las solteronas de Haddington, pero en estos momentos ya no era ese tipo de persona. Ahora se sentía sola e intentaba hacer nuevos amigos, y se le rompía un poco el corazón cada vez que se duchaba y se cambiaba sin intercambiar una sola palabra amable o una mirada de complicidad con nadie.

Se había acostumbrado hasta tal punto a sentirse ignorada que no supo qué pensar cuando salió de la ducha, con una toalla minúscula envolviéndole

el torso, y se percató de la presencia de una mujer esbelta y guapa que la miraba con expresión perpleja. Amanda no había cruzado con ella una sola palabra en las clases de bikram yoga, pero sí se había fijado en su presencia. Era difícil no hacerlo, porque era una de esas diosas del yoga de escaparate, en un estado de forma y con una flexibilidad envidiables, y la había visto contemplándose en el espejo con un aire de distanciamiento científico mientras realizaba con suma elegancia complicadas posturas, sin apenas sudar.

El espacio era muy estrecho, un único banco de madera entre dos hileras de taquillas, con varias mujeres deambulando en diversos estados de desnudez e intentando no chocar entre ellas. Amanda acababa de quitarse la toalla cuando sintió una presencia a su lado.

—Disculpa. —El tono de la mujer era sorprendentemente relajado, teniendo en cuenta que Amanda estaba desnuda y ella solo llevaba puestos los pantalones de yoga—. Creo que nos conocemos.

De cerca, la desconocida era aún más guapa. Tenía el cabello negro muy corto y unos ojos azules que parecían a un tiempo claros y radiantes. De la cintura de sus pantalones emergía un diminuto tatuaje, oscuro y arremolinado, un tornado o tal vez un cometa.

—¿Estudiaste en Haddington? —le preguntó—. ¿Coincidimos en el grupo avanzado de inglés el último año de instituto?

La voz le sonaba remotamente familiar, pero Amanda intentó en vano conectar esa cara con un nombre. No ayudaba que hubieran captado su atención los pechos de su interlocutora, pequeños y tersos, con unos vivaces y protuberantes pezones. Amanda no podía evitar preguntarse cómo se debía sentir una al tener unas tetas que desafiaban a la gravedad y un vientre tan plano que podía llegar a ser cóncavo. Contempló con anhelo la toalla que acababa de quitarse y que yacía ya inútil en el suelo.

—Perdona —dijo Amanda—. ¿Cómo te...?

—Beckett. —Tras un incómodo silencio, la mujer sonrió al caer en la cuenta de su error—. Pero en el instituto me llamaban Trish. Trish Lozano.

«Joder», pensó Amanda, «Trish Lozano». De pronto vio el fantasma de la chica a la que había conocido agazapado en el cuerpo de otra persona.

—No te había reconocido —le dijo—. En aquella época eras rubia.

—Por supuesto que sí —Trish negó con la cabeza—. Era un puro cliché. La maldita animadora guapita.

Amanda no sabía muy bien qué decir. Nunca se le había ocurrido pensar en Trish Lozano como un cliché. Era más bien el ideal platónico de cualquier chica en su etapa de instituto, guapa, jovial y superpopular, siempre metida en todos los saraos, y encima, inteligente, lo cual ya era el colmo.

—¿Y ahora te llamas Beckett?

—Me lo cambié en la universidad. Empecé una carrera como actriz y Trish sonaba muy insulso. Estábamos montando una producción de *Esperando a Godot* con todo el reparto femenino y, no sé, Beckett me pareció un nombre molón. —Trish puso los ojos en blanco al recordar a la jovencita pretenciosa que había sido—. Resulta que soy una pésima actriz, de modo que el nombre era absurdo. Pero lo mantuve. Estoy contenta con él.

Amanda notaba cómo iba asintiendo con una vehemencia un poco excesiva, como si estuviese recibiendo noticias de suma importancia, y sintió un vahído al pensar en la pinta que debía tener, rechoncha, sonrojada y desnuda, escuchando con suma atención a una hermosa mujer con los pechos al aire que se hacía llamar Beckett.

—Estás estupenda —dijo Trish, tocándole con suavidad el brazo—. ¿Sigues viviendo aquí?

—De forma temporal. —Amanda se sintió avergonzada y notó que se sonrojaba—. Vivía en Brooklyn con mi novio, pero... —Era una larga historia que no tenía ningunas ganas de ponerse a contar ahora. Se volvió hacia la taquilla abierta y rebuscó entre la ropa hasta dar con el sujetador—. ¿Y tú?

—He venido a ver a mi madre. —Trish hizo una mueca de disgusto, como si fuese una obligación latosa, como ser miembro de un jurado—. Ahora vivo en Los Ángeles. Me fui allí a estudiar en la escuela de cine y no volví a mirar atrás. Mi novio es director de fotografía. ¿Sabes lo que es, verdad? Así que no hay quien nos mueva de allí.

De forma involuntaria, Amanda clavó la mirada en la mano izquierda de Trish, en el elegante resplandor del pequeño diamante, sin asomo de ostentación ni obscena fanfarronería. Simplemente estaba ahí.

—Guau —dijo Amanda mientras se abrochaba el sujetador y después tiraba un poco de los aros para acabar de ajustárselo—. Suena fantástico.

Cogió las bragas, negras y de talle alto, con encaje en los laterales, y se las puso. Se sintió un poco mejor ahora que estaba presentable, contenta de haber elegido ese día una ropa interior elegante.

—¿Tú también trabajas en el mundo del cine?

—Fui ayudante de dirección durante algún tiempo, pero ahora doy clases en Soul Cycle. Lo más probable es que siga trabajando allí unos cuantos años más, hasta que forme una familia. —Trish se encogió de hombros, con un gesto de felicidad—. ¿Y tú?

—Estoy soltera —respondió Amanda, tratando de utilizar un tono neutro—. Estoy poniendo orden en mi vida. Trabajo de coordinadora de actividades en el centro para mayores. Organizan unos ciclos de conferencias bastante buenos.

Trish asintió, pero tenía la cabeza en otra parte, como si no escuchara.

—Es muy raro —dijo—. De vez en cuando sigo pensando en ti.

—¿En mí? —Amanda soltó una risa perpleja. Ella y Trish apenas habían intercambiado dos palabras en el instituto—. ¿Por qué?

—¿Te soy sincera? —dijo Trish—. La verdad es que me ponías nerviosa. Siempre me mirabas como si fuese una persona detestable, una pija superficial, y no podía entender por qué me odiabas tanto.

—No te odiaba —replicó Amanda—. Ni siquiera te conocía.

—No pasa nada —dijo Trish—. Tuve una epifanía en la universidad. De pronto lo vi claro: «¡Joder, yo era un mal bicho! ¡Por eso me odiaba!». A veces, incluso ahora, me despierto en plena noche y me siento avergonzada por cómo trataba a la gente, por lo jodidamente egoísta que era, comportándome como una princesita. Así que cuando te he visto aquí, he pensado que tenía que acercarme y pedirte disculpas. Arreglar las cosas.

—No tienes por qué disculparte.

—De verdad que lo siento —aseguró Trish, y antes de que Amanda se diese cuenta, estaban fundidas en un abrazo, las turgentes tetitas de animadora de Trish aplastadas contra su pecho—. Siento de corazón haber sido tan mala persona.

Eve no recordaba la última vez que había ido a un restaurante sola; no una cafetería ni un puesto de pizzas para llevar, sino un auténtico restaurante con camareros y servilletas de tela, un sitio en el que los otros comensales te miraban con lástima cuando te sentabas a una mesa para uno y después hacían todo lo posible por no volver a mirarte, como si tuvieses la cara desfigurada y no quisieran hacerte sentir incómoda. Y de hecho eso era mejor que descubrir en la sala a unos conocidos y tener que saludarles avergonzada desde la otra punta —«¡Pues sí, aquí estoy, más sola que la una!»— para después mantener la mirada clavada en el plato durante la siguiente media hora, hasta que tú o ellos salíais del restaurante.

Pero Eve había decidido hacerlo de todos modos, enfrentarse al apuro e intentar sobreponerse a él. Su inspiración era un texto que una conocida recién divorciada había colgado en Facebook —«¡Sola: quince cosas divertidas para hacer a solas... y disfrutar a solas!»— en el que señalaba que muchas mujeres solas se privaban de todo tipo de placeres por el miedo a sentirse incómodas, a ser vistas como inferiores por no ir en pareja o con un grupo de amigos. El texto instaba a afrontar ese miedo y a hacer lo que te apeteciese, porque acabarías dándote cuenta de que no había nada que temer.

«Adelante», concluía la autora. «¡Atrévete!»

Varias de las actividades sugeridas parecían más bien aburridas —«Date un largo baño caliente; prepárate una cena *gourmet* con velas para ti sola»—, pero también absurdas si de lo que se trataba era de superar el estigma de ser una mujer sola en un lugar público. Otras resultaban demasiado ambiciosas —«Desciende por un río en kayak; corre un maratón»— o económicamente inasumibles —«Haz un crucero por el Caribe; visita un nuevo continente»—. Pero había unas cuantas que sí resultaban factibles para Eve, actos sencillos y baratos para ponerse a prueba que requerían poco más que la valentía de salir de casa: ve a cantar a un karaoke; ve a un bar y pide un cóctel sofisticado; invítate a cenar en un restaurante.

El restaurante elegido fue Genaro's, un italiano de comida casera situado en el bulevar Haddington. Era el favorito de Brendan, su primera elección para esas noches en que Eve había trabajado hasta tarde o estaba demasiado cansada para cocinar. La jefa de sala, una chica de instituto con glamurosas pestañas postizas, la acompañó hasta una mesa apartada, cerca del pasillo que

llevaba al lavabo. A Eve no le importó la ubicación de la mesa. Se sentía feliz por el mero hecho de estar allí, rodeada de aquella decoración que le era familiar —el encantador aunque tosco mural de la costa napolitana que cubría toda una pared, las fotografías enmarcadas de una Vespa y de un racimo de uva— y el reconfortante murmullo de las conversaciones de los otros comensales.

Pensó que debería haberse traído un libro para entretenerse; ya lo sabía para la próxima vez. Ahora su único recurso era leer con suma atención el anticuado salvamanteles de papel —hasta donde podía recordar siempre había sido el mismo— con un mapa de Italia e imágenes de la Torre de Pisa y el Coliseo, y algunas informaciones básicas sobre el país.

Población: sesenta millones

Religión: católica romana

Idioma: italiano

Brendan siempre se cachondeaba de la última. «Qué sorpresa», decía. «Los italianos hablan italiano. Jamás lo habría sospechado.» Pensando que le haría gracia como guiño, le mandó una foto del salvamanteles con un texto:

«Cena en Genaro's.»

«Fantástico», respondió él con gratificante rapidez. «Con quién?»

«Sola. Ojalá estuvieras aquí.»

«Ya me gustaría. Echo de menos la parmigiana de pollo!»

Eve se sintió más cómoda en cuanto le sirvieron el vino, un chianti de la casa tan invariable como el salvamanteles. No había bebido más que un par de sorbos cuando vio emerger a Gennaro de la cocina para recorrer el restaurante mesa por mesa como un político. Era un hombre encantador, un italiano bajito de ojos azules, rubicundo y con una cabeza grande coronada por una cabellera canosa, de esos europeos esbeltos que consiguen parecer elegantes incluso ataviados con un delantal verde oscuro. Al ver a Eve, en su rostro se dibujó una amplia sonrisa de incredulidad.

—Cuánto tiempo sin verla. ¿Y su hijo?

—En la universidad —respondió Eve—. Ha empezado este año.

—Un chico muy listo. —Gennaro se dio unos golpecitos en la frente con la punta del dedo índice—. ¿Y se lo está pasando bien?

—Muy bien. Quizá mejor de lo que debería.

Gennaro sacudió la mano en el aire, como espantando un insecto volador.

—Oh. Es joven. Déjelo disfrutar. —Observó a Eve con una mirada preocupada—. ¿Y usted? ¿Qué novedades me cuenta?

—No hay mucho que explicar —respondió ella—. Trabajo y trabajo, nada más. Me mantiene ocupada.

Gennaro se encogió de hombros con un gesto cómplice de comprensión.

—¡Qué remedio! Hay que pagarles los estudios. —Le dio una palmadita de ánimo en el hombro—. Encantando de verla, querida señora. Venga cuando quiera, será un placer atenderla.

Gennaro siguió su ronda y dejó a Eve un poco alicaída. Sabía que no había ninguna mala intención en los comentarios de ese hombre, pero había algo en su típica pregunta —«¿Qué novedades me cuenta?»— que era infalible para deprimirla. Tal vez fuese pura paranoia, pero siempre le parecía una intromisión, una manera indirecta de interrogarla sobre su vida sentimental. Y cuando ella respondía «Trabajo, nada más» era una forma en clave de decir «Sigo sola», como si se estuviese disculpando por estar soltera y eso fuera algo malo.

Por otro lado, como mínimo él había tenido el detalle de preguntarle, de lo cual se deducía que consideraba que seguía habiendo alguna posibilidad de que se produjeran novedades. Eso era un punto a favor de Eve. Y de hecho ni siquiera era verdad que no hubiera ninguna novedad en su vida. En primer lugar, estaba asistiendo a la clase de Género y Sociedad, y la verdad es que aprendía cosas interesantes. Y, oh, sí, también se había hecho adicta al porno en internet, aunque eso no era algo de lo que ir presumiendo por ahí.

En realidad consideraba que era un poco exagerado, o tal vez un poco prematuro, considerarlo un problema de adicción. Solo llevaba más o menos un mes enganchada, pero ¿qué otra palabra se podía aplicar a algo que hacía cada noche, quisiera o no? Sabía a ciencia cierta que esa noche, en cuanto volviese a casa, visitaría milfateria —era como si no tuviese elección— y probablemente echaría un vistazo a la categoría de milf Lesbo, que en estos

momentos era su favorita. La semana pasada ese puesto lo había ocupado Mamadas milf, con una infinidad de mamadas, y la anterior había sido un poco más ecléctica: azotes, tríos y jugueteos anales, con la intención de fisgar un poco en lo que se encontraba en esas categorías.

Pero «adicción» era una palabra lúgubre, cien por cien negativa. Quizá «hábito» fuera un término más adecuado. Había adictos a la heroína. Pero el café matinal no era más que un hábito.

«He convertido el consumo de pornografía en un hábito», pensó Eve, probando el efecto que producía la palabra.

El asunto sin duda tenía algunas ventajas. Ahora tenía muchos más orgasmos de lo habitual, lo cual la ayudaba a dormir mucho mejor y además le mejoraba el cutis. Varias personas le habían comentado lo estupendo que lo tenía. Y también estaba descubriendo algunas técnicas que podrían serle útiles en el futuro si encontraba pareja. Por ejemplo, descubrió que su técnica de mamada estaba muy anticuada. Cuando Eve era joven, una mera actitud voluntariosa, en realidad, el simple gesto de hacer el esfuerzo, era más que suficiente para obtener el aprobado. Pero en la actualidad el listón estaba más alto.

Por otro lado, también había un serio inconveniente en el porno, aparte de las objeciones feministas que todavía la hacían sentirse incómoda. El verdadero problema era de orden espiritual: la sensación que le quedaba a una era la de estar malbaratando su vida. No se trataba tanto de perder el tiempo, aunque algo de eso había, con todas esas horas despilfarradas haciendo clic en un vídeo detrás de otro, intentando dar con alguno que resultase estimulante, como de perder oportunidades. Ver demasiado porno te hacía sentir como alguien a la intemperie, con la nariz aplastada contra una ventana, contemplando a unos desconocidos en plena fiesta y deseando unirse a ellos. Pero lo extraño era que sí podías hacerlo. Lo único que tenías que hacer era abrir la puerta y entrar, y todo el mundo estaría encantado de verte. Así que ¿por qué seguías ahí fuera, de puntillas, compadeciéndote de ti misma?

«Gracias a Dios», pensó Eve cuando por fin le sirvieron la lasaña.



A Amanda solo le llevó un minuto reactivar su cuenta de Tinder. Sus antiguos *matches* habían desaparecido, pero no le importó. Utilizó las mismas fotos de perfil —con esas nunca decepcionaría— y volvió a colocar su frase de eficacia ya comprobada: «Si te portas bien, te enseñaré las otras». Programó la distancia de *matches* en veinticinco kilómetros a la redonda y la franja de edad entre los treinta y cinco y los cincuenta y cinco. Según su experiencia, esa era la clave. Los tíos de más edad andaban por ahí consultando sus teléfonos cada dos minutos, desesperados por recibir una propuesta que los sacase del dique seco. Y estarían dispuestos a conducir a través de una tormenta de nieve con una rueda pinchada si una veinteañera los estaba esperando al final del camino.

Amanda era consciente de que era una mala idea, por no mencionar que también era una flagrante violación de su recién instituida política de no liarse con el primero que se le pusiera a tiro. Tinder era como el tequila, diversión para hoy, resaca para mañana, pero a veces una no tenía opción. Ese encuentro inesperado con Trish Lozano había tenido un efecto devastador en su autoestima. La mera idea de volver a casa y ponerse a comer una ensalada delante del televisor había desatado una ola de autocompasión que bordeaba la rabieta.

«¿Este es mi gran momento del día?», se dijo. «¿Comerme una ensalada?»

Hubiera sido digerible o al menos vagamente aceptable si Trish hubiera seguido siendo Trish, una versión adulta de la adolescente que fue, guapita y predecible, presumida y hortera, fanfarroneando sobre su novio corredor de bolsa que rezumaba testosterona. De haber sido así, al menos Amanda hubiera conservado su superioridad intelectual, la ilusión de que era una bohemia intrépida que había optado por un camino menos trillado.

Pero Trish —Beckett— era una persona nueva de arriba abajo, que vivía el tipo de vida con el que Amanda siempre había soñado. «¡Mi novio es director de fotografía!» ¿Cómo coño había podido suceder eso? Era del todo injusto: la chica que había sido feliz hasta el delirio en el instituto era la que después se había reinventado, se había mudado a una ciudad con glamur y se había enamorado de un artista que la quería, mientras que Amanda, que se había pasado la vida soñando con largarse, había acabado de vuelta allí, y lo

único que se había traído consigo después de todas las desgracias vividas era un montón de estúpidos tatuajes.

«Trabajo en el centro para mayores. Organizan unos ciclos de conferencias bastante buenos.»

Se había sentido como una idiota diciendo esto, había deseado que se la tragase la tierra. Y encima después Trish tuvo las narices de abrazarla para «disculparse» por su puta felicidad, lo cual era el modo más infame de restregársela por los morros.

«Esta noche voy a echar un polvo», pensó Amanda, ya antes de que las dos se despidieran.

Su *match* llegó en menos de una hora, llamando de modo furtivo a la puerta. Amanda lo escrutó a través de la mirilla, pasmada, como siempre, ante el hecho de que algo así fuese posible, que pudieras tocar con el dedo la foto de un desconocido y que esa persona apareciese en carne y hueso ante tu puerta. Este era un poco más grueso de lo que se había imaginado —alardeaba de ser un ciclista entusiasta—, pero por lo demás era reconfortante su parecido con la foto de perfil, tomada en una plantación de manzanos un día soleado. En ella aparecía bajo un árbol cargado de fruta, mirando a la cámara y sonriendo de un modo que le hacía parecer más preocupado que feliz.

Se llamaba Bobby, y cuando Amanda lo invitó a pasar a la sala de estar parecía encantadoramente cohibido, como un adolescente que va a recoger a su cita la noche del baile de fin de curso. Preguntó si podía seguir con los zapatos puestos y pidió permiso antes de sentarse en el sofá. Rechazó la cerveza que le ofreció Amanda, pero unos segundos después cambió de opinión, siempre y cuando eso no fuera abusar de la hospitalidad de la anfitriona. Los hombres de mediana edad a menudo se comportaban de este modo, dubitativos y educados hasta el exceso. Los tíos de su edad eran mucho más seguros de sí mismos, como si pasaran por allí para recoger un bien merecido premio.

—¿Cómo estaba el tráfico? —le preguntó ella.

—Iba como la seda —respondió él—. Solo hay problemas en hora punta.

—Bueno, gracias por hacer el viaje.

—Gracias a ti por recibirme. —Repasó la decoración con expresión escéptica, fijándose en los muebles grises a juego, la chimenea a gas y los jarrones y cestas con flores secas—. ¿Es tu casa?

—Se la estoy cuidando a mis padres, que están de crucero. Vuelven mañana.

Era la mentira que siempre contaba, porque no quería que ningún tío de Tinder se le plantara en casa a las dos de la madrugada y llamara al timbre borracho y con ganas de compañía. Además, la verdadera historia era demasiado complicada: la inesperada muerte de su madre de un ataque al corazón con solo sesenta y dos años; su propio regreso desde la ciudad para hacerse cargo del entierro y de todo el papeleo legal y financiero (era hija única de padres divorciados, de modo que ella lo heredaba todo); y el hecho de que al final se hubiera quedado porque la vida en la ciudad se había puesto muy difícil —había roto con su novio y estaba viviendo realquilada en un sitio provisional— y porque aquí disponía de una casa entera que de repente era suya, aunque no se veía capaz de redecorarla o siquiera de vaciar el armario de su madre. En algún momento, si surgía la ocasión, le contaría a Bobby que su padre era un poli jubilado, lo cual tampoco era cierto (su padre no estaba jubilado, no era poli y hacía siglos que Amanda no sabía nada de él), pero había ciertas precauciones que era muy aconsejable adoptar si una invitaba a desconocidos a su casa y mantenía con ellos relaciones sexuales.

—Yo también fui de crucero una vez —le explicó él—. No tengo muy buen recuerdo.

—Ni muerta me meto yo en uno —le dijo ella.

Cuando Bobby se terminó la cerveza, salieron a la terraza trasera para fumarse el canuto que ella le había pedido que trajese. No es que Amanda fuese una porrera, pero la hierba colocaba más rápido que el alcohol y tenía el beneficio añadido de hacer que todo pareciese un poco más irreal y mucho más divertido de lo que sería sin ella, lo cual era de gran ayuda en una situación como esa.

—Bonita noche —comentó él, mirando al cielo y asintiendo con la cabeza—. Hay casi luna llena.

Amanda no respondió. Quería reducir al mínimo la cháchara. Este había sido su gran error con Dell: se pasaron una hora hablando antes de desnudarse y al final todo aquello se acabó pareciendo demasiado a una cita de verdad, y probablemente fue eso lo que la hizo sentirse tan incómoda cuando se volvieron a encontrar en la clase de yoga.

—Estoy divorciado —le explicó Bobby—. Por si te interesa saberlo.

—No me interesa.

Al menos sabía captar una indirecta. Se fumaron el resto del porro en un cómodo silencio, como si se conociesen desde hacía mucho tiempo y hubieran agotado todos los temas de conversación. Por un momento —coincidió con el instante en que Amanda notó que estaba ya muy colocada— se imaginó que eran una pareja casada, decididos a pasar el resto de sus vidas juntos, hasta que uno de los dos enfermase y muriera.

«Yo y Bobby», pensó. «Bobby y yo.»

Era una idea ridícula, pero lo bastante verosímil para provocarle una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. —Amanda negó con la cabeza, como si no mereciese la pena explicarlo—. Es una tontería.

—Tienes una risa muy bonita —le dijo él.

Volvieron dentro y fueron a la habitación de la infancia de Amanda. Las paredes estaban pintadas de rosa pálido, con unas difusas marcas rectangulares en las zonas en las que había habido pósteres colgados, pero a la luz de la vela el color parecía uniforme. Él se sentó al borde de la cama y la contempló mientras ella se desnudaba.

Amanda lo convirtió en un pequeño striptease, desabrochándose los botones del vestido uno a uno, con parsimonia. Él resultó ser un público agradecido.

—Oooh, sí —soltó en más de una ocasión—. Eres preciosa.

El vestido cayó al suelo. Amanda permaneció inmóvil unos instantes, con el sujetador y las bragas negras y las botas altas que se había puesto para la ocasión. Él empezó a asentir con insistencia, como si algo que llevase mucho tiempo esperando de pronto se hubiera hecho realidad.

—Me estás poniendo a cien —le dijo—. Me estás poniendo como una puta moto.

Amanda siempre había tenido una relación ambivalente con su cuerpo. Era más baja y gruesa de lo que le gustaría, pero en cambio tenía unos pechos voluminosos que, si bien resultaban molestos para practicar yoga o correr, en situaciones como esta causaban muy buena impresión.

—Oh, Dios mío —murmuró él cuando ella se quitó el sujetador y lo dejó caer sobre el vestido—. Qué maravilla de tetas.

Cuando se encontró pegada a Trish Lozano bajo la intensa luz del vestuario, Amanda se sintió como se había sentido siempre en el instituto, gordita, sosa y fracasada. Pero ahora mismo, mientras se contorneaba para quitarse las bragas bajo la oscilante luz amarillenta de la vela, ante la mirada de Bobby que la contemplaba como si fuese una obra de arte en un museo, se sintió especial.

—¿Quieres que me deje las botas puestas?

—Lo que te sea más cómodo —respondió él—. Me gusta de las dos maneras.

Eve no estaba segura de si un Manhattan entraba dentro del concepto «cóctel sofisticado», pero como mínimo se aproximaba mucho, de modo que se sintió autorizada para marcar como realizado el segundo punto de la lista *Cosas que hacer sola*. Y además, un simple Manhattan resultaba de lo más sofisticado si una lo pedía en el hotel Lamplighter, el restaurante de referencia de la gente mayor de Haddington, que celebraba aquí su cena anual desde tiempos inmemoriales.

Eve sería la persona más feliz del mundo si no volvía a comer en su vida otro filete de lenguado con lechuga iceberg en el Lamplighter, pero por el contrario sentía debilidad por el bar, un acogedor escondrijo con taburetes de cuero rojo y media docena de reservados perfectos para una cita romántica, si en su vida hubiera algo de romanticismo. A las ocho de la noche de un miércoles el local estaba muy poco concurrido, aunque sin llegar a ser inhóspito; solo había cuatro personas en la barra: una silenciosa pareja mayor que parecían bebedores curtidos y un par de currantes que veían un partido de

béisbol en la tele sin sonido. También había un reservado ocupado por dos mujeres enfrascadas en una conversación a corazón abierto.

—¿La conozco? —le preguntó el barman. Era un tipo guapo de más o menos su edad, con cabello cano muy corto y un seductor aire juvenil en el rostro—. ¿No es usted la madre de Brendan?

Eve le respondió que así era. El barman le tendió la mano.

—Soy Jim Hobie. Fui su entrenador de fútbol hace años. Cuando iba al parvulario o a primero. Nuestro equipo se llamaba las Margaritas.

—Oh, Dios mío —se rio Eve—. Me había olvidado de las Margaritas. Eran adorables.

En las divisiones infantiles inferiores, todos los equipos deportivos eran mixtos, llevaban nombres de flores y no se prestaba atención al marcador. Esta filosofía se prolongaba durante dos años y después se instauraba la competitividad feroz, que ya no desaparecía nunca.

—Aquello era un absoluto caos —recordó Hobie—. Brendan era el único niño de nuestro equipo que sabía lo que hacía. En un par de ocasiones le tuvimos que pedir que dejase de meter goles y le diese una oportunidad a los demás.

Eve escrutó el rostro de su interlocutor, intentando ubicarlo en las bandas de aquellos sábados por la mañana de los que hacía siglos que se había olvidado.

—Pensaba que la entrenadora era Ellen DiPetro.

—Yo era su ayudante —le aclaró Hobie—. En aquella época tenía más pelo y llevaba perilla, por si eso le refresca la memoria.

El recurso no surtió efecto, pero es que hacía años de aquello.

—¿Algún hijo tuyo jugaba en el equipo?

—Mi hija. Daniella.

—Daniella Hobie. Ese nombre sí que me suena.

—Fue una de las alumnas que pronunció un discurso el día de la graduación —dijo él, orgulloso.

—Exacto. —Por lo que Eve recordaba, fue un discurso larguísimo y soporífero sobre las maravillosas lecciones que había aprendido al participar en el proyecto de Naciones Unidas que organizaron en el instituto—. ¿Cómo le va?

—Muy bien. Ha empezado este año en Columbia. Parece que le encanta.

—Guau. Una universidad de la Ivy League. Felicidades.

—Desde luego que no lo ha sacado de mí —le aseguró Hobie a Eve—. Yo solo conseguí graduarme por los pelos en la Universidad de Fitchburg.

—Tal vez le venga de su madre.

—No lo creo. Su madre, mi ex, ni siquiera llegó a licenciarse. Aunque me parece que sobre todo fue porque se quedó embarazada. —Se encogió de hombros, como si no tuviese mucha importancia—. Creo que Dani nació inteligente, así, sin más. Yo ya lo veía en su mirada cuando era muy pequeña. Se fijaba en todo lo que la rodeaba, ¿sabe? Enseguida lo entendía todo. Nuestro hijo, su hermano mayor, era muy diferente. Se pasó casi un año intentando tragarse su propio puño. Ese era su gran proyecto vital cuando era un bebé.

—Cada cual es como es —dijo Eve—. Lo único que podemos hacer es quererlos.

Hobie volvió la cabeza hacia la pareja mayor de la barra. El hombre levantaba la mano, como si intentase parar un taxi.

—Disculpa —suspiró.

Mientras él atendía a los clientes, Eve sacó el móvil y le mandó un mensaje a Brendan.

«¿Te acuerdas de Daniella Hobie? Acabo de encontrarme con su padre. Tu entrenador del equipo de las Margaritas.»

—¿Y qué tal le va a Brendan? —preguntó Hobie—. ¿Qué hace?

—Está en bsu.

—¿Sigue jugando a lacrosse?

—No, lo dejó.

El teléfono emitió un sonido y Eve lo miró.

«Puaj, dio un discurso horrible y las margaritas eran muy gays.»

—Hablando del rey de Roma —dijo Eve, y se guardó el móvil en el bolso.

—Es estupendo que mantenga el contacto —comentó Hobie—. Yo últimamente no sé nada de mis hijos. Su madre y yo nos divorciamos hace unos diez años.

—Yo también me he divorciado —admitió Eve—. Es duro.

—Diferencias irreconciliables —Hobie sonrió con amargura—. Me odiaba con toda su alma.

—Mi marido me ponía los cuernos —dijo Eve—. Por lo demás era un encanto.

—¿Puedo preguntarte algo? —Parecía un poco avergonzado, como si supiera que iba a sacar un tema incómodo—. ¿Brendan tiene novia?

—Creo que no. Tenía una en el instituto, pero rompieron en verano. Si te soy sincera, a mí esa chica no me entusiasmaba.

—Lo pregunto porque Dani nunca me habla de chicos. Jamás. Si se lo pregunto directamente me dice que está demasiado liada para tener una relación. Pero después uno lee esas noticias en los periódicos sobre las borracheras y las fiestas con sexo que montan los chavales, y lo de los amigos con derecho a roce y todo lo demás, y parece que vivan en una orgía permanente.

—Son adultos —dijo Eve—. Tienen que cometer sus propios errores, como hicimos nosotros.

—Amigos con derecho a roce. —Hobie negó con la cabeza en un gesto de pesadosa perplejidad—. Yo ni siquiera tengo un trabajo que me dé derecho a nada.

—Buena observación —dijo Eve, y alzó su copa casi vacía.

Él le preguntó si quería otra. Eve respondió que por qué no, todavía era pronto. Estaba disfrutando de la conversación, lo cual confirmaba que había merecido la pena salir de casa y elevaba el estatus de esa noche de pequeño experimento a modesto éxito.

Hobie le preparó el cóctel dándole la espalda, lo cual le dio a Eve la oportunidad de admirar lo ceñidos que llevaba los tejanos y el entallado de su camisa Oxford blanca metida por el pantalón. Estaba en buena forma para un hombre de su edad.

«Un hombre de mi edad», se recordó a sí misma.

—Es una sorpresa maravillosa ver a alguien como tú una noche de miércoles —dijo Hobie mientras le colocaba delante el cóctel como si fuese un premio. Un premio por el simple hecho de venir, como los que les entregaba a las Margaritas.

—He estado en un velatorio. No me apetecía volver a casa.



—Lo siento. ¿Alguien cercano?

—Solo un conocido. Alguien a quien trataba por mi trabajo. Tenía ochenta y dos años.

—Oh. —Hobie pareció aliviado al oír eso—. Es ley de vida.

Eve vio a través del espejo que la sesión de terapia del reservado había concluido y las dos mujeres se ponían las chaquetas y se dirigían hacia la puerta. Unos minutos después también los fans del béisbol se marcharon. Solo quedaban en el local Eve y la pareja madura en avanzado estado de embriaguez.

—¿Una noche tranquila? —preguntó Eve.

—Es lo habitual.

—Supongo que compensáis con los fines de semana.

—Los sábados está bastante lleno —comentó él—. Pero ese día yo libre.

Eve chasqueó la lengua compadeciéndolo, pero Hobie la sacó de su error.

—Lo he elegido yo —le aseguró—. Los fines de semana son sagrados. Es tiempo para mí. Imprescindible para mi salud mental y física.

Le habló de los partidillos de baloncesto que jugaba en el parque los sábados por la mañana con un grupo de exalumnos del instituto de Haddington que habían participado en las ligas universitarias. Hobie era de los mayores, pero todavía podía seguir el ritmo.

—Ya no puedo saltar tanto como antes —admitió—, pero mi tiro exterior sigue siendo más que razonable.

—Parece una buena manera de mantenerse en forma.

—La mejor —sonrió Hobie—. Y los domingos salgo en bici con unos colegas. Normalmente hacemos unos cincuenta o sesenta kilómetros. El verano pasado organizamos una carrera benéfica.

No costaba imaginárselo montado en una bicicleta sofisticada y embutido en un maillot de licra como si estuviese en el Tour de Francia, respirando hondo mientras coronaba una empinada colina, con una expresión de alegre determinación resplandeciendo en su rostro.

—Mi exmarido lo hizo un par de veces —recordó Eve—. Tienes que estar muy en forma.

—Eso intento —dijo Hobie con un tono de falsa modestia que Eve hizo todo lo posible por ignorar—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Qué te gusta hacer los fines de semana?

—Un poco de todo —respondió ella, pensando que ojalá practicara alguna actividad sudorosa y estimulante que le permitiera presumir, escalada, kickboxing o tenis. Pero lo único que hacía era leer, ver películas y pasear alrededor del lago con Jane y Antoine, su artrítico bichón frisé. En verano se añadía el cuidado del jardín: cortar el césped, arrancar las malas hierbas y regar los parterres, unas tareas que le permitían pensar en sus cosas y de las que hubiera disfrutado mucho más de no estar tan preocupada por la presencia de garrapatas. Esos días contemplaba expectante los árboles, a la espera de que las hojas empezasen a cambiar de color para poder salir una fría mañana de otoño y ponerse a rastrillar las que caían al suelo, por patético que sonase—. Sobre todo me gusta relajarme.

—Claro —dijo él—. De eso se trata.

Hobie se volvió y observó a la pareja mayor mientras se bajaban de los taburetes y la mujer ayudaba al hombre, que necesitó unos segundos para mantener el equilibrio una vez apoyados los pies en el suelo.

—¿Todo en orden? —les preguntó Hobie.

El hombre hizo un gesto desdeñoso, como si el barman se estuviera metiendo donde no le llamaban.

—Estamos perfectamente, querido —respondió la mujer mientras cogía del brazo a su tambaleante compañero—. Nos vemos mañana.

Una vez abandonaron el local, Hobie le explicó a Eve que la pareja vivía en la esquina, lo cual era una ventaja, porque a ambos les habían retirado los permisos de conducir por motivos más que justificados.

—Este es su ritual —le explicó—. Vienen aquí cada noche y beben whisky sours. Apenas cruzan una palabra y después se vuelven a casa. El año pasado celebraron las bodas de oro.

—Eso es mucho tiempo juntos —dijo Eve—. Supongo que ya se lo han dicho todo.

Hobie se encogió de hombros y comentó:

—Al menos se tienen uno al otro.

Eve asintió, distraída al percatarse de pronto de que estaban solos. Sin duda había algo potencialmente pornográfico en la situación: el apuesto barman y la divorciada solitaria. Eve podía ver el vídeo en su cabeza, rodado con cierto temblor de cámara desde la perspectiva del hombre, la milf alzando la mirada, pasándose la lengua por los labios en un gesto expectante mientras le desabrochaba el cinturón. Era una imagen que hubiera sido impensable en cualquier otro momento de su vida, pero ahora le parecía extrañamente plausible. No había nada que la detuviese, literalmente. Lo único que tenía que hacer era deslizarse detrás de la barra y arrodillarse. Hobie le lanzó una mirada inquisitiva, casi como si le estuviera leyendo la mente.

—¿Otra ronda? —le preguntó ilusionado—. Invita la casa.

Esa noche, más tarde, después de haber visto su sesión de porno y ya acostada, Eve se preguntó por qué no había aceptado la oferta de Hobie. No era más que una copa, media hora de su tiempo. Era un hombre bastante guapo y con una conversación agradable, y hacía mucho tiempo que no se divertía flirteando, no digamos ya echando un polvo. Si una amiga le hubiera pedido consejo sobre esa situación, le habría dicho: «Déjate llevar, a ver adónde conduce, él no tiene por qué ser perfecto».

No fue tanto la fantasía sexual lo que la echó para atrás —eso le vino a la cabeza y se disipó en un instante—, sino la agobiante sensación de familiaridad que había surgido a lo largo de la noche, la percepción de que Jim Hobie era más de lo mismo, otra ración de un plato que ya no le apetecía; no era tan aborrecible como ese Barry, el de clase, o tan pagado de sí mismo como Ted lo fue en su día, pero formaba parte del mismo paquete básico. Podía acostarse con él, incluso enamorarse de él, pero ¿dónde le llevaría eso? A ningún sitio en el que no hubiera estado ya, eso lo tenía clarísimo. Y ella quería otra cosa, algo diferente, aunque estaba por ver exactamente el qué. Lo único que tenía claro era que el mundo era muy grande y ella solo había rascado la superficie.

A la mañana siguiente, Amanda estaba para el arrastre, no por sus esfuerzos sexuales —Bobby solo le duró un par de minutos—, sino porque resultó ser una de esas noches en que no pudo pegar ojo y se pasó las horas tumbada en la cama a oscuras, dando rienda suelta a sus ideas negras, un ejército de perspectivas deprimentes y recuerdos infelices. Ya eran casi las cinco de la madrugada cuando por fin se durmió, para despertarse a las siete, con un dolor de cabeza que no logró erradicar ni con dos ibuprofenos y tres tazas de café.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Eve Fletcher cuando Amanda se presentó en su despacho para la reunión de las diez—. Se te ve un poco pálida.

—Estoy bien —aseguró Amanda, controlando las habituales ganas de sincerarse con Eve, de contarle la mala noche que había pasado y preguntarle si conocía algún remedio para el insomnio—. Son solo dolores menstruales.

Eve asintió comprensiva y dijo:

—Yo ya estoy a punto de dejarlo atrás. Y no lo voy a echar de menos.

A Amanda le hubiera gustado seguir con el tema, escuchar las reflexiones de Eve sobre la menopausia y el envejecimiento, pero decidió que no era un tipo de conversación apropiada. Eve era su jefa, no su amiga, por mucho que Amanda desease poder contar con ella como tal.

—¿Recibiste mi email sobre Garth Heely?

—Sí. —Eve pareció molesta, pero la reacción duró solo un instante—. ¿Fue un infarto?

—Su mujer dijo que fue una apoplejía.

—¿Sabes qué te digo? Que yo me quiero morir así. —Eve chasqueó los dedos—. De manera fulminante e indolora. En mi propia cama. Eso es algo que una aprende trabajando con ancianos. Hay que evitar morir en un hospital.

Amanda se mostró de acuerdo con un murmullo, intentando no pensar en su madre. Morirse de forma fulminante tampoco era la panacea. Su madre llevaba muerta en su casa dos días cuando los vecinos empezaron a preguntarse si le había pasado algo.

—¿Alguna posible alternativa? —preguntó Eve—. Necesitamos cubrir el hueco cuanto antes.

—Te pasaré una pequeña lista hoy a última hora.

—Perfecto —Eve asintió con vigor—. ¿Eso es todo?

—Creo que sí.

Amanda se levantó dubitativa. Tenía la sensación de que se le olvidaba algo importante, que quedaba algún tema pendiente, pero lo único que le vino a la cabeza fueron los pezones erectos de Trish y los gimoteos de cachorrito que lanzó Bobby justo antes de correrse, y ninguno de los dos asuntos resultaban apropiados para una conversación de oficina.

—Por cierto —dijo Eve—, si te sigue apeteciendo tomar una copa, cuenta conmigo.

## El puto Julian Spitzer

Cuando entras en un comedor acompañado, de algún modo te fundes con el decorado. Si entras a solas la experiencia es completamente diferente. Es como si fueses radioactivo, como si de tu piel emanase un resplandor verdoso. Notas que todo el mundo te mira.

«Tengo amigos», quieres decirles. «Solo que ahora están ocupados.»

Zack, que era con quien casi siempre compartía mesa, había desaparecido a las tres de la madrugada después de recibir un mensaje insinuante y todavía no había vuelto; era la primera vez que sucedía algo así. Nunca me decía con quién estaba enrollado, pero por lo general salía a toda prisa y volvía una o dos horas después, agotado pero feliz, como un bombero voluntario que ha cumplido con su deber y necesita descansar un poco. Le mandé un mensaje —«Tío, dónde estás»—, pero no me respondió. Intenté contactar con Will y Rico, pero lo más probable era que esos tíos todavía estuvieran durmiendo.

Esa mañana el Higgs era un océano de desconocidos, de modo que dejé atrás las mesas repletas y me dirigí a la parte trasera, menos concurrida. Allí atrás había una convención de marginados. Supongo que tendría que haber sacado un libro de la mochila y simular que estudiaba —eso era lo que hacían los demás perdedores—, pero me pareció un recurso patético, en plan «¡Eh, mirad cómo estudio con mi libro de texto!». Al menos el desayuno estaba muy bueno, aunque todo el mundo sabía que las tortillas del Higgs no se hacían con huevo, sino con un denso líquido amarillo que vertían de una lata.

Una de las cosas en las que te fijas cuando estás solo es en lo felices que parecen los que no lo están. Había un montón de parejas desayunando juntas y a la mayoría se las veía sonrientes, probablemente porque después de despertarse habían echado un polvo. También había grupos de amigos riéndose. Y un profesor con pelos de loco estaba sermoneando a un barbudo estudiante de posgrado que no paraba de asentir como si tuviese un muelle en el cuello.

Había dos grupos a los que no podía dejar de mirar. Uno era el formado por varias chicas que me recordaban a Becca. Superdelgadas, con el pelo liso y kilos de maquillaje. Todas llevaban minifaldas y calzado deportivo, como si siguieran en el instituto y les pareciese divertido coordinar sus atuendos. No paraban de soltar carcajadas que sonaban falsas y demasiado estruendosas, como si quisieran que todo el mundo las mirase y se preguntase qué les hacía tanta gracia a esas tías buenas.

En la mesa contigua había un equipo de fútbol americano, unos tíos enormes que jalaban unos platos repletos de una cantidad absurda de comida. A diferencia de las chicas, no armaban jaleo y estaban concentrados, tal vez hablando del próximo partido, o discutiendo por qué el entrenador se había cabreado tanto en el último entrenamiento. Sentí el absurdo impulso de coger la bandeja y unirme a ellos para poder sentirme de nuevo parte de un equipo. Echaba mucho de menos esa sensación.

Ahí estaba yo, observando y comiéndome una tortilla, y de pronto se me hizo un nudo en la garganta y se me empezaron a humedecer los ojos. Me di cuenta de que estaba a punto de echarme a llorar como un marica en medio de Higgs. De hecho, tuve que cerrar los ojos con fuerza y respirar hondo para recomponerme.

Poco a poco, sentí cómo la presión disminuía y se destensaba el nudo en la garganta. Fue un gran alivio. Pero cuando por fin abrí los ojos, me encontré con el gilipollas de Sanjay plantado delante de mí, observándome como si fuese la cobaya de un experimento científico. En la bandeja que sostenía no había más que una manzana y un yogurt.

—Hola, Brendan —saludó—. ¿Estás bien?

Hacía un par de semanas que no le veía el pelo —ya no aparecía con Dylan—, pero me pareció que tenía menos pinta de *nerd*. Tal vez fueran las gafas nuevas, o el cambio de peinado. Una ropa más guay. Algo había.

—Sí —respondí—. Tengo un poco de resaca.

Asintió, pero había algo irritante en el modo en que lo hizo, como si me lo tuviese bien merecido por emborracharme un lunes por la noche. «Que se joda.» Me limpié la boca con la servilleta y me levanté, aunque todavía no me había acabado la tortilla.

—Tengo prisa —dije—. Ya nos veremos.

Llevé la bandeja a la zona de servicio y la dejé en la cinta. Mientras me dirigía a la salida, me volví para mirar a Sanjay. Estaba sentado a mi mesa, solo, leyendo un libro y mordisqueando la manzana. Parecía tranquilísimo, como si ni siquiera se hubiera percatado de que acababa de dejarlo plantado.

Perder los papeles en público de ese modo hizo que me sonaran todas las alarmas. Quiero decir que ya era consciente de que estaba bebiendo demasiado y cagándola en los estudios. Suspendí un parcial de Mates y me pusieron un deficiente en mi primer trabajo de redacción —*¿Qué significa para mí el privilegio blanco?*—, una nota que, según me dijo la profesora, era un acto caritativo por su parte. También tenía problemas en Economía, pero eso se debía sobre todo a que era incapaz de descifrar lo que decía el profesor con su cerrado acento chino. Esa tarde el hombre estaba barbotando sobre la «ofelta» y la «demanda inteliol» cuando empecé a desconectar. Pero en lugar de echar un vistazo a Facebook o mandarle un mensaje a Wade, por una vez decidí ser constructivo y hacer una lista de objetivos, que según mi padre era uno de los once hábitos de los triunfadores o como se dijese. Anoté lo siguiente:

- ¡Hacer los deberes!
- Prestar atención en clase!!
- No beber entre semana (si es posible)
- Llamar a mamá
- Lavandería!!!
- Menos Super Smash (y videojuegos en general)
- Llamar a Becca para felicitarla por su cumple!
- Contestar los emails de papá
- Salir con otra gente que no sea Zack
- Cortar con Becca?
- Depilarme el pecho & las pelotas
- Hacer alguna actividad extracurricular?



Ponerlo por escrito, afrontar la sensación de fatalidad y dividirla en una docena de problemas que tenían solución, en algunos casos más fácil que en otros, tuvo un efecto calmante. Decidí empezar por lo más sencillo e ir directo a la lavandería después de clase para lavar todas y cada una de mis prendas, además de las sábanas y las toallas, que ya tenían un aspecto asqueroso. Me levantó la moral. El único problema fue que la ropa blanca salió de color rosa de la lavadora.

Esa noche fui a la biblioteca para adelantar algunas tareas, algo que casi nunca hacía. Estaba intentando leer un libro sobre el cambio climático que sostenía que ya casi era demasiado tarde para que la humanidad pudiese salvarse del desastre, aunque tal vez todavía quedase un resquicio de esperanza si tomábamos la decisión de cambiar nuestro despilfarrador modo de vida de inmediato. Estaba sentado a una enorme mesa en la sala de lectura principal. La chica que tenía al lado mascaba chicle de forma muy ruidosa y el tío de delante no paraba de suspirar desesperado a medida que borraba las respuestas de su cuaderno de problemas, como si quisiera que el mundo entero supiera el enorme esfuerzo que estaba haciendo.

Pero todo eso no era más que ruido de fondo. Lo que de verdad me fastidiaba era la conversación telefónica que acababa de mantener con mi madre y que no había ido como esperaba. Había dado por hecho que estaría encantada de escucharme, porque hacía dos semanas que no hablábamos, pero prácticamente se me sacó de encima.

—Estoy saliendo de casa, cariño. Esta noche tengo clase.

—¿Qué?

—Ya te conté lo del curso. En el ecc. Género y Sociedad, los martes y jueves por la noche.

—Ah, sí —dije, aunque era la primera vez que lo oía. Mi madre llevaba tanto tiempo dándole vueltas a la idea de volver a estudiar que cada vez que sacaba el tema yo desconectaba.

—¿Y qué tal te va?

—Fantástico. Es estupendo volver a pisar un aula.

Para alguien que estaba saliendo de casa, disponía de mucho tiempo para cantar las alabanzas del curso. Por lo visto la profesora era un personaje singular y los estudiantes, superdiversos, y el curso era exigente y la hacía reflexionar, que era lo que necesitaba en ese momento concreto de su vida.

—Qué bien —dije, pese a que me fastidiaba oírla hablar de la universidad como si fuese lo más maravilloso del mundo. Era yo quien de verdad estaba en la universidad y, en mi modesta opinión, tenía pros y contras. Y encima, ella solo hacía un puto curso. Que lo intentara con cuatro y me contara qué tal.

—Ah, por cierto —me dijo—. Uno de mis compañeros de clase me ha dicho que fue al instituto contigo. Julian Spitzer. ¿Te suena?

Durante unos segundos intenté convencerme de que había oído mal. Pero sabía que no era así.

—Recuerdo el nombre —admití tras una larga pausa—. Pero no lo traté mucho.

—Me ha dicho que te salude de su parte.

Yo tenía serias dudas de que Julian Spitzer le hubiera pedido que me saludase de su parte. A menos que me estuviese vacilando, cosa que no le podía recriminar.

—Eh —dije, intentando cambiar de tema—. He recibido otro email de papá sobre la semana de padres...

—Escucha, cariño, de verdad que tengo que dejarte. Te llamo mañana, ¿de acuerdo? Te quiero.

Técnicamente hablando no le había mentado a mi madre sobre Julian Spitzer. Era cierto que no lo conocía muy bien, porque llegó a Haddington en séptimo, demasiado tarde para causar una fuerte impresión en mí y en mis colegas. En el instituto iba con el grupo de los *skaters*. A veces los veías por la ciudad, atravesando una calle como si les importase un carajo el tráfico. Recuerdo a Julian muy tieso sobre el monopatín, con las manos en las caderas y la melena al viento como si fuese una chica.

No presencié el incidente en casa de Kim Mangano. Yo estaba en el piso de arriba con Becca —era nuestra primera cita—, en el dormitorio de los

hermanos pequeños gemelos de Kim. En ese mismo momento, Wade estaba en la cocina, intentando hablar con Fiona Rattigan, su novia de quita y pon que había roto con él hacía unos días. Supongo que ella no le hacía ni caso y él se mosqueó. La agarró del brazo y no la soltaba. Ella le dijo que le estaba haciendo daño. Intentaron intervenir un par de personas, pero Wade les dijo que se ocuparan de sus asuntos.

—Me está agrediendo —dijo Fiona elevando mucho el tono. Creo que también ella estaba como una cuba—. ¡Que alguien llame al 911!

Resultó que Julian Spitzer estaba en la cocina, porque allí estaba el barril de cerveza. Cuando acabó de llenarse la copa, se acercó a Wade y se la tiró a la cara.

—¿Estás sordo? ¡Te ha dicho que la dejes en paz!

A Wade le llevó un par de segundos limpiarse la cerveza de los ojos y recuperarse del desconcierto, y para entonces un par de compañeros del equipo de lacrosse ya lo habían agarrado para que no hiciera ninguna tontería. Estábamos en plena temporada y nuestro equipo lo estaba haciendo muy bien. Lo último que necesitábamos era que se liase parda en la fiesta y varios de nuestros jugadores acabasen expulsados por beber y pelearse. Pero Wade estaba furioso.

Durante una o dos semanas fue el gran tema en el instituto: «Eh, ¿has oído lo de Wade y Spitzer?». Pero después el asunto se olvidó. Hubo otras fiestas y otros incidentes. Wade volvió con Fiona, nuestro equipo alcanzó los cuartos de final en la liga del estado y después llegaron las vacaciones de verano. El asunto de la cerveza en la cara parecía ya agua pasada, pero Wade no paraba de sacarlo una y otra vez. Nosotros no le hacíamos ni caso, porque sabíamos que tenía muy mal beber. Sobrio es uno de los tíos más encantadores y pacíficos que te puedes encontrar.

Esa noche de agosto fue todo cosa de la mala suerte. Wade y Fiona habían vuelto a romper. Becca y yo nos habíamos peleado y nuestro colega Troy odiaba su trabajo de monitor de campamento, que le obligaba a pasarse día tras día rodeado de niños chillones de cinco años. Intentamos animarnos

bebiendo una botella de vodka Popov en el bosque junto al campo de golf, pero emborracharnos no mejoró nuestro humor.

Después dimos una vuelta en el Ford Corolla de Troy, pasando varias veces por los mismos lugares: el instituto, el cementerio, el lago y de nuevo el instituto, porque a nadie le apetecía volver a casa y al menos así podíamos aburrirnos juntos y quejarnos de las canciones que ponían en la radio.

Y entonces, durante nuestra octava o novena vuelta por la ciudad, resultó que vimos al puto Julian Spitzer, solo en un tramo oscuro de la calle Green. Avanzaba con su monopatín a una buena velocidad, dándose impulso con un pie y después deslizándose sobre la tabla un rato, ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

—Mira eso —dijo Troy—. Es tu coleguita.

Aminoró la marcha hasta que nos situamos justo detrás de Julian y entonces pegó un acelerón, lo sobrepasó por el costado y dio un volantazo, de modo que bloqueó la calle con el Corolla y Julian tuvo que saltar del monopatín para no estrellarse contra nosotros. Podía haber salido corriendo, pero por algún motivo se quedó allí plantado mientras Wade bajaba del coche.

—Métete en el coche —le dijo—. Vamos a dar un paseo.

—¿Y si no quiero? —preguntó Julian.

—Métete en el coche, capullo.

Julian no discutió. Era como si llevase tiempo esperando que sucediese esto y pensase que podía manejarlo. Recogió el monopatín y se metió obediente en el asiento trasero. Wade subió tras él, de modo que éramos tres detrás, con Julian aplastado en el centro. Troy arrancó y nos largamos de allí.

—¿Cómo te va, colega? —le preguntó Wade con un falso tono amistoso—. ¿Estás pasando un buen verano?

—La verdad es que no —respondió Julian.

—Estupendo —dijo Wade—. Me alegra oírlo.

Le pasó el brazo por los hombros como un chico a su novia. Me llegaba el olor del sudor de alguien, intenso y acre, pero no sabía muy bien de quién. Era como si los tres formásemos una sola persona, tres cuerpos pegados juntos.

—Te he estado buscando por todos lados —le dijo Wade, con ese inquietante tono amable—. Nunca me contestas los mensajes.

Julian no respondió. No dejaba de mirar en mi dirección, en busca de ayuda, pero yo no podía hacer nada. Era un asunto entre él y Wade.

—No deberías haberme tirado esa cerveza a la cara. —Wade lo agarro con más fuerza—. Fue un grave error.

—Lo siento. —A Julian le temblaba un poco la voz, como si estuviera a punto de echarse a llorar—. De verdad que lo siento.

—Seguro que sí —se mostró de acuerdo Wade—. Pero ya es demasiado tarde para disculparse.

Julian asintió, como si ya lo sospechase. Su voz era un hilillo y sonaba asustada.

—¿Qué me vas a hacer?

Durante un rato, Wade no le respondió. Apartó el brazo de los hombros de Julian y contempló a través de la ventanilla las casas a oscuras con sus pulcros jardines delanteros, casas elegantes habitadas por personas decentes.

—No soy una mala persona —dijo—. No lo soy.

Yo entendía su dilema. Había hablado con insistencia de la terrible venganza a la que iba a someter a Julian y ahora tenía que materializarla. No podías pasarte media hora dando vueltas en el coche con ese chaval y después dejarlo marchar con una severa advertencia.

—Deberías darle por culo —sugirió Troy—. Seguro que le gusta.

Supongo que podría haber sido peor. No hubo violencia, ni derramamiento de sangre ni lágrimas. No le dieron por culo a nadie. Nos limitamos a plantarnos los cuatro frente a un asqueroso lavabo portátil cerca del campo de fútbol del parque dedicado a los veteranos de guerra. Juro que el hedor de ese cagadero se oía a veinte metros, una nube de detritus humanos y perfume químico que llevaba todo el verano fermentando a pleno sol. Wade tendió la mano y le pidió a Julian el móvil.

—¿Para qué? —preguntó este—. ¿Qué vas a hacer?

—Tú dámelo, capullo.

Una vez más, Julian obedeció. Wade se metió el móvil en el bolsillo del pantalón y, a continuación, señaló el lavabo portátil.

—Métete ahí —le ordenó.

Yo tenía a Julian cogido por el hombro y noté cómo se le agarrotaba todo el cuerpo.

—Ni de coña —respondió.

—Vaya si vas a entrar —dijo Wade—. Eso te lo garantizo.

—Por favor —rogó Julian—. Ya te he pedido disculpas.

Wade le empujó golpeándole en el pecho y dijo:

—No te lo voy a repetir.

Julian de pronto pareció quedarse sin fuerzas. Las ganas de resistirse le abandonaron.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿No me vas a hacer daño?

—Eso es todo —le aseguró Wade.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Y ahora métete ahí.

Todo fue muy civilizado. Wade abrió la puerta del apestoso lavabo y Julian entró.

—Disfruta de la velada —le dijo Wade.

Julian se volvió para mirarnos. El lavabo estaba un poco elevado, de modo que era como si estuviese sobre un escenario. Supongo que pensó que no tenía nada que perder.

—Tíos, sois unos mierdas —dijo—. Espero que lo sepáis.

—Cierra el pico —le respondió Troy—. Te ha salido muy barato. Si de mí dependiese...

—Hablo en serio —continuó Julian—. Los tíos como vosotros son los culpables de...

Wade cerró de golpe la delgada puerta de plástico antes de que Julian pudiera acabar la frase. Después la bloqueó con cinta de embalar que había encontrado en la guantera del coche de Troy. Selló muy bien la puerta, utilizando el rollo entero y convirtiendo el lavabo portátil en una celda.

—Eh, Julian —dijo—. Te dejo el teléfono aquí fuera.

—Que te jodan. —La voz de Julian sonaba amortiguada y lejana, pese a que lo teníamos al lado—. Eres una mala persona. Los tres lo sois.

Wade tiró el teléfono sobre la hierba.

—Nos vemos, colega.

Mientras nos alejábamos, Julian se puso a gritar, llamándonos cabrones y mierdosos, y a suplicar que abriésemos la puerta, pero sus ruegos se fueron apagando hasta resultar inaudibles mucho antes de que llegásemos al aparcamiento. Ya en el coche, intentamos bromear sobre el tema, felicitándonos por la genial putada que acabábamos de llevar a cabo, pero en realidad nadie tenía ganas de hablar de eso. Yo estaba a punto de abrir la boca para proponer que lo liberásemos, pero Troy se me adelantó:

—¿Seguro que ahí dentro puede respirar? ¿No se va a ahogar ni le va a pasar nada por el estilo?

—Hay respiraderos en los laterales —dije—. Lo he comprobado.

—¿Sabéis cómo apesta ahí dentro? —preguntó Troy—. ¿Puede llegar a morir por eso?

—No le va a pasar nada —sentenció Wade—. Seguro que a las seis de la mañana ya empieza a pasar gente paseando al perro. Alguien le ayudará a salir.

—Para eso faltan cinco horas —advertí.

—Que no os dé pena ese capullo —dijo Wade—. Tiene suerte de no haber acabado en el hospital.

Volví a casa y me metí en la cama, pero no logré conciliar el sueño. No podía parar de pensar en Julian Spitzer atrapado en ese asqueroso cubículo, sin nadie alrededor que pudiera ayudarlo. Me pregunté si sus padres se habrían percatado de que no había vuelto a casa, si estarían llamándolo al móvil tirado en la hierba.

No pude soportarlo más. Hacia las cinco de la madrugada salté de la cama y fui con la bici hasta el parque. Por la noche tenía un aspecto siniestro, me había parecido un lugar terrorífico en el que podía suceder cualquier cosa, pero ahora, con los primeros rayos de sol y los pájaros piando como locos, estaba precioso. Y detrás de los árboles asomaban casas, mucho más cerca de lo que parecía en la oscuridad.

Me sentí aliviado al comprobar que no había nadie dentro del lavabo portátil y que alguien había cortado la cinta de embalar. Tal vez Julian había permanecido allí muy poco rato antes de que pasase alguien y lo liberase, o de que él mismo encontrase el modo de escapar. Tal vez me había pasado la noche en vela preocupándome por nada.

Después de lo sucedido, estuvimos varios días agobiados, preguntándonos si le habría contado a alguien lo que habíamos hecho, a sus padres o tal vez a la policía, o incluso simplemente a sus amigos. No teníamos claro si era delito encerrar a alguien en un lavabo portátil, pero era el tipo de broma por la que uno se podía meter en un buen lío, un desliz que nadie querría tener que explicar a sus padres o profesores, o al responsable de las admisiones en una universidad.

Pero no sucedió nada. No volvimos a oír hablar del tema.

Esto ocurrió el verano previo a nuestro último año en el instituto. Cuando retomamos las clases en septiembre, Julian Spitzer había desaparecido de forma misteriosa. Algunos decían que había dejado los estudios, otros que se había cambiado a un instituto privado. Yo, sin más, me alegré de que se hubiera marchado, para no tener que cruzármelo o pensar en él. Para cuando nos graduamos, ya había borrado casi por completo cualquier recuerdo de él, y por eso fue una sorpresa de lo más desagradable que esa tarde mi madre mencionase su nombre, dejándolo caer casi por casualidad en la conversación y preguntándome si me acordaba de él.

¿Sabéis aquello de que cuando uno intenta no pensar en algo acaba no pudiendo quitárselo de la cabeza? Eso es lo que me sucedió con la chica de la biblioteca. Yo intentaba concentrarme en mi libro sobre el deshielo de los glaciares y el aumento del nivel del mar y ella no paraba de masticar chicle produciendo esos chasquidos de goma y saliva que me taladraban el cerebro.

«Joder», pensé. «¿Es que no se oye?»

De hecho, fue un alivio cuando aparecieron los manifestantes. Eran una veintena, entraron en la biblioteca como un grupo de visita y se apiñaron en la entrada, susurrando y mirando a su alrededor. Algunos de los chavales de mi mesa empezaron a poner los ojos en blanco y a negar con la cabeza.



—Otra vez no —se quejó la máquina de masticar.

—Cada puta noche igual —dijo el chico de la goma de borrar.

Los manifestantes se colocaron en fila india a lo largo del pasillo central. La chica que se situó más cerca de mi mesa llevaba el pelo teñido de azul y los labios pintados de negro. Miró nerviosa a su compañera musulmana que estaba pegada a ella; llevaba un simple pañuelo y no la cara tapada. Ambas alzaron las manos.

—¡Manos arriba! ¡No disparéis!

El primer intento quedó un poco pobre, como si solo la mitad del grupo hubiera ensayado, y no todos lo dijeron al unísono.

—¡Era un delincuente! —gritó alguien desde una de las mesas.

La chica del cabello azul y su colega musulmana levantaron más las manos y entonaron con más convicción:

—¡Manos arriba! ¡No disparéis!

Yo ya había oído hablar de esas protestas por Michael Brown (se suponía que se llevaban a cabo por todo el campus), pero esta era la primera vez que veía una. Había un montón de gente que se quejaba de ellas, porque era muy desconsiderado el modo en que los manifestantes se colaban en las aulas o intimidaban al público en los eventos deportivos. Pero molaba verlos invadir la biblioteca de esa forma, rompiendo el silencio con su eslogan, que aumentaba de volumen y sonaba más firme a medida que lo repetían.

—¡Manos arriba! ¡No disparéis!

El grupo empezó a moverse poco a poco y desfilaron a mi lado caras nuevas. Para mi sorpresa una de las manifestantes me saludó con la mano. Tardé unos instantes en reconocerla. Era Amber, la chica del Grupo de Concienciación sobre el Autismo, que se salió de la fila y avanzó directa hacia mi mesa.

—¡Colega! —dijo exultante, como si yo hubiera regresado de entre los muertos—. ¿Dónde te habías metido? Te echamos de menos en la última reunión.

—He estado muy liado —dije, alzando el libro para que pudiera ver que estaba estudiando el cambio climático.

Pese a que se había salido de la formación, no dejó de levantar las manos y gritar con los demás, rogando a los invisibles policías que no

dispararan. Llevaba una sudadera con capucha y de nuevo me fijé en lo fuerte que parecía, con esos hombros de jugadora de fútbol, y lo guapa que era, con esa melena rubia, esos ojos azules, esas pecas de granjera y las mejillas sonrosadas por la emoción.

—Es horrible lo que ha pasado en Ferguson —me dijo—. Esta mierda se tiene que acabar.

No supe qué responder. Cuanto más oía hablar de Michael Brown, más me costaba entender lo sucedido. ¿Era inocente o había atracado una tienda? ¿Se había rendido o había intentado quitarle la pistola al policía? Había oído versiones diferentes de boca de unos y otros, y ya no sabía con cuál quedarme.

—Es una putada —dije—. Eso sin duda.

Amber sonrió, como si yo acabase de pasar algún tipo de prueba. Me tendió la mano, como pidiéndome un baile.

—Vamos —me dijo—. Necesitamos tu voz.

Al principio me sentí muy cortado y me agobiaba haber dejado la mochila en la mesa.

—¡Manos arriba! ¡No disparéis!

—¡Vamos! —me dijo Amber—. ¡Dilo con convencimiento!

Algunas personas nos increparon, pero otros se levantaron de sus asientos y se unieron a la fila de la conga mientras recorríamos la biblioteca. Pasamos por el mostrador de préstamos y nos deslizamos entre las mesas de los ordenadores.

—¡Manos arriba! ¡No disparéis!

Cada vez nos salía más fluido y resultaba mucho más divertido. Algunos se balanceaban y otros alzaban las manos. Durante un rato Amber y yo permanecimos con las manos unidas y los brazos en alto como si acabásemos de ganar una medalla.

—¡Manos arriba! ¡No disparéis!

Dimos tres vueltas a la sala principal de la biblioteca y después salimos atravesando el detector de metales, sin dejar de corear. Fue maravilloso salir de la biblioteca y toparse con la fría noche de octubre. Todo el mundo se

puso a chocar los cinco y a felicitarse unos a otros, y el resplandor de la luna iluminaba el cabello de Amber mientras me abrazaba.

Cuando volví a la habitación, Zack estaba echado en la cama con sus enormes auriculares de dj puestos. Yo quería contarle lo de la protesta, pero antes de que pudiera dejar siquiera la mochila, se quitó los auriculares y se incorporó.

—Tío —me dijo—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Saldrías con una gorda?

—No creo —respondí—. No me van.

—Sí, pero ¿y si hubiera una chica gorda que te gustase de verdad? ¿Te enrollarías con ella?

—¿Es para alguna encuesta?

—No, es simple curiosidad.

—Depende. —Me senté en mi cama, frente a él—. Si fuera una de esas modelos de tallas grandes, quizá sí.

—Nada de modelo. Una chica normal y corriente. Pero guapa y con mucha personalidad.

—¿Me estás intentando liar con alguien?

—Tío, te estoy haciendo una simple pregunta.

Parecía molesto, lo cual no era muy justo, porque ya le había respondido dos veces.

—De acuerdo —dije—. Saldría con ella. Por qué no, si es tan maravillosa como dices.

Zack asintió con gesto aprobador, como si por fin hubiera pronunciado la respuesta correcta.

—Vale, entonces pongamos que quedas con esta chica un par de veces y te lo pasas de puta madre, pero sin ataduras. No hay ningún tipo de compromiso. Y entonces, de repente, una noche empieza a llorar y tú preguntas «¿Qué pasa?». Y ella responde: «¿Por qué nunca vamos a ningún sitio público? ¿Te avergüenzas de mí? ¿Es porque estoy gorda?». Entonces, ¿qué le dices?

Todo aquello resultaba muy obvio. Estuve a punto de reírme en su cara.

—Tío, ¿estás saliendo con una gorda? ¿Quedas con ella cuando desapareces a las tres de la madrugada?

—No —respondió él con el mismo tonillo rebotado—. Es un planteamiento puramente hipotético.

—De acuerdo —acepté—. Hablando de modo hipotético, lo más probable es que le dijese: «Zorra, si adelgazases cincuenta kilos podríamos ir al cine. Mientras tanto, ¿puedes seguir mamándomela? Estoy cansado y por la mañana he quedado con el capullo de mi compañero de habitación para desayunar».

—Tío, eso es muy cruel. Ella no tiene la culpa de estar gorda.

—Colega, no es mi problema.

—Guau —dijo Zack impresionado—. Eres más cabrón que yo.

—Gracias —dije—. ¿Nos fumamos un canuto y vemos un episodio de *Bob's Burgers*?

—Vale, me apunto —aceptó—. Pero no voy a aguantar despierto mucho rato. Estoy cansado y por la mañana he quedado con el capullo de mi compañero de habitación para desayunar.

—Qué gracioso —dije—. Yo también.

Chocamos puños y Zack sacó su marihuana y no tardamos en colocarnos y descojonarnos de risa hablando de mi hipotética exnovia gorda con la que me lo había pasado de coña hasta que se puso lacrimógena y empezó a hincharme las pelotas.

## Segura de sí misma

Cuando Eve invitó a Amanda a tomar una copa, no pretendía convertirlo en una cita. Era un encuentro social entre dos colegas que quedaban después del trabajo para conocerse un poco mejor. Y ni siquiera había sido idea de Eve. Lo único que había hecho era aceptar con algo de retraso una invitación que Amanda le había hecho en más de una ocasión y que ella se había sentido culpable al rechazar. No había segundas intenciones. Se limitaba a ser amable, arreglar las cosas y proponer un plan para ambas un viernes por la noche en el que de otro modo no hubieran tenido nada que hacer.

Y sin embargo aquello parecía una cita en toda regla, lo cual resultaba muy raro, porque Eve no salía con mujeres. Claro que ahora mismo tampoco estaba saliendo con ningún hombre, pero esto se debía simplemente a que no se había presentado la oportunidad. Si un hombre le hubiera invitado a salir, ella habría aceptado encantada, a menos que fuese el repulsivo Barry del curso de Género y Sociedad que, por desgracia, era el único hombre que en estos momentos mostraba interés hacia ella, con la posible excepción de Jim Hobie, el barman parlanchín, aunque de momento lo único que había hecho era invitarla a una copa, lo cual computaba difícilmente como una insinuación romántica, y en cualquier caso ella había declinado el ofrecimiento.

Pero si lo de esa noche no era una cita, y desde luego que no lo era, ¿a qué venían esas mariposas en el estómago que no paraban de revolotear desde que había apuntado la cita en la agenda? ¿Y por qué había optado por ponerse la blusa verde de seda que combinaba tan bien con el color de sus ojos y además se había dejado desabotonado un botón más que de costumbre? Eve sabía que la respuesta a estas preguntas era tan sencilla como embarazosa: había estado viendo demasiado porno y eso le había infectado la imaginación, haciéndola hiperconsciente de las posibilidades sexuales de las situaciones más inocentes. Resultaría gracioso de no ser tan patético.

—Quería habértelo comentado —dijo Amanda, que parecía tener muy claro que no había acudido a una cita amorosa—. El tipo ese del sirope de arce no podrá dar la conferencia que teníamos programada en noviembre, así que estoy tratando de buscar un sustituto.

—Vaya. —Eve frunció los labios en una parodia de gesto de espanto—. Parece que tenemos un problema muy serio.

Por un momento Amanda pareció desconcertada y por fin emitió un sonido que asemejaba una risilla entre dientes.

—Perdóname —dijo Eve frunciendo el ceño—. El humor no es mi fuerte. Al menos es lo que siempre me decía mi exmarido.

—Qué simpático —dijo Amanda—. Seguro que te encantaba su sinceridad.

—Desde luego. Era todo un despliegue de críticas constructivas.

—Me recuerda a mi antiguo novio —comentó Amanda—. Estaba preocupadísimo por mi peso. Si me pillaba con una tarrina de Ben and Jerry's me la quitaba de las manos y me decía: «No quiero que te arrepientas».

—¿En serio?

—Resulta que lo hacía por mi bien, ¿sabes?

Eve quiso hacer algún comentario positivo pero que no resultase inapropiado sobre las curvas de Amanda (ese era uno de los aspectos positivos de milfateria, la había ayudado a apreciar el atractivo sexual de todo tipo de cuerpos), pero las interrumpió una pareja de amigos de mediana edad que querían saber si el taburete que había junto al de Amanda estaba libre. El tío que lo preguntó tenía una actitud afable y autosuficiente, cabello rubio que ya empezaba a escasear y un cutis alarmantemente sonrosado. No hizo el menor esfuerzo por disimular su curiosidad por la granada de mano tatuada en el pecho izquierdo de Amanda, que tapaba solo en parte el escote de su vestido.

—Todo tuyo —le dijo al tipo, y se acercó más a Eve para hacerle sitio. Al hacerlo se rozaron las rodillas, y Eve percibió esa sutil sacudida eléctrica que en ocasiones se nota cuando se produce un contacto físico accidental. Amanda se desplazó en sentido contrario para evitar el roce.

—Ted, mi ex, me decía que era malísima contando historias —continuó Eve—. Que cada vez que iba al supermercado aquello parecía una novela

victoriana.

A Amanda eso no le sonó tan mal.

—A mí me encantan las novelas victorianas. Bueno, o me gustaban. No he leído ninguna desde la universidad.

—Pueden resultar un poco apabullantes —comentó Eve—. Hace un año que tengo pendiente empezar *Middlemarch*. Me han hablado maravillas de ella, pero nunca encuentro el momento de ponerme.

Amanda adoptó una actitud melancólica.

—Hay tanto por leer, y sin embargo lo único que hago es ver Netflix y jugar al Candy Crush. Tengo la sensación de estar malgastando mi vida.

—Es difícil concentrarse después de una larga jornada de trabajo. A veces lo único que te apetece es desconectar.

—Supongo que sí. Pero incluso durante los fines de semana, leo cinco páginas y enseguida tengo que mirar el móvil. No es que quiera hacerlo, es que tengo que hacerlo. Es una necesidad física, como si el teléfono formase parte de mi cuerpo.

Eve pertenecía a una generación anterior y no era de las que tenían ese tipo de relación con su móvil, pero en un sentido amplio entendió muy bien de qué le hablaba Amanda. Era mortificante ser una persona adulta y carecer de autocontrol. A ella antes esas cosas no le sucedían.

—Eh —dijo—. Igual podemos encontrar un profesor de literatura jubilado que dé unas charlas sobre Dickens y Jane Austen. Hace tiempo que no hacemos algo así.

Amanda asintió un poco de mala gana.

—Podríamos. Pero yo estaba pensando en probar con algo diferente. Salirnos un poco de lo trillado.

—¿Qué propones?

—No lo sé. Hay un montón de temas fascinantes. Busquemos a alguien que hable del calentamiento global, de la inmigración, de la evolución del feminismo o de la historia de la píldora. O del movimiento antivacunas. Lo que quiero decir es que el hecho de que sean ancianos no significa que no puedan interesarse por ideas nuevas, ¿no crees?

Eve percibió la crítica implícita que conllevaban estas sugerencias. Su política desde que se había hecho cargo del centro para mayores había sido

evitar los temas controvertidos en los ciclos de conferencias. Nada de religión y nada de política, nada que fuese polémico o provocador. El planteamiento de las conferencias se basaba sobre todo en la nostalgia (Roosevelt y la generación que luchó en la segunda guerra mundial, el Titanic y el Hindenburg, la guerra civil y las caravanas de pioneros), la educación para mayores (la fauna de los jardines domésticos, cómo mirar el cielo nocturno) y las historias edificantes y llenas de interés humano (un escalador con una pierna ortopédica de alta tecnología, una exmonja reconvertida en cantante de cabaret), a lo que se sumaba la incorporación ocasional de algún escritor o alguna charla sobre viajes.

—Entiendo lo que dices. Pero ya sabes cuál es nuestro público. Muchos de los ancianos son de ideas fijas. Rechazan cualquier cosa que les altere o con la que no estén familiarizados. Créeme, no tienen ningunas ganas de escuchar una charla sobre el calentamiento global.

—Entendido. —Amanda asintió arrepentida y echó la cabeza hacia atrás para acabarse la copa de vino—. No pretendía hacer zozobrar el barco.

—No pasa nada. Por eso te contraté. A veces es necesario zarandearlo un poco.

En los vídeos de milf lesbianas que más le gustaban a Eve había un único argumento básico: una mujer segura de sí misma seducía a otra reticente. Muchos de ellos empezaban con la reticente refunfuñando mientras fregaba platos o pasaba el mocho por el suelo y de pronto sonaba el timbre. La visitante, la segura de sí misma, casi siempre llegaba con una botella de vino, actitud simpática y un escote bien sugerente. Un corte y la acción se retomaba con las dos mujeres en el sofá, enfrascadas en una conversación y por lo general sentadas muy juntas. A menudo se rozaban las rodillas.

—Qué alegría verte —dice la segura de sí misma, acariciando el muslo o el brazo de su amiga en un gesto de ánimo que no tiene por qué tener una connotación sexual—. Pero te veo tristoná.

La reluctante no lo niega.

—Ha sido un día duro —suspira.



Tal vez la han despedido del trabajo. Tal vez su marido la ha abandonado. Tal vez el banco le ha denegado un préstamo. Pero sea cual sea el problema, no hay nada que no se pueda arreglar con un buen masaje y un cunnilingus.

Eve se relajó un poco cuando pasaron al restaurante. No tenían planeado cenar, pero ya se habían bebido las dos primeras copas de vino en menos de una hora y ninguna de las dos quería beberse una tercera con el estómago vacío. Solo eran las siete, demasiado pronto para terminar la velada, y resultó que había una mesa libre, así que cenaron.

—Me encantan estas patatas —dijo Amanda.

—¿Pedimos otra ración?

Amanda se limpió la boca con la servilleta de tela rígida y dejó una marca de pintalabios en el tejido blanco.

—Esto es un exceso.

—No salgo mucho —le explicó Eve—. Así que por una vez...

—Deberías haber venido a Foxwoods la otra noche —la pinchó Amanda—. Me hubiera venido muy bien tener compañía.

Eve hizo un mohín y preguntó:

—¿Tan horrible fue?

—De hecho no estuvo mal —respondió Amanda—. Pero me dio pena Frank Jr. Debe ser deprimente imitar a tu padre muerto. Al menos Nancy se puso las botas de gogó y cantó algunas canciones propias.

—Aquellas botas le quedaban geniales —dijo Eve—. Pero no creo que estuviesen hechas para andar.

Miró a su alrededor, intentando cruzar la mirada con su escurridizo camarero. Dejando de lado el discutible servicio, Casa Enzo hacía justicia a los elogios que cosechaba. Era un acogedor local de tapas, el primero que se había abierto en Haddington, con una docena de mesas apiñadas en una sala que no era lo bastante grande para colocarlas a la debida distancia. El comedor era todavía más ruidoso que el bar, pero al menos Eve no sentía la incomodidad que a menudo la invadía en los restaurantes, la irritante

sensación de que estaba en una de las mesas más aburridas y que las conversaciones verdaderamente interesantes se desarrollaban en otra.

—Tendríamos que hacer esto más a menudo —comentó Amanda—. Me paso la mayoría de fines de semana apalancada en casa, dándome un atracón de chocolatinas.

Eve cogió una aceituna del cuenco y le preguntó:

—¿No estás saliendo con nadie?

Amanda negó con la cabeza, más resignada que triste.

—Este pueblo es una especie de erial amoroso. No hay muchos solteros de mi edad. O al menos de momento no he descubierto dónde se esconden.

Un poco cohibida, Eve se sacó el hueso de la aceituna de la boca y lo depositó con delicadeza en su plato. Ahora ya había seis, alineados como balas, con restos de pulpa adheridos.

—Estas cosas son adictivas —comentó.

—¿Y tú? —le preguntó Amanda—. ¿Estás saliendo con alguien?

—Ni remotamente. Hace seis meses que no tengo una cita. No he tenido ni una que valga la pena desde hace dos años. Y ni siquiera esa fue extraordinaria.

—¿En serio? —Amanda parecía sinceramente sorprendida—. ¿Y cómo es eso? Quiero decir que eres una mujer muy atractiva.

—Gracias. Te agradezco el cumplido.

—Lo digo en serio —insistió Amanda—. Ojalá al llegar a tu edad yo estuviese la mitad de guapa que tú.

Eve se forzó a sonreír, con la esperanza de que el gesto ocultase su irritación.

—Eh —la interrumpió—. ¿Te he contado lo del curso al que estoy asistiendo?

Varios de los vídeos que había visto saltaban directamente al dormitorio, con dos mujeres ya enfrascadas en los lametones y toqueteos de costumbre. Los cerraba de inmediato en cuanto se daba cuenta de su error. Necesitaba empezar por el principio y asistir a las charlas previas, ver cómo la conversación banal derivaba en flirteo, escuchar las palabras mágicas que

lograban que la reticente aceptase el primer beso o permitiese que la otra le desabotonase la blusa.

La parte de verdad estimulante era la epifanía, el momento en que la reticente comprendía de pronto que la estaban seduciendo. Todo lo interesante sucedía entonces. La aceleración de la respiración. Los labios que se entreabrían. El silencio que otorgaba permiso. La comprensión de que todo lo anterior conducía de forma inevitable a esto: unos labios que descubren otros, una mano que acaricia un seno, las rodillas que se separan. El fin de la reticencia. Cuando estaba bien hecho, una se olvidaba de que estaba viendo porno y lo aceptaba, si no como la realidad, sí al menos como un destello de un mundo mejor que el cotidiano, un mundo en el que todo el mundo deseaba lo mismo en secreto y nadie se quedaba sin conseguirlo.

Llegó el postre. Eve hizo los honores e hincó la cuchara en la quebradiza capa dura de la *crème brûlée* y la hundió en la dorada natilla que había debajo.

—Guau —dijo, y deslizó el plato hacia el otro lado de la mesa—. Tienes que probarla.

Amanda cogió una cucharada. Puso unos ojos como platos en un teatral gesto de sorpresa.

—Oh, Dios mío. Si sigo soltera cuando cumpla los treinta, me voy a casar con la persona que ha preparado esto.

—Espero que aceptes un trío —le dijo Eve—, porque he pensado justo lo mismo. Excepto lo de cumplir los treinta.

—Por mí ningún problema si te apuntas. —Amanda dirigió la mirada hacia la cocina—. Pero creo que tendremos que ver qué opina nuestro marido. O esposa.

—Estoy segura de que no le importará.

Amanda asintió, pero de pronto se puso seria.

—¿Y qué edad tiene tu profesora?

—Más o menos mi edad. Pero solo lleva unos años siendo mujer. Antes era un hombre heterosexual, un deportista profesional con mujer y un hijo. Pero era una piltrafa emocional, se automedicaba con alcohol y pastillas.

Durante un viaje de trabajo intentó suicidarse con una sobredosis. Por lo visto estuvo a punto de lograrlo. Cuando salió del coma, lo primero que dijo fue: «Soy una mujer. Llevo toda la vida siendo una mujer».

—Es estupendo —comentó Amanda—. Estudias teoría de género con una profesora trans. Tienes mucha suerte.

—Es muy interesante. Es muy atractiva y entre los alumnos hay varios hombres heterosexuales de mediana edad. No saben qué pensar de ella.

—¿En serio? —dijo Amanda, como si Eve se lo hubiera estado ocultando—. ¿Hay alguno guapo?

Eve negó con la cabeza y comentó:

—Es un grupo variopinto. Y créeme, a estas alturas de mi vida, no tengo el listón muy alto.

—Vamos. —Amanda sonrió animándola a continuar—. Tiene que haber alguno.

Claro que había uno. Siempre lo había, al menos desde el instituto. No se podía considerar una clase en condiciones si no te medio enamorabas de algún compañero.

—Es una locura. —Bajó la voz, por si alguien a su alrededor las estaba escuchando—. La única persona que me atrae un poco es un chaval de dieciocho años. Un crío.

Amanda parecía encantada con la confidencia. Era mucho más interesante de lo que se esperaba.

—La cosa tiene morbo —dijo, como si morbo fuese todo un elogio—. No sabía que te iban los jovencitos.

—No se trata de eso —aclaró Eve—. Es solo que me sorprende a mí misma mirándolo y pensando: si tuviese su edad...

—¿Cómo es?

—Muy delgado, casi como una chica. No muy alto. Pelo largo. Ojos bonitos.

—¿Es inteligente?

—No estoy segura. —Eve solo había hablado con Julian en una ocasión y él no se había mostrado muy conversador—. Me resulta difícil calificarlo. En las dos primeras clases pensé que era gay. Pero él se define como heterosexual.

—¿Cómo te has enterado de esto?

—Nos entrevistamos mutuamente entre los compañeros de clase para articular todas esas cosas que la gente suele dar por supuestas.

—¿Y tú qué dijiste? —Amanda parecía sentir verdadera curiosidad, como si la sexualidad e identidad de género de Eve estuviesen envueltas en un halo de misterio.

—Me definí como heterosexual. Cisgénero. Nada muy excitante.

Amanda asintió, como si ya se lo hubiera imaginado. ¿Parecía quizá un poco decepcionada? Eve pensó que ojalá pudiese matizar la respuesta, que en estos momentos le ponía mucho el porno lésbico y estaba intentando dilucidar qué significaba eso. Pero necesitaría unas cuantas copas de vino más antes de soñar siquiera con hacer semejante confesión.

—¿Y lo harías? —preguntó Amanda—. ¿Enrollarte con un chico tan joven?

—De ningún modo. —Eve sonrió al pensar en ello—. Fue al instituto con mi hijo. Podría ser su madre.

—Eres una milf —constató Amanda—. Es así, debes asumirlo.

A Eve el término y la facilidad con la que Amanda lo había utilizado en público la dejaron perpleja unos instantes. Para ella era una palabra obscena, que no se podía pronunciar en voz alta. Pero también era un cumplido.

—No sé de qué me hablas —dijo, sonriendo con modestia.

—Míralo de este modo —le replicó Amanda—. Si un hombre de tu edad saliese con una universitaria, la gente le daría la enhorabuena.

—Yo no lo haría. A mí me parecería raro. Y sentiría lástima por la chica.

—¿Aunque ella lo viviese como lo más normal del mundo?

—Eso es imposible —sentenció Eve—. No existe ni la más remota posibilidad.

—Estoy segura de que ese chico estaría encantado. Sería como una fantasía porno hecha realidad. «Me lo he montado con la madre de mi mejor amigo.»

—No son amigos. En el instituto apenas se trataban.

Amanda cogió el último trozo de *crème brûlée* con la cuchara. Y mientras chupeteaba el cubierto, se dibujó en su rostro una expresión

pensativa.

—A mí no me importaría salir con un jovencito. Últimamente solo he tenido relaciones con hombres mayores que yo y sin duda agradecería el cambio.

—¿En serio? ¿Cuánto más mayores?

—La mayoría cuarentones. Algún cincuentón.

—Guau. —Eve asintió de un modo que esperó no detonase ningún tipo de juicio de valor—. ¿Es una preferencia o una mera coincidencia?

—Hay un poco de ambas cosas. —Amanda se pasó la lengua por el labio superior para lamer un resto de crema—. Son más agradables que los tíos de mi edad.

—¿Dónde los conoces?

—Sobre todo a través de Tinder. —Observó con atención a Eve, intentando calibrar su reacción.

—Entonces, ¿quedas con desconocidos y te acuestas con ellos?

Eve se arrepintió de haber hecho la pregunta en cuanto las palabras salieron de su boca. Pero Amanda no pareció ofenderse.

—No son del todo desconocidos, cuando nos citamos ya he visto su foto —dijo, y se rio de su propia broma.

En los vídeos que más le gustaban a Eve, las mujeres eran amigas, vecinas o examantes. Otros guiones resultaban un poco más problemáticos, porque jugaban con diferencias de edad o abusos de poder que en la vida real hubieran disparado todas las alarmas. Una profesora considera que una alumna no está rindiendo todo lo que debería. Una estudiante extranjera en un intercambio echa de menos su casa y necesita un poco de cariño. Una madrastra madura y ávida de carne joven seduce a su reticente pero muy manipulable hijastra.

En el universo del porno nadie parecía haber oído hablar del acoso sexual. Las doctoras lamían a sus pacientes. Las entrenadoras personales acariciaban a sus clientas. Las malas empleadas encontraban modos creativos de salvar sus trabajos. Eve hubiera rechazado con vigor estos argumentos si hubiera habido en ellos un hombre de por medio. Pero con dos mujeres, de

algún modo, resultaba diferente, un poco más juguetón y sin esa connotación escabrosa. Una fantasía inocua, más que una situación que le recordase a alguna noticia indignante leída en el periódico o una situación embarazosa relatada por alguna amiga.

—En mi residencia de estudiantes había una chica que se cambió de sexo —explicó Amanda—. Fue algo digno de verse. Cuando apareció por allí en su primer año era tan anodina y callada que nadie se fijó en ella. Después se cortó el pelo y empezó a vestirse como un chico. Durante el segundo curso inició el proceso de hormonación. En el penúltimo año de carrera ya tenía la voz grave e iba por ahí en plan: «Ya no soy Linda. Por favor, llamadme Lowell». Ese verano Lowell se sometió a la operación definitiva. Al final del último año ya era un tío musculoso y guapetón con barba desaliñada y una moto. Un montón de chicas a las que yo conocía salieron con él. Se convirtió en toda una experiencia, ¿sabes? En plan un reto que ya puedo borrar de mi lista.

Eve asintió, pero esa historia le sonó muy extraña. Durante su época de universidad había coincidido en el campus con una chica que tenía vello negro en algunas zonas de la cara, pero eso a nadie le resultaba ni genial ni fascinante. La gente más bien sentía lástima por esa pobre chica y hacían lo posible por no quedarse mirándola fijamente. Eve supuso que sufría una enfermedad o algún tipo de desgracia cósmica. Jamás se le pasó por la cabeza que esa mujer barbuda estuviese poniendo en práctica una decisión que la conduciría hacia la felicidad.

—Y esas chicas que salían con Lowell —dijo Eve—, ¿eran hetero, bi o qué?

—Había de todo. —Amanda bajó la mirada y se recolocó la servilleta en el regazo—. Una tarde le pedí que fuésemos a tomar un café. Nos lo pasamos muy bien. Cuando acabamos, me llevó a casa en moto y nos besuqueamos un poco frente a mi residencia. La cosa se puso bastante ardiente, pero cuando me pidió subir a mi habitación, me eché atrás. Supongo que no estaba preparada para una experiencia de ese tipo, lo cual es significativo, porque en

aquel entonces yo era muy lanzada. Pero él se lo tomó bien. La siguiente vez que lo vi, salía con una chica turca guapísima de mi curso sobre Milton.

—Fascinante —dijo Eve—. Es como una versión moderna de la Cenicienta. Cambias de cuerpo y de nombre y todos tus sueños se hacen realidad. Ojalá yo pudiera hacer algo así.

—¿En serio?

—No lo de convertirme en hombre. Pero sí la posibilidad de dejar atrás tu viejo yo. Agarrar todos tus errores y remordimientos y borrarlos de tu vida. ¿A quién no le gustaría hacer algo así?

Amanda asintió, como si lo que decía Eve fuera muy lógico.

—¿Y en quién te convertirías, si pudieras empezar de nuevo?

—No lo sé. No lo he pensado.

—¿Y qué me dices de tu nombre? ¿Cómo te llamarías?

—Veamos. —Eve cerró los ojos y sin darle muchas vueltas apareció ante ella un nombre, escrito en letras azules en una matrícula falsa de esas de tienda de regalos—. Ursula. Me llamaría Ursula.

—Es un nombre potente. ¿Y cómo es esa Ursula?

—Más valiente que yo —dijo Eve—. Hace lo que le apetece. No le importa lo que piensen los demás. No se conforma con menos de lo que se merece, ni pide disculpas a menos que sea absolutamente necesario. Solo le preocupa vivir y tener aventuras.

Amanda sonrió y dijo:

—Me gusta esta persona.

Eve sabía que ya había hablado más de la cuenta, pero estaba embalada.

—Lo más probable es que Ursula no trabaje en el centro para mayores.

—Eso es una pena —dijo Amanda, pero no parecía apenada.

—Tiene un trabajo un poco más interesante. Quizá escribe libros de viajes. Lleva gafas de sol y tiene un montón de aventuras amorosas.

—Parece muy sexy.

Eve rascó con una uña una mancha amarillenta en el mantel, con la esperanza de que el rubor que notaba no se evidenciase en su cara. Se sentía un poco ebria, un poco avergonzada, pero al mismo tiempo la embargaba un peculiar subidón.

—¿Y tú? —le preguntó a Amanda—. ¿Quién te gustaría ser?



—Juniper —respondió Amanda sin dudarlo— Sería menuda y grácil. Tal vez bailarina. Sin tatuajes. Así luciría mi hermosa piel. E iría desnuda siempre que pudiera. Dejaría las persianas subidas para que todo el mundo pudiera verme.

—Bien hecho.

Amanda esbozó una sonrisa melancólica, como si no fuera digna de su propia fantasía. Eve quiso decirle que ya era guapa, pero en lugar de eso propuso un brindis.

—Por Ursula y Juniper.

—Por Juniper y Ursula —replicó Amanda, y entrechocaron las finas copas.

Cuando salieron del restaurante, Eve ya había completado el círculo y volvía a pensar que aquello era una cita, y además de las buenas. Se habían pasado horas hablando sin que se produjesen silencios incómodos, habían tomado un poco de vino de más, se habían reído y se habían sincerado sobre sus vidas.

Acompañó a Amanda al coche. En la calle no se veía un alma y el frío otoñal se sentía en el ambiente. Eve notó que su agitación interior iba en aumento.

—Gracias por la cena —dijo Amanda—. Me lo he pasado de maravilla.

—Yo también.

En lugar de meterse en el coche, Amanda permaneció inmóvil, sonriendo con timidez, como si esperase que sucediera algo. Eve deseaba besarla, pero estaba paralizada, sin tener claro quién de las dos debía tomar la iniciativa.

«Tendré que ser yo», pensó.

Era la mayor. Era la jefa. Pero no se sentía nada segura de sí misma. Se sentía perdida y asustada, como si flotase en el espacio, sin ningún tipo de cable de seguridad.

Y de pronto, como si estuviese leyendo la mente de Eve, Amanda dio un paso adelante, abriendo los brazos y ladeando el mentón en un ángulo tentador. Eve se abalanzó sobre ella y la besó en los labios.

—¡Para! —Amanda se puso rígida y se apartó con una expresión perpleja, levantando ambas manos en un gesto de autodefensa—. ¿Qué haces?

—Lo siento. —Eve se moría de vergüenza—. Pensaba que...

—Guau. —Amanda dejó escapar una risa nerviosa mientras se limpiaba la boca con la muñeca. El gesto parecía un poco desmesurado, el beso apenas había durado un segundo, sin lengua ni saliva por medio—. Yo solo quería darte un abrazo.

—Oh, Dios mío. —Eve se tapó la cara con las manos—. Soy idiota. He bebido demasiado. Lo siento mucho.

—No pasa nada —dijo Amanda, que todavía parecía un poco impactada—. No tiene importancia.

—Sí, sí la tiene —murmuró Eve tapándose la boca con la palma de la mano—. No debería haberlo hecho. No está bien.

—No pasa nada, en serio.

Eve se apartó las manos de la cara.

—¿Seguro?

—No te preocupes. —Amanda le puso la mano en el brazo—. No se lo contaré a nadie. Te lo prometo.

Eve sintió un leve vahído. No se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que Amanda se lo contase a alguien.

—Gracias —le dijo—. Te lo agradecería de corazón.

Condujo hasta casa envuelta en una bruma de arrepentimiento, preguntándose cómo había podido hacer algo tan irresponsable, tan impropio de ella. ¿Tan sola se sentía, tan necesitada de contacto sexual? No tenía sentido asumir un riesgo de tal magnitud, poner en peligro su trabajo, su casa, la universidad de su hijo, simplemente para jugar durante una noche a ser la protagonista de un vídeo porno.

«Eres idiota», se dijo a sí misma, intentando no pensar en la amarga decepción que había sentido cuando los labios de Amanda no se abrieron.

Por regla general era una persona prudente, demasiado prudente, y ahora, así sin más, acababa de poner su vida en manos de una joven a la que

apenas conocía, una chica con una granada tatuada en el pecho y que con toda probabilidad no era la persona más centrada del mundo. Era terrible entregarle a alguien ese tipo de poder, aunque asegurase ser tu amiga.

Pensó en telefonar a Amanda y reiterarle sus disculpas, asegurarle que no volvería a suceder, que de ahora en adelante, durante todo el tiempo que Amanda siguiera en el centro para mayores, su relación sería cordial y profesional. Pero quizá una llamada no fuese la mejor idea, al menos no tan pronto. Quizá solo agravase la situación y diera la sensación de que lo ocurrido había sido más grave de lo que en realidad era. Pero tenía que decirle algo para sentirse en paz consigo misma, de modo que optó por enviarle el mensaje de texto más aséptico que se le ocurrió.

«¿Estás bien?»

«Sí», respondió Amanda casi de inmediato. «Bien.»

«¿Seguimos siendo amigas?»

«Por supuesto», respondió Amanda, y añadió una carita sonriente para reforzar el mensaje.

Un instante después llegó otro texto, una simple palabra en el interior de otra burbuja:

«Ursula»

El nombre, nada más, sin signo de exclamación. Leído así sonaba triste, tan solo, muerto nada más llegar.

## Fin de semana de padres

—Esta es Ellen. —La pelirroja pecosa le pasó el móvil al hipster asiático sentado a su lado—. Tiene veintidós años y se desenvuelve bien sola. Tiene el graduado escolar y trabaja a jornada completa en una farmacia cvs. Es una cajera muy eficiente siempre y cuando los clientes no la acribillen a preguntas o intenten colarle un vale caducado. Antes perdía los papeles cuando la gente le daba conversación, pero ha aprendido a manejarse en estas situaciones.

El chico asiático echó un vistazo a la pantalla y después le pasó el móvil a Amber, que puso empeño en mirar la foto un buen rato, porque el hermano autista de cualquiera era un ser maravilloso e importante y merecía toda la atención. Era fácil entender por qué la habían elegido presidenta del club pese a que solo estaba en su segundo año de carrera.

—Parece muy seria —comentó Amber—. Seguro que es muy lista. —Le pasó el teléfono a la vicepresidenta, una chica menuda de su fraternidad llamada Cat que siempre llevaba en el bolso un enorme dosificador de desinfectante con el que se rociaba las manos cada cinco minutos. El olor impregnaba toda la habitación.

—¿Qué supuso para ti tener una hermana como Ellen?

La sonrisa de la pelirroja languideció un poco.

—Fue duro —confesó—. Durante algún tiempo yo no supe que las hermanas mayores de los demás no eran como la mía. Pero al final empecé a darme cuenta de que algo no iba bien. Cuando estaba en primero de primaria, una niña que se llamaba Tierney vino a mi casa a jugar con las Barbies. Era la primera vez que venía. Ellen entró en mi habitación y le preguntó a Tierney cuándo era su cumpleaños, y después cuándo era el de su madre y el de su padre y el de sus hermanos. Y a continuación le preguntó: «¿Y el de tu perro? ¿Cuándo es el cumpleaños de tu perro?». Y Tierney, nunca me olvidaré de eso, me miró y, sin ningún tipo de contemplación, me preguntó: «¿Por qué es tan idiota?». Yo no supe qué contestar, así que le lancé mi Barbie a Ellen y le grité: «¡Lárgate, idiota!».

La pelirroja guardó silencio unos instantes para recomponerse.

—Aquí estás entre amigos —le dijo Amber—. Nadie te va a juzgar. Es todo un reto tener una hermana autista. Para eso estamos aquí. Para escuchar y darnos apoyo.

La pelirroja pareció aliviada.

—Lo extraño es que a Ellen no le importó que la llamase idiota. Ni siquiera estoy segura de que me oyese. Siguió hablando con esa voz de robot que utiliza a veces: «Conozco a tres personas que nacieron el 10 de marzo y no son trillizos, y a dos personas que nacieron el 2 de marzo y no son gemelos. No conozco a nadie que haya nacido el 8 de noviembre, ni siquiera a un perro o a un gato». Yo me limité a permanecer sentada, muerta de vergüenza. Miré a Tierney y dije: «No puede evitarlo, nació así», y ella me respondió: «Lo siento por ti».

—Esa tal Tierney parece una cabrona sin sentimientos —comentó la vicepresidenta, rociándose una vez más las manos con desinfectante.

—Pues resulta que ahora es mi mejor amiga —dijo la pelirroja—. Y es encantadora con Ellen. Por aquel entonces no sabía de qué iba esto.

A estas alturas, el móvil ya había llegado a mis manos. La foto de la pantalla la habían tomado en la ceremonia de graduación de la pelirroja en el instituto. Llevaba el birrete y la toga, y Ellen aparecía a su lado con un reluciente vestido verde, con los brazos separados del cuerpo como si la tela le irritase la piel.

—Eso es estupendo —dijo Amber, y no sé por qué me miró directamente a mí—. Así es como cambiamos el mundo. Con pequeños gestos.

Llevábamos ya una hora de reunión y yo no veía el momento de que se acabase. Uno solo tiene aguante para un número determinado de historias sobre hermanos autistas.

Yo estaba allí únicamente por Amber, a la que no había vuelto a ver desde la noche de la manifestación en la biblioteca. Le había mandado un montón de mensajes durante toda la semana, proponiéndole que quedásemos para tomar un café, comer una pizza o lo que fuese, pero ella no paraba de darme largas, diciéndome que ya nos veríamos en la reunión de octubre del Grupo de Concienciación sobre el Autismo. Entonces ya quedaríamos. Era

tan insistente con lo de la reunión que empecé a preguntarme si me veía más como un nuevo adepto a la causa que como un tío con el que le podía apetecer salir, pero a mí me gustaba tanto que merecía la pena dedicar dos horas de mi vida a esclarecerlo.

De momento, el componente ligoteo de la ecuación parecía que iba bien. Al verme entrar por la puerta, Amber había dejado escapar un gritito de felicidad y a continuación me había guiado por la sala, presentándome a sus amigos como si yo fuese alguien muy importante.

—Este es Brendan —le dijo a la vicepresidenta—. El chico de primero del que te hablé. Brendan, te presento a Cat.

—Hola, Brendan. —Cat me repasó de arriba abajo, como si estuviese valorando si comprarme o no—. Amber tenía muchas ganas de verte por aquí.

—¡Cállate! —le interrumpió Amber, y se ruborizó un poco. En lugar de su típica sudadera con capucha, esta vez vestía unos pitillos tejanos, un top ceñido y sandalias de plataforma, el tipo de ropa que te pones para una fiesta o una cita. Tenía unas preciosas tetitas —hasta entonces no les había podido echar un buen vistazo— que casaban muy bien con su complexión atlética.

—Lo único que quiero decir es que necesitamos más chicos en el grupo —matizó Cat con una sonrisita, mientras metía la mano en el bolso en busca de más desinfectante—. No pretendía insinuar nada.

—Es cierto. —Amber lanzó una mirada al hipster asiático, que estaba rodeado de un grupo de chicas, acaparando toda su atención—. Por lo general solo viene Kwan. Seguro que está encantado de tener un colega.

—No lo sé —dije, porque Kwan me estaba mirando mal, como si le hubiera fastidiado la fiesta—. Parece que le va de maravilla sin mí.

Cat se dirigió hacia la mesa de los refrigerios y me quedé a solas con Amber.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo, poniéndome la mano en el hombro de un modo superinformal, como si no fuera consciente de lo que hacía. Pero yo sí lo era. Lo noté directamente en las pelotas, una cálida explosión de ímpetu, como si alguien hubiera girado una llave y arrancado un motor.

Después de una pausa para descansar, una chica llamada Nellie nos habló de su hermano, que era muy inteligente pero se pasaba el rato agitando las manos y gruñendo, lo cual hacía difícil llevarlo a ningún lado. Tres chicas, una detrás de otra, dijeron que tenían hermanos con Asperger. Otra chica, Dora, explicó que ella era la única normal de cuatro hermanos. Los otros tres habían sido diagnosticados de pdd-nos y uno de ellos no era capaz de articular palabra. Amber le sugirió a Dora que no utilizase el término «normal» y lo sustituyese por «neurotípica».

—Resulta menos doloroso así —le explicó—. Y además, parece que en tu familia el autismo es lo normal, ¿no crees?

Dora se encogió de hombros y respondió:

—Mi madre siempre me llama su hija normal. Y me presenta así a los demás: «Esta es Dora, mi hija normal».

El hipster, Kwan, tenía un hermano llamado Zhang que se portaba demasiado mal como para ir a un colegio normal. Era hiperactivo y cada vez que se ponía nervioso empezaba a correr en círculos. Lo único que lo relajaba era tocar el piano. Un día, a los siete años, se sentó y tocó *The Entertainer*, el tema de aquella vieja película, *El golpe*. Le salió así, sin más. Ningún miembro de la familia había visto la película y los padres de Kwan eran inmigrantes de primera generación que solo escuchaban música clásica europea. Pero Zhang clavó la partitura.

—Ese día mis padres se sintieron felices —dijo Kwan—. Fue como «¡Oh, Dios mío, nuestro hijo es un genio!». Estaban orgullosísimos de Zhang, lo que era alucinante, porque por regla general se avergonzaban de él y no sabían cómo ayudarlo. Contrataron a un profesor de piano especializado en niños con necesidades especiales e hicieron todo lo que pudieron por potenciar su don.

Kwan hizo una pausa y miró a su alrededor, por si alguien tenía alguna pregunta. Vestía tejanos de cintura baja, una ceñida camisa a cuadros con las mangas enrolladas alrededor de los bíceps y un sombrero tipo fedora de color beige; aun así, me cayó bien.

—Qué pasada —dijo Cat—. ¿Toca música clásica o jazz?

Kwan se encogió de hombros.

—Toca *The Entertainer*. Una y otra vez. Todos los putos días de su vida. Cada vez que llamo a casa lo oigo de fondo, aporreando las teclas: ¡dada dada da da da da da da! Odio esa canción.

Mi hermanastro pequeño era autista, pero no me había criado con él. Yo ya iba al instituto cuando nació, y en esa época no me llevaba bien con mi padre ni con mi madrastra, Bethany, a la que consideraba La Hijadeputa Que Me Había Arruinado La Vida. Ahora me daba cuenta de que había sido una estupidez echarle la culpa a ella del divorcio; no era que le hubiera lavado el cerebro a mi padre y lo hubiese secuestrado arrebatándonoslo a mi madre y a mí. Lo que hizo mi padre, lo hizo porque él decidió hacerlo. Porque quería hacerlo. Todavía recuerdo el día en que me lo explicó. Me llevó a tomar un helado, me pasó el brazo por los hombros y me soltó: «Escucha, Brendan, si tienes que odiar a alguien por lo que ha sucedido, ódiame a mí, ¿de acuerdo? No le echas la culpa a Bethany. Ella es una espectadora inocente, igual que tú».

Según el acuerdo de custodia yo tenía que pasar con él dos fines de semana al mes, pero no se quejaba si me escaqueaba y me quedaba a dormir en casa de un amigo, ni siquiera si decidía quedarme en casa de mi madre para adelantar con los deberes. En aquel entonces yo practicaba tres deportes (fútbol, baloncesto y lacrosse) y nuestro contacto casi siempre se limitaba a que él venía a mis partidos los fines de semana y después me llevaba a cenar. En eso consistía básicamente nuestra relación después del divorcio: mi padre y yo en el Wild Willie's o en el Burrito Works de Haddington, hablando del partido que yo acababa de jugar como si todo fuese perfectamente normal, como si la vida de todo el mundo fuera así.

Lo empecé a ver todavía menos después de que naciera JonJon. No hubo un día en concreto en que me sentara y me dijese: «Tu hermano tiene un problema muy serio». Fue más bien como un goteo sistemático de malas noticias. No entendían por qué no empezaba a hablar, por qué no hacía ni caso a los juguetes, por qué no miraba a los ojos a su padre ni le sonreía a su madre. Los médicos se mostraban preocupados por la violencia de sus pataletas.



Cuando empezaron a utilizar abiertamente el término «autista», yo ya me llevaba mejor con mi padre, e incluso con Bethany, que resultó ser mucho mejor persona de lo que yo me había empeñado en creer. Era mucho más joven que mi madre y estaba muy buena cuando mi padre se casó con ella, pero había envejecido mucho en pocos años. En su mirada se podía ver lo duro que era tener un hijo como Jon-Jon y era inevitable sentir lástima por ella.

Hubo un breve periodo durante mi último año en el instituto en el que intentamos ser una familia dos fines de semana al mes. Yo preparaba mi bolsa y mi padre me recogía al salir del trabajo para llevarme a su nueva casa.

El único problema era que Jon-Jon se ponía como un loco cada vez que yo aparecía por allí. No se alteraba sin más: perdía por completo los papeles. Bethany hacía toda una representación teatral de entusiasmo cuando yo entraba, en plan «¡Eh, JonJon, mira quién ha venido! ¡Es tu hermano mayor! ¿Vas a decirle hola a Brendan?». Jon-Jon ni me miraba. Empezaba a agitar las manos y se ponía a gritar como si yo fuese un monstruo que venía a comérselo. A veces se tiraba al suelo o empezaba a darse golpes en la cabeza, lo cual era horrible, porque no lo hacía en broma. Y una vez se dejaba arrastrar a una crisis de ese tipo, podía pasarse horas en el mismo plan. Cuando por fin se calmaba y se quedaba dormido, los demás disponíamos de un rato de sosiego, solo que no era verdadero sosiego, porque todos estábamos alterados por lo que acababa de suceder. Jugábamos una o dos partidas de Yahtzee y después Bethany se acostaba y mi padre y yo veíamos un episodio de *Scrubs*, una serie que nos encantaba a los dos. Esos fueron algunos de los mejores momentos de la relación padre-hijo que recuerdo, los dos sentados en el sofá, descojonándonos de risa por alguna idiotez que le había dicho J. D. a Turk. El mero hecho de estar juntos, disfrutando de lo mismo, era maravilloso. Cuando se acababa el episodio, me daba un beso de buenas noches, algo que jamás hacía antes del divorcio, y los dos nos íbamos a la cama. Después yo me despertaba por la mañana, bajaba a desayunar y Jon-Jon empezaba otra vez con sus gritos.

Era muy duro para todos, así que al final lo dejamos correr y volvimos a la fórmula anterior: mi padre y yo quedábamos de vez en cuando para cenar en algún sitio y hablábamos de deportes, programas de la tele, del instituto y

de chicas. Era fácil conversar con él, mucho más fácil que con mamá, aunque probablemente se debiera a que él era un tío y nunca me daba la sensación de que me estuviese juzgando o que deseara que yo fuese diferente de como era. Nunca olvidaba preguntarle por Jon-Jon y él siempre decía algo positivo, tipo «está haciéndose mayor» o «está encantado con su nueva profesora», pero yo nunca le pedía más detalles. La vida de Jon-Jon era un misterio para mí. Yo no tenía ni idea de qué hacía durante el día, en qué pensaba o por qué me odiaba tanto. Me limitaba a vivir mi vida sin pensar en él.

No tenía intención de repasar la historia completa de mi familia en esa reunión, pero Amber me acabó engatusando para que lo hiciera. Al cabo de un rato me olvidé del resto de personas presentes en la sala. Allí solo estábamos Amber y yo.

Le conté que mi padre se había autoinvitado al fin de semana de padres y me había pillado del todo desprevenido. Me parecía una gran idea —no lo había visto desde la semana antes de instalarme en la universidad—, pero le había dicho que tendría que hablarlo con mi madre, porque ella también tenía previsto venir y no solían hacer ese tipo de cosas juntos.

—Hablaré con la jefa —me dijo—, pediré clemencia en la corte.

No sé cómo se las arregló, pero me llamó una semana después y me dijo que había luz verde. Su plan era venir solo, porque no tenía ningún sentido traer a Jon-Jon a una cosa como esa. JonJon detestaba los desplazamientos largos en coche, respondía mal a los entornos nuevos y las caras desconocidas a menudo le alteraban mucho. Sería mucho mejor para todos que se quedase en casa con su madre y siguiera su rutina habitual. Supongo que mejor para todos excepto para Bethany.

—Estaremos solos tú y yo —me dijo papá—. Quizá podríamos ir a ver el partido de fútbol americano. Si Zack quiere apuntarse, será bienvenido.

A Zack le pareció estupendo. Él y mi padre habían hablado por teléfono varias veces y Zack le contó a todo el mundo lo enrollado que era mi viejo, mucho más que sus padres, que, por suerte para él, ese fin de semana no se pensaban mover de su casa en Boxborough. Su hermana pequeña participaba

en un concurso de danza folclórica irlandesa y eso era todo un acontecimiento para la familia.

—Tío, ¿has visto alguna vez esa mierda? Parece que todas esas chicas bailasen con un palo metido por el culo, sonriendo como si la sensación fuese la más gozosa del mundo.

Teníamos el día entero planificado. Juego de guerra de comandos por la tarde, barbacoa en el patio para cenar y después el concurso de talentos para estudiantes que volvía loco a todo el mundo. Lo montaban en plan *American Idol*, con unos profesores sabelotodo haciendo de jueces. Por lo visto uno de ellos era un capullo integral, como Simon Cowell, y la gente lo adoraba.

—¿Quién sabe? —dijo Zack—. Igual tu padre se emborracha con nosotros.

—Sí, claro.

—Tío, hablo en serio. ¿Crees que sigue fumando hierba?

—Colega, no va a fumar hierba con nosotros. En serio.

—Deberíamos llevarlo a alguna fiesta —propuso Zack—. Quizá consigamos que eche un polvo.

—No vayas por ahí —le advertí.

Durante toda la semana previa al fin de semana de padres esa fue la coña continua en nuestra habitación, todas las salvajadas que íbamos a hacer con mi padre. Yo sabía que al final no se cumpliría ni una, pero era divertido pensar en ellas y ponernos los dos en ese plan bobo y expectante, como si estuviese a punto de pasar algo gordo.

Y entonces, el día antes del fin de semana de padres, recibí una llamada telefónica.

—Cambio de planes —me dijo—. Lo siento en el alma.

—¿No vas a venir?

—No, no. Sí que voy. Pero me llevo a toda la banda.

—¿La banda?

—Bethany y Jon-Jon.

—Ah. —¿Qué iba a decir? No podía pedirle a mi padre que no viniera con su mujer y su hijo—. Vale. De acuerdo.

—¿Te parece bien?

—Supongo que sí. Bueno, solo tengo tres entradas para el partido y una de ellas es para Zack.

—No te preocupes —me dijo—. No tengo claro lo del partido. ¿Crees que podemos devolver las entradas y que nos las reembolsen?

Llegaron hacia las once de la mañana del sábado. Hacía seis meses que yo no veía a Jon-Jon y casi no lo reconocí. Estaba mucho más crecido de lo que lo recordaba. Y muy guapo, con el pelo rubio y los ojos azules, y esas largas pestañas de las que todos los que lo conocían acababan hablando. Bethany lo había vestido con pantalones chinos, camisa de sport y americana de algodón. Parecía un modelo del catálogo infantil de Gap, pero eso no era lo más importante: parecía mucho más sosegado que el niño al que yo recordaba. Y de hecho me estaba mirando sin ponerse a chillar.

—Mira —le dijo Bethany—. Es tu hermano. Brendan está en la universidad. Vive aquí. ¿Por qué no le saludas?

Jon-Jon asimiló la información.

—Hola —dijo, dirigiendo la mirada hacia mis rodillas. Habló en voz baja y con un tono mecánico, y la palabra sonó casi como extranjera. Pero aun así el tío la dijo.

—Guau —me sorprendí.

—Sí. —Bethany parecía muy feliz—. Está mejorando mucho. Por fin hemos dado con el colegio adecuado.

—En el coche se ha portado de maravilla —añadió mi padre—. Apenas se ha quejado.

Entraron y les presenté a Zack, que supo estar a la altura, dándoles conversación como un *boy scout* del máximo rango. Jon-Jon se quedó plantado en medio de la habitación, ensimismado, mientras los demás hablábamos de lo bonitos que eran los dormitorios comparados con los que habían tenido en su día mi padre y Bethany. Era la historia de siempre, a ellos los habían tratado como una mierda y a nosotros nos trataban como reyes.

—Al entrar he visto la sala de estar —comentó mi padre—. ¡Vaya televisor gigante!

—Y esa cocina común —añadió Bethany—. Santo cielo, no me importaría quedarme a vivir aquí unos meses.

En determinado momento, Jon-Jon dio un par de pasos hacia mí. Pensé que quizá quería abrazarme o sentarse en mi regazo, pero en realidad se acercó para observar la tela del sofá en el que yo estaba sentado, ese que habíamos encontrado en la calle al principio del semestre. Tenía una textura rara, rizada pero al mismo tiempo resbaladiza, casi grasienta, y Jon-Jon parecía fascinado. Extendió el brazo, muy poco a poco, y pasó la mano por el apoyabrazos, como si fuese un ser vivo. Durante unos instantes la conversación se detuvo y todos nos quedamos mirándolo.

—Creo que aquí se siente cómodo —nos dijo Bethany.

Antes de comer salimos a dar un paseo. Zack no nos acompañó porque dijo que tenía deberes pendientes, así que fuimos mi padre, Bethany, Jon-Jon y yo. Había un montón de recorridos organizados para ese fin de semana, pero mi padre y Bethany pensaron que Jon-Jon no estaba preparado para una cosa así. Era mejor ir a nuestro aire y no molestar a nadie, aunque eso significase tener que escuchar mi penosa tentativa de hacerme pasar por un alumno que sabía de qué hablaba.

—Eh... Creo que esta es la Facultad de Ciencias. O la de Química. No estoy muy seguro. También podría ser la de Sociología.

—Sí, este es el nuevo gimnasio. Es mucho más bonito que el antiguo. Es lo que dice todo el mundo. Parece ser que el antiguo olía que apestaba.

—Y aquí están los carriles bici. A lo mejor el próximo año me traigo la bici. Solo tengo que hinchar las ruedas.

—No sé muy bien a quién representa esta estatua. A algún tipo del siglo xix. Tendría que echar un vistazo a la placa.

Parloteando de ese modo me sentí como un gilipollas, pero mi padre y Bethany parecían aceptarlo encantados. Cualquiera cosa que decía, uno de ellos se la repetía a Jon-Jon con un lenguaje simplificado. «Mira las bicicletas... Mira la estatua... Aquí es donde la gente va a hacer ejercicio.» De vez en cuando Jon-Jon miraba hacia donde le señalaban, pero la mayor parte del tiempo seguía mirando lo que fuese que estuviera mirando. Un árbol. Su propia mano. Nada en especial.

Yo podía entender por qué papá y Bethany estaban de tan buen humor. Teniendo en cuenta cómo solía ser la rutina de Jon-Jon, era un pequeño milagro estar al aire libre en un día resplandeciente, paseando por un lugar público como una familia relativamente normal. Crucé la mirada con Bethany un par de veces y vi una expresión perpleja y entusiasta, en plan «Dios mío, no me lo puedo creer». Yo también estaba encantado con la situación. No fue el divertidísimo día que había planeado, pero a su manera fue bonito.

Caminábamos hacia la biblioteca; Bethany y Jon-Jon iban detrás de papá y yo. Le estaba hablando de mi clase de Economía, dejando de lado el detalle de mi media de suspenso, cuando él de pronto se volvió para echar un vistazo a su mujer y su hijo.

—Oh, mierda —dijo.

Al principio no parecía nada importante. Jon-Jon se había detenido. Estaba como paralizado y miraba al cielo. Bethany estaba junto a él, mirando a mi padre con expresión preocupada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Mi padre negó con la cabeza y echó a andar hacia Jon-Jon, moviéndose con lentitud y prudencia. Dijo el nombre de su hijo en voz baja, pero Jon-Jon no pareció oírle. Toda su atención estaba concentrada como un rayo láser en una avioneta que volaba a baja altura por encima de nosotros, arrastrando una banderola en la que se leía «¡bienvenidos, padres!».

—Detesta los aviones —me explicó Bethany—. Es una de sus obsesiones.

Teníamos la avioneta justo encima, zumbando como un insecto gigante. Jon-Jon soltó un alarido, breve y estridente, como si alguien le hubiera pinchado con una aguja. Y volvió a hacerlo, esta vez más fuerte. Vi a varias personas que se volvían para mirarnos, observando desconcertados. Jon-Jon empezó a golpearse en la cabeza.

—Lo siento —me dijo Bethany—. Se estaba portando tan bien.

Ya era bastante duro afrontar una de las crisis de Jon-Jon en casa, pero era mucho peor allí, rodeados por desconocidos. Una señora de cabello cano con una sudadera de la bsu se acercó preguntando si al pobre chico le pasaba

algo. Bethany sacó una tarjeta del bolso y se la tendió a la mujer. Se habían hecho imprimir esas tarjetas hacía un año, después del épico berrinche en un Target.

«Por favor, no se asuste», se leía en ella. «Nuestro hijo Jonathan está diagnosticado como autista y a veces hay que bloquearlo físicamente para evitar que se haga daño a sí mismo o se lo haga a los demás. Queremos mucho a Jonathan y velamos por su seguridad. Gracias por su comprensión.»

La avioneta se alejó en dirección al estadio de fútbol americano, pero creo que Jon-Jon ni se dio cuenta. Se tambaleaba de un lado a otro, gimoteando cabizbajo. Y de pronto empezó a darse golpes con fuerza por encima de la oreja. Como si estuviese aporreando la oreja de otra persona, de alguien a quien odiaba.

—Por favor, no hagas eso —le rogó Bethany.

Mi padre se sentó en la hierba y lo agarró por detrás, intentando bloquearle los brazos, pero Jon-Jon se resistió como un poseso, tratando de liberarse, sacudiéndose y gritando como un animal atrapado.

La lucha se prolongó unos minutos, pero pareció eterna. Cada vez que parecía que mi padre tenía a Jon-Jon controlado, él lograba liberar uno de sus brazos y volvía a golpearse en la cabeza. Y entonces mi padre tenía que agarrarle ese brazo sin perder el control de las restantes extremidades. Casi parecía un juego, salvo por el hecho de que Jon-Jon babeaba y a mi padre le sangraba la nariz por un cabezazo que había recibido. Pese a todo, siguió hablándole en voz baja todo el rato, diciéndole a su hijo que lo quería y que todo se iba a arreglar. A estas alturas, ya se había concentrado a nuestro alrededor una pequeña multitud y Bethany iba entregando una tarjeta a cada recién incorporado, disculpándose por las molestias.

—Parecen unos padres estupendos —comentó Amber cuando acabé de relatar la historia.

—Sí —dije—. Son muy pacientes con él.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Cómo te sentiste mientras sucedía todo eso?

—Sentí pena por ellos —respondí.

Eso era cierto. Me daban mucha lástima mi padre y Bethany, e incluso Jon-Jon, porque sabía que él no podía evitarlo. Lo que no le conté a Amber

era la lástima que sentía por mí mismo, y lo celoso que estaba de mi hermano pequeño, aunque eso fuese del todo ridículo. Jon-Jon tenía una vida muy dura y por nada del mundo querría cambiarme por él. Pero durante ese rato, mientras gritaba y se sacudía, yo no podía dejar de pensar en lo injusto que era que mi padre lo quisiera tanto y lo abrazase tan fuerte, mucho más fuerte de lo que jamás me había abrazado a mí, y no lo soltase pasara lo que pasara.



## La condición humana

Al acabar la clase del martes por la noche, Barry, el de la barba cana, levantó la mano e invitó a todos los presentes a reunirse en su bar deportivo para tomar una copa.

—No sé a vosotros, tíos —dijo—, ¡pero a mí tanta charla sobre el género me da sed!

La respuesta inicial a la propuesta de Barry fue tibia —era tarde, la gente tenía que madrugar al día siguiente—, pero la opinión colectiva dio un giro cuando añadió que las copas corrían a cuenta de la casa.

—Ya que lo ofreces —dijo Russ, el fanático del hockey—, me apunto a una cerveza gratis.

—Así me gusta —replicó Barry—. ¿Qué sentido tiene venir a la universidad si después no socializamos fuera del aula? En eso consiste la mitad de vuestra educación.

—¿La oferta incluye licores de alta graduación? —Dumell se palmeó la panza con un gesto de remordimiento—. Estoy controlando la ingesta de carbohidratos.

—Sí, siempre que hablemos de un consumo moderado —le garantizó Barry—. No voy a descorchar la botella de Pappy Van Winkle gran reserva.

—No te preocupes por eso —le garantizó Dumell—. Salgo barato. Pregúntale a mi exmujer.

Eve no tenía intención de unirse a la fiesta. Llevaba dos meses escabulléndose de las invitaciones de Barry y no quería dar ningún paso que él pudiese interpretar como una concesión, aunque él iba a seguir insistiendo igual. Barry era de esos tíos que no entendían el significado de una negativa. El tipo seguía y seguía intentándolo. Su persistencia podría haber resultado halagadora de no ser por el engreimiento y la seguridad en sí mismo con que actuaba —algo tan propio del privilegio masculino—, como si fuese imposible que ella no acabase sucumbiendo a sus deseos.

Con la esperanza de evitarse una situación incómoda en el aparcamiento (a veces Barry esperaba acechando en la entrada y se pegaba a Eve mientras ella caminaba hacia su coche), se metió en el lavabo y se pasó unos minutos en un cubículo. Primero jugó un rato al Words with Friends (contra un oponente al azar, no muy bueno) y después orinó, no porque tuviese ganas, sino porque ya que estaba sentada en el inodoro le pareció absurdo no aprovechar la ocasión. Se lavó las manos con excesiva diligencia y se miró la cara en el espejo, un hábito inquebrantable aunque cada vez menos gratificante, antes de salir del lavabo y darse casi de bruces con la profesora Fairchild, que estaba esperando junto a la puerta, con su desgarbada altura de jugadora de baloncesto acentuada por sus elegantes zapatos de tacón.

—Eve. —Sonaba preocupada, pero con cierto tono de reproche en la voz—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Te has pasado un buen rato ahí dentro. —La profesora hizo una mueca al oírse a sí misma, avergonzada de la rudeza del comentario—. Aunque en realidad no es asunto mío.

—Una clase estupenda la de hoy —dijo Eve, intentando reconducir la situación.

La profesora Fairchild asintió de forma mecánica y a continuación le preguntó con cierta ansiedad:

—¿Vas a ir? Al bar.

—No creo.

—Oh. —La profesora Fairchild no pudo ocultar su decepción—. Pensaba que sí.

—¿En serio?

—Estaba pensándolo, sí. Puede ser divertido, ¿no?

¿Cómo? Eve no había dedicado mucho tiempo a pensar en el concepto de diversión que podía tener su profesora, pero no parecía que tomar unas copas en un bar deportivo con tíos como Barry y Russ ocupara los primeros puestos de su lista.

—Ha sido un día muy largo —se justificó Eve—. Estoy agotada.

—Yo solo... —La profesora Fairchild se retiró la melena por detrás de los hombros, primero de un lado, después del otro; era su gesto de

nerviosismo más característico—. No quiero ir sola.

—No estarás sola. Parece que va a ir un montón de gente.

—Lo sé. —En la voz de la profesora había algo parecido a un deje de súplica—. Pero es más cómodo ir con una amiga. Sobre todo a un sitio como ese.

Eve estaba perpleja pero también conmovida porque su profesora hubiera empleado la palabra amiga. Hasta ese momento no habían mantenido ni una sola conversación fuera de la clase.

—Supongo que puedo ir a tomar una copa —dijo Eve—. Solo una. Mañana trabajo.

—Gracias. —La profesora Fairchild se inclinó y la abrazó—. Te lo agradezco de verdad.

—No tiene importancia. Entonces nos vemos allí, ¿no?

La sonrisa de la profesora Fairchild incorporaba una disculpa. Sabía que estaba tentando a la suerte.

—¿Me puedes llevar en tu coche? —le pidió—. Así seguro que no me rajo.

Diez minutos después aparcaron frente al bar de Barry, un edificio bajo de ladrillo cuyo nada estimulante nombre, ¡A jugar!, colgaba sobre la marquesina frontal con una pelota de béisbol a modo de punto de los signos de exclamación. La profesora Fairchild no parecía tener ninguna prisa por bajar del coche.

—Tengo unos pies enormes —comentó—. No me resulta nada fácil encontrar zapatos bonitos de mi número.

—Estos son preciosos —opinó Eve—. Con unos zapatos negros de tacón siempre se acierta.

—Deberías ver mis zapatos rojos de aguja. Casi no puedo andar con ellos, pero son preciosos. Aunque últimamente no tengo muchas ocasiones de ponérmelos.

—Yo ya he renunciado casi por completo a los tacones altos —le confesó Eve—. A mi edad, prefiero ir cómoda.

—No eres tan mayor.

—Cuarenta y seis. Lo que está claro es que joven ya no soy.

—Yo no soy mucho más joven que tú —señaló la profesora Fairchild—. Supongo que intento recuperar el tiempo perdido. Me he perdido mis mejores años.

En la esfera pública del aula, Eve no había tenido ningún problema en aceptar a la profesora Fairchild como mujer. En ese contexto —una docente interactuando con estudiantes, deconstruyendo obsoletos conceptos de masculinidad y feminidad— parecía la personificación de un currículum, como si en ella teoría y práctica formasen un todo continuo. Sin embargo, en un monovolumen frente a un bar deportivo, su identidad de género parecía un poco más precaria, por mucha voluntad que pusiera. Se debía en parte al timbre de su voz en la oscuridad y en parte al volumen de su cuerpo en el asiento del copiloto, al modo en que llenaba el espacio.

«Veo quién eres», pensó Eve. «Una identidad sobrepuesta a otra.»

En cuanto le vino a la cabeza esta imagen despiadada, hizo lo posible por borrarla. No era una policía del género. Su deber, su responsabilidad, consistía en ser amable y comprensiva y no juzgar el éxito o el fracaso de la transformación de otra persona.

—Estás guapísima —dijo.

—Hago lo que puedo. —La risita entre dientes de la profesora Fairchild estaba teñida de nerviosismo—. Cada día es una aventura, ¿verdad?

—Ojalá.

—Al menos es lo que dice mi psicóloga. Creo que intenta animarme.

—¿Va todo bien?

La profesora Fairchild contempló el exterior a través del parabrisas mientras pensaba la respuesta. Lo único que tenían delante era una pared de ladrillo.

—El fin de semana pasado fue el cumpleaños de mi hija —le contó—. Se llama Millicent. Cumplió ocho años.

—Es una edad muy bonita.

—Mi exmujer y yo le preparamos una fiesta. Al final vinieron varios parientes, y no es que fuesen desagradables conmigo, pero noté que mi presencia los incomodaba y mi hija también se dio cuenta. Se mantuvieron lo más alejados de mí que pudieron. Como si tuviese algo contagioso.

—Estoy segura de que no hubo mala intención —dijo Eve—. Es solo que la gente necesita tiempo para asimilarlo.

La profesora Fairchild examinó su manicura.

—De no ser por Millie, lo más probable es que me hubiese mudado a Nueva York o Los Ángeles para poner tierra de por medio con toda esta mierda provinciana.

—Si eso es lo que quieres, deberías hacerlo. Nueva York no está tan lejos.

—Es demasiado caro —dijo la profesora Fairchild—. Y tampoco creo que suponga tanta diferencia. Da igual donde vivas. Siempre estás sola con tus propios fantasmas.

—Es la condición humana —observó Eve.

La profesora Fairchild apartó la mirada del muro.

—Eres igual de nula que mi psicóloga —dijo, pero con un tono que pareció un cumplido.

Julian Spitzer todavía no tenía la edad legal para beber —ni se acercaba—, pero ninguno de los adultos puso pegas cuando se sirvió un vaso de cerveza de la jarra y, al poco rato, repitió. Era la parte positiva de salir de copas con un grupo de personas de mediana edad un martes por la noche. El radar no te detectaba. Nadie se tomaba la molestia de comprobar tu carnet de identidad falso o mirarte una segunda vez con suspicacia, sobre todo si además estabas sentado con el dueño del bar que, debía admitirlo, era un tío muy enrollado.

La parte negativa era que estaba clavado en un antro llamado ¡A jugar!, rodeado de personas que le doblaban la edad y conversaban entre ellas sobre las chorradas increíblemente aburridas de las que les gustaba hablar a la gente de esa edad: seguros dentales, *kale*, dolores lumbares. Era como salir con sus padres, solo que sus padres no le hubieran plantado delante una Bud Light o lo que fuese esa cerveza flojucha para después hacer la vista gorda mientras él apuraba el vaso hasta la última gota.

No era el tipo de noticia que fuera éticamente correcto guardarte, de modo que sacó una foto de la jarra medio vacía y se la mandó a su amigo Ethan, que se lo estaba pasando en grande en la uvm.

«Tío, me estoy emborrachando con un grupo de viejales de mi clase de Género y Sociedad! Qué te parece?»

Hasta que no tecleó el mensaje, Julian no fue consciente del hecho de que en efecto se estaba emborrachando. Pero en cuanto vio la palabra emborrachando palpitando como una profecía en su globo verde de texto, le golpeó como una verdad incuestionable. Porque, en realidad, ¿por qué no iba a emborracharse? Llevaba casi dos meses en la universidad y esa era la primera vez que se corría una juerga con sus compañeros de clase, o de hecho, con alguien. No había sido un primer trimestre muy excitante.

Su teléfono no tardó en emitir un sonido. «Eso te pasa por ir a una universidad pública, gilipollas!»

Dumell, uno de los dos negros de la clase —el afroamericano, no el nigeriano—, oyó la campanita y le dio un codazo cómplice.

—¿Un mensaje de tu novia?

—Una de ellas —respondió Julian.

Dumell soltó una risita y preguntó:

—¿Cuántas tienes?

—Ya he perdido la cuenta.

—Vaya chulopiscinas. Seguro que se les cae la baba cuando te ven sobre el monopatín.

—¿Qué puedo decir? —le dijo Julian—. Soy un amante que ahorra combustible.

Dumell reflexionó sobre la metáfora.

—Supongo que eso me convierte en un derrochador de gasolina —comentó—. De la vieja escuela de Detroit. Cuatro litros de gasolina por cada quince kilómetros de autopista. Pero vas como la seda, ya me entiendes.

Barry, el anfitrión, dio un golpe en la mesa y le ahorró a Julian tener que seguir con aquella conversación.

—Bienvenidos, compañeros de clase —anunció—. Me alegro de que hayáis podido venir todos. Y estoy especialmente encantado de que nuestra apreciada profesora nos deleite con su presencia. Doctora Fairchild, es un honor tenerla en mi humilde taberna. Da usted un toque de distinción a este tugurio.

La profesora Fairchild se sonrojó e indicó con un gesto de la mano que no había para tanto mientras los estudiantes hacían un brindis en su honor. Julian se empeñó en entrechocar su vaso con el de todos y cada uno de los presentes: Barry, Dumell, Russ, la profesora, Eve (la madre de Brendan Fletcher, vaya coincidencia más rara), el tipo que respondía al gracioso nombre de Señor Ho (y que apenas hablaba inglés) y Gina (la locuaz lesbiana marimacho). Con la excepción de Barry, que era uno de esos tíos en plan Soy-gilipollas-y-estoy-orgulloso-de-serlo, a Julian todos los demás le caían bien, e incluso Barry empezaba a resultarle simpático, sobre todo porque había invitado a las copas.

«Vete a la mierda», le escribió a Ethan. «Son mis colegas.»

Julian sabía que era demasiado inteligente para acudir al Eastern Community College. Todo el mundo lo decía: sus padres, sus profesores, sus amigos, su antiguo tutor (que era un poco gilipollas, pero bueno). Tenía una nota media más que suficiente y había hecho un buen examen de selectividad como para optar a una buena universidad, y sus padres tenían dinero para pagársela, o al menos eso decían. El problema era que el último año en el instituto había sido un completo desastre. Se había pasado la mayor parte del curso con una depresión de caballo y no había podido rellenar a tiempo los formularios de acceso a las universidades.

No empezó a sentirse mejor hasta principios de verano —le reajustaron los medicamentos prescritos por cuarta o quinta vez y por fin dieron con la fórmula mágica— y para entonces ya era demasiado tarde para que le admitieran en algún sitio decente. Sus padres y su loquero se mostraron de acuerdo en que asistir a unas cuantas clases en la ecc era la mejor opción. Volver a poner los pies en el suelo, tal como insistían en plantearlo. Si le gustaba y sacaba buenas notas, el segundo año podría pedir un traslado a una universidad mejor, a algún sitio más acorde con sus capacidades.

Julian no esperaba gran cosa de la universidad estatal y, en general, el ecc había cumplido sus bajas expectativas. El curso de Matemáticas era un chiste, mucho más fácil que el instituto. En Biología solía echar una cabezada y aun así sacó matrícula de honor en los dos primeros exámenes. Género y

Sociedad era la única excepción en medio de esta mediocridad general. Era una asignatura comodín, una clase nocturna llena de adultos, impartida por una profesora que había nacido varón y, tal como a ella le gustaba expresarlo, había hecho una «transición» con treinta y pico años, lo cual sin duda ampliaba la experiencia académica de Julian. Una cosa era tener un profesor que te dijese que el género era una construcción social y otra muy distinta era escuchárselo a una persona que en efecto se había sometido a un trabajo de construcción.

En la bibliografía del curso había un montón de jerga modernilla («cisgénero», «heteronormativo», «disforia», «performatividad», etcétera, etcétera), pero no le importaba. Era uno de esos cursos que le hacía pensar, en este caso sobre un tema tan básico que nunca se le había ocurrido reflexionar críticamente sobre él, con todas esas pautas establecidas que te metían en la cabeza de niño, cuando era imposible defenderse de ellas. Las niñas visten de rosa; los niños, de azul. Los chicos son duros. Las chicas son dulces. Las mujeres son cariñosas y poseen cuerpos blandos. Los hombres son líderes y tienen cuerpos musculosos. A las chicas se las mira. Los tíos son los que miran. Pelo en pecho. Uñas preciosas. Ese puede, pero esa no. En cuanto empezabas a pensar en ellos, los mandamientos de género eran infinitos y se encargaba de hacerlos cumplir veinticuatro horas al día y siete días a la semana un muy motivado ejército voluntario de padres, vecinos, profesores, entrenadores, otros niños y completos desconocidos; básicamente la humanidad al completo.

«Alguna tía buena?», inquirió Ethan en otro mensaje.

«Ja, ja», respondió Julian.

Era triste, pero había poco repertorio femenino digno de interés en Género y Sociedad. La única tía medio buena más o menos de su edad era Salina, la musulmana, y llevaba un puto pañuelo en la cabeza. El resto de su ropa era bastante normal y tenía una bonita cara redonda, pero el pañuelo era negro e intimidante. Cuando les tocó entrevistarse el uno al otro, ella le contó que no bebía, no tenía citas con chicos ni bailaba —lo cual explicaba su lamentable pero del todo predecible ausencia en el bar— y se estaba reservando para contraer matrimonio con un buen musulmán. Dijo que se



sentía feliz siendo mujer, aunque le gustaría experimentar al menos una vez en su vida la sensación de arrearle un puñetazo en la cara a alguien.

«Solo hay tres mujeres en la mesa. Una lesbiana, la madre de Brendan Fletcher y la profesora.»

«La travesti?», respondió Ethan en otro mensaje. «Hostia puta!»

Julian lanzó una mirada cargada de culpabilidad a la profesora Fairchild, que estaba enfrascada en una conversación con la señora Fletcher. A principios del semestre había utilizado de modo irreflexivo la palabra «travesti» para referirse a su profesora, antes de que ella tuviera ocasión de explicar lo ofensiva que resultaba, y ahora sus amigos no paraban de usarla, por mucho que Julian les insistiese en que no lo hicieran. Ellos estaban empeñados en que «travesti» era una expresión inocua y llamaban nenaza a Julian por regañarlos.

«Es una buena persona», tecleó.

«Está buena?»

No era la primera vez que salía el tema.

«No especialmente.»

La profesora Fairchild no era un *freak* ni nada por el estilo. Era lo que su madre hubiese denominado «una mujer madura atractiva». Llevaba trajes elegantes y sobrios como una abogada de serie de televisión, siempre con un pañuelo de colores vivos anudado al cuello, y toneladas de maquillaje y un perfume agradable. Su mandíbula tenía un punto masculino, pero por lo demás resultaba de lo más convincente.

«¿Y la madre de Fletcher?»

Este era un tema más complicado. La señora Fletcher de hecho era bastante guapa, por mucho que a Julian le diera rabia admitirlo. No era guapa como una chica, pero sí guapa para su edad, que él desconocía más allá de la obvia constatación de que podía ser su madre. Tenía un rostro hermoso, con ojos de mirada algo triste, tal vez producto de la simple fatiga. Se atisbaba alguna cana en su cabello y tenía un poco de barriga, pero en conjunto tenía un cuerpo muy presentable. Sus tetas eran excelentes y todavía le quedaban muy bien los tejanos, lo cual era mucho más de lo que podía decir de su propia madre, pese a la dieta paleolítica que seguía y a su obsesión por el yoga.

«No está mal», escribió. «Salvo por el hecho de que ha parido a un gilipollas integral.»

El bar no estaba muy concurrido un martes por la noche, pero aun así era bastante ruidoso. De fondo sonaban temas de rock clásico, canciones que Eve recordaba del instituto —Aerosmith, Led Zeppelin y *Little Pink Houses*— y que en más de una ocasión llevaron a Barry y Russ a chocar los cinco eufóricos o a simular que tocaban la guitarra eléctrica. Eve detestaba la mayoría de esas canciones —rock con polla, lo llamaban sus amigas de la universidad—, pero tenía las letras grabadas en la memoria por cortesía de cada uno de los novios que había tenido.

«¡Le caen mocos de la nariz! ¡Sus dedos grasientos magrean a las zorras que se las dan de estrechas!»

La asquerosa canción de Jethro Tull empezó a sonar mientras la profesora Fairchild le hablaba a Eve de la muerte de su madre, que había fallecido unos meses después de que Margo —ahora ya se llamaban por el nombre— hubiera completado su transición. Fue una de esas cosas impredecibles, un resfriado persistente que no se sabía muy bien cómo acabó derivando en una neumonía resistente a los antibióticos. Su madre entró en urgencias quejándose de una tos persistente y de dificultades para respirar y veinticuatro horas después estaba con respiración asistida, sin poder hablar y perdiendo cada poco la consciencia. Mejoró ligeramente justo antes de morir, lo suficiente para garabatear un mensaje dirigido a la hija que antaño había sido su hijo.

«Estás confuso», escribió con pulso débil y mano temblorosa. «¡Necesitas despertarte y oler el café!»

—Estas fueron sus palabras de despedida. —Margo intentó sonreír, pero no lo logró—. Justo después de que yo le dijera que la quería. «¡Necesitas despertarte y oler el café!» Jamás se lo perdonaré.

—Deberías intentarlo —le dijo Eve—. Guardar rencor a los muertos no es sano.

Margo sabía que tenía razón.

—Ojalá pudiese volver a hablar con ella una vez más. Solo para hacerle entender que esta soy yo. No ese niño triste que vivía encerrado en un cuerpo equivocado. Pero lo más probable es que ella volviese a herirme. Me decía unas cosas horribles.

—Sé lo que es eso —dijo Eve—. Trabajo con ancianos. Ni te imaginas las cosas que salen de sus bocas.

—Oh, me lo puedo imaginar —replicó Margo—. Pero mi madre era maestra. No era una ignorante. Simplemente se negaba a aceptar lo que me sucedía y a reconocer que yo sufría.

—Quería a su niño. —Resultaba extraño lo claro que Eve tenía esto, pese a que no había conocido a esa mujer—. No sabía pensar en ti de otro modo.

Margo apuró el vino que le quedaba en la copa.

—Nunca me quiso de verdad. Mi propia madre. ¿No es terrible?

Margo se tapó la cara con las manos. Tras unos instantes de duda, Eve estiró el brazo y empezó a acariciar el hombro de la profesora, consciente mientras lo hacía de que todos los demás las miraban con una mezcla de preocupación e incomodidad.

—¿Sucede algo? —preguntó Dumell.

Eve se encogió de hombros —claro que sucedía algo—, pero Margo alzó la cabeza y le dijo que estaba bien.

—En realidad me da igual —dijo, secándose las lágrimas de los ojos y exhibiendo una sonrisa forzada—. Es solo que cuando bebo me pongo sentimental.

—Para eso solo hay una cura. —Barry hizo un gesto al camarero—. ¡Eh, Ralphie! Otra ronda para mis amigos.

Russ se había pasado a la Coca-Cola Zero y todos los demás bebían vino o destilados, tratando de sacar el máximo partido a la invitación de Barry, de modo que Julian dispuso de la segunda jarra de cerveza para él solo. Era mucha birra para una sola persona, pero estaba llegando al nivel de ebriedad en que acabársela sin ayuda de nadie era ya una cuestión de honor. Para hacerlo oficial, le mandó a Ethan una foto antes de servirse el primer vaso: la

jarra de plástico cubierta de gotitas de humedad y llena hasta el borde, su Everest particular en estado líquido.

«Litro y medio, colega. Deséame suerte!!!»

—Estás mandando mensajes o escuchándome —le preguntó Dumell.

—Hago las dos cosas —respondió Julian, pero dejó el móvil y volvió a dedicar toda su atención a su compañero de carne y hueso, que le estaba hablando de Irak, un tema sobre el que Julian no oía disertar todos los días, al menos no de boca de alguien que había estado allí.

Aunque por lo visto no había sido una experiencia tan interesante. Dumell le contó que en su mayor parte fue aburridísimo, porque él estuvo allí como mecánico, no de soldado en el frente. Se pasó la mayor parte de su estancia sudando como un cerdo en un taller, cambiando aceite y pastillas de freno, sustituyendo bujías y revisando ruedas, las mismas tareas rutinarias que ahora hacía a diario en el taller de reparaciones de Subaru en Elmville. Sin embargo, de vez en cuando lo mandaban con una grúa a recoger algún vehículo alcanzado por un explosivo casero o una granada.

—Entonces era cuando la cosa se ponía seria —explicó—. Conduces a través del desierto, expuesto del todo, esperando que algo explote en cualquier momento. Cada bache parece el fin del mundo, ¿sabes a qué me refiero?

Extrañamente, Julian pensó que sí, pese a que jamás había estado cerca de una zona de guerra y nunca había visto explotar nada más grande que un petardo, salvo en una pantalla.

—¿Te pasó algo?

—A mí no. Hice mi trabajo y regresé a casa.

—Debió de ser un gran alivio.

—Lo lógico sería que sí. Pero no... no me readapté muy bien. No podía dormir, no era capaz de conservar un trabajo. Mi matrimonio se fue a pique. Estaba siempre angustiado. Como si siguiera allí, en medio del desierto, conduciendo a través de un campo de minas.

—Vaya putada.

—Trastorno de estrés postraumático —le explicó Dumell—. Es lo que dijeron los médicos. Pero no tiene ningún sentido. Yo tuve suerte. Volví a casa entero. No puedo quejarme.

A Julian este tipo de razonamiento le era muy familiar. Había estado metido en ese bucle durante el periodo negro del último año de instituto. «Tengo una buena vida. La gente me quiere. Tengo un futuro prometedor. Y entonces ¿por qué no soy capaz de levantarme de la cama?»

—Eso da igual —le dijo a Dumell, sorprendiéndose a sí mismo con la firmeza de su voz—. Sientes lo que sientes. No tienes por qué disculparte ante nadie.

Dumell lo miró fijamente unos segundos, como si intentase descifrar a Julian. Pero al poco rato su expresión se relajó.

—Supongo que sabes de lo que hablo, ¿verdad?

—Más o menos —le dijo Julian—. Tuve estrés postraumático en el instituto.

Eve dejó de beber después de la segunda copa de vino blanco de la casa, un pinot grigio aguado, pero Margo aceptó encantada la tercera ronda que le ofreció Barry.

—Qué diablos —dijo—. Mañana no doy clase.

Eran casi las once y Eve empezó a pensar en una estrategia de huida elegante. No tenía por qué resultar difícil, salvo por el hecho de que se sentía obligada a llevar a Margo de vuelta al campus, donde había dejado su coche. Estaba a punto de sacar el tema cuando Margo se volvió hacia ella con una sonrisa melancólica.

—Es bonito —dijo—. Tal como lo esperaba.

—¿A qué te refieres?

Margo hizo un gesto vago, esculpiendo un objeto redondo en el aire con sus manos.

—Esto. Salir con una amiga y hablar de... cosas. —Sonrió con tristeza—. Pensaba que tendría más amigas después de hacer el cambio. Bueno, no me malinterpretes, tengo amigos. Pero entre ellos no hay muchas mujeres.

—Es complicado —dijo Eve—. Todo el mundo está tan ocupado...

Margo golpeó con una uña de manicura perfecta el posavasos de papel.

—Supongo que he visto demasiados capítulos de *Sexo en Nueva York* y he leído demasiadas novelas románticas sobre maravillosas amistades

femeninas, mujeres que hablan de todo y se apoyan en los momentos duros. Nunca tuve amigos así cuando era un hombre.

—Mi exmarido tampoco tenía amigos así. Los hombres no se necesitan tanto unos a otros.

—Pero tú sí, ¿verdad? Tienes amigas en las que puedes confiar. Hablar con ellas de tu vida amorosa o de lo que sea. Compartir tus secretos.

—Tengo alguna —dijo Eve, aunque en esos últimos meses no había hecho gran cosa por mantener esas amistades. No les había contado ni a Jane ni a Peggy ni a Lisa sus problemas con el porno y, desde luego, tampoco les había hablado de su flechazo con Amanda. La única persona con la que se imaginaba hablando de esos sentimientos era la propia interesada, y eso de momento no era plausible. No habían mantenido una conversación propiamente dicha después de la funesta cena en Enzo, pese a que se veían a diario en el trabajo. Cuando tenían que comunicarse, ambas se mostraban un poco cautelosas, muy correctas y profesionales, como si ninguna quisiera aventurarse en terrenos pantanosos o acercarse siquiera a la intimidad de la otra.

—¿Sabes cuál es el problema? —dijo Margo—. Que me perdí los momentos clave en que se forjan las amistades duraderas. No crecí con un compacto grupo de niñas, no tuve compañeras de habitación en la residencia universitaria, no intercambié historias de andanzas sexuales con compañeras de trabajo durante el almuerzo. Nunca he ido a clases de maternidad ni he quedado con una vecina mientras nuestros hijos jugaban juntos. La única mujer con la que podría mantener conversaciones de este tipo es mi exmujer, y ella se niega a ser mi amiga. Desea que yo sea feliz, pero no quiere acompañarme a comprar ropa o dejar que le cuente que estoy enamorada de un chico muy mono. Supongo que no se lo puedo recriminar.

—Tiene que ser complicado —dijo Eve.

Margo asintió, pero tenía la cabeza en otra parte.

—Cuando era un tío sentía unos celos horribles de que las mujeres fueran juntas al lavabo. Si una se levantaba, su amiga hacía lo mismo. A veces incluso dos amigas. Era como una conspiración. Y yo pensaba, ¿qué estará pasando allí? ¿Qué clase de secretos se estarán contando?

—Nada especialmente emocionante —dijo Eve, aunque ella había tenido unas cuantas experiencias de lavabo interesantes a lo largo de su vida. En el segundo año de instituto, Heather Falchuk se levantó la blusa y le mostró a Eve su tercer pezón, una pequeña isla rosada en la parte inferior de su caja torácica. En la universidad, su amiga Martina, una bulímica en proceso de recuperación, le solía pedir a Eve que la acompañase al lavabo para evitar la tentación de vomitar después de una buena comida.

—Sé que es una estupidez —admitió Margo, pasando el dedo por el borde de su copa—. Pero es una de las cosas que siempre he querido hacer.

Julian ya se había bebido dos tercios de la jarra cuando se percató de la magnitud de su cogorza.

—Oh, mierda —le dijo a Dumell.

—¿Qué pasa?

Julian oyó su propia risa vacía y lejana.

—Tío, estoy supermamado.

—Ya lo veo. Has bebido como un cosaco.

—¿Puedo contarte un secreto? —Julian se inclinó hacia Dumell. Sintió que iba a suceder algo importante—. Hasta ahora nunca había tenido un amigo negro. ¿Crees que esto me convierte en racista?

Dumell reflexionó al respecto, rascándose la comisura de los labios con la punta del pulgar.

—Espero que no cojas el coche para volver a casa —le advirtió.

Julian negó con la cabeza y señaló al suelo.

—Voy en monopatín.

—¿Dónde vives?

—En Haddington.

—Eso está a ocho kilómetros de aquí.

—Sí, señor.

—¿Y vas a ir con eso?

—Es mejor que nada.

Dumell no se lo discutió.

—¿Es divertido?

—Joder, y tanto. ¿Conoces esa colina que hay en Davis Road? Pasado el Wendy's. Allí a veces voy más rápido que los coches. Te sientes como un superhéroe.

—¿Alguna vez has tenido un accidente?

—Nada grave. Si veo que se me viene encima algún problema, me bajo.

—Ya, sí —dijo Dumell—. Pero no siempre los puedes ver venir, ¿no?

Julian cogió el vaso, que estaba medio lleno, y lo volvió a dejar en la mesa sin beber ni un sorbo.

—Lo único que no vi venir fue lo peor que me ha pasado nunca, cuando unos gilipollas de mi instituto me secuestraron.

—¿Te secuestraron?

—Me metieron en su coche, me llevaron a un parque y me encerraron en un lavabo portátil que sellaron con cinta de embalar.

Dumell puso unos ojos como platos.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

Julian lanzó una mirada venenosa hacia la señora Fletcher, pero ella no se percató. Estaba demasiado ocupada haciéndole la pelota a la profesora, que por lo visto se había convertido de repente en su mejor amiga. El capullo del hijo de la señora Fletcher había sido uno de los secuestradores.

—¿Y por qué hicieron eso? —preguntó Dumell.

—¿Por qué? Porque uno de esos tíos se estaba comportando como un gilipollas en una fiesta y yo le tiré una copa a la cara.

—Puto loco —se rio entre dientes Dumell—. ¿Y cuánto tiempo estuviste encerrado?

Julian se encogió de hombros. Fueron un par de minutos —pudo cortar la cinta con la llave de casa—, pero le pareció una eternidad. El hedor de ese lavabo se le quedó pegado a la nariz durante meses. Si ponía empeño, todavía era capaz de olerlo ahora.

—Demasiado —dijo.

Julian lanzó otra mirada de odio a la señora Fletcher. Sintió deseos de decir alguna maldad, hacerle saber que había traído al mundo a un matón, pero en ese momento ella se puso en pie y ni siquiera miró hacia donde estaba él mientras acompañaba a la profesora Fairchild al lavabo.



—Joder —dijo Dumell contemplando a las dos mujeres. Su voz era un susurro de admiración—: Es guapísima.

—¿Cuál de las dos? —preguntó Julian.

—Joder —repitió Dumell en voz baja, lo cual no era una respuesta.

El lavabo de señoras del ¡A jugar!, con un único cubículo y poco espacio para esperar, no era el sitio ideal para mantener una conversación. Eve hizo un magnánimo gesto de «después de ti» invitando a Margo a pasar primero. Mientras esperaba echó un vistazo al móvil —no tenía ningún mensaje de texto o email relevante— y se recordó a sí misma que era irrespetuoso especular sobre las particularidades de la anatomía de la profesora.

«No es relevante», pensó. «El género es una construcción mental.»

Margo tiró de la cadena y salió con una sonrisa un punto achispada.

—Misión cumplida —anunció con voz cantarina, poniéndose de lado para dejar pasar a Eve—. Tu turno.

Eve tenía verdaderas ganas de orinar, pero le entró un repentino ataque de timidez en cuanto se sentó en el inodoro. No le daba ningún apuro orinar con desconocidos pululando cerca, pero se le hacía más difícil cuando había alguien conocido que podía oírla. Todo venía de que una vez, Ted, al principio de su relación, se rio de lo fuerte que era su chorro.

—Joder —dijo—, ¿quién ha abierto el grifo?

Años después, cuando su matrimonio se desmoronaba, Eve mencionó este incidente en una sesión de terapia de pareja a la que ambos llevaron una lista de quejas nunca verbalizadas. Ted no recordaba haber hecho este comentario y se quedó perplejo al saber que ella todavía lo tenía clavado como una espina después de tantos años. «Fue una broma tonta», se excusó. «Olvídate de ella de una vez.» Pero ahí estaba, siete años después del divorcio, todavía dándole vueltas.

—Eve —dijo Margo—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué opinas de Dumell?

—¿Dumell? —repitió Eve, intentando ganar tiempo. La verdad es que no había prestado especial atención a Dumell. Todavía no habían hecho el

ejercicio de las entrevistas entre ellos y en clase él no intervenía mucho. Ni siquiera sabía si Dumell era su nombre o su apellido. Básicamente le parecía un «negro agobiado», aunque esa noche le había impresionado lo atento que se había mostrado con Julian Spitzer, que parecía estar cogiéndose una cogorza de campeonato.

—Sí —dijo Margo—. ¿Te cae bien?

—Parece agradable. —Eve descubrió aliviada que era fácil orinar mientras se mantenía una conversación—. De perfil bajo.

—A mí me parece guapo —confesó Margo—. Tiene unos ojos preciosos.

Eve se secó y tiró de la cadena. Y comprendió cuál era su papel allí.

—Entonces —dijo mientras se lavaba las manos con ese gesto algo teatral que adoptaba cuando había gente mirando—, ¿estás enamorada de él?

—Quizá. —Margo se miró en el empañado espejo y se pintó los labios con la concentración de un cirujano—. Y con «quizá» quiero decir que sin ninguna duda.

—Guau.

—No puedo dejar de pensar en él.

—¿Eso está permitido? —preguntó Eve—. ¿Un lío entre profesora y alumno?

—¿A quién le importa? —dijo Margo con tono burlón—. ¿Tienes idea de lo que me pagan? Además, somos adultos, ¿no?

Si iban a intercambiar secretos, este podía ser el momento de mencionar a Amanda, de establecer una complicidad con Margo a través de sus respectivos deseos ilícitos. Pero no estaba lo bastante borracha como para verbalizarlo.

—Me alegro de que sea alto —dijo Margo—. No creo que la cosa funcionase con un hombre bajo. Quiero decir, no hay ningún motivo para que no funcionase, pero a muchos hombres les asustan las mujeres altas.

—Son como niños —dijo Eve—. ¿Hay algo que no les asuste?

Margo asintió, pero sin mucha convicción.

—La verdad es que hasta ahora no he estado nunca con un hombre —confesó.

—Ah —dijo Eve—. Guau.

—Cuando era un hombre me gustaban las mujeres. Al menos intentaba que así fuera. Pero ahora... eso ya no va conmigo. Creo que estoy preparada para dar el paso.

—Me alegro por ti. —Eve le apretó el brazo con un gesto de ánimo. Quería decirle «Sé perfectamente cómo te sientes», pero una vez más se calló.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Margo—. ¿Cómo lo seduzco?

—Quizá lo primero sería hablar con él, sin más. Conocerlo un poco.

—Me temía que fueras a decir eso.

—O también puedes sentarte sobre sus rodillas y pasarle la lengua por la oreja. Eso también funciona.

A Julian le sucedió algo en el lavabo de caballeros. Cuando entró no estaba exactamente sobrio, ni de lejos, pero era capaz de caminar recto y pensar con claridad. Pero cuando salió tenía una curda monumental. Era como si un jugador de fútbol se le hubiera lanzado encima mientras meaba.

Regresar a la mesa fue una aventura digna de un videojuego, y encima la profesora Fairchild le había quitado el sitio.

—Disculpe —le dijo—. No se ofenda, pero este es mi sitio.

Dumell señaló hacia el otro lado de la mesa. Había una silla vacía al lado de la señora Fletcher.

—¿Por qué no te sientas allí? —le sugirió Dumell—. Así hablamos todos con todos.

Dumell lo miraba con severidad militar, en plan «haz lo que te digo, capullo». Julian no estaba tan borracho como para no pillarlo.

—Tranqui, colega. —Le guiñó el ojo y alzó el pulgar, un gesto que de inmediato se dio cuenta de que era desproporcionado—. Cuenta conmigo.

Quería decir algo más, pero no recordaba qué, y entre tanto la señora Fletcher se le acercó, le pasó el brazo por los hombros y se ofreció a acompañarlo a casa. Julian no quería marcharse todavía, pero Barry le dijo que debía hacerlo.

—Chaval, has bebido demasiado. Ya es hora de volver a casa.

—No estoy borracho —protestó Julian, pero no se lo creía ni él.

Barry y la señora Fletcher, uno a cada lado, lo escoltaron hasta el aparcamiento como si fuese un criminal. De hecho, fue un alivio salir del bar y poder respirar aire fresco.

—Me he bebido toda la jarra —les dijo—. Yo solo.

—Eres un campeón. —Barry le ayudó a sentarse en el asiento del copiloto del monovolumen de la señora Fletcher—. No vas a vomitar, ¿verdad?

—Ni de coña.

—De acuerdo. —Barry asintió con solemnidad antes de cerrar la puerta—. No me falles.

La señora Fletcher le sonrió mientras metía la llave en el contacto para arrancar. No era una sonrisa de felicidad, sino de esas en plan «¿qué vamos a hacer contigo?». Resultaba muy raro compartir vehículo con ella. Como si fuese su madre. O incluso su novia. ¿Por qué no?

«A Brendan eso no le gustaría nada», pensó.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó a la señora Fletcher.

—Ponte el cinturón —le respondió ella.

Cuando arrancaron, Julian aguantó el tipo, pese a que el mundo se tambaleaba a través del parabrisas. Demasiados árboles y faros de coches y escaparates. Era mejor concentrar la mirada en la cara de la señora Fletcher. Tenía un bonito perfil.

—¿Crees que se van a enrollar?

—¿Quiénes?

—Dumell y la profesora Fairchild. Creo que a él le gusta ella.

La señora Fletcher se giró y lo miró, como si hubiera dicho algo interesante.

—¿Te lo ha dicho?

—Más o menos.

—Bueno —dijo tras unos instantes de duda—. No es asunto nuestro si se enrollan o no. Los dos son personas adultas.

Julian asintió. Le gustaba el sonido de la voz de la señora Fletcher. Y le gustaba la blusa ceñida que llevaba y cómo se marcaba el volumen de sus pechos contra los botones.

—¿Y nosotros? —preguntó Julian—. ¿Vamos a enrollarnos?

—Estás borracho —respondió ella.

—Eres muy guapa. ¿Lo sabes?

—Julian —le cortó ella—. No sigas por ahí, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no?

—Tengo cuarenta y seis años —le dijo—. Y tú ni siquiera tienes la edad legal para beber.

Julian intentó decirle que la edad no importaba, pero de pronto notó que se le revolvía el estómago y tuvo que pedirle que parase el coche.

—¡Ahora mismo! Por favor.

La señora Fletcher percibió la urgencia en la voz de Julian y giró para detenerse junto a la acera. Él salió del coche a toda velocidad, tapándose la boca con una mano, y vomitó en una alcantarilla cercana, lo cual era mejor que dejar un repugnante charco en medio de la acera para que los perros se dedicaran a olisquearlo por la mañana.

—Oh, mierda.

Estaba a cuatro patas, mirando a través de la rejilla metálica el oscuro abismo que había debajo, cuando se percató de que la señora Fletcher se había acuclillado a su lado y le estaba masajeando la espalda con lentos movimientos circulares y diciéndole que se tranquilizase, que se encontraría mejor cuando lo vomitase todo.

—Pobrecito —dijo ella.

—Tienes unas tetas estupendas —le dijo él justo antes de vomitar otra vez.

TERCERA PARTE  
Género y Sociedad

## Un ramo de banderas rojas

En líneas generales Amber y su madre se llevaban muy bien. Se mandaban mensajes varias veces al día y hablaban por teléfono al menos un par de veces por semana. Y las llamadas no eran precisamente cortas. En cuanto se ponían, podían pasarse una hora hablando sin hacer ni una pausa para coger aire.

A menos que hubiera algún tema urgente del que hablar, la conversación seguía un esquema rutinario. Su madre siempre empezaba poniéndola al día sobre la vida de su hermano —qué comía, qué tal dormía, cómo le iba en el colegio, cuántos coches de juguete Matchbox le habían comprado—, porque Amber lo echaba mucho de menos y se sentía culpable por haberse marchado a la universidad dejando a su madre sola con toda la carga, como si fuese una madre soltera, pese a que su padre también vivía en casa. Su padre nunca interactuaba con Benjy; se comportaba como si fuese inútil siquiera intentarlo, y todo el mundo le permitía actuar de este modo, incluida Amber.

Una vez agotado el tema de Benjy, su madre le hacía algunas preguntas a Amber sobre sus deberes y después ella le correspondía dándole a su madre cancha para que le contase todo lo que quisiese, sin importar lo banal que pudiera ser: el tiempo que hacía, una noticia que le había llamado la atención, la calidad de los productos que había comprado en el supermercado. Siempre había un hueco para hablar de las alergias de su madre y unos minutos dedicados a cualquier novedad del vecindario: quién se había comprado un coche nuevo, quién le había puesto a su perro un collar con chorreras, quién había cambiado la calefacción de fuel a gas. Amber escuchaba con paciencia porque sabía lo sola que se sentía su madre y lo pequeño que se había vuelto su mundo.

Era lo mínimo que podía hacer.

Al mismo tiempo, Amber temía estas llamadas telefónicas, porque de forma inevitable derivaban hacia el delicado asunto de los novios, delicado sobre todo por la incapacidad de su madre de entender por qué no tenía uno.

No lo comprendía: Amber era guapa, inteligente, tenía un gran corazón y era una persona cariñosa. De acuerdo, su madre sabía que se le acumulaban muchas actividades —las clases, el softball, los varios clubes y organizaciones a los que pertenecía—, pero los jóvenes siempre podían hacer un hueco para el amor. Desde luego la madre de Amber lo había hecho cuando tenía la edad de su hija. Modestia aparte, había sido una chica muy popular.

«Deberías tener citas», le insistía su madre, como si fuese una idea brillante que se le acabase de ocurrir y no una sugerencia que le había hecho cientos de veces.

Intentando controlar su frustración, Amber le explicaba por enésima vez que ya nadie tenía «citas», que eso era algo que la gente de su edad ya no hacía.

«No conozco literalmente ni a una sola persona que haya tenido una cita», protestaba. Eso no era «literalmente» cierto, pero no quería liarse con los matices.

Y entonces llegaba la Gran Pausa Cargada de Sentido. En cada maldita conversación.

—Amber, cariño. ¿Hay algo que quieras contarnos? Ya sabes que tu padre y yo te apoyaremos en todo.

Todo eso venía de que había ido a la fiesta de graduación con Jocelyn Rodriguez, una compañera del equipo de softball, que era una de las pocas personas que en el instituto había reconocido abiertamente ser gay. Ninguna de las dos tenía una pareja con la que ir, de modo que decidieron ir juntas como amigas. Montones de chicas hacían lo mismo. Pero ellas dos se compenetraban tan bien, resultaban tan absolutamente creíbles —Joss con esmoquin y el cabello corto engominado y Amber muy femenina con un vestido rosa— que todo el mundo, incluidos los padres de Amber, dio por hecho que eran pareja. Incluso la propia Joss parecía pensarlo, porque se sintió muy decepcionada cuando Amber no quiso bailar con ella los temas lentos.

—Ostras, mamá. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Me gustan los chicos. Lo que pasa es que por aquí no hay ninguno que merezca la pena.



—Bueno, cariño, pues creo que tienes un problema. No adoptas la actitud adecuada. Tienes que darles una oportunidad.

Llegado ese punto de la conversación, Amber sentía la tentación de recitar un listado de todos los chicos con los que había echado un polvo durante su primer año de universidad, ocho o nueve, dependiendo de cómo se mirase, y todos habían resultado ser gilipollas, cada uno a su manera. Pero no quería que su propia madre la reprendiese por comportarse como una furcia. Y además ya había dejado atrás esa época. Se acabaron los polvos de borrachera. Se acabó lo de desnudarse ante capullos sexistas que no tenían el más mínimo interés en ella como ser humano.

—Tal vez si te vistieras de un modo más femenino —le sugería entonces su madre—. Cuando llevas vestidos estás guapísima. Esos tejanos ceñidos no son lo que mejor te queda.

Era como si fuesen dos actrices en una obra teatral inacabable, condenadas a seguir representado la misma escena deprimente una y otra vez. Pero eso estaba a punto de cambiar, pensó Amber mientras aspiraba hondo y cogía el teléfono.

Becca iba a venir de visita ese fin de semana. Estaba todo organizado. Había conseguido que la trajese desde Haddington una chica de su clase que estaba invitada a pasar la noche en la residencia Sigma, y Zack había aceptado desaparecer durante un par de días, aunque no es que fuese un gran sacrificio por su parte. Su fluctuante relación con la chica misteriosa (que supuestamente no estaba gorda, aunque yo siempre me la imaginaba así) se había reactivado y desde entonces apenas dormía en nuestra habitación. La mayor parte del tiempo me sentía como si hiciera vida de soltero, lo cual podía ser fantástico, pero la verdad es que lo echaba de menos. E incluso cuando aparecía, ya no era lo mismo. Nos llevábamos bien, sí, pero ya no bromeábamos y nos reíamos como antes. Zack parecía un poco distante, más interesado en cualquier mensaje de texto que acabase de recibir que en cualquier cosa que yo pudiera decirle. Era una puta mierda.

—Tío —le dije una noche—, ¿estás enamorado o algo por el estilo?

—¿Qué? —me respondió, riéndose entre dientes mientras maquinaba una respuesta.

—Olvídalo —le dije—. No tiene importancia.

Estaba entusiasmado por ver a Becca después de tanto tiempo, pero también un poco nervioso. Era ella la que se había empeñado en hacerme una visita de fin de semana (yo no tenía ningún problema en esperar hasta Acción de Gracias), pero una vez confirmado que venía, pensé que valía la pena aprovecharlo. Me excitaba la perspectiva de echar un polvo, porque después de casi dos meses en bsu, había tenido cero sexo (excepto en solitario), lo cual no parecía un inicio muy prometedor para mi carrera como universitario.

Pero follar con una chica es una cosa y pasar todo un fin de semana con ella es otra, y Becca y yo nunca habíamos sido una de esas parejas que pasan mucho rato juntas y tienen un montón de cosas de que hablar. De modo que no puedo decir que me diera mucho bajón cuando me llamó por Skype el miércoles y, con la sombra de ojos corrida por el llanto, me dijo que tenía que cancelar la visita. Sus padres habían metido baza y decidido que era demasiado joven para pasar el fin de semana con un universitario, aunque ese universitario fuese su novio del instituto, y querían saber por qué yo, si tantas ganas tenía de ver a su hija, no volvía a casa a pasar el fin de semana y quedaba con ella.

—Joder —dije—. Vaya mierda.

—Lo sé. Tenía muchas ganas de dormir contigo.

—Sí, yo también.

Becca suspiró, se sonó y se quedó mirándome con expresión dolida.

—No es tan mala idea —dijo.

—¿El qué?

—Podrías venir en autobús, ¿no? Tu madre estaría encantada de verte.

—¿Quieres que vaya a casa?

—¿Por qué no? Te pago la mitad del billete, si ese es el problema.

—No es por el dinero.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Yo era consciente de que me adentraba en territorio peligroso. No había un modo razonable de contarle la verdad, que era que no me importaba verla si no tenía otro remedio, pero que si podía elegir prefería evitarlo.

—Deja que me lo piense —le dije—. Mañana te mando un mensaje.

Y entonces, unos diez minutos después de colgar, me llamó Amber. No había sabido nada de ella desde la reunión del Grupo de Concienciación sobre el Autismo, en la que me había humillado como una puta al acabar lloriqueando.

—¿Qué haces el sábado por la noche? —me preguntó.

—No lo sé.

Ella hizo un sonido como el de la bocina de un concurso televisivo.

—Respuesta errónea —dijo—. Vamos a quedar para salir.

Amber era dolorosamente consciente de la disparidad entre sus posturas políticas y sus deseos. Era una feminista global, defensora de las personas con minusvalías y una aliada incondicional de la comunidad lgtb en toda su gloriosa diversidad. En su condición de mujer heterosexual, cisgénero, físicamente sana, neurotípica, del primer mundo, de clase media y de raza blanca, luchaba para ser siempre consciente de su posición privilegiada y evitaba utilizarla para silenciar o ignorar las voces de quienes no gozaban de estas inmerecidas ventajas, que tenían mucho más derecho que ella a hablar sobre muchísimos temas. Como no podía ser de otro modo, Amber también luchaba con entusiasmo contra el capitalismo, el patriarcado, el racismo, la homofobia, la transfobia, la cultura de la violación, el *bullying* y todas las formas de microagresión.

Pero cuando se trataba de chicos, por algún misterioso motivo, solo le atraían los deportistas.

Era horrible. Deseaba sentirse más atraída por hombres que compartiesen sus convicciones políticas —los que abrazaban árboles, los inconformistas con el género, los activistas veganos, los okupas y boicoteadores, los alumnos de Estudios Sociológicos sobre la Raza Blanca, los intelectuales negros que llevaban gafas estilo Malcolm X—, pero no había manera de que funcionase. Siempre se quedaba prendada de deportistas: jugadores de fútbol americano, lanzadores de peso, delanteros de rugby, luchadores de la categoría de los pesos pesados —incluso un odioso golfista, aunque él era un caso aparte—, la gran mayoría de los cuales eran

chicos blancos, bebedores, con lustrosos pechos depilados, criados como privilegiados e incapaces de ver más allá de sus pollas. Y por supuesto a ella la utilizaban como un objeto desechable, sin ningún tipo de remordimiento o disculpa, porque en eso consistía ser un privilegiado: en gozar del permiso de tratar a los demás como una mierda sin dejar de estar convencido de que eres una buena persona.

¿Cómo era aquello que decía siempre su padre? ¿La definición de locura era hacer una y otra vez lo mismo y esperar resultados diferentes? Bien, pues esa había sido hasta el momento la historia de la vida amorosa de Amber, y ya tenía suficiente. Durante el verano se había hecho el solemne juramento de acabar con esa locura y, o bien empezar a elegir a sus parejas con más sensatez o, si no le quedaba otra opción, optar por el celibato y el respeto a sí misma renunciando al sexo vacuo y a la desolación autodestructiva que venía después.

Y entonces, como si el universo pusiera a prueba su decisión, conoció a Brendan en la feria de asociaciones el primer día de su segundo curso. El chico era de manual, un jugador de lacrosse guapo, seguro de sí mismo, de espaldas anchas, poco articulado y sin interés alguno por la política, el tipo exacto de chico que Amber se había prometido evitar. Pero no hubo modo: su corazón empezó a latir con la aceleración inevitable en estos casos y le hizo una peineta a su cerebro. Se quedó pasmada al comprobar lo débil que era, como un fumador que ha jurado dejarlo y es incapaz de pasarse un día entero sin encender un cigarrillo.

En su favor había que decir que opuso más resistencia de la habitual. En su primer año universitario le hubiera mandado un mensaje de texto de inmediato, invitándolo a salir, tal vez a fumar un poco de hierba y ver una peli. Esa hubiera parecido la decisión feminista correcta —¿por qué no iba a poder una mujer buscar sexo con la misma libertad que un hombre?—, pero por algún motivo, la cosa siempre acababa con ella mirando fijamente el teléfono de un modo patético, preguntándose por qué Trent o Mason o Royce (el golfista gilipollas) ni siquiera le habían enviado un mensaje en plan «¡gracias por la mamada!», como si eso hubiera contribuido a hacer que se sintiera mejor.

Con Brendan se contuvo, haciéndose la difícil, tal como lo habría expresado su madre, a la espera de que él diera el primer paso. Amber no le envió ningún mensaje, no orquestó ningún encuentro casual en el Higg, ni siquiera lo agregó como amigo en Facebook, aunque sí fisgó el suyo. Tenía colgadas un montón de fotos a pecho descubierto en su perfil y Amber tuvo que admitir que sin camiseta estaba como un tren.

Resultó una estrategia muy eficaz para no enrollarse con él, sobre todo porque Brendan tampoco hizo el menor intento de contactar con ella. Pero incluso en una universidad grande como bsu no podían evitarse eternamente. Más o menos un mes después de empezar el semestre, Amber había entrado en la biblioteca como miembro de la recién formada Coalición de Estudiantes Contra el Racismo y la Brutalidad Policial y allí estaba él, guapísimo como siempre, leyendo un libro sobre el cambio climático.

La había sorprendido de la mejor manera posible. No podía imaginarse a ninguno de sus antiguos ligues uniéndose a ella para protestar contra el asesinato de Michael Brown a manos de la policía, o rompiendo a llorar ante una sala llena de desconocidos en una reunión de apoyo a personas con hermanos autistas. Parecía un chico decente, e incluso un candidato a novio, y sin duda merecía la pena darle una oportunidad.

—¿Qué vais a hacer en vuestra cita? —le había preguntado su madre.

—Vamos a ir al cine. Después es probable que nos dejemos caer por una de esas fiestas en las que todo el mundo se desnuda.

—Ja, ja —respondió su madre—. Muy graciosa.

No es que la película no me gustara. Es solo que no era el tipo de película que se supone que te ha de gustar ni el tipo de película que normalmente eliges para una cita. Pero Amber estaba muy metida en eso del feminismo y una de sus mejores amigas, una vietnamita llamada Gloria, era la directora del Festival Internacional de Cine Documental de Mujeres, así que fuimos allí.

La peli fue una revelación, eso sin duda. Se centraba en un puñado de sitios horribles del tercer mundo donde trataban a las mujeres como basura. En un país africano violaban a niñas de forma cotidiana y a los hombres que lo hacían no les pasaba nunca nada. Había una víctima —tenía doce años,

aunque aparentaba más— a la que había violado su tío, que en realidad no era su tío. Era un amigo de la familia que además ostentaba una posición relevante en la aldea. Los blancos que rodaban el documental habían convencido a la niña de que lo denunciase, pero el tiro les salió por la culata. A ella y a su madre las echaron a patadas de su casa y el violador lo negó todo.

«Yo no soy de ese tipo de personas», se defendía él, como si la acusación le hubiera ofendido muchísimo.

Se contaban otras historias: niñas vendidas a redes de prostitución por sus propios padres, niñas forzadas a trabajar en talleres clandestinos para ayudar económicamente a sus familias, niñas a las que casaban con ancianos repugnantes antes de que hubieran llegado siquiera a la pubertad, niñas a las que les mutilaban los genitales mientras sus propias madres las sujetaban para que no huyesen. Noté a Amber tratando de contener las lágrimas y le cogí la mano. Ella se volvió y me miró con una sonrisa cargada de tristeza.

Pasado un rato desconecté. El horror que puedes asimilar de una sentada tiene un límite. Normalmente, en una situación como esa, me hubiera puesto a comprobar los mensajes en el móvil o a jugar una partida de Hitman, pero la chica que había presentado la película había puesto mucho énfasis en que todo el mundo apagase los teléfonos y concentrase toda la atención en la pantalla.

—Por favor —había dicho—. Es importante. No miréis hacia otro lado.

La película era larga, con lo cual dispuse de mucho tiempo para pensar. Pensé en mi madre y en lo contenta que se hubiera puesto de saber que estaba viendo un documental serio como este, concienciándome sobre la realidad del mundo, que para ella era la única finalidad de ir a la universidad. Y pensé en Becca, que no hubiera aguantado ni cinco minutos en ese cine, ya que ¿por qué iba a tener que fingir que le importaba lo que le sucedía a personas a las que no conocía en lugares de los que no había ni oído hablar? Yo entendía ese planteamiento, una parte de mí incluso estaba de acuerdo con él, aunque sabía que era egoísta y no era el tipo de idea que uno podía expresar en voz alta, y mucho menos en el Festival Internacional de Cine Documental de Mujeres.

Cuando acabó la película, Amber se quedó callada. Salimos de la sala y del edificio. La noche era fría y caía una llovizna fina, pero creo que ella agradeció tanto como yo el aire fresco. Seguíamos cogidos de la mano y me planteé si debía intentar besarla. Pero miré sus ojos hinchados y su expresión estupefacta y me di cuenta de que probablemente no era una buena idea.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó.

—¿La película?

Mi respuesta la hizo reír un poco.

—Sí —dijo—. La película.

De ser del todo sincero le habría dicho que el documental me había hecho darme cuenta de lo afortunado que era. Por ser un tío. Por ser americano. Por tener un cuerpo sano y dinero suficiente para no tener que preguntarme cuándo iba a poder tomar mi siguiente comida, y por la tranquilidad de saber que nunca tendría que sacrificar mi felicidad y mi libertad por nadie. Por levantarme cada mañana sabiendo que podía pasármelo bien. El documental me había provocado deseos de ponerme a cuatro patas y besar el suelo. Pero sabía que esa no era la respuesta correcta.

—Me ha roto el corazón —le dije.

Amber llevaba toda la semana pensando en la fiesta. Muchas de sus amigas de la Alianza Feminista iban a ir y todo el mundo estaba entusiasmado. Era una de esas raras ocasiones en las que podías pasártelo bien y al mismo tiempo hacer una contribución importante, al menos eso era lo que la gente quería creer. Pero ahora, después de ver el documental, la fiesta de pronto parecía una ridiculez: un puñado de universitarios privilegiados pretendiendo hacer una declaración política, combatiendo el patriarcado con una borrachera y el subsiguiente despelote.

—¿Estás bien? —le preguntó Brendan, pasándole la mano por los hombros con suavidad. Estaban plantados en medio del patio, calándose.

—Estoy triste —respondió ella, emocionada por su interés. Había permanecido sentado sin chistar durante la proyección de ese agotador documental y la había cogido de la mano durante las secuencias más duras—. El mundo está muy jodido.

—Qué me vas a contar.

Amber no se arrepentía de haber visto la película. No podías dar la espalda a la realidad solo porque te revolviere las tripas. Tenías que afrontar la crueldad y la injusticia, conocer la realidad de las personas menos afortunadas que tú y aceptar tu obligación de ayudarles a mejorar sus vidas. Era lo mínimo que podías hacer.

Pero eso era tan poca cosa. Casi nada.

Una parte de ella quería decir sin más «¡a tomar por saco!», dejar la universidad, decir adiós al softball, a los Estudios de Mujeres, a la Concienciación sobre el Autismo, a la Marcha de las Putas y a su divertida compañera de habitación, Willa, decir adiós a «América», y buscarse un trabajo en una ong que construyese escuelas para niñas en Afganistán o luchase contra el tráfico de seres humanos en Tailandia u ofreciese cirugía gratuita para mujeres africanas con fístula obstétrica. Hacer algo útil en lugar de perder el tiempo leyendo libros, viendo películas y poniendo *likes* a paridas banales en Facebook. Sería algo difícil de digerir para su madre y ella echaría mucho de menos a Benjy, que solo entendería que su hermana se había marchado muy lejos y no por qué lo había hecho. Su hermano jamás podría valorar la generosidad de su decisión.

—¿Te apetece tomar una copa o alguna otra cosa? —le preguntó Brendan.

Antes de que Amber pudiera responderle, le vibró el teléfono. Era otra vez Cat. Le había mandado tres mensajes durante la proyección.

«Dóooonde estáaaas??? Menea tu culo gordo y ven aquí para que pueda darte unos azotes, zorra!!!!»

Amber no pudo evitar sonreír. Cat era la única persona del mundo que podía permitirse hablarle así y salir airosa. Y además, eran las diez y media de la noche de un sábado lluvioso y tenía que aceptar el hecho de que, de momento, no podía ayudar a nadie salvo a sí misma a conseguir una vida mejor y más feliz.

—Conozco un sitio donde podemos tomar algo —le dijo.



La fiesta a la que me llevó Amber no era de despelote total. Era una fiesta en ropa interior patrocinada por la Alianza Femenina, y por tanto la habían bautizado con un nombre edificante, que en este caso era ¡TODOS LOS CUERPOS SON HERMOSOS!, una afirmación completamente falsa.

Cuando llegamos, una feminista plantada ante la puerta nos proporcionó una tarjeta de identificación para que nos la colgásemos al cuello. En lugar de tu nombre, se suponía que tenías que escribir algo que no te gustase de tu cuerpo. La idea era celebrar tus defectos y no avergonzarte de ellos. Mostrarlos en público para que los demás te dijese que a pesar de todo eras bello.

Amber no dudó ni un segundo. Sacó el capuchón al rotulador y escribió en su tarjeta, con la misma facilidad que si anotase su nombre: HOMBROS EXAGERADAMENTE ANCHOS. Después me pasó el rotulador. Por un momento me quedé en blanco, porque había estado entrenando y me sentía muy a gusto con mi cuerpo. Lo único que se me ocurrió fue: PODRÍA TENER LOS GEMELOS MÁS GRANDES, pese a que ya eran perfectos, como el resto de mis miembros. Amber se rio cuando vio lo que había escrito.

—¿Eso es todo? —dijo—. ¿Que podrías tener gemelos más grandes?

Me encogí de hombros. La única otra cosa que se me había pasado por la cabeza era «me huelen los pies», porque de forma ocasional tenía ese problema, aunque no me parecía que pudiese computarse como defecto físico.

—Mis gemelos tienen el mismo grosor que los tuyos. —Y se lo mostré.

Me di cuenta de que no estaba de acuerdo, pero asintió y se sacó el vestido por la cabeza de un modo totalmente despreocupado, lo que me provocó una semierección. Tuve que darme la vuelta y clavar la mirada en un gordito en calzoncillos apretados, hasta que tuve la certeza de que podía empezar a desnudarme. Con un criterio muy raro, el gordo había escrito que su defecto era PÁRPADO INQUIETO, lo cual parecía no venir muy a cuento. Cuando acabé de desvestirme, metimos los zapatos y la ropa en una bolsa de basura que después embutimos detrás de un sofá.

—¿Crees que ahí está segura? —le pregunté a Amber—. No quiero volver a casa en calzoncillos.

En lugar de responderme, me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia la multitud. Llevaba unas bragas de algodón sencillas, negras con un reborde blanco, y un top negro en pico similar a un sujetador deportivo, pero con un toque de encaje en la parte delantera. Su cuerpo era tal como lo había imaginado, fuerte y lustroso, no tenía la silueta de reloj de arena, pero sí un hermoso culo redondeado. La seguí encantado adonde fuese que me llevara.

En la casa había poca luz. Algunas habitaciones estaban iluminadas con velas, otras con lámparas de lava, y la pista de baile contaba con luces giratorias de discoteca y flases estroboscópicos. De este modo resultaba menos problemático estar medio desnudo. Curiosamente, acababas prestando más atención a las tarjetas de identificación de la gente que a sus cuerpos. Era muy interesante comprobar de qué se avergonzaba cada uno —MICHELINES, CEJIJUNTO, NARIZOTA, PECHOS MASCULINOS, ACNÉ EN EL CULO— y después intentar comprobar con disimulo el defecto que destacaban. En algunos casos lo detectabas de inmediato, en otros tenías que dar por buena su palabra.

Amber conocía a un montón de gente, de modo que yo básicamente me dedicaba a asentir y sonreír cada vez que me presentaba a sus amigas, ECCEMA, HONGOS EN LAS UÑAS DE LOS PIES y EL DERECHO MÁS GRANDE, entre otras. La mayoría de personas a las que me presentó fueron amables, aunque algunas se mostraron escépticas respecto a que mis gemelos poco desarrollados pudiesen ser considerados un verdadero defecto. La única a la que yo ya conocía de antemano era Cat, del Grupo de Concienciación sobre el Autismo, que, sin ropa, resultaba alarmantemente delgada —se le marcaban las costillas y los huesos de los codos y las caderas—, aunque debo admitir que estaba bastante sexy con sus bragas y su sujetador de estampado de leopardo. También llevaba unas chancletas azules y guantes quirúrgicos, lo cual añadía un toque llamativo al conjunto.

—Hola, Brendan. —En su tarjeta de identificación se leía MUCHO VELLO EN LOS BRAZOS—. Me alegro de volver a verte.

—Yo también —dije, fijándome en sus antebrazos sin un solo pelo.

—Me los he depilado —me explicó—. Tenía un montón. Si no lo hubiera hecho parecería un orangután.

—¿Para qué son los guantes?

Se encogió de hombros y bebió un sorbo de su vaso desechable, donde se había servido un combinado con frutas.

—Demasiados cuerpos. —Mostró su repugnancia con un leve estremecimiento—. Demasiada piel y sudor..., uf.

Nos sonreímos durante unos segundos, sin saber cómo continuar la conversación. Se volvió y miró a Amber, que estaba hablando con una chica negra con unos abdominales impresionantes que sufría de PIEL PÁLIDA. La chica llevaba pantalones cortos de gimnasia y la parte superior de un bikini, lo cual me pareció tramposo, ya que ninguna de las dos prendas podía considerarse ropa interior.

—Amber está colada por ti —me dijo Cat.

—Y yo por ella.

—Será mejor que no le hagas daño —me advirtió, aplastando su dedo índice cubierto de látex contra mi esternón—. De lo contrario tendrás que vértelas conmigo.

La habitación de Amber estaba en la sexta planta del edificio Thoreau. Era todavía más pequeña que la doble en el Longfellow del primer año, pero al menos no estaba en el sótano.

—Estamos de suerte —le dijo a Brendan—. Willa se ha ido fuera el fin de semana.

—Genial. —Brendan contemplaba los pósteres colgados de las paredes verde claro: Malala, el Dalai Lama, Andy Samberg—. Bonita habitación.

Amber no tenía planeado llevárselo allí después de la fiesta. Su idea inicial era tomárselo con calma, limitarse a tontear un poco, plantar una semilla para el futuro, pero bailar con alguien en ropa interior no es la mejor estrategia para tomarse las cosas con calma. Habían acabado restregando sus cuerpos con entusiasmo, y la sensación de hacer algo muy próximo a follar delante de tanta gente había resultado muy excitante.

Amber tiró el abrigo sobre la cama de Willa y se quitó el vestido. ¿Por qué no? Ya se había desnudado delante de él y estaba claro que a él le había gustado lo que había visto. La fiesta había obrado maravillas con su estado de

ánimo —había transformado por completo la noche— y le había proporcionado un subidón de autoestima. Había sido emocionante formar parte de esa comunidad, un ser humano imperfecto rodeado de otros muchos, con toda esa gente asumiendo sus defectos, haciendo que todos se sintiesen cómodos, queridos y hermosos. Se quitó el sujetador y se lo lanzó a Brendan.

—¡Ahí va!

Estaba un poco lento de reflejos (debía ser cosa de la hierba que habían fumado en el balcón del piso de arriba, con la piel desnuda expuesta al aire nocturno), pero logró agarrarlo con una mano después de que le rebotase contra el pecho. Y se quedó quieto un instante, contemplando el sujetador como si fuese un objeto que no hubiera visto nunca.

—¿Estás bien? —le preguntó Amber.

—Sí —dijo él—. De puta madre.

Amber pensó que era un crío, dulce, despistado y extrañamente pasivo. Ella solo era un año mayor, pero ya era una mujer y llevaba mucho tiempo siéndolo. No le importaba el desequilibrio. Le gustaba llevar la iniciativa, ser la única persona adulta en esa habitación.

—Una pregunta —dijo—. ¿Por qué llevas todavía los pantalones puestos?

La primera vez que echas un polvo con alguien debería ser un momento importante. Un momento trascendental. Recuerdo que así fue la primera vez que follé con Becca. Cuando me puse el condón me temblaban literalmente las manos.

Lo que no deseas que suceda por nada del mundo es tener la cabeza en otra parte, estar pensando en alguna idiotez que no tiene nada que ver con la chica con la que estás, sobre todo si está arrodillada haciéndote una mamada que no te esperabas y que ni siquiera has tenido que pedir.

En lo que no quieres estar pensando en ese preciso momento es en el gilipollas de tu compañero de habitación y en cómo te ha humillado en la fiesta.

En cierto modo había sido culpa de Amber. Había estado rozándose contra mí de tal modo en la pista de baile que pensé que me iba a correr allí

mismo. Me excusé diciéndole que tenía que ir a mear, pero ella sabía cuál era en realidad mi problema y le pareció muy gracioso.

—Haz lo que tengas que hacer —me dijo—. Yo voy a estar aquí.

Para calmarme, me di una vuelta por las dos plantas de la casa, con las manos entrecruzadas —con aparente indiferencia, quise creer— frente a mi entrepierna. La casa era muy grande, con un balcón en la segunda planta y un desvencijado porche detrás de la cocina. También había un pequeño porche acristalado junto a la sala de estar, y fue allí donde me topé con Zack enfrascado en una apuesta para ver quién bebía más. Estaba junto a dos personas a las que yo no conocía. Una de ellas era una chica en silla de ruedas.

—Hola, colega —le saludé—. No sabía que venías a esta fiesta.

—Oh, hola. —A juzgar por la expresión de su cara, él tampoco se esperaba encontrarme allí—. Guau, Brendan.

Le puso la mano en el hombro a la chica de la silla de ruedas, que estaba justo a su lado, y le susurró algo al oído. Ella se volvió hacia mí y esbozó una extraña sonrisita.

—Hostia puta. —Parecía bastante borracha—. El famoso compañero de habitación.

—Ese soy yo —dije—. El famoso compañero de habitación.

—Yo soy Lexa. —Tenía el cabello negro y lacio y una cara bonita, aunque uno de sus ojos parecía estrábico o algo semejante, como si se hubiera quedado congelado en mitad de un parpadeo. En el tarjetón que llevaba colgado del cuello se leía: NO ME FUNCIONAN LAS PIERNAS.

—Yo soy Brendan.

—Riley —dijo el otro tío sentado a la mesa. Era bajo y tenía una mirada iracunda, los bíceps exageradamente marcados, los hombros cubiertos de granos y una identificación en la que se leía: VEJIGA MUY PEQUEÑA.

—Riley y yo fuimos juntos al instituto —me explicó Lexa. Su piel tenía un tono entre el dorado y el bronce, como si se hubiera echado un spray bronceador—. En North Ledham.

—A por ellos, Raiders —dijo Riley sin mucho entusiasmo.

Nos dimos la mano y después me giré hacia Zack, en cuya identificación ponía: EXCESO DE PEDOS.

—Al menos eres sincero —le dije.

—Dímelo a mí —añadió Lexa, que llevaba un sujetador granate brillante y unas bragas a juego. Tenía un cuerpo atractivo (unas buenas tetas y la cintura estrecha), aunque distrajo mi atención el tubo de plástico transparente que surgía de su ropa interior y se perdía detrás de su espalda. No acabé de ver hasta dónde llegaba, pero no quise mirar mucho rato.

—Eso te encanta —dijo Zack.

—Sí —replicó ella—. Tu descontrol con los pedos me pone como una moto.

—Es un tipo de fetichismo muy popular —comentó él—. Deberías buscarlo en Google.

—Ya lo he hecho —respondió ella—. Sales genial en la foto.

Chocaron los cinco.

—¡Esta sí que es buena! —dijo Zack, y después me miró.

—¿Dónde está Becca?

—Al final no ha podido venir. Estoy aquí con otra chica, Amber.

—¿La jugadora de softball?

—Sí. Hemos ido al cine y...

—¿Jugamos o hacemos el gilipollas? —se quejó Riley.

—Cierra el pico —le dijo Lexa. Me sonrió y señaló el vaso de chupito que había encima de la mesa—. ¿Quieres unirme al juego?

Su invitación era del todo sincera y me hubiera encantado jugar una o dos rondas, pero notaba que Zack quería que me largase. No negó con la cabeza ni me lanzó una mirada amenazante, no fue tan obvio. Se limitó a bajar y apartar la mirada, como si hubiera algo en el suelo que requiriese toda su atención, un insecto muerto o una mota de suciedad.

—Esta noche no —le dije a Lexa—. Otro día.

Amber notó cómo una familiar sensación de vacío se aposentaba en su estómago, una oquedad que, si algo no cambiaba, no tardaría en llenarse de remordimientos.

No tenía sentido. La cosa se había puesto muy caliente en la pista de baile. Se habían acariciado mutuamente por todo el cuerpo, se habían dejado

llevar por la música, él le había susurrado guarradas deliciosas al oído.

Y ahora... esto. No había conexión posible. Tenía en la boca una polla desconocida y oía unos dedos que repiqueteaban con impaciencia por encima de su cabeza, como si el chico quisiera que acabase de una vez. Alzó la mirada para ver qué pasaba, esperando una pequeña pista para saber cómo seguir, pero él ni se percató. Estaba pensando en alguna otra cosa, mirando al vacío, con un rictus estático, entre la perplejidad y la rabia.

Amber se preguntó si había ido demasiado rápido. Se habían morreado apenas un par de minutos antes de que ella decidiese chupársela. Los besos no habían sido muy prometedores —él estaba rígido y distante— y ella pensó que debía intentar algo un poco más drástico para reconducir la situación.

Estaba a punto de pedir un tiempo muerto cuando de pronto Brendan posó los dedos sobre su cuero cabelludo y ejerció presión. Se adentró más en la boca de Amber y dejó escapar un leve gruñido de placer, su primer signo auténtico de vida.

«Por fin», pensó ella.

Recuperó el ritmo y él respondió a la nueva cadencia embistiendo con más fuerza. Era alentador, pero al mismo tiempo un poco agobiante, porque Amber no quería que él se corriese tan pronto. No le hubiera preocupado si hubiera tenido la certeza de que Brendan respondería con reciprocidad y cierta habilidad y paciencia, pero no parecía de esos. Solo había estado con un tío capaz de ofrecerle un cunnilingus decente, y lo hizo solo una vez. Después, el tío, un luchador llamado Angus, no volvió a responder a ninguno de sus mensajes, y cuando se cruzaban por el campus se comportaba como si no la conociera.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó Brendan con voz susurrante.

Amber emitió un murmullo afirmativo, lo mejor que pudo dadas las circunstancias.

—¿Te gusta tener mi polla gigante en la boca?

«Ay.» Hizo caso omiso de la pregunta. No sabía por qué, pero odiaba la palabra «polla».

—Chúpame la polla, zorra.

«Uf», pensó. Eso no estaba bien. Intentó decírselo, pero Brendan había deslizado una mano hasta su nuca y presionaba con más fuerza.

—Chúpamela, puta.

Amber no podía moverse. No podía echarse hacia atrás. Ni siquiera podía respirar. Brendan dio otra embestida y ella empezó a sentir arcadas.

Vale, lo habría entendido si Zack y Lexa hubieran estado solos en el porche acristalado, pero ese Riley ya estaba allí con ellos, de modo que yo no estaba estropeando ningún momento romántico. Pensé entonces que Zack se sentía incómodo por la presencia de Lexa, pero eso tampoco tenía sentido. Estaban juntos en una fiesta, en público y en putos paños menores, y parecían estar pasándose en grande. No, la única persona cuya presencia incomodaba a Zack era yo, y no había hecho nada para merecerlo, nada de nada.

«Que se joda», pensé.

No era justo para mí ni lo era para Amber. Llevaba un buen rato arrodillada, dando el ciento diez por ciento y comprobé que estaba empezando a sudar un poco.

«Concéntrate», me dije a mí mismo. «Métete de lleno en el juego.»

Amber lo estaba haciendo genial, no quiero que se me malinterprete, pero por algún motivo yo no lo disfrutaba, no como con Becca el día que me marché a la universidad. Casi podía oír su voz, recordaba cómo me había mirado y cómo me había dicho: «Este es mi regalo de despedida», y cómo seguimos hablando en este plan todo el rato, diciendo las cosas más locas que se nos pasaron por la cabeza.

Ya sé que pensar en una chica cuando estás con otra es un poco sospechoso, pero en momentos así no controlas lo que te pasa por la cabeza. ¿Y qué sucedió?, pues que funcionó. Aceleré de cero a cien en un par de segundos y después de eso ya no hubo quien me frenase. No levanté el pie del acelerador, tenía la autopista interminable ante mí, sin ningún otro coche a la vista.

Y entonces Amber me arreó un puñetazo en las pelotas.

No fue un accidente. Me arreó un martillazo en el escroto, un gancho rápido y brutal, cuando estaba a diez segundos de llegar a la línea de meta.



Se me doblaron las rodillas, me desplomé en el suelo y me acurruqué en posición fetal, a la espera de que el dolor se mitigase.

—¿Qué coño has hecho? —dije, cuando por fin fui capaz de articular palabra—. ¿Estás loca?

Amber ya se había incorporado y se abrazaba a sí misma, de modo que no le veía los pechos.

—Me estabas ahogando —respondió.

—No, no es verdad.

—Brendan, no podía respirar. No podía ni mover la cabeza.

El dolor había bajado un poco de intensidad, pero de pronto regresó acompañado de una sensación de náuseas. Traté de localizar con la mirada una papelería por si acababa vomitando.

—No sé de qué me hablas.

—Y no vuelvas a llamarme zorra. —Levantó el pie como si fuese a darme una patada, pero volvió a apoyarlo en el suelo—. No sé quién te crees que eres.

—Solo decía guarradas. Pensaba que te gustaba.

—¿Y por qué pensabas eso? —La rabia le enrojeció la cara—. No tienes ni idea de lo que me gusta.

Hice el esfuerzo de incorporarme un poco y sentarme en el suelo.

—Lo siento. Me he dejado llevar.

—Lárgate de aquí —me dijo.

—Vamos, Amber. No te pongas así.

—¿Que no me ponga cómo? —Recogió mis pantalones del suelo y me los tiró—. ¿Como una persona respetable?

Hasta ese momento había mantenido la calma, pero de pronto se le tensaron los labios y rompió a llorar. Vi que no quería hacerlo, que no quería mostrarse débil delante de mí; aspiró con fuerza y se recompuso. Las lágrimas se detuvieron. No había visto a nadie hacer algo así jamás.

—¿No podemos hablarlo? —dije.

Pero Amber ya no tenía nada más que decir. Se quedó allí plantada con sus bragas negras y blancas, con los brazos sobre los pechos y negando con la cabeza, dejando claro que no tenía ningún sentido hablar de nada conmigo. Yo no merecía que ella hiciese ese esfuerzo.

## Historia de una mujer

Amanda esperaba junto a la entrada principal, haciendo lo posible por desconectar de la tensión que siempre le provocaban los días en que había conferencias. Trató de centrarse en la sensación de éxito personal, un sentimiento del que había podido disfrutar en escasas ocasiones desde que había terminado la universidad.

«Lo he organizado yo», pensó orgullosa. «¡Lo he logrado!»

Técnicamente, esta era la tercera conferencia mensual que coordinaba, pero no había sentido como suyas las de septiembre y octubre, unas soporíferas loas de la reina de Inglaterra y la versátil soja, respectivamente, que había heredado de su predecesora. Fueron unas experiencias tan desmoralizadoras que Amanda se planteó muy en serio dejar el trabajo después de cada una de ellas, o al menos escribir una sentida carta de disculpa a los asistentes, incluida ella misma.

Pero en lugar de dimitir o envenenar su vida laboral con amargura y negatividad, había decidido comportarse como una adulta. Se armó de coraje y discutió la situación con su jefa, y juntas encontraron el modo de poner en marcha un cambio constructivo. Por supuesto que había que adjudicarle a Eve una buena parte del mérito. Fue ella la que propuso invitar a un profesor para dar la conferencia de noviembre, pero lo hizo en respuesta a la petición de Amanda de plantearse apuestas más rompedoras y originales.

Traer a una conferenciante transgénero al centro para mayores era el tipo de audacia que Amanda había estado reclamando, el anuncio a toda la ciudad (y más allá) de que el ciclo mensual de conferencias estaba bajo una nueva y excitante dirección. Así, tal vez, la gente empezase a considerarlo con interés.

Eve también estaba entusiasmada, y esa expectación compartida las había unido mucho, ayudándolas a dejar atrás cualquier rémora de incomodidad que hubiera podido quedar después del beso sorpresa del restaurante. Para Amanda había supuesto un alivio, y no solo por razones profesionales. Se había sentido mal por su reacción de aquella noche, al

rechazar a Eve como si la hubiera estado atacando en lugar de tratando de seducirla de una manera un poco torpe pero no del todo desagradable. No es que Amanda quisiera acostarse con ella, ni tan siquiera devolverle el beso (sabía que liarse con la jefa era una pésima idea). Simplemente hubiera deseado ser algo más amable al decir que no, porque Eve le parecía un encanto y, de hecho, se había sentido halagada e incluso se había excitado un poco, al menos al recordarlo —en ese momento, por ejemplo, se había puesto nerviosa—, y a veces, cuando estaba aburrída, se sorprendía a sí misma rememorando el beso y en ocasiones lo utilizaba como carburante para fantasías más desarrolladas que acababan en un orgasmo, aunque de esto Eve no tenía por qué enterarse.

—Disculpe —dijo una anciana ataviada con un chándal verde oscuro con ribetes verde claro. Amanda había hablado con ella un par de veces, pero no recordaba su nombre. Bev o Dot o Nat, algo truncado y casi extinto. Su cabello era un revoltijo de prietos rizos canos y llevaba una tiritita con un motivo de Halloween en la mejilla—. ¿Qué es esto?

Bev o Dot o Nat plantó el dedo en el póster rígido colocado sobre un caballete cerca del mostrador de recepción. En él aparecía una foto ampliada del rostro de Margo Fairchild con una sonrisa insulsa de vendedora de propiedad inmobiliaria de lujo.

CONFERENCIA DE NOVIEMBRE  
MIÉRCOLES, 7 PM  
DRA. MARGO FAIRCHILD  
*HISTORIA DE UNA MUJER*

—Es una profesora de la ciudad —le explicó Amanda—. Una persona muy inspiradora.

La anciana del nombre de tres letras se quedó mirando el póster unos segundos, tiempo suficiente para que Amanda se viera envuelta por una nube de perfume floral, y negó con la cabeza. Parecía muy molesta, aunque Amanda había pasado tiempo suficiente con personas mayores como para saber que sus expresiones no siempre casaban con sus estados de ánimo.

—¿De qué trata? —preguntó la mujer.

Amanda dudó. Ella era partidaria de haber incluido la palabra «transgénero» en el póster y en el anuncio en la prensa, pero Eve se lo había prohibido, aduciendo que podía ahuyentar o asustar al público potencial.

«Dejemos que acudan con una mente abierta», le aconsejó. «Después Margo ya se los ganará.»

—Trata de cómo controlar tu vida —respondió Amanda—. Encontrar la felicidad siguiendo tus convicciones.

La señora se lo pensó un rato.

«Viv», recordó de pronto Amanda. «Se llama Viv.»

Viv asintió aparentemente satisfecha.

—Es mejor que lo de la soja —dijo, y siguió su camino.

La música sonaba tan alta que Margo apenas oyó el ¡ding! de un nuevo mensaje, uno más de Eve Fletcher que, de manera comprensible, se estaba empezando a preocupar.

«Estoy de camino», le envió Margo a modo de respuesta después de una estratégica espera, porque era menos embarazoso que la verdad, que era que llevaba quince minutos en el aparcamiento del centro para mayores, escondida en su Honda Fit mientras escuchaba *Shake it Off* una y otra vez. «Llego en cinco minutos.»

Se hacía cargo de que era patético, una mujer transgénero de mediana edad —¡Con un doctorado! ¡La conferenciante de esa noche!— coreando un himno adolescente mientras varios ancianos pasaban renqueantes cerca de ella camino de la sala donde Margo iba a hablar ante ellos. El problema era que no se sentía de verdad como una persona de mediana edad. Tenía alma de adolescente, todavía estaba aprendiendo los pros y contras de su nuevo cuerpo. Todavía tenía esperanzas de encontrar amor, felicidad y diversión, esos dones que a veces ofrecía el mundo.

Su teléfono volvió a sonar, pero esta vez no era Eve, sino Dumell.

«¡A por ellos, chica!»

Margo sonrió. Dumell era un encanto. Un hombre bondadoso, amable y frágil. Y también guapo. A Margo le daba un poco de miedo. No en sentido negativo, sino porque le gustaba mucho y no quería pifiarla. De momento

habían salido un par de veces y habían sido las mejores citas que había tenido en su vida. Habían hablado de todo —de Irak, de baloncesto, de sus respectivas familias, de los pros y contras de diversos antidepresivos y medicamentos para controlar la ansiedad, y de lo extrañamente normal que les resultaba estar juntos, pese a que eran una pareja peculiar en muchos aspectos—, pero no se habían acostado, todavía no. Aunque la cosa estaba al caer, a la vuelta de la esquina, si a uno de ellos o a los dos no les entraba el pánico.

«¿Te veo después?», le preguntó ella.

«A menos que te quedés ciega», respondió él, añadiendo un emoticono en forma de guiño. Ella correspondió mandándole otro con una sonrisa.

Tenía que salir del coche porque ya llegaba tarde, pero no pudo evitarlo y pulsó el *play* para hacer un último bis. Se sentía segura en el coche y la canción era maravillosa. También le encantaba el vídeo, con toda esa gente bailando al final, no solo profesionales ágiles y talentosos, sino personas corrientes, tipos calvos, con kilos de más, cohibidos y sin gracia, con sus gafas y sus chaquetas de punto, con cuerpos de lo más normales, todos ellos intentando librarse de lo que fuera que los retenía, los hundía en la miseria y los llevaba a preguntarse si alguna vez conseguirían lo que anhelaban. Esa era la gente con la que Margo se identificaba.

Estaba claro que Taylor Swift no era una de ellos, solo lo fingía, igual que Jesús había fingido ser un hombre. Por eso ella se mantenía en primera fila, por delante de los demás y sin mezclarse con el resto. Porque ella era la maestra, el modelo a seguir. Ella ya se había sacudido de encima a los resentidos y a los escépticos y había activado su mejor yo. Estaba allí para demostrar al mundo qué eran la felicidad y la libertad. Y con esos atributos, una resplandecía. Hacía exactamente lo que quería hacer. Y vistieses la ropa que vistieses, seguías siendo tú misma, única y bella e inconfundible para todos los demás.

«Algún día», pensó Margo. «Algún día.»

El despacho de Eve era pequeño y funcional: paredes claras, escritorio metálico y moqueta gris industrial, el tipo de despacho que te toca cuando

son los contribuyentes los que pagan a regañadientes la factura. Aun así, era el despacho más grande del centro para mayores y en la puerta había un cartel en el que ponía «Directora». Margo se quedó debidamente impresionada.

—Guau —dijo—. Lo que hay que ver. Pero si resulta que eres la jefaza.

Eve se rio entre dientes quitándole importancia, pero agradeció el comentario. Era la jefaza de esa modesta institución y le alegraba que Margo tuviera ocasión de verla en su hábitat natural.

—Pues sí —dijo Eve—. No soy solo una estudiante a tiempo parcial en una universidad del estado. También soy una funcionaria municipal de nivel medio.

—No le hagas caso —intervino Amanda—. Eve es una excelente directora. Todo el mundo la adora.

Era un cumplido formal, una empleada haciéndole la pelota a su jefa, pero aun así Eve notó que se le subían los colores. Su relación con Amanda seguía aún un poco desestabilizada, y cada vez que estaban juntas flotaba en el ambiente ese beso fuera de lugar y la incomodidad que había venido después. Amanda había actuado con suma elegancia, como si jamás hubiera sucedido, pero Eve había sido incapaz de borrarlo de su cabeza y de actuar con normalidad en su presencia.

—No me sorprende —dijo Margo—. Eve es un encanto.

—Bueno, bueno —murmuró Eve—. Ya es suficiente.

Estaba a punto de sugerir que fueran hacia la sala de conferencias, pero Margo se había fijado en el atuendo de Amanda, un vestido de lunares blancos y negros y unos leotardos verde lima.

—Me encanta tu vestido. —Tocó la manga de Amanda para comprobar el tacto de la tela. Formaban una pareja llamativa, Margo alta y angulosa con un recatado vestido azul y un colorido pañuelo de seda anudado al cuello; Amanda, baja y voluptuosa, muy femenina a pesar de sus agresivos tatuajes y sus botas Doc Martens—. ¿Dónde lo has comprado?

—En una tienda de ropa de segunda mano —respondió Amanda con la vanidosa satisfacción de una triunfante cazadora de saldos. El vestido era adorable, con cuello Peter Pan y grandes botones blancos en la parte delantera—. Por catorce dólares.

—Me tomas el pelo.

—No. En una tiendecita llamada Unicycle. Es el secreto mejor guardado de Haddington.

—Necesito renovar mi vestuario —dijo Margo con cierta melancolía—. Odio ir de compras sola. Siempre viene bien una segunda opinión.

—Yo te acompaño —se ofreció Amanda—. Cuando quieras.

—¡Cuidado, que te tomo la palabra! —dijo entre risas Margo.

Eve estaba encantada de ver que se llevaban tan bien. Siempre era grato que amigas de distintas esferas de tu vida conectasen, algo que venía a demostrar tu buen criterio al elegir las. Solo esperaba que la incluyesen en el plan si decidían ir de compras juntas. Hacía mucho que no participaba en algo así, un grupo de amigas paseándose por un centro comercial o yendo de tiendas por una pintoresca ciudad de provincias, saliendo de los probadores con expresión dudosa o esperanzada. Y después la consabida parada en un Starbucks o en un bar de vinos para reponer fuerzas, con las bolsas de las compras junto a sus machacados pies. Era una fantasía seductora, exactamente el tipo de inocente camaradería femenina que Eve necesitaba en su vida. Pero le resultaba difícil conciliarla con el sentimiento de culpa que albergaba en relación con las dos mujeres presentes en su despacho, con la sospecha de que no era merecedora de su amistad.

Su ofensa a Amanda era clara y fácil de definir: acoso sexual, por doloroso que le resultase utilizar el término; una violación de la confianza, un mal uso de la autoridad, el tipo de cosa por la que una podía ser despedida con toda justicia. La traición a Margo era más nebulosa, más íntima e indirecta, y probablemente más perdonable, aunque en ese momento no se lo pareciese, quizá porque el pecado era todavía demasiado reciente.

Había sucedido la noche antes, justo al llegar a casa después de la clase. Lo único que había hecho había sido escribir en Google «mujer transgénero». Se autoconvenció de que lo hacía por pura curiosidad, un impulso del todo razonable, pero al final no hizo clic en los enlaces con información seria que la habrían conducido a útiles artículos sobre terapia hormonal, cirugía de la nuez de adán, leyes antidiscriminatorias o cualquier otra cosa decente y legítima. No. Como de costumbre, había ido directa al porno, a las ardientes travestis brasileñas, a los lujuriosos *ladyboys* tailandeses, a las guarras con polla, intentando convencerse todo el rato de que le repugnaba lo que veía —

la explotación de personas vulnerables, la reduccionista sexualización de algo que iba más allá del sexo—, pero no tanto como para impedirle ver fragmentos de un montón de vídeos y después tragarse entero un clip de ocho minutos titulado *Travesti seduce a MILF* tres veces seguidas, pese a que los personajes hablaban en portugués y no había subtítulos (aunque en su defensa habría que señalar que no decían gran cosa aparte de «Oy!» y «Deus!»).

Tenía que admitir que la ponía cachonda, aunque de un modo muy incómodo. Una auténtica sacudida interior, uno de esos momentos reveladores en los que una se ve arrastrada por algo que jamás había estado en su radar erótico. Una bella mujer morena con un pene erecto que hablaba en un idioma extranjero. Había en esa imagen algo casi mitológico.

A nivel moral, Eve estaba segura de que no había hecho nada verdaderamente malo. No era más que un ser humano contemplando a otros seres humanos haciendo algo que los seres humanos a veces hacen. Sentía curiosidad al respecto y la había saciado. «Oy!» No era nada personal. «Deus!» No tenía nada que ver con Margo ni con ella.

Y sin embargo, sabía que en el fondo sí tenía que ver. «Travesti» y «MILF», «MILF» y «travesti». No eran más que etiquetas, conceptos genéricos para organizar el caos del mundo. Pero las etiquetas tienen un extraño modo de mutar hasta convertirse en nuestros nombres, tanto si nos gusta como si no. «Margo» y «Eve». «Yo» y «tú». Debió poner cara de perplejidad o incomodidad, porque de pronto se dio cuenta del inquietante silencio que se había hecho en la habitación. Alzó la vista y vio que las dos amigas con las que se había portado mal la miraban muy serias.

—Eve —preguntó Amanda—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió Eve forzándose a sonreír mecánicamente. Dio una leve palmada y añadió—: Será mejor que nos pongamos en marcha.

Julian estaba agobiado. Noviembre siempre era como un mazazo, entre el cambio de hora que hacía que oscureciese antes, el viento helado y esa amenazadora sensación de quedarse atrás. Le recordaba demasiado a lo sucedido el año anterior, la tristeza paralizadora que se había instalado en su cabeza con la llegada del frío y había permanecido allí inamovible, día tras



día, quitándole las ganas de levantarse de la cama, ni siquiera para darse una ducha. Había tocado fondo, se había desplomado como un pez fuera del agua entre las sábanas revueltas, oliendo el hedor que desprendía sin que le importase lo más mínimo. No creía que pudiera volver a sucederle, teniendo en cuenta la medicación que estaba tomando, pero nunca se sabía. Eso era lo aterrador. Que nunca se sabía.

Era una noche gélida para andar por ahí con el monopatín; el húmedo viento en contra convertía el aire en un obstáculo. Cuando llegó al aparcamiento tenía la cara helada. Dudó unos instantes, exhalando vapor y contemplando la fachada del edificio, que desde ese ángulo parecía más grande e imponente que desde la calle. Un grupo de ancianos atravesaban el aparcamiento en dirección a la iluminada entrada principal, moviéndose a cámara lenta.

Julian cogió el monopatín y se unió al rebaño. Sabía que era patético — no tenía intención de mencionárselo ni a Ethan ni a nadie, ni siquiera en plan broma—, pero al mismo tiempo asumía la triste realidad de su vida: no tenía nada mejor que hacer. Tenía dieciocho años y había acudido a un puto centro para mayores para pasar un buen rato. Solo que cincuenta años antes de tiempo.

El día anterior la profesora Fairchild había mencionado la conferencia y había invitado a toda la clase a asistir (la entrada era libre) si no estaban ya hartos de oír su voz. «Sería agradable ver algunos rostros conocidos entre el público», les había dicho. La señora Fletcher sin duda estaría, era la directora del centro y había organizado el acto, y Dumell comentó que también esperaba poder asistir, aunque llegaría al final de la charla porque los miércoles por la noche tenía clase.

Julian albergaba la esperanza de que quizá después de la conferencia fueran todos a tomar una copa, aunque se prometió que no se emborracharía como la última vez, cuando acabó a cuatro patas en el bulevar Haddington, vomitando en la alcantarilla mientras la señora Fletcher le frotaba la espalda y le decía que lo echase todo. Al día siguiente le mandó un email con profusas disculpas por los comentarios inadecuados que había hecho sobre su cuerpo —no dijo ninguna falsedad, pero estaban por completo fuera de lugar— y ella le aseguró que no le guardaba rencor.

Julian entró en la sala de conferencias detrás de un anciano corpulento con cazadora y gorra de béisbol. El pobre hombre tenía una pierna rígida que arrastraba al caminar. Cada paso que daba era como si dibujase una nueva línea sobre la arena.

La sala estaba bastante llena, debía de haber casi un centenar de personas. Julian echó un vistazo a su alrededor con la esperanza de localizar a alguno de sus compañeros de clase — Russ o Barry, o incluso el señor Ho—, pero lo único que vio fue un montón de ancianos de cabellos canos que giraban el cuello y le miraban como si hiciera una hora que hubieran pedido una pizza y se preguntasen si él era el maldito repartidor.

El hombre que caminaba delante de él se metió con dificultad en una fila con un par de asientos libres junto al pasillo central y Julian lo siguió, porque sentarse junto al pasillo parecía una buena idea por si le entraban ganas de largarse. Se sentó y guardó el monopatín debajo de la silla plegable. Al incorporarse se percató de que su vecino lo estaba mirando con expresión divertida.

—Por aquí no se ven muchas cosas de estas —le comentó el anciano. Tenía una nariz protuberante y llena de venitas y en la gorra de béisbol se leía «U.S.S. Kitty Hawk».

Julian asintió con amabilidad, tratando de esquivar una conversación mientras esperaban. El viejo le tendió la mano.

—Al Huff —se presentó—. Vivo en Hogarth Road.

Julian se arrepintió de haberse sentado allí.

—Julian Spitzer, avenida Sanborn.

Se dieron la mano. La de Al era blanda y seca, extrañamente hinchada.

—¿Has venido por la conferencia? —le preguntó.

Julian no pudo contenerse. Miró a su alrededor y dijo con tono de confidencia:

—¿A quién le importa la conferencia? He venido por las mujeres.

La risa de Al fue sonora pero un poco jadeante, parecida a una tos.

—Yo también —dijo—. Quizá uno de los dos tenga suerte.

Julian comentó que las probabilidades estaban a favor de ellos dos, pero Al ya no lo escuchaba. Se estaba volviendo en su asiento, intentando mirar por encima del hombro. Julian siguió su mirada y vio que la profesora

Fairchild había entrado en la sala con la señora Fletcher y una mujer más joven, y las tres avanzaban hacia el escenario en fila india. Salvo por la falta de música, casi parecía la entrada de una novia en la iglesia, con los asistentes mirando en embelesado silencio mientras las damas de honor recorrían con ella el pasillo. Al pasar, la señora Fletcher saludó a Julian con un gesto de la cabeza y el rostro de la profesora Fairchild se transformó con una expresión de grata sorpresa al verlo. La mujer más joven —era baja y un poco entrada en carnes, pero bastante sexy— lo miró con aire desconcertado, como si se preguntase qué demonios hacía allí alguien de su edad. Cuando Julian se volvió, vio que Al Huff tenía el ceño fruncido y negaba con la cabeza.

—Qué lástima —dijo—. Qué maldita lástima.

Margo respiró hondo y se obligó a sonreír. Había bastante gente, mucha más de la que esperaba, y al menos dos terceras partes eran mujeres. Todavía no había empezado a hablar y un anciano caballero en la segunda fila ya estaba roncando, con un leve sonido como de gárgaras que iba y venía a intervalos irregulares.

—Buenas tardes. —Margo golpeó con el dedo el micrófono inalámbrico—. ¿Todo el mundo me oye bien?

La respuesta fue mayormente afirmativa, aunque se escucharon algunos murmullos contrariados dispersos por la sala, probablemente debidos más a problemas auditivos individuales que al equipo de sonido. Margo miró a Eve que, desde la primera fila, levantó el pulgar dándole el OK.

—Voy a intentar hablar despacio y de manera clara —dijo, barriendo con la mirada al público en busca de aliados. Estaba encantada de haber visto a Julian Spitzer (esto le daba puntos extra, aunque no los necesitaba), pero tomó la decisión de no mirarle en busca de apoyo moral. Era un caso aparte en este grupo, un sujeto nada representativo del espectro demográfico con el que ella pretendía conectar. En su lugar, encontró otra cara también alentadora en la que concentrar su atención, un truco que había aprendido en un curso para hablar en público, en este caso una mujer regordeta de aspecto afable con jersey de cuello alto color lavanda sentada en la cuarta fila, justo

en medio. No sonreía exactamente, pero tenía una expresión tranquila y benevolente, como una abuela orgullosa en un recital de piano.

—Gracias por haber venido esta noche. Son ustedes el primer grupo de personas mayores al que me dirijo.

Margo solía dar charlas a gente joven, sobre todo estudiantes de instituto. Había que confrontar a los jóvenes con modelos de vida transgénero y, si no lo hacía ella, ¿quién iba a hacerlo? Recordaba perfectamente lo sola que se había sentido de adolescente, separada del mundo por un secreto que apenas era capaz de asumir, y no digamos ya sus padres, profesores o amigos. Qué no habría dado ella entonces por escuchar a un trans adulto explicándole que no estaba sola, que la felicidad y el equilibrio eran posibles, que había un modo de convertirse en la persona que interiormente sabías que eras en realidad, pese a todas las innegables evidencias que parecían sugerir lo contrario.

Los adolescentes se comportaban bastante bien. Se reían con sus chistes y aplaudían con educación cuando terminaba. Pero Margo no se dejaba engañar. Sabía que ante ella tenía a abusones sonriendo con altivez y murmurando insultos por lo bajo, odiándola porque odiar era mucho más divertido y sentirse superiores, el premio gordo. No le resultaba fácil plantarse ante ellos, recibir su condescendencia y sus burlas, pero lo hacía. Lo hacía porque esos chicos eran el futuro, e incluso el peor de ellos podía cambiar de corazón o, al menos, podía ser recriminado por los demás y verse obligado a callarse.

Pero los ancianos que tenía ante ella esa noche no eran el futuro. Perteneían al pasado, y Margo había aprendido con amargas experiencias — no solo con su madre, sino con toda una generación de tías, tíos, amigos de la familia, vecinos y conocidos— que muy pocos estaban dispuestos a someter a examen sus creencias fundamentales sobre el tema del género, y mucho menos iban a hacer sitio en sus corazones y sus mentes a las personas trans. Llegó un momento en que dejó de intentar discutir con sus parientes de más edad; no valía la pena hacer el esfuerzo y afrontar el sufrimiento que suponía. No quedaba otro remedio que esperar a que abandonasen el barco, algo que no tardarían mucho en hacer, llevándose consigo sus estrechas y crueles ideas.

Por eso en un primer momento había rechazado la propuesta de Eve de dar una charla en el centro de ancianos. Pero Eve había desplegado una taimada llave de jiu-jitsu de corrección política, acusándola de prejuicios contra la gente mayor e hipocresía, por discriminar a los ancianos tal como la sociedad había discriminado al colectivo LGBT durante tanto tiempo. Le recordó a Margo que la gente mayor era una parte vulnerable y a menudo estigmatizada de la sociedad, y que era tanto moralmente reprobable como políticamente contraproducente borrarlos del mapa como una causa perdida. Después de todo, ellos votaban. Y tenían hijos y nietos, y la capacidad de darles o negarles su amor y aprobación.

Margo miró directamente a la mujer del jersey de cuello alto color lavanda. La señora no se parecía a su madre. Parecía relajada y cómoda, mientras que Donna Fairchild se habría mostrado tensa y crítica, si bien tenía más o menos su edad y había sido modelada por las mismas fuerzas sociales. Podría haber sido una amiga o compañera de trabajo de su madre. Era lo bastante similar.

«Te hablo a ti», pensó Margo. «Espero que me escuches.»

—Buenas tardes a todos.

Salió de detrás del atril y permitió que el público pudiese contemplar sin cortapisas su cuerpo, dándoles tiempo para que registrasen todas sus particularidades, su altura inusual, su hermosa cabellera, sus pechos turgentes, las caderas estrechas y las largas y musculosas piernas. Era algo a lo que todavía no se había acabado de acostumbrar, esa necesidad que sentía la gente de escrutarla de pies a cabeza, como si la vida fuese un concurso de belleza y cada mujer, una concursante. Incluso hizo un pequeño giro, porque a los jueces les gustaba ver el trasero tanto como la delantera. No era justo, pero Margo sabía mejor que nadie que lo justo y el género rara vez se entrecruzaban.

—Me llamo Margo Fairchild —anunció— y antes era un hombre.

Julian intentaba concentrarse en las diapositivas, una serie de fotografías que documentaban los primeros años de vida de la profesora Fairchild: imágenes de cuando era un bebé y un niño de mirada resplandeciente, de sombreritos

de cumpleaños, disfraces de Halloween, regalos de la mañana de Navidad, retratos en campamentos de los Cub Scouts y la Little League, y fotos de sonrisas desdentadas.

—Era un niño encantador y muy buen hijo —explicó la profesora Fairchild—. Todo el mundo lo decía.

Al Huff dejó escapar un gruñido desaprovador.

—Es una enfermedad mental —sentenció.

Al se pasó toda la conferencia soltando ese tipo de comentarios en un tono bastante alto que él parecía creer que era un susurro. Era un incordio, pero a nadie de las filas cercanas parecía importarle. Actuaban como si fuese del todo normal, como si Al tuviese bula para expresar cualquier cosa que se le pasase por la cabeza, por estúpida u ofensiva que fuese.

Julian echó un vistazo a su alrededor, buscando asientos vacíos. Había unos cuantos, pero ninguno cerca del pasillo, de modo que no iba a poder cambiar de sitio sin obligar a un montón de viejos a levantarse para dejarle pasar, lo que conllevaría atraer toda la atención sobre él durante el proceso.

—Cuando iba a séptimo di un estirón —explicó la profesora Fairchild, y lo mostró pasando a la siguiente diapositiva. De pronto Mark se convirtió en un adolescente desgarbado, lleno de granos, con aparatos en los dientes y una sonrisa avergonzada—. Había veces que me levantaba por la mañana y con solo mirarme los pantalones del pijama podía comprobar que las piernas me habían crecido mientras dormía. Fue una pesadilla. La gente no paraba de decirme: «Te estás convirtiendo en un chico muy guapo», que era lo último que quería acabar siendo. Pero no parecía haber modo de impedirlo. Era algo biológico, como si mi cuerpo me recordase: «Vas a ser un hombre te guste o no».

A Julian le vibró el teléfono en el bolsillo. Lo sacó y comprobó que había recibido un mensaje de Ethan, que había estado dándole la lata para que pasase el fin de semana con él en Burlington, fumando y conociendo el campus, por si quería pedir un traslado allí en su segundo año.

Guardó el teléfono sin responder. Era guay que Ethan le invitase y hubiera sido facilísimo decirle que sí. ¿Por qué no iba a querer pasar el fin de semana fuera, dormir en una residencia de estudiantes, poder probar lo que era la verdadera vida de universitario? Pero por algún motivo la idea del viaje

le generaba ansiedad, por la presión de comportarse como alguien normal y pasárselo en grande con chicos de su edad. A Julian la experiencia le decía que la diversión asegurada solía dejarle más deprimido de lo que ya estaba.

—Por el amor de Dios —dijo Al—. No puedo ni mirar.

En la foto proyectada aparecía Mark con el uniforme de su equipo de baloncesto, abrazado a sus delgaduchos compañeros.

—Lo único bueno que me sucedió en el instituto fue que empecé a jugar a baloncesto en serio —continuó la profesora Fairchild. Proyectó una cascada de fotografías que documentaban el paso estelar de Mark Fairchild por el instituto. Algunas de las imágenes procedían de periódicos y anuarios, otras eran fotos espontáneas tomadas en el instituto o en casa. En todas ellas, incluso en las tomadas en clase o en el sofá de la sala de estar de su casa, Mark llevaba el uniforme del equipo de baloncesto o un chándal de pantalón largo y sudadera con cremallera.

—En la cancha me sentía yo mismo. Era el único lugar en que sucedía eso. En todos los demás sitios me veía a mí mismo como un gran error.

Para ilustrar esta idea proyectó una foto de su graduación en la que aparecía Mark Fairchild, alto y apuesto, con un clásico esmoquin negro, rodeando con el brazo a una chica muy guapa con un vestido rosa brillante. La chica irradiaba felicidad, Mark no tanto.

—Recuerdo muy bien esa noche. Me sentía de pena con mi esmoquin. Yo quería llevar un vestido como el que llevaba mi pareja en la fiesta, sentir la falda rozándome las piernas mientras bailaba. Quería sentirme guapa en mi fiesta de graduación, que los demás me vieran como en realidad era.

—Esto está mal —dijo Al—. Es antinatural.

Julian llegó al límite de su paciencia.

—Tío —le soltó—, ¿puedes hacer el favor de callarte? La gente está intentando escuchar.

Al no se ofendió. De hecho, parecía muy interesado en conocer la opinión de Julian.

—¿Tú consideras que esto es natural? —le preguntó.

—En relación con el género no hay nada que sea natural —le informó Julian—. Es una pura construcción social.

Al negó con la cabeza y dijo:

—No sé qué quieres decir.

Julian se arrepintió de haber abierto la boca. Por suerte su móvil emitió un zumbido y le salvó de tener que dar más explicaciones.

—Disculpa —dijo, mientras lo sacaba del bolsillo.

Era otra vez Ethan, recordándole que se trajese un saco de dormir.

«No voy a ir», quiso escribir Julian, pero no se le ocurría ninguna buena excusa.

«¿Tengo planes?»

«¿No soporto el autobús?»

«¿No quiero dormir en el suelo?»

Seguía mirando el globo de texto vacío cuando se percató de que alguien se estaba agachando junto a él en el pasillo. Era la chica del vestido de lunares, la empleada de Eve Fletcher. Lo miraba con cara de malas pulgas, como si Julian fuese un alborotador que estuviera fastidiándole a todo el mundo la conferencia.

—Disculpa. —Amanda señaló con un gesto de cabeza a Al, que refunfuñaba que un hombre es un hombre y una mujer una mujer—. ¿Le puedes decir a tu abuelo que no arme barullo?

Eve intentaba no llorar. No parecía apropiado que a la directora se le saltasen las lágrimas en un acto público. Sin embargo, le costaba contenerse: las diapositivas le estaban rompiendo el corazón con la inexorable evolución de un niño a través del tiempo, que se transformaba en cada nueva foto y sin embargo seguía siendo de algún modo la misma persona. Mark Fairchild había sido un hermoso muchacho, seguro de sí mismo y feliz, o al menos eso parecía. Pero ahí estaba Margo, plantada junto a la pantalla, insistiendo en que todo eso había sido una gran mentira y más o menos un tormento constante, una pesadilla de la que no supo que podía escapar hasta mucho más tarde.

Eve por supuesto pensó en Brendan, ¿cómo no iba a hacerlo? Se sentía sobrepasada por unas ansias desesperadas de verle la cara a su hijo, de abrazarlo, de oír su voz, de poder comprobar que estaba bien. Había hecho un disparate cediéndole el fin de semana de padres a Ted, renunciando así a



visitarlo ella. Tenía la sensación de que su hijo se iba distanciando de ella y comprendió que había participado como cómplice en el proceso. Llevaban casi dos semanas sin hablar por teléfono, y los mensajes de texto eran breves y nada íntimos, tan solo las banalidades habituales y las consabidas y desacomplejadas peticiones de dinero de su hijo. No es que ella se hubiera olvidado de él, pero había permitido que se le borrara de la cabeza, que se convirtiera en una presencia periférica. Y había sucedido muy rápido, con muy poca resistencia por ambas partes. Ella lo había justificado asumiendo que establecer cierta distancia era bueno, que él estaba creciendo, convirtiéndose en una persona independiente, y que ella también reclamaba su parcela de vida propia. En parte tal vez todo esto fuese cierto, pero el creciente nudo en la garganta sugería otra cosa.

—Esta es mi madre —dijo Margo en el momento en que la foto de un viejo anuario escolar llenó la pantalla mostrando a una joven de cabello negro y sonrisa enigmática—. Cuando se tomó esta fotografía se llamaba Donna Ryan. Unos años después se convirtió en Donna Fairchild.

Una foto de la boda sustituyó a la del anuario y apareció la novia contemplándose ante un espejo oval. Y de pronto la novia pasó a ser una mujer demacrada y sin pelo postrada en una cama de hospital, que miraba a la cámara con expresión sombría y derrotada.

—Si todavía viviese, tendría setenta y cuatro años. Murió demasiado joven.

Donna lavando los platos. Dando de comer a su bebé con una cucharita. De pie junto a Mark el día de la graduación en el instituto. En ese momento ya solo le llegaba al hombro.

—Engañé a un montón de gente —recordó Margo—. Pero a ella, jamás.

Apareció una nueva fotografía, una instantánea sobreexpuesta de finales de los setenta o principios de los ochenta: Donna Fairchild, ni joven ni vieja, posando en la playa ante una silla vacía de socorrista, con gafas de sol y un traje de baño azul con faldita ondulada. La expresión neutra, inescrutable.

—Me encantaba este traje de baño —dijo Margo—. Me gustaba demasiado para mi propio bien.

Donna permaneció congelada en la pantalla mientras Margo explicaba la anécdota. Sucedió cuando estaba en quinto y todavía pensaba en sí misma

como Mark. Un día, Mark simuló estar enfermo para no ir al colegio. Hasta entonces, cuando enfermaba, su madre, profesora de segundo, siempre se quedaba en casa para cuidar de él, pero ese día Donna decidió que su hijo ya era lo bastante mayor para quedarse solo, que era justo lo que él esperaba que sucediese. En cuanto su madre se fue a trabajar, Mark se dirigió a su dormitorio y localizó el bañador azul con la faldita ondulada. Estaba justo donde imaginaba, en el segundo cajón.

—Pensé que me bastaría con tocarlo. Pero tocarlo no fue suficiente.

Mark solo tenía once años y todavía no había dado el estirón, de manera que el traje de baño le quedaba sorprendentemente bien por todos lados, excepto en el pecho, que colgaba suelto. Lo apañó poniéndose un sujetador con las copas rellenas de pañuelos de papel. La verdad es que el resultado fue espectacular.

—Estoy bastante seguro de que me quedé hipnotizado. Debí pasarme quince o veinte minutos contemplando mi reflejo en el espejo. Era como si me viese de verdad por primera vez.

Mark salió por fin del dormitorio de su madre, pero no se quitó el bañador. Bajó a la planta inferior, abrió una bolsa de patatas y encendió el televisor. Pensó que disponía de al menos cuatro horas antes de tener que preocuparse de que alguien volviera a casa y lo encontrase de esa guisa.

—Fue un lujo poder estar solo en casa —dijo Margo—. Eso no sucedía nunca.

Era un cálido y espléndido día de finales de septiembre o principios de octubre, y Mark se dirigió hacia el jardín trasero para tomar un poco el sol, una actividad muy popular entre las niñas del colegio. Se llevó una radio portátil y un tubo de Bain de Soleil y se bajó los tirantes del bañador para que no le quedase la marca del bronceado.

—Era muy relajante. El sol y la música. Supongo que bajé la guardia y me quedé dormido.

Debió ser un sueño profundo, porque no oyó el coche que se detenía en el camino de acceso a la casa, ni a su madre cuando entró y lo llamó. Estaba preocupado por él y había vuelto a casa durante su pausa del almuerzo para ver cómo estaba. Y con lo que se topó fue con la hija que no sabía que tenía, ataviada con un traje de baño de señora que no le favorecía nada.

—Durante un buen rato mi madre no dijo palabra. Se quedó mirándome, negando con la cabeza. «No, no, no.» Recuerdo lo pálida que estaba, como si acabase de recibir una mala noticia sobre algún ser querido, el aviso de una enfermedad o una muerte inesperada. Cuando por fin logró hablar, me preguntó si todo aquello era una broma. Si me parecía «gracioso» ponerme su ropa. Ahora tengo claro que mi madre deseaba desesperadamente que le respondiese: «Sí, mamá, ha sido una broma estúpida». Pero yo estaba tan asustado y avergonzado que lo único que fui capaz de hacer fue contarle la verdad: «Me encanta este traje de baño. Es mi favorito». Me ordenó subir a la habitación, quitármelo y no volver a cogerlo nunca más. Ni ese bañador ni ninguna otra prenda suya, por supuesto.

Jamás hablaron del incidente, al menos no de modo directo; no eran de ese tipo de familia. Pero Donna había visto lo que había visto, y se sentía aterrorizada.

—Tenía una palabra en clave —explicó Margo—. Lo llamaba mis «tonterías». Cada vez que mis padres me dejaban solo en casa, y créanme si les digo que no lo hacían muy a menudo, mi madre me advertía: «¡Y ni se te ocurra hacer ninguna de tus tonterías!». Si alguna vez me veía triste me decía: «¿Es por tus tonterías?». Y cuando por fin le anuncié que me iba a casar, me soltó: «Espero que esto signifique que ya has dejado definitivamente de lado tus tonterías». —Margo negó con la cabeza, alucinada por la cabezonería de su madre—. Incluso en su lecho de muerte, después de que yo hubiera hecho la transición y viviese ya como una mujer, me miró y me dijo: «¿Nunca vas a dejar tus tonterías?».

Eve sabía que era maleducado ponerse a teclear en el móvil durante la conferencia, pero no pudo evitarlo. Sacó el teléfono y le mandó un mensaje breve a Brendan.

«Te echo de menos.»

—Lo siento, mamá —dijo Margo dirigiéndose a la fotografía proyectada—. No puedo dejar mis tonterías. Soy tu hija y te quiero mucho.

Estaba ansioso de que llegase el Día de Acción de Gracias. Quería volver a casa, dormir en mi propia cama, comer comida decente, recorrer a hurtadillas

el campo de golf con Troy y Wade, fumar con ellos un par de porros y bebernos una botella de vodka barato como en los viejos tiempos. El miércoles por la noche estaríamos ya destrozados por completo y el jueves por la mañana nos arrastraríamos al reencuentro con los compañeros del equipo y podríamos alardear de nuestras cogorzas ante personas a las que no veíamos desde hacía tres meses, aunque parecía que hacía mucho más tiempo. Becca animaría desde la banda —sería su último partido como *cheerleader*— y yo esperaba poder pillarla en plan sentimental y pedirle que me diera otra oportunidad. Me encantaba cómo le quedaba ese vestidito ceñido que llevaban, rojo con la H en blanco sobre el pecho.

«La H es por hostia qué buena que estás», le decía a ella.

«La H es por hembra follable», les decía a mis amigos.

Lo único que me agobiaba de volver a casa era tener que hablar de mi «experiencia universitaria» haciendo ver que era lo más de lo más, que era una sucesión de juergas sin fin, mezcladas con clases estimulantes, profesores inspiradores y montones de nuevos amigos superenrollados, cuando la realidad era que esas dos últimas semanas todo había sido una mierda. Iba camino de suspender Economía y Matemáticas, Amber no respondía a mis mensajes y a Zack apenas le veía el pelo. Se pasaba el día entero con Lexa, dormía en su habitación y empujaba su silla por todo el campus como si fuese su cuidador en lugar de su novio. Un día me lo crucé en el restaurante de la cadena Chickfil-A del centro de estudiantes y le pregunté a bocajarro si estaba cabreado conmigo, pero él me aseguró que no. Yo le dije que no lo parecía y le pregunté por qué nunca me había hablado de Lexa.

—Pensaba que éramos amigos.

—Lo somos —me respondió, aunque no parecía muy feliz de que así fuera—. Pero la verdad, el modo en que hablamos de las tías, las barbaridades que decimos... No quería hacerle eso a Lexa. Se merece algo mejor.

—¿De qué hablas? Nunca me burlaría de una discapacitada.

—El problema no eres tú, colega. El problema soy yo.

—¿Y eso qué quiere decir?

Le llevó un rato responderme. Vi cómo meditaba la respuesta, intentando dar con la adecuada.

—No te ofendas, tío, pero cuando estamos juntos me comporto de un modo... No quiero seguir siendo ese tipo de persona.

Pues vale. De manera que estaba enamorado o lo que fuese. Bien por él, supongo. La verdad es que no me importaba, salvo por el hecho de que detestaba estar solo en nuestra habitación, sobre todo por las noches, cuando tenía deberes pendientes, y siempre tenía deberes pendientes, aunque nunca los hacía. Cuando estaba Zack, podíamos perder el tiempo durante horas, hablando de chorradas y jugando a videojuegos, y aquello era cojonudo, como se supone que tiene que ser la vida universitaria. Pero si estaba solo todo parecía patético, como si fuese un desgraciado sin amigos que fracasaba en la mitad de las asignaturas. Empecé a dejar la puerta de la habitación abierta por si algún conocido se asomaba y entraba y así aliviaba mi solitario confinamiento.

Eso estaba haciendo ese soporífero miércoles por la noche, sentado en el raído sofá que Zack y yo habíamos encontrado en la avenida Baxter, jugando al Smash con el monomando —yo era el capitán Falcon—, matando el rato a la espera de que sucediese cualquier cosa que me proporcionara una excusa para levantar el culo del asiento y salir de esa deprimente habitación. Recuerdo el bote que me dio el corazón cuando el móvil vibró —esperaba que fuese Amber, Becca, Zack o Wade, por ese orden—, y lo decepcionado que me sentí cuando detuve un momento la partida y descubrí que el mensaje era de mi madre.

«Te echo de menos.»

No me malinterpretéis, fue un bonito detalle. Me tocó la fibra que me echase de menos. Pero eso no me ayudaba nada en mi situación.

«Yo también te echo de menos», le respondí.

Y entonces alcé la cabeza y me topé con Sanjay plantado en la puerta, mirándome con esos ojos grandes y tristes. De algún modo, con solo verle la cara, antes de que abriese la boca, supe que llegaban malas noticias.

En algún momento durante el pase de las diapositivas, Margo notó que perdía al público. Nadie se reía de sus chistes, varios asistentes mostraban una actitud poco educada, interrumpiendo su charla con murmullos perfectamente

audibles y comentarios con toda probabilidad burlones, algunos de los cuales recibían como respuesta risitas de complicidad de los vecinos. Los aplausos al acabar la conferencia apenas llegaron al nivel de la mínima cortesía.

Pero no fue hasta que se encendieron las luces de la sala para pasar al turno de preguntas cuando se dio cuenta de la magnitud del desastre. Lo pudo comprobar en la expresión de los rostros que la miraban, algunos inexpresivos, otros gélidos, la mayoría disgustados o desconcertados.

—Adelante —dijo—. Pregúntenme lo que quieran. No hay preguntas tontas.

El silencio que siguió adquirió una incómoda densidad. Por fin, gracias a Dios, vio que se alzaba una mano en el centro de la sala. Era de la mujer del jersey de cuello alto color lavanda, su imaginaria aliada, cuya expresión ya no parecía tan encantadora o comprensiva.

—Algunas de nosotras nos preguntábamos qué lavabo utiliza —dijo con voz débil.

«¿En serio?», pensó Margo. No fue solo la pregunta lo que la deprimió, sino el subsiguiente murmullo de aprobación. «Después de todo lo que les he contado, ¿esto es lo que quieren saber?»

—Utilizo el lavabo de señoras —respondió con una sonrisa forzada—. Creo que provocaría un revuelo considerable si entrase en el de caballeros.

Los ancianos se pusieron a discutir el asunto entre ellos. Entre tanto, Margo vio otra mano salvadora que se alzaba.

—Siguiente pregunta. Allí.

Las palabras ya habían salido de su boca cuando se percató de que le había dado el turno al vecino de Julian Spitzer, el bocazas que no había parado de armarla durante la proyección de diapositivas. El tipo se puso en pie con ciertas dificultades y la miró durante un buen rato con una expresión extrañamente impaciente y los brazos abiertos, como si él mismo fuese la pregunta.

—Mark —dijo por fin el individuo—. ¿No me reconoces?

Margo hizo una mueca de dolor, pero mantuvo la calma.

—Lo siento, señor, pero ya no me llamo así. Por favor, llámeme Margo.

—¿De verdad que no sabes quién soy? —Se quitó la gorra de béisbol para que le pudiera ver mejor la cara, pero eso no la ayudó. Margo había

dedicado tanto tiempo a olvidar tantas cosas que había borrado por completo etapas enteras de su pasado. Lo cual era muy útil.

—Lo siento. Tendrá que echarme un cable.

—Al Huff. —El tono del hombre era de reproche, como si le molestase tener que decir su nombre en voz alta—. El entrenador Huff. De St. Benedict's. Jugamos contra tu equipo un par de veces en el torneo estatal. En el 88 o el 89. Mark, eras un gran jugador. El mejor anotador que he visto en las ligas escolares.

—Oh, guau. —Margo asintió simulando reconocerlo, mientras intentaba sin éxito conectar al entrenador Huff que recordaba, un antiguo marine, delgado y atlético, gran motivador y con una férrea disciplina, con el anciano de rostro hinchado por el alcohol y las decepciones que estaba plantado ante ella. Si la memoria no le engañaba, Al Huff se había visto forzado a presentar su dimisión por un escándalo relacionado con la contratación de jugadores. De eso hacía diez o tal vez quince años—. Es estupendo volver a verlo.

—Nos machacaste en las semifinales con tus mates. —Negó con la cabeza, como si el recuerdo siguiera doliéndole—. Nos rompiste la defensa. Jamás lo olvidaré.

—El entrenador Huff es una leyenda local —informó Margo al público—. St. Benedict's era nuestro archienemigo, siempre ha sido uno de los mejores equipos del estado.

Un reducido número de los presentes dedicó un aplauso a la leyenda local, pero Al Huff no pareció darse cuenta. Abrió un poco más los brazos.

—Mark —dijo—. ¿Qué demonios te ha pasado? ¿Por qué te has hecho esto a ti mismo?

Margo intentó sonreír, pero apenas lo consiguió. Las situaciones como esa siempre la desequilibraban, los momentos en que se percataba de que había gente, algunos de ellos casi desconocidos, que mostraba más interés por aquel joven llamado Mark Fairchild del que ella misma había sentido nunca.

—Entrenador —le respondió—. Soy la persona que tiene delante.

Al Huff miró al suelo y negó con la cabeza. Cuando volvió a hablar, parecía al borde de las lágrimas.

—Hijo, necesitas ayuda. No puedes vivir así.

—Gracias por su interés —dijo Margo con cierta frialdad—. Pero estoy bien. Ahora soy más feliz de lo que lo he sido en ningún otro momento de mi vida.

Y como para reafirmar su declaración, Dumell eligió ese momento para hacer su aparición. Entró por la puerta del fondo, bajándose la cremallera de la cazadora de cuero a cámara lenta mientras observaba con cautela a los ancianos blancos del público y después a Margo. Sonrió cuando sus miradas se cruzaron y la saludó con un tímido gesto de la mano, disculpándose por la tardanza. Ella sintió el impulso de mandarle un beso, pero se limitó a sonreír antes de volver a su papel de conferenciante.

—¿Alguna otra pregunta?

Durante el trayecto, Sanjay me advirtió de lo que me esperaba, de modo que no me sentí exactamente sorprendido cuando entré en el centro de estudiantes y me encontré con mi cara colgada en la pared. Pero aun así, fue como recibir una patada en el estómago.

Había un montón de gente, chavales moviéndose de un lado a otro para contemplar los cuadros y las esculturas, todos obra de los estudiantes del curso de Artes Visuales. La mayoría de piezas expuestas eran la basura típica de cualquier exposición de instituto: bodegones con fruta y botellas de vino, autorretratos de tías buenas, fotografías en blanco y negro de pobres. Lo que lo convertía en una exposición universitaria eran los cartelitos que acompañaban a cada obra, en los que aparecía el nombre del artista y el título de la pieza, junto con una breve declaración de intenciones.

El proyecto del que yo formaba parte era el de mayor tamaño y vistosidad de la exposición. Ocupaba toda una pared de la galería y era lo primero en lo que uno se fijaba al entrar: dos hileras de enormes retratos, cada uno con una pequeña frase debajo. El cartelito identificaba a la artista como Katherine Q. Douglass, del curso de 2017, y la obra se titulaba *Mi muro de denuncia*. La declaración de intenciones decía: «Le pedí a algunas amigas que denunciasen a alguien por tener un comportamiento que daña a nuestra comunidad y amenaza nuestra seguridad. Este es un proyecto interactivo. ¡Puedes añadir tu propia denuncia al Muro de denuncia!».



Los retratos en sí eran bastante buenos —acrílico sobre tela, según indicaba el cartelito—, aunque no perfectos, pero me reconocí sin ningún problema. En total había diez rostros, nueve de ellos tíos, acompañados por una infortunada rubia, que la verdad es que era muy guapa. Dos de los tíos eran negros; uno, asiático. No había nombres ligados a las caras, solo una breve descripción de la ofensa que, supuestamente, había cometido cada persona. Un pelirrojo: ME SOBÓ EN LA PISTA DE BAILE. El asiático: SE CREE QUE ES BLANCO. La rubia: TE MIENTE A LA CARA. Un gordo con el que me había cruzado alguna vez era un PLAGIADOR. Uno de los negros, estoy casi seguro de que era un jugador de fútbol americano, era EXTREMADAMENTE HOMÓFOBO. Un colega con un gorrito de lana era un caso de LUZ DE GAS, que no sé muy bien qué significaba. Había tres tíos calificados de VIOLADORES.

—No estoy muy seguro de que esto sea legal —me comentó Sanjay—. Tiene que ser una violación de la presunción de inocencia o algo por el estilo.

—Lo que tú digas —repliqué, porque la verdad es que me importaba un carajo la presunción de inocencia.

—¿Quieres que salgamos? —me preguntó.

Sabía que tenía que largarme, pero no podía dejar de mirar mi propia cara en la pared. Parecía del todo real ahí colgada, tan real como la que contemplaba cada día ante el espejo. Pero era aún peor, porque sonreía como un idiota, como si estuviera encantado de formar parte de la exposición y no tuviese objeción alguna a las palabras colocadas bajo el retrato, un sucinto resumen de lo que había sido toda mi vida.

ENORME DECEPCIÓN.

Me llegó un intenso olor medicinal y al volverme me encontré a Cat, la amiga de Amber, plantada a mi lado, echándose desinfectante en las manos.

—Guau —dijo—. Mira quién está aquí. Tienes valor.

Me sorprendió la frialdad de su tono. Cat siempre se había mostrado simpática conmigo. Movié la cabeza señalando la pared.

—Los ojos me han costado lo suyo. Son un poco asimétricos.

—¿Eres la autora?

Negó con la cabeza tratándome de idiota.

—Te advertí que no le hicieras daño.

Eve no contaba con tener compañía, pero se sintió aliviada al comprobar que la sala de estar estaba impecable. Los cojines del sofá tenían un aspecto mullido y estaban bien colocados, uno por cada plaza, tal como exigían las sagradas normas del interiorismo. No había zapatillas abandonadas sobre la alfombra, ninguna taza con restos de té del día anterior, ni kleenex arrugados ensuciando la prístina superficie de la mesa de centro. Incluso los mandos de la televisión, tres en total, estaban frente a la pantalla plana perfectamente alineados, siguiendo un orden descendente según el tamaño. Resultaba en todo caso un poco demasiado ordenado y pulcro, como si fuese una instalación museística que documentase la tranquila vida de una mujer de su edad y situación. Pero mejor eso que encontrarse con un calcetín sucio en el brazo de un sillón orejero o un sujetador color carne colgando de la barandilla de la escalera.

—Tienes una casa preciosa. —Margo contemplaba la decoración con lo que parecía sincera admiración e incluso un punto de envidia—. Gracias por invitarnos.

Dumell y Amanda secundaron su entusiasmo, mientras que Julian Spitzer se quedó junto a la puerta, con el monopatín bajo el brazo, asintiendo con dudosa sinceridad.

—Bienvenidos —les dijo Eve—. Poneos cómodos.

Ejerciendo su papel de anfitriona, se metió en la cocina para ver qué picoteo y bebidas podía ofrecerles. Comprobó que, por desgracia, no tenía gran cosa. Por el lado bueno, tenía una botella sin abrir de shiraz australiano sobre la encimera de mármol; no solía olvidarse del vino cuando iba al supermercado. Por el malo: en la nevera solo había una cerveza, una Dos Equis Ambar que no recordaba haber comprado, además de una botella de limonada Mike's que debía tener al menos un año. La situación en lo referente al picoteo no era mucho mejor: medio paquete de galletas saladas a punto de caducar, un trozo de cheddar con los bordes ya duros, un manojo de zanahorias *baby* que daban el pego si no las mirabas muy de cerca y un bote de hummus que no le endilgaría ni a su peor enemigo.

Cogió una bandeja y colocó las galletas saladas en semicírculo alrededor del queso, que tenía mucho mejor aspecto después de aplicarle pequeños retoques de cirugía estética. Y a falta de otra cosa, las zanahorias añadían un

toque de color. El hummus lo tiró sin dudarlo ni un segundo a la basura, donde debería haber ido a parar hacía días. Mientras abría el shiraz oyó unas reconfortantes risas procedentes de la sala de estar y cayó en la cuenta de que hacía mucho que no tenía a tanta gente reunida en su casa.

Los había invitado sin darle muchas vueltas, cuando la sala de conferencias se vació. Quedaban solo ellos cinco intentando decidir adónde iban a cenar. Era una discusión frustrante: a Dumell no le gustaba la comida tailandesa, Amanda evitaba en lo posible el pescado, Julian no tenía hambre, y parecía imposible ponerse de acuerdo. Margo, la invitada de honor, ni siquiera opinaba. Se la veía cansada y nerviosa —¿quién podía recriminárselo?—, y de pronto Eve cayó en la cuenta de que lo más probable era que la pobre Margo no tuviese muchas ganas de salir a cenar por ahí.

—Tengo una idea —les propuso—. ¿Por qué no venís a casa? Puedo encargar unas pizzas y organizamos una cena tranquila.

Y ahora ahí los tenía, riendo y poniéndose cómodos.

«¿Qué te parece?», pensó mientras cogía el vino y la bandeja con el picapica para reunirse con sus amigos en la sala de estar.

Amanda estaba dispuesta a sacrificarse por el bien común. Alguien tenía que ir a comprar bebida, así que ¿por qué no ella? Dumell había sido el primero en ofrecerse voluntario, pero Margo parecía tan feliz pegada a él en el sofá —no paraba de darle palmadas en la pierna y golpecitos en el hombro, como para asegurarse de que era real— que daba pena separarlos. Y además, de algún modo aquello formaba parte de su trabajo, aunque técnicamente estuviese fuera del horario laboral.

Se alegró de salir un rato, de dejar a los demás bebiendo y chismorreando. Esa noche no tenía muchas ganas de socializar, no después de la debacle del centro para mayores. Era descorazonador llegar allí henchida de optimismo, sintiéndose orgullosa y realizada, y después sentarse y tener que contemplar cómo tu Gran Idea se estrella y se hace añicos.

Miró de reojo a Julian, su nervioso y más bien callado acompañante.

—¿Quieres que ponga música?

—Como prefieras —respondió él—. Tú eres la que conduce.

«Venga, tío», pensó Amanda. «Pon un poco de tu parte.» Se había mostrado encantado de acompañarla en la expedición a la licorería, pero por lo visto no se sentía obligado a contribuir a generar una conversación.

—¿Te gusta Prince? —le preguntó ella.

—No está mal.

«Vale, colega.» Pulsó el *play* y la atmósfera en el interior del coche se transformó al instante gracias a las tenues y sensuales notas de *When Doves Cry*, tal vez la canción más sexy que se haya escrito jamás. Puede que fuera un tema demasiado íntimo para la situación, pero Amanda no pensaba quitarlo.

—Últimamente estoy en plena fase Prince —le explicó a Julian—. Se me había olvidado lo genial que es. Tiene unas canciones gloriosas.

Julian respondió con otro de esos difusos gestos de asentimiento propios de un psicólogo, como si fuese muy interesante que Amanda se sintiese así, aunque él no coincidiese necesariamente con sus gustos.

—¿Qué tipo de música te gusta? —le preguntó Amanda.

—No lo sé. Supongo que de cualquier tipo.

«Por el amor de Dios.» Hacía siglos que Amanda no salía con un universitario de primer año de carrera, de manera que no sabía muy bien si este era o no el comportamiento habitual. Tal vez a lo máximo que una podía aspirar era a obtener respuestas secas y desganadas. Al menos el chico era guapo.

—¿Te resulta raro lo de salir con un grupo de gente mayor que tú? —le preguntó.

—Tú no eres tan mayor.

—Ja ja —replicó ella—. Me ha parecido que estabas un poco incómodo. Y que agradecerías salir un rato.

—No era por la gente —le aclaró Julian—. Es que me ha puesto nervioso estar en esa casa.

—¿Por qué?

—¿Conoces a su hijo? ¿Brendan?

—No mucho.

—Fui al instituto con él. —Julian sintió un escalofrío—. Era un puto gilipollas. Me ha sacado de mis casillas entrar ahí y ver su foto colgada en la

pared. Casi podía olerlo.

—Te entiendo. —Amanda solo había visto a Brendan en una ocasión, pero había sido más que suficiente—. A mí tampoco me cae muy bien.

—No tengo nada contra Eve —le aseguró Julian—. Ella es un encanto.

—Eve es fantástica —coincidió Amanda—. Todo el mundo la adora.

Sanjay tenía que marcharse. Tenía deberes pendientes: un gran problema de Ciencia Computacional que resolver y un denso capítulo de su manual de Historia de la Arquitectura por leer. Permanecer sentado en una cafetería escuchando los problemas de otro no era el modo más productivo de invertir su tiempo.

—Esto es una puta mierda —dijo Brendan—. No sé qué hacer.

Sanjay no sabía qué aconsejarle. No tenía ninguna experiencia con una situación similar a esta y no podía aportar ninguna propuesta útil, lo cual hacía todavía más absurdo que hubiera asumido el papel de consejero.

—Quizá deberías disculparte —le sugirió.

—Ya lo he intentado —dijo Brendan—. Ni siquiera me responde a los mensajes.

Lo peor de todo era que, encima, a Sanjay ni Brendan ni ninguno de esos tíos con los que había cenado la primera noche en el campus le caían bien. Dylan, su compañero de habitación, era buen tío, pero el resto eran unos capullos. Por lo que a Sanjay respectaba, le hubiera parecido perfecto no volver a dirigirles la palabra en su vida.

Pero después de cenar se le había ocurrido entrar en la exposición y había visto el retrato de Brendan en el Muro de denuncia. Le pareció indignante que se abochornase a alguien públicamente de ese modo y Sanjay consideró que tenía que avisar a Brendan. De haber estado su cara plantada en esa pared, cosa que no tenía por qué suceder, él hubiera querido que alguien le alertase. El problema era que si decidías ejercer de portador de malas noticias asumías una serie de obligaciones. No podías levantarte y largarte cuando te diera la gana.

—Además yo no hice nada —murmuró Brendan—. Ella me arreó un puñetazo en los huevos y ¿encima soy el malo de la película?

—¿Te dio un puñetazo?

Brendan se encogió de hombros como si careciese de importancia.

—¿Te apetece emborracharte? Tengo vodka en la habitación.

—No bebo.

—Podríamos fumar un poco de hierba.

—Tampoco fumo.

Brendan parecía perplejo.

—¿Y qué haces? Para divertirte, me refiero. Los fines de semana.

—Mi hermana está en el último curso —le explicó Sanjay—. Tiene coche y los fines de semana vuelve a casa para ver a su novio. Normalmente la acompaña.

—¿Y allí sales con tus colegas?

—Están todos en sus universidades. Aprovecho para hacer deberes y veo películas con mis padres. Ellos agradecen que vaya a visitarlos. Y la comida es mil veces mejor que la porquería que sirven en el Higg.

—Parece un plan relajado —dijo Brendan—. Yo no he visto a mi madre desde que me instalé aquí.

—Seguro que te echa de menos.

—Sí. Me ha mandado esto.

Brendan sacó el móvil y deslizó el dedo por la pantalla. Cuando encontró lo que buscaba, se lo acercó a Sanjay para que pudiera leer el mensaje de su madre y su respuesta.

«Te echo de menos.»

«Yo también te echo de menos.»

Sanjay asintió y dijo:

—Las madres son lo mejor que hay.

—Desde luego —se mostró de acuerdo Brendan.

Se quedó mirando el teléfono unos segundos antes de volver a guardárselo en el bolsillo. Sanjay aprovechó el momento de calma para apartar su silla de la mesa.

—Espero que no te importe —dijo, levantándose—, pero tengo que ir a la biblioteca.

—Desde luego —respondió Brendan—. Haz lo que tengas que hacer.

Eve pensó que a veces una reunión improvisada como esa se podía convertir en una fiesta espontánea, que era por definición mejor que una fiesta planificada, precisamente porque nadie se la esperaba. Era un homenaje a los implicados, a la química de sus respectivas personalidades combinada con el deseo colectivo de rescatar algo de lo que de otro modo hubiera sido una velada anodina; y a este fin contribuía de manera notable la jarra de margaritas que Amanda había preparado en la cocina con una botella de tequila barato y un zumo industrial y no ecológico que tenía mejor sabor de lo esperado.

Por suerte formaban un grupo pequeño —quizá demasiado pequeño— y todos parecían estar en la misma longitud de onda, haciendo bromas, riéndose alto y brindando por la excelente colección de pañuelos de Margo, por los servicios a la patria prestados por Dumell, por los brebajes alcohólicos de Amanda, por Julian en calidad de representante de los milenials. Había una palpable carga sexual en el ambiente —no se podía celebrar una fiesta decente sin ella—, mayormente generada por Margo y Dumell que, a medida que avanzaba la noche, habían pasado de cogerse de la mano y susurrarse cariñosos a pegarse el lote en el sofá.

Eve sabía que era grosero quedarse mirando a los amantes, pero le costaba apartar la mirada de ellos. Desde que había descubierto su propia sexualidad, en la época del instituto, le excitaba ver a gente besándose en público, y ese efecto familiar se intensificaba en este caso porque Amanda estaba sentada a poca distancia en el sillón orejero y sus miradas no paraban de cruzarse en los incómodos interludios que se producían durante la sesión de morreos de la feliz pareja. La mayoría de las miradas tenían un aire inocente —dos amigas poniendo los ojos en blanco, compartiendo un momento de divertida complicidad—, pero unas pocas iban más allá, prolongados instantes de silenciosa y escrutadora conexión que hacían que Eve se preguntase si una puerta que creía cerrada se había vuelto a abrir.

«Debería besarla», pensó, pese a que se había jurado no volver a transitar por ese camino, no volver a avergonzarse o exponerse como había hecho la última vez. «Estoy segura de que me dejaría.»

El ensueño se rompió cuando de pronto se dio cuenta de que alguien la observaba, de que Julian la estaba mirando con el mismo anhelo con que ella

contemplaba a Amanda. Se volvió hacia él y alzó el vaso en un brindis silencioso, para que el chico no se sintiese excluido. Él le devolvió el gesto, mirándola con una enternecedora franqueza de borracho.

La situación empezaba a ser un poco incómoda cuando Margo por fin dio por finalizado el maratón de besuqueos y se apartó el pelo de los ojos, parpadeando como si no supiera muy bien dónde estaba. Dejó escapar un largo, lento y relajado suspiro y se retocó la falda.

—Ya es suficiente —dijo, abanicándose la cara con una mano—. ¿A alguien le apetece bailar?

Amber acudió a la fiesta con Cat y varios de sus amigos artistas, pero se marchó pronto, incapaz de conectar con la alegría reinante. Todos los allí presentes estaban entusiasmados con el Muro de denuncia. Opinaban que sería fantástico convertirlo en una instalación permanente en el centro de estudiantes y les parecía graciosísimo que Brendan siguiese mandándole mensajes a Amber, mendigándole que le concediese un minuto de su tiempo, sonando más patético con cada nuevo intento.

Amber era consciente de la justicia poética de la situación — hacerle ver a Brendan por una vez en su vida qué se sentía al ser silenciado y despreciado, al ser encasillado por otras personas—, pero no resultaba tan grato como había imaginado. De hecho, cuanto más pensaba en Brendan más culpable se sentía, como si se hubiera portado fatal con él, lo cual era frustrante porque ese tío no se merecía su compasión ni la de nadie. Era muy propio de ella, y de muchas chicas, sentir lástima por un tío al que tenía todo el derecho a despreciar y acabar culpabilizándose a sí misma.

Podía haber hecho caso del consejo de Cat y bloquear sus mensajes. Eso habría resuelto el problema de tener el teléfono vibrando a todas horas y le habría ahorrado los manipuladores gritos de socorro. Pero hacerlo le parecía muy duro e incluso un poco cobarde, salir con alguien y después cortar toda posibilidad de comunicación, como si esa persona no tuviera derecho a reaccionar, como si para ti estuviese muerta.

Amber estaba cansada y un poco deprimida. Quería acostarse y olvidar ese día como si nunca hubiera sucedido. Pero solo había un modo de



conseguirlo y no tenía ningún sentido empeñarse en creer que había otro camino. Con un resignado y asqueado encogimiento de hombros cogió el teléfono y pulsó con el dedo sobre su nombre. Brendan respondió a mitad del primer tono.

—Guau —dijo—. Te ha llevado su tiempo.

—¿Qué quieres, Brendan?

—No lo sé. Supongo que hablar, nada más. Estoy pasando una noche horrible.

—Bueno —dijo ella, un poco a la defensiva—. Yo también he pasado algunas noches horribles estos días.

Una persona más empática habría agarrado este cabo y le habría preguntado qué le pasaba, tal vez incluso le hubiera mostrado cierto afecto, pero era con Brendan con quien estaba hablando.

—La exposición —dijo él—. Ha sido un impacto brutal.

—Ya me lo imagino. Pero tienes que...

—¿De verdad piensas eso de mí? —Parecía sentir verdadera curiosidad—. ¿Que soy una enorme decepción?

Amber dudó. Sabía que Cat llevaba todo el semestre trabajando en el Muro de denuncia, pero no se había dado cuenta de que Brendan formaba parte de la instalación hasta hacía dos días, cuando la había ayudado a trasladar los retratos del aula de arte al centro de estudiantes. Se había quedado perpleja al retirar el envoltorio protector de burbujas y ver su rostro sonriente con las palabras HORRIBLE SER HUMANO escritas debajo a modo de veredicto final.

—¿Qué demonios es esto?

—Es mi regalo para ti —le dijo Cat.

—Pero no es un ser humano horrible. Es solo...

—Esas fueron tus palabras —le recordó Cat—. Es una cita textual.

Amber no lo negó. Había dicho eso de Brendan la mañana después de la desastrosa cita, cuando se sentía humillada y traicionada, y Cat estaba allí con ella, como siempre, ofreciéndole apoyo y consejos cuando Amber más lo necesitaba.

—Estaba cabreada. Necesitaba desahogarme.

—Dijiste la verdad —sentenció Cat—. Ahora no te retractes.

—No me parece bien hacerle esto —insistió Amber.

A regañadientes, Cat propuso algunas alternativas —¿VIOLADOR EN PLENA CITA? ¿MISÓGINO?—, pero a Amber estos términos tampoco le parecieron exactos.

—Simplemente ha sido... una enorme decepción, eso es todo.

—De acuerdo —dijo Cat—. Estás siendo demasiado amable, pero si quieres lo cambio.

—Sí, quiero que lo cambies —había insistido Amber, y no pensaba retractarse de sus palabras por segunda vez o darle a Brendan motivos para creer que lo había perdonado. Ni siquiera era capaz de pensar en esa noche sin sentirse asqueada y degradada.

—Tío —le dijo—. Has salido bien parado. Podría haber sido mucho peor, créeme.

—Amber —replicó él—. De verdad que lo siento.

—Ya es un poco tarde para eso.

—Lo sé. Pero quería decírtelo.

—De acuerdo —suspiró ella—. Tengo que dejarte. Estoy agotada.

—Espera, Amber. Me preguntaba si... —Su voz sonó tenue y desamparada—. ¿Puedo acercarme y verte un rato?

—¿Estás de coña?

—No para enrollarnos —le aseguró él—. Pero es que esta noche no quiero estar solo.

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada, pero percibió la angustia en su voz.

—Lo siento, Brendan, lo de vernos se ha acabado.

—Claro —dijo él—, ya me lo imaginaba.

Amber colgó y se secó una embarazosa lágrima. Era estúpido e injusto que alguien pudiese tratarte tan mal y aun así tuvieses ganas de abrazarlo. Pensó que debería llamar a Cat y encargarle su propio retrato para el Muro de denuncia:

QUIERE QUE TODO EL MUNDO SEA FELIZ, INCLUSO LA GENTE QUE NO SE LO MERECE.

Dumell odiaba ser un aguafiestas, pero era un día laborable y al día siguiente tenía que trabajar.

—El último baile —le susurró a Margo al oído—. Después tengo que acompañarte a casa antes de convertirme en calabaza.

—Creo que es tu coche lo que se convierte en calabaza —le dijo ella.

Estaban pegados con cola, como una pareja de tortolitos en el baile de graduación del instituto, meciéndose bajo el hechizo de *Sexual Healing*, que en esos momentos parecía una curiosa coincidencia, un nada sutil mensaje del universo, pese a que no era más que una de las canciones del iPhone de Amanda. Formaba parte de su lista de reproducción plagada de temas de soul y de la Motown, que encandilaba al personal y que los había tenido a todos bailando desde hacía hora y media.

—Eso es todavía peor —dijo Dumell, cruzando de manera fortuita una mirada con Julian que, muy borracho, se tambaleaba por la sala con las manos en alto, como si acabasen de arrestarlo al ritmo de la música—. Todavía no he terminado de pagar el coche.

Margo se rio y lo volvió a besar. Aquella mujer adoraba besar. Había poca luz, ella olía de maravilla y su cálido cuerpo se apretaba contra el de él. Dumell se dijo que todo lo demás carecía de importancia.

«No tengas miedo», pensó. «No hay nada que temer.»

Sin embargo, el miedo era difícil de controlar. Tenía sus mecanismos para envolverte con sigilo, provocando que te hicieras algunas preguntas y sintieras inquietud por el futuro. «¿Qué dirá la gente? ¿Qué pensarán? ¿De verdad quiero meterme en esto?»

Giraron un poco y Dumell se encontró de frente a Eve, que bailaba con Amanda, aunque sus cuerpos no se rozaban. Eve tenía una mano en el pelo de Amanda y la otra en su cadera. Amanda mantenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, con la cabeza inclinada hacia atrás, como un músico ciego. Dumell se preguntó si ahí estaba pasando algo, porque desde luego lo parecía.

«Me alegro por ellas», pensó.

Deslizó la mano por la espalda de Margo, recorriendo el desfiladero de su espina dorsal hasta el leve montículo que emergía al final, el inicio de un

nuevo paisaje. Introdujo el pulgar por debajo de la cinturilla de la falda y se adentró un poco más, generando expectativas para más tarde.

—Mmm —murmuró ella, como si acabase de llevarse a la boca algo delicioso.

Dumell solo había tenido un mal momento en toda la noche, justo cuando había empezado la música. Por lo general Margo era una persona elegante, con el control físico de un atleta, pero uno nunca lo diría viéndola bailar. En movimiento parecía más voluminosa y más masculina que sentada en el sofá, incómoda con su propio cuerpo, y no era la persona que Dumell quería que fuese. La reacción debió de dibujarse en su cara, porque Margo dejó de bailar y le preguntó qué pasaba. Tenía una inquietante habilidad para leer las expresiones de Dumell, para captar cualquier atisbo de duda o vacilación.

—Nada —respondió él—. Solo que bailas como una blanquita.

Margo se rio aliviada, como si fuese la cosa más dulce que le habían dicho en su vida. Después de eso se relajó y Dumell también. Pero seguía un poco incómodo, inquieto porque sus sentimientos podían —y en ocasiones así sucedía— cambiar en un instante, porque igual no era capaz de continuar lo que había empezado, porque las fuerzas le podían fallar cuando llegase el momento de la verdad, como le había sucedido otras muchas veces, porque podía hacer daño a alguien que había confiado en él. Lo que tenía que hacer era pensar en sí mismo fuera de esa habitación y lejos de ese grupo de personas, imaginar las caras de su familia, de su exmujer, de sus compañeros de trabajo, de los muchachos de su unidad, algunos de los cuales sonreirían con aires de superioridad y otros negarían con la cabeza, como si tuviesen derecho a juzgarle. ¿Y quién cojones eran ellos para hacer eso? No conocían a Margo, ni las circunstancias por las que había pasado, ni cómo le hacía sentir a él. Joder, la mayoría de ellos ni siquiera lo conocían. No lo conocían de verdad.

Notó que ella se tensaba en sus brazos. Margo intentó sonreír, pero estaba pálida e indefensa.

—¿Pasa algo? —le preguntó a Dumell.

La canción seguía sonando, pero ellos ya no bailaban. Permanecían inmóviles, mirándose desde muy corta distancia.

—Todo bien —respondió él, justo antes de darle un beso.

Eve pensó que lo único malo de organizar una fiesta era el bajón que te daba cuando se acababa, cuando se terminaba la música, se encendían las luces y los invitados empezaban a reclamar sus chaquetas. Margo y Dumell fueron las primeras piezas de dominó en caer. Eve los despidió con sendos abrazos y una sonrisa esbozada a fuerza de poner mucho empeño.

Amanda se había metido en la cocina y estaba enjuagando vasos sucios que después metía en el lavavajillas, para después poderse marchar también. Con la esperanza de posponer lo inevitable, Eve le pidió que preparase una última ronda de margaritas, pero su propia empleada le recordó que a la mañana siguiente ambas tenían que trabajar.

Eve hizo una mueca de dolor.

—No hablemos de trabajo, ¿de acuerdo? El trabajo es aburridísimo. Lo único que hacemos es trabajar.

Amanda abrió la boca, pero no llegó a decir nada. Estaba guapísima con su vestido de lunares y la cara colorada y reluciente por el acaloramiento del baile.

—Bailas maravillosamente bien —le dijo Eve—. Muy sexy.

—Tú también. Nunca lo hubiera dicho.

Eve hizo un gesto con la mano rechazando el cumplido.

—Estoy desentrenada. Tengo que salir más a menudo. Paso demasiado tiempo en casa, pegada a la pantalla del ordenador. No es sano. Necesito vivir a través de mi cuerpo, ¿me entiendes? Salir un poco de mi cabeza.

—Nos pasa a todas. —Amanda colocó el último vaso y cerró el lavaplatos—. Ha sido una fiesta estupenda. Creo que Margo se lo ha pasado en grande.

Eve se mostró de acuerdo, pero no pensaba permitir que Amanda desviase el tema.

—Venga, la última. ¿Por qué no?

Amanda suspiró con escepticismo y respondió:

—Porque voy a acabar con una resaca de campeonato.

—Pues mañana llamas diciendo que estás enferma. No me pienso chivar a la jefa.

Antes de que Amanda pudiese responder, Julian apareció desde la sala, con el teléfono en la mano y la melena recogida detrás de las orejas.

—¿Qué pasa aquí, colegas? —farfulló—. ¿Estáis hablando otra vez de mí?

—Voy a tener que acompañarte a casa —le dijo Amanda—. Estás demasiado borracho para ir con el monopatín.

—¿Qué? —Julian parecía ofendido—. Tú estás tan borracha como yo.

—Ni de lejos, chaval.

—¿En serio? —Le clavó la mirada—. ¿No estás borracha?

—Quizá un poco —admitió Amanda—. Diría que estoy moderadamente ebria.

Julian sonrió con aires de superioridad.

—Eso cuéntaselo al alcoholímetro.

—Vivo a cinco minutos de aquí. No me la voy a pegar contra la cuneta.

Monopatines. Alcoholímetros.

—¿Por qué no os quedáis a dormir? —propuso Eve—. Arriba tengo tres dormitorios. Tengo cepillos de dientes sin estrenar si los necesitáis. Mi dentista me los regala cada vez que me hace una revisión.

—¡El mío también! —Julian parecía entusiasmado por la coincidencia—. ¿Vas al doctor Halawi?

La cama de la habitación de invitados era confortable. Había mantas más que suficientes, por las ventanas no se filtraba frío y las persianas impedían que entrase la luz de la luna de forma mucho más eficaz que las escuálidas cortinas que Amanda tenía en su propio dormitorio. El pijama que Eve le había dejado era suave y le quedaba razonablemente bien, pese a la diferencia entre el cuerpo de la una y la otra. No había ningún motivo de peso por el cual no pudiese quedarse dormida, sobre todo después de la cantidad de tequila que había bebido.

Era una cuestión de nervios, la consecuencia de una noche larga y a ratos estresante, con la conferencia, la fiesta, gente nueva a la que no conocía

y una sesión de baile más larga de lo habitual. Estaba alterada, con los sentidos muy despiertos. Tampoco ayudaba que estuviese supercachonda, algo que le sucedía siempre que dormía en una habitación que no era la suya, en un hotel, en casa de su abuela, en el piso de un amigo en la ciudad, en un modesto apartamento de Airbnb, en una tienda de campaña en pleno bosque e incluso en el coche cama de un tren, algo que había sucedido una única vez en su vida. Tumbarse en una cama que no era la suya le hacía pensar de inmediato en sexo.

O en este caso en la ausencia de sexo.

Había dado por hecho que iba a suceder algo entre ella y Eve. Se habían pasado la noche flirteando, intercambiando un montón de miraditas cargadas de sentido y rozándose de forma nada accidental en la pista de baile. Y después Eve la había invitado a quedarse a dormir en su casa y la había animado a beber más de lo que ya habían bebido y a escaquearse de ir al trabajo al día siguiente. Todo sumado se parecía mucho a una seducción en toda regla, una persona presionando, la otra resistiéndose, después titubeando y al final cediendo.

Y después de todo eso... Nada.

«¿Para qué me has hecho quedarme si no ibas a hacer nada?»

Habían tenido una oportunidad. Justo después de que Amanda se cepillase los dientes, Eve llamó a la puerta de la habitación de invitados y le ofreció varias cosas para la noche: una toalla de baño, un pijama limpio y un frasco de paracetamol. Eve ya iba con la ropa de dormir, un pantalón de chándal y una camiseta holgada en la que se leía «Haddington Youth Lacrosse». Ver a su jefa de esta guisa, con esa cara fatigada y adorable, sin el parapeto del maquillaje, generaba una situación muy íntima. «He pensado que necesitarías algunas cosas.» Julian estaba en el lavabo —se oía correr el agua—, de modo que a Eve le habría sido muy fácil deslizarse en la habitación y pasarse allí todo el tiempo que quisiera. Pero por algún motivo, se quedó tímidamente en la puerta.

—Que duermas bien —le dijo Eve—. Nos vemos por la mañana.

Sin embargo, en estos momentos, la mañana parecía lejísimo, y a Amanda le horrorizaba pensar en ella. Iba a ser espantoso despertarse con resaca en casa de Eve y bajar por la escalera con mal aliento y un dolor de

cabeza martilleante, vestida con la ropa del día anterior. Un paseo de la vergüenza, pero sin ninguna vergonzosa diversión que hubiera hecho que pasar por ese bochorno mereciese la pena. ¿Y qué iban a hacer? ¿Desayunar juntas?

«No lo voy a soportar», pensó. «De verdad que no lo voy a soportar.»

Mejor largarse ahora y dejar una nota en la mesa de la cocina para que Eve no se preocupase. Se preguntó si debía llamar a la puerta de Julian antes de salir, para comprobar si estaba despierto y quería que lo acompañase a casa.

Era un chico muy dulce. Se había sincerado con ella durante el camino de vuelta de la licorería, explicándole lo de su depresión clínica, lo mal que lo había pasado en el instituto, sus miedos ante la posibilidad de ir a la universidad lejos de casa y lo mucho que le costaba hablar con chicas de su edad.

Ella sabía muy bien qué era lo que le agobiaba: la desoladora sensación de que estaba malgastando su preciosa juventud y que la culpa era toda suya. Era algo de lo que uno nunca se recuperaba del todo, y casi siempre llevaba a cometer errores estúpidos por el camino, muchos de los cuales eran infinitamente peores que unos tatuajes lamentables. Amanda hubiera deseado poder meterse en una máquina del tiempo y volver a tener veinte años para poder ser su novia algún tiempo, hacerle saber que era maravilloso y ayudarle a coger confianza en el futuro. Parecía una idea estupenda para una serie televisiva protagonizada por una superheroína feminista actual:

*Amanda Olney. Agente de Justicia Sexual.*

La habitación de Brendan era el santuario de un deportista. Un montón de trofeos fruto de toda una vida de excelencia atlética —Pequeña Liga de Béisbol (¡All-Star!), Pop Warner de fútbol americano (¡Campeones del condado!), natación (¡Segundo puesto en espalda!), Torneo Joven de Lacrosse de Haddington (¡Jugador más valioso!)— se amontonaban encima de la cómoda, justo debajo de un collage fotográfico enmarcado que debía haber reunido la novia de Brendan, esa maciza *cheerleader* de manual llamada Becca Dilulio, ya que incluía dos fotos de Becca luciendo bikini (uno



naranja, el otro rosa), la segunda de las cuales incorporaba un autógrafo con rotulador plateado, como si fuese una jodida estrella de cine: «¡Te quiero, besitos, Becca!». Había tres fotos de Brendan con gafas de sol y a pecho descubierto. Era el tipo de capullo que posaba en plan musculitos ante la cámara, sin atisbo de ironía. Como para restregárselo por la cara, tenía un paquete de condones LifeStyle escondido en el cajón de los calcetines — Julian no pudo evitar echar un vistazo—, dieciocho en total, porque uno nunca sabía cuándo podía aparecer el equipo de *cheerleaders* al completo y rogarte que te las follases a todas, una detrás de otra.

Dieciocho condones. De la garganta de Julian emergió un leve gimoteo de derrota. Él no había comprado dieciocho condones en toda su vida. Por un momento pensó en buscar algún objeto punzante, un imperdible o unas tijeras de uñas, y practicar unos estratégicos agujeros en los condones, pero no tardó en detectar el punto flaco de su plan: lo único que conseguiría sería poblar el mundo con pequeños Brendans, lo cual no era precisamente hacerle un favor a la humanidad.

Que Brendan tuviese descendencia sería doblemente inquietante, porque eso convertiría a Eve en abuela, y Eve no tenía pinta de ser la abuela de nadie. Julian se había pasado la noche deseándola, embelesado por su ajustado suéter gris con un discreto escote y la falda plisada azul claro que ansiaba poder tocar. Ella y Amanda habían bailado tan compenetradas que Julian esperaba que se liasen allí mismo, pero eso, por desgracia, no había sucedido.

Después de terminar su deprimente inspección del cuarto, Julian apagó la luz y se metió en la cama. Eve le había asegurado que las sábanas estaban limpias, pero aun así le resultaba desagradable estar allí echado, porque era el colchón de Brendan Fletcher y la almohada de Brendan Fletcher, el mullido escenario en el que apoyaba su cabeza hueca y soñaba sus insulsos sueños. Julian no sabía si sentirse asqueado o triunfante. Porque podía considerarse una pequeña victoria estar ahí, haber penetrado tan profundamente en territorio enemigo.

¿Contaba como venganza hacerse una paja en la cama de Brendan pensando en su madre? Como mínimo, era divertido imaginarse la reacción de Brendan al enterarse.

«Eh, Brendan, tu madre me está chupando la polla.»

«Eh, Brendan, tu madre tiene unas tetas increíbles.»

«Eh, Brendan, tu madre es encantadora.»

«No, un momento...»

«Eh, Brendan, a tu madre le gusta follar a lo perrito.»

«Eh, Brendan, le estoy lamiendo el coño a tu madre.»

Fue en esta última idea en la que se concentró. Se lo estaba lamiendo a Eve y ella estaba encantada, emitía todo el repertorio de gemidos propios de una actriz porno, como si el mundo entero debiera enterarse de lo cachonda que él la ponía. Imaginó que ella iba rasurada ahí abajo, aunque en realidad no tenía ni idea.

«Eh, Brendan, tu madre sabe a fresas.»

En ese momento, alguien llamó suavemente a la puerta.

«Oh, mierda.»

Apartó la mano de la polla justo en el momento en que la puerta se entreabría.

—Eh, Julian —susurró Amanda—. ¿Estás despierto?

Eve se despertó con una vaga sensación de desasosiego. Contuvo el aliento y escuchó. Había algo raro, incluso inquietante, en el silencio que la envolvía.

«Tranquilízate...»

Sufría esas angustias nocturnas de tanto en tanto, la aterradora sospecha de que alguien se había colado en la casa, y siempre acababan siendo falsas alarmas.

«Probablemente no sea nada...»

Y de pronto lo recordó, con un leve estallido de alivio.

Esa noche tenía compañía.

«Gracias a Dios.»

Quizá Amanda había ido a buscar un vaso de agua. Quizá Julian se encontraba mal. Todos habían bebido más de la cuenta, lo cual nunca es una buena receta para dormir bien, aunque Eve se las había apañado para quedarse frita sin demasiados problemas.

Era estupendo tener invitados en casa. Tranquilizador y además estimulante; esto era exactamente con lo que soñaba después de que Brendan se hubiera marchado a la universidad, durante esos primeros días melancólicos y desconcertantes en el nido vacío. Se había prometido crearse una nueva vida a su medida, conocer a gente nueva e interesante, hacer nuevos amigos y pasárselo bien. Y el milagro era que de hecho lo había conseguido, y tampoco le había llevado tanto tiempo ni tanto esfuerzo. Se había apuntado a un curso. Había aceptado una invitación. Había montado una fiesta. Había abierto su corazón y el mundo le había respondido.

«¿Con qué frecuencia sucede algo así?»

Sabía que no muy a menudo, motivo por el cual no se la había jugado con Amanda, pese a que lo deseaba con toda su alma. Las nuevas amigas eran poco frecuentes y muy valiosas, valían mucho más que una fugaz aventura sexual que al final solo habría provocado dolor y confusión. Notaba que Amanda estaba decepcionada —le había parecido tan desamparada en la puerta de la habitación de invitados—, pero Eve sabía que había tomado la decisión correcta, la decisión adulta, la que a la larga sería mejor para las dos. Algún día tendrían que hablar de lo sucedido, cuando no estuvieran borrachas y durmiendo bajo el mismo techo. Estaba segura de que Amanda lo entendería.

Volvió a oír un ruido. No sonaba muy alto, pero le siguió un gemido angustiado que parecía provenir de la habitación de Brendan. Eve apartó la colcha. Tuvo una sensación familiar al caminar con sigilo por el pasillo a oscuras, al plantarse ante la puerta del dormitorio de su hijo y aguzar el oído esperando oír una respiración lenta y constante que indicase que todo estaba en orden. Pero no fue eso lo que oyó.

—¡Ooooh, joder! ¡Eres increíble!

—Shhhh.

—Perdón.

—Shhhh.

«No me lo puedo creer...»

La última vez que sucedió eso, Eve reculó horrorizada. Pero en aquella ocasión se trataba de su hijo, no de sus amigos. En esta ocasión abrió la puerta, solo una ranura, y escrutó el interior.

Estaba oscuro, pero pudo ver lo suficiente.

Amanda estaba encima de Julian, con el vestido de lunares desabotonado hasta la cintura. Sus pechos eran asombrosamente grandes y el tatuaje formaba una mancha oscura. Amanda se volvió y miró a Eve. Parecía extrañamente tranquila, en absoluto avergonzada.

—Perdona —dijo—. No pretendíamos despertarte.

—No es culpa vuestra. —Eve abrió un poco más la puerta—. Tengo el sueño ligero.

Amanda continuó con su sensual balanceo. Era una delicia observarla, y lo que veía le resultaba extrañamente familiar, como un recuerdo de un sueño o de un vídeo. Eve avanzó un paso.

—¿Esto está bien? —preguntó Julian.

—A mí no me importa —dijo Amanda.

Eve se acercó más. Pisó algo raro, un objeto similar a una serpiente que resultó ser una ristra de condones. Le alegró saber que practicaban sexo seguro.

Amanda cogió la mano de Eve.

—Ursula —dijo, cuando sus dedos se entrelazaron.

Eve se inclinó y la besó; esta vez no hubo desconcierto ni rechazo ni necesidad de disculparse. Fue un beso largo, lento y cálido, y no cesó hasta que Julian alzó la mano y la posó, vacilante, sobre un pecho de Eve.

—¿Esto está bien? —volvió a preguntar, mirándola con expresión preocupada.

Eve dudó un segundo.

—Eso espero —dijo.

Julian se mostró aliviado.

—Eres encantadora —le dijo.

Me estaba volviendo loco, bebiendo solo en la habitación, repasando mi inútil agenda de contactos. Le dejé dos mensajes a mi padre, pero supongo que ya se había ido a dormir, y mi madre tampoco contestaba. Becca hizo caso omiso de mi invitación a charlar por Skype. Wade tenía un examen parcial y tenía que estudiar, y Roy se estaba quedando sin batería. Will y Rico habían

tomado ácido y solo decían incoherencias. El teléfono de Dylan me mandó directo al contestador, de modo que al final lo intenté con Sanjay, porque ya no se me ocurría nadie más a quien llamar, y él descolgó enseguida.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Estoy estudiando.

—Vamos a comer una pizza o alguna otra cosa.

—No tengo hambre.

—Venga —dije—. Por favor. Solo un maldito trozo de pizza.

—Brendan, ¿estás bien?

—No, tío. —Intenté reírme, pero me salió una risa rara—. No estoy bien.

Me dijo que tenía que localizar a mi tutor o quizá ir al centro de salud. Me dijo que me ayudaría hablar con alguien. Pero a mí no me apetecía hablar con nadie.

—Odio este puto lugar. Quiero volver a casa.

Me relajó expresarlo en voz alta, pero acto seguido rompí a llorar y me llevó un rato recuperar la compostura.

—Lo siento —dije—. Estoy hecho una mierda.

Diez minutos después estábamos en el aparcamiento para estudiantes C del campus, metiéndonos en el Subaru de su hermana. Era de sus padres y Sanjay tenía un juego de llaves.

—No tienes por qué hacer esto —le dije.

—No pasa nada —contestó—. Sé lo que se siente. Yo echo de menos mi casa a todas horas.

La autopista estaba muy despejada a esa hora de la noche, sobre todo circulaban camiones a gran velocidad por el carril derecho. Sanjay era un conductor decente, no tan timorato como me había imaginado. Y también resultó ser un buen conversador que sabía más de lo que yo pensaba sobre deportes y música, lo cual fue un alivio, porque había un largo camino hasta Haddington. Hablar ayudó a pasar el rato y a no pensar en que yo era una enorme decepción.

Me habló de su novia, una lumbrera en matemáticas coreanoamericana llamada Esther. Estaba en el último curso de instituto y ya había presentado la solicitud para entrar en Harvard. Sanjay esperaba que la rechazasen y acabase en el Honors College de la BSU, de manera que pudiesen estar juntos como la gente normal.

—Sus padres son superrestrictos —me contó—. No la dejan salir con chicos ni ir a fiestas. Teníamos que ir al cine por separado, ella con sus amigas y yo con los míos, y coincidíamos en la misma sala, nos sentábamos juntos y nos pegábamos el lote. Hasta que una chica de su parroquia la descubrió y desde entonces ya ni le dejan ir al cine. Solo la podía ver en el instituto.

Mantuvieron lo suyo en secreto hasta que Sanjay acabó el instituto y, cuando llegó el momento de la graduación, organizó una estratagema disparatada. Uno de sus amigos, disfrazado de mensajero de UPS, entró en la clase preparatoria del examen de Cálculo con una caja enorme en un carrito. Anunció que era una entrega especial para Esther Choi y entonces Sanjay salió de la caja con una rosa entre los dientes y la pregunta «¿BAILE DE GRADUACIÓN?» escrita en la frente. Todo el mundo aplaudió y Esther le abrazó y le dijo que sí, que por supuesto que sería su pareja. Pero esa misma noche lo llamó llorando y le comunicó que sus padres se lo habían prohibido.

—Vaya mierda.

Sanjay asintió y dijo:

—Sí, una puta mierda.

Después debí de quedarme dormido, porque lo siguiente que recuerdo es que ya habíamos salido de la autopista y recorríamos las calles de Haddington, pasando por lugares que me eran familiares y que hacía mucho que no veía. Guíé a Sanjay hasta la calle Overbrook y aparcamos delante de casa. Me desabroché el cinturón y le di un torpe abrazo con un solo brazo.

—Gracias, tío.

—Cuídate —me dijo—. ¿Quizá nos vemos en un par de días?

—Sí —respondí—. Quizá.

Bajé del coche y miré cómo se alejaba. Me quedé un rato en el camino de acceso. Mi casa parecía silenciosa y tranquila, tal como me la encontraba siempre cuando volvía tarde. No había avisado a mamá de que regresaba, así que me sorprendió que hubiera dejado la luz del porche encendida, como si me estuviese esperando.

## CUARTA PARTE

### La MILF



## «Eso» sucedió

Eve se sintió muy aliviada y no del todo sorprendida cuando Amanda le dio la noticia a finales de enero. La única verdadera sorpresa, dado el lío en que se había convertido su amistad y su relación laboral, fue que tardase tanto.

—Me han dado el trabajo de la biblioteca —le dijo—.Directora de actividades infantiles. Estaré a cargo de los cuentacuentos, los talleres de manualidades, las visitas de autores, las celebraciones de los días festivos y ese tipo de cosas. Más o menos como aquí, solo que con niños en lugar de ancianos. Y además me pagan un poco mejor.

—Es fantástico —le dijo Eve, pero de inmediato se retractó—. Siento perderte, claro. Eso no hay ni que decirlo. Eres una persona muy valiosa en el equipo y todo el mundo te va a echar mucho de menos.

—Yo también te echaré de menos. Has sido una jefa estupenda.

Sonaba muy sincera, aunque Eve sabía que no había nada más alejado de la verdad. Había sido una jefa horrible, absolutamente irresponsable, por no hablar de los cargos legales que se le podían imputar, que había colocado a Amanda en una situación imposible y no le había dejado otra opción que presentar su dimisión.

—Gracias otra vez por la carta de recomendación —continuó Amanda—. Creo que ha sido decisiva.

Eve había escrito esto en la carta: «Amanda Olney tiene un brillante futuro por delante». Era también «una empleada modélica y un ejemplo a seguir para sus compañeros de trabajo», por no mencionar el hecho de que «tomó la iniciativa y revitalizó el ciclo de conferencias durante su breve pero fructífero paso por nuestro equipo». Y ahora buscaba «nuevos retos más adecuados a sus excepcionales capacidades», unas oportunidades que el centro para mayores «por desgracia no le podía ofrecer». Cuando redactó la carta, Eve ya sabía que estaba adornando un poco la información, pero pensó que era lo menos que podía hacer.

—Mi último día aquí será el 13 de febrero —le comentó Amanda—. Cae en viernes. Vaya suerte la mía.

—Justo el día antes de San Valentín —añadió Eve, lo cual no era de gran ayuda.

Amanda asintió, perfectamente consciente de ello.

—¿Tienes planes para ese día?

Eve negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Nada. —Amanda se encogió de hombros, como si careciese de importancia—. Me da igual. Nunca me ha gustado San Valentín. Siempre es un poco deprimente.

Fue entonces cuando descendió sobre ellas la nube gris que las seguía allí donde fueran, el Gran Tema Incómodo del que no se podía hablar, pero que tampoco podía ser ignorado. Parecía del todo imposible que hubiese llegado a suceder, salvo por el hecho de que Eve podía —y a menudo lo hacía— visualizarlo con mortificante claridad, aunque solo de forma fragmentaria, a modo de involuntarios fogonazos de memoria que le provocaban una mueca de dolor y la obligaban a cerrar los ojos, como si hubiera mirado desde demasiado cerca una bombilla: Amanda gimoteando con los dientes apretados, Julian susurrando «ooh, joder, ooh, joder» una y otra vez, los tres respirando entrecortadamente, animándose unos a otros, moviéndose como un equipo.

Era absurdo y frustrante. Deberían haber podido dejar atrás ese momento desenfrenado, encontrar el modo de volver a ser amigas, colegas de trabajo que podían quedar para tomar una copa, ir al cine un domingo por la tarde o hacerse compañía mutuamente durante la noche más solitaria del año. Tal vez hubiera en alguna parte mujeres capaces de conseguirlo, amigas que se habían dejado arrastrar a una funesta aventura sexual y después habían podido superarlo entre risas, personas que se limitaban a encogerse de hombros y a decir bueno, sí, «eso» sucedió, y después retomaban su amistad como si no hubiera pasado nada. Hubiera sido una manera mucho más sana de afrontarlo, en lugar de sentir remordimientos cada vez que una se cruzaba con la otra, como si las dos hubieran enterrado juntas un cadáver en el bosque o algo por el estilo.

Y no es que existiera la más mínima posibilidad de que repitiesen el error. Fuera cual fuese el deseo que sintieran la una por la otra, se había consumado en ese concreto y desafortunado incendio, y ya no quedaba ninguna brasa. Lo habían aprendido de forma dolorosa después de la fiesta de Navidad del personal, cuando, un poco ebrias, intentaron revitalizarlo con un beso en el despacho de Eve que las dejó a las dos frías y decepcionadas.

—No sé —dijo aquel día Amanda—. No me apetece seguir.

Eve asintió, consciente del sabor tristón que se le había quedado en la boca.

—Vamos a hacer como si no hubiera pasado nada.

Por desgracia eran pésimas actrices. Eran incapaces de hablar una con otra como personas normales o de construir una valla alrededor de su desliz. Al final, lo más fácil era no tener que volver a cruzarse.

—Buena suerte —le dijo Eve desde su escritorio—. Espero que te guste tu nuevo trabajo.

Amanda miró al suelo con el ceño fruncido, como si le inquietase lo que veía allí. Después levantó la cabeza.

—No me avergüenzo de lo que hicimos —dijo—. Quiero que lo sepas.

—Me alegra oírlo —replicó Eve—. Porque no tienes nada de lo que avergonzarte.

A diferencia de Amanda, Eve no contaba con el lujo de tener la conciencia tranquila. No tenía ningún problema en absolver de su responsabilidad a los otros dos participantes, porque eran jóvenes (Julian apenas era legalmente adulto, por el amor de Dios), habían bebido y eran libres de hacer lo que les diese la gana, sin tener que rendir cuentas a nadie excepto a sí mismos. Pero eso no funcionaba en su caso: ella era la jefa, la dueña de la casa, la anfitriona, la adulta en esa habitación. La que debería habérselo pensado dos veces. La suma de egoísmo y pésimo criterio era lo que la había empujado a recorrer el pasillo, colarse en la habitación en la que Amanda y Julian estaban en pleno acto íntimo y convertir su dueto en un trío. Y no, no había entrado para asegurarse de que Julian estaba bien. Tal vez lo que la hizo salir de la cama fue la inquietud de que al chico le pudiera pasar algo, pero cuando

asomó la cabeza en el dormitorio ya sabía lo que estaba pasando allí. Lo había oído desde detrás de la puerta.

Pero no quiso dar media vuelta.

Eso fue todo, pura y simple soledad. No podía soportar la idea de regresar a su dormitorio, enfrentarse al naufragio y a la isla desierta en que se había convertido su cama. No quería tumbarse en ella y sentir lástima de sí misma —había perdido ya demasiado tiempo haciéndolo— mientras ellos dos se lo pasaban bomba. De modo que se comportó como una niña y se autoinvitó a la fiesta, sin pensar ni por un momento en las consecuencias.

Le llevó algún tiempo comprender hasta qué punto la había cagado, sobre todo porque podría haber sido mucho peor. Cuando, sin previo aviso, apareció Brendan —entró con la llave que tenían escondida en una piedra falsa bajo la azalea—, gracias a Dios el acontecimiento principal ya había terminado. Amanda se había ido a su casa, demasiado avergonzada para pasar la noche allí, y Eve había vuelto a su dormitorio para procesar lo que acababa de suceder. Solo Julian permanecía en la escena del crimen, y eso fue lo único que vio Brendan cuando encendió la luz de su cuarto: un chico al que conocía vagamente del instituto durmiendo desnudo entre un revoltijo de sábanas y mantas, una ristra de condones tirados por el suelo y dos envoltorios retorcidos y vacíos. Brendan se quedó más desconcertado que indignado y empezó a gritar «¿Mamá? ¿Mamá?» con insistencia hasta que por fin Eve salió de su habitación, cerrándose las solapas de su albornoz rosa. Para entonces, Julian ya se estaba poniendo los tejanos y se dirigía a Brendan con una mezcla de calma y terror, asegurándole que no había pasado nada, aunque era evidente que sí. Eve se sintió fatal por mandarlo de vuelta a casa en su monopatín en plena noche, pero parecía lo mejor para todos sacarlo de la casa lo antes posible.

A continuación le mintió a su hijo —¿qué otra cosa podía hacer?—, contándole que había organizado una pequeña fiesta para sus compañeros de clase y Julian había ligado con otra invitada, una chica llamada Salima, que también era alumna del curso de Género y Sociedad. Era una historia ridícula y profundamente injusta —Salima era una recatada joven musulmana a la que jamás se le habría ocurrido asistir a una fiesta en la que hubiera alcohol y mucho menos echar un polvo con Julian—, pero por suerte Brendan no

mostró ningún interés en comprobar la verosimilitud de la coartada. Esperó a que su madre terminase de contarle lo sucedido y a continuación anunció con un tono muy neutro que iba a dejar la universidad, lo cual Eve dedujo que era una manera melodramática de decir que añoraba su casa o que había suspendido un examen. Dado que ambos estaban incómodos y agotados, cada uno por diferentes motivos, decidieron posponer la conversación para poder dormir un poco y ser capaces de pensar con más claridad. Pero primero Eve se metió en el dormitorio de su hijo y le cambió las sábanas, pese a que él insistió en que no era necesario, porque ella sabía que sí lo era.

La tensión acumulada por lo sucedido, la sensación de mareo y flojera en las piernas por haber escapado por los pelos de un desaguisado mayúsculo, por haberse ahorrado una humillación inenarrable, la dejó fuera de combate durante los siguientes días y le impidió actuar con la firmeza necesaria ante Brendan. Debería haberle insistido en que volviese a la universidad de inmediato, que sentase la cabeza, hincase los codos y acabase lo que había empezado. Debería haberle dejado claro que abandonar no era una opción. Pero no lograba dar con su mamá tigresa interior, no conseguía reunir fuerzas para ejercer la autoridad parental cuando más lo necesitaba.

En lugar de eso, se limitó a escuchar y mostrarse condescendiente, como si fuese un amigo de su hijo y no su madre, dejando transcurrir días cruciales mientras lo interrogaba con mucho tacto, intentando sonsacarle qué había pasado en la universidad y por qué no quería volver. Se pasaron horas dándole vueltas al asunto, pero no consiguió que él le diese una explicación convincente. El listado de quejas de Brendan le parecía vago e insuficiente: las clases eran aburridas, tal profesor tenía un acento muy raro, todo el mundo era demasiado políticamente correcto, a Zack ya no le veía el pelo, la comida era una porquería, no tenía amigos. Tenía que haber algo más, pero su hijo era un maestro en el arte de cortar por lo sano las conversaciones. Si lo presionaba demasiado intentando averiguar información, él sacaba el móvil y empezaba a toquetear la pantalla con malhumorada expresión de impaciencia, como un ejecutivo desbordado de trabajo que no dispusiese de tiempo para esas tonterías.

Desesperada por encontrar algún apoyo profesional, Eve telefoneó a BSU y habló con un responsable académico llamado Tad Bramwell. Este le dijo lo que ella ya sabía —la universidad ofrecía asesoramiento psicológico a los estudiantes con problemas emocionales y tutorías a los que tenían problemas con sus estudios—, pero le recordó que era Brendan quien debía solicitar estos servicios. Espoleada por Bramwell, Eve también habló con el tutor de su hijo, el profesor Torborg, del departamento de Antropología, que no se mostró excesivamente preocupado por los agobios de Brendan.

—El primer año puede ser duro adaptarse —le explicó—. No todos los nuevos estudiantes quieren o pueden enfrentarse a los retos de los estudios universitarios.

A Eve le enervaba su tono.

—Brendan es muy inteligente. Aunque a veces un poco vago.

—Bueno —dijo Torborg tras un diplomático silencio—. Usted lo conoce mejor que yo.

—Usted es su tutor —le recordó ella—. ¿No tiene algún consejo para él? Torborg optó por una reflexión pedante:

—Creo que es Brendan quien debe aclararse.

—¿Eso es todo?

—Es su decisión. Si quiere seguir en la universidad, debería empezar a cambiar de actitud. Si no quiere, es probable que encuentre alguna otra cosa que hacer.

—¿Y si resulta que no sabe lo que quiere?

—En ese caso tendrá que tomarse su tiempo para reflexionar —le dijo Torborg—. Esa es mi recomendación. Yo mismo me tomé un año sabático al acabar el instituto y fue una de las mejores experiencias de mi vida. Recorrí de mochilero todo el sudeste asiático, Tailandia, Vietnam, Camboya, Nepal... —Hizo una pausa, paladeando esos recuerdos—. Dios, Nepal es precioso.

—Suenan bien —dijo Eve, justo antes de colgar—. Espero que sacase fotos.

La noche siguiente, Ted fue a casa para celebrar una cena familiar de emergencia, los tres reunidos alrededor de la mesa de la cocina por primera

vez en siete años. Resultó inesperadamente normal, incluso reconfortante, tenerlo de vuelta en casa, cada uno sentado en su sitio de siempre, el orden del universo restaurado de forma temporal.

Al mismo tiempo, pese a la familiaridad de su presencia, Ted parecía una persona distinta. No solo parecía más envejecido y había engordado —a Eve le encantó comprobar estos cambios, aunque ambas cosas también eran aplicables a ella—, sino que también tenía un aspecto más sosegado, ya no irradiaba esa impaciencia que parecía consustancial a su personalidad. Incluso masticaba más despacio que antes.

—Esto está delicioso. —Clavó el tenedor en el plato sureño de salchichas, pasta y queso que había preparado Eve—. En casa nunca comemos este tipo de cosas.

—Se me había olvidado que no digieres muy bien el gluten —dijo ella—. Espero que no te importe.

—¿Tengo pinta de que me importe? —Ted sonrió a Brendan—. Tu madre cocina muy bien. Siempre lo ha hecho.

Aunque Eve agradeció el elogio —Ted no siempre había sido tan efusivo—, estaba un poco molesta por su actitud relajada y alegre, como si aquello fuese una plácida reunión hogareña y no una crisis familiar. Era una parte de su matrimonio que Eve recordaba demasiado bien, esa sensación de estar siempre mal sincronizada con los estados de ánimo de Ted, de tener que nadar siempre a contracorriente.

—¿Cómo está Jon-Jon? —preguntó Brendan.

—Está bien. —Ted asintió con aire pensativo, confirmando su propia aseveración—. Hace un montón de dibujos en el colegio. Está obsesionado con los círculos. El resto de formas geométricas le interesan menos.

—El fin de semana de padres lo encontré mucho mejor —dijo Brendan.

—Nos lo pasamos muy bien —aseguró Ted—. Lástima el avión.

Eve sabía lo de la rabieta de Jon-Jon en el campus de BSU. No podía imaginar lo que debía sentirse al ver a tu hijo en una situación tan dolorosa sin poder ayudarlo y con todos esos desconocidos mirando.

—¿Sabes lo que hice la semana pasada? —dijo Ted—. Fui a uno de esos locales para batear. Hacía años que no iba.

—A mí me encantaba ir —dijo Brendan.

—Pues vamos un día —le propuso Ted—. Y después podemos ir al Five Guys. Nos lo pasaremos fenomenal.

—Mola —dijo Brendan, pero Eve dudaba de que al final fuesen. Ted era fantástico proponiendo planes, pero luego no siempre cumplía.

Después, durante un rato, Ted y Brendan se pusieron a hablar de fútbol y a debatir sobre las grandes cualidades de *The Walking Dead*, una serie que a los dos les encantaba y que Eve se negaba a ver. No podía evitar sentirse un poco celosa de lo bien que conectaban. Cuando Brendan y ella se sentaban a solas a la mesa, la conversación rara vez era tan fluida.

—Bueno —dijo Eve cuando todos habían acabado—. Quizá es el momento de hablar del asunto espinoso que nos ha reunido, ¿no?

—¿En serio? —murmuró Brendan—. ¿Hay que hablar de eso ahora? Ted cogió el testigo parental, aunque con evidente desgana.

—Ha sido un semestre duro, ¿verdad?

Brendan asintió, incapaz de sostener la mirada compasiva de su padre.

—¿Quieres volver y acabar el curso? —Ted le hizo la pregunta con un tono tranquilizador, como si se dirigiese a un niño—. Solo queda un mes.

Brendan negó con la cabeza.

—¿Por algún motivo en concreto? —quiso saber Ted.

Brendan cerró los ojos y se encogió de hombros, un gesto más propio de un escolar que de un universitario.

—Lo odio. No aprendo nada.

—Bueno, ¿y quién tiene la culpa de eso? —intervino Eve.

Ted la hizo callar alzando la mano en un gesto de advertencia. Al final él siempre acababa haciendo el papel de poli bueno.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

Brendan asintió. Ted suspiró y miró a Eve.

—De acuerdo —dijo—. Supongo que eso es todo.

—¿Eso es todo? —Eve repitió la frase con incredulidad—. ¿No tienes nada más que decir?

—No sé qué más...

—¿Así que vamos a tirar por el desagüe dieciséis mil dólares?

—Eve —le cortó Ted—. No conviertas esto en un asunto económico.

—Siento ser tan miserable. ¿De qué te crees que va esto?



—De nuestro hijo —respondió Ted—. Va de qué es mejor para él.

Eve asintió, como impresionada por la sabiduría de su exmarido.

—Guau —dijo, siendo consciente mientras pronunciaba las palabras de que su comentario estaba fuera de lugar—. Nuestro hijo es muy afortunado por tener a un padre tan entregado.

Ted hizo caso omiso del comentario hiriente —actuó como si ella ni siquiera hubiese abierto la boca—, que era otra actitud que la sacaba de quicio.

—Escucha —dijo Ted haciendo su mejor interpretación del Señor Razonable—. Es una universidad muy grande. Quizá no encaja allí.

Eve sabía que esa era una posibilidad razonable, pero eso no rebajó su irritación.

—No me echas la culpa a mí —dijo—. No fui yo la que...

—Nadie te está echando la culpa —replicó Ted—. Por el amor de Dios, solo estoy diciendo que a veces las personas no toman la decisión correcta. Eso no quiere decir que tenga que ser definitiva.

Eve intentó soltar una carcajada, pero no lo logró.

—Pero ¿tú oyes lo que estás diciendo? —le espetó a su ex, pero este no respondió.

Ted dirigió su atención a Brendan, que se tapaba la boca con la mano como si estuviese a punto de vomitar.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿No puedes respirar?

Brendan negó con la cabeza y se echó a llorar.

—Lo siento —sollozó entre los dedos—. La he cagado.

Eve era incapaz de recordar la última vez que lo había visto llorar. Pensó que hacía al menos cinco años. Tal vez más. Pero el sonido le resultó de inmediato familiar, como una vieja canción en la radio. Ted se inclinó sobre la mesa y le dio a su hijo unas palmaditas en el brazo.

—Tranquilo —le dijo.

Brendan intentó recuperar la compostura.

—Siento... haberos decepcionado.

—Eh, eh. —Ted negó con la cabeza—. No digas eso. Nadie está decepcionado.

«Habla por ti», pensó Eve. Ted la miraba con las cejas alzadas pidiéndole un poco de apoyo.

—Está bien —dijo ella por fin, inclinándose sobre la mesa para darle palmaditas a Brendan en el otro brazo—. Todo va a ir bien.

La mañana siguiente, Brendan relleno los papeles para solicitar formalmente la baja académica en BSU. Un día después fueron al campus y sacaron sus cosas de la habitación de la residencia. Zack no estaba por allí para echar una mano, ni siquiera apareció para despedirse. No tardaron mucho en meter las pertenencias de Brendan en un contenedor naranja, bajarlo en el ascensor y embutir las cosas en el maletero del monovolumen. Apenas cabían, como al principio del semestre: el ventilador giratorio, el palo de lacrosse, los artículos de aseo, la cesta para bajar la ropa a la lavandería, la alfombra enrollada, la maleta y las bolsas de basura llenas de ropa. En septiembre todas aquellas cosas parecían impregnadas de ilusión, como un símbolo del futuro. Pero ahora tenían un aspecto desvencijado y deprimente, como si las hubieran rescatado de un montón de trastos viejos que alguien había dejado en la acera y hubiesen decidido llevárselas a casa.

## Alguien me ama

San Valentín pasó como cualquier otro sábado de invierno, lo cual de por sí ya era bastante horripilante. Eve se mantuvo razonablemente ocupada durante el día: fue a la compra, hizo la colada (había mucha más ropa que lavar desde que Brendan había vuelto a casa y sobre todo desde que había empezado a practicar CrossFit), pagó facturas y por la tarde dio un paseo a solas alrededor del lago semihelado. Ya de vuelta en casa, asó un pollo que acompañó con patatas pequeñas y coles de bruselas, una comida deliciosa preparada con todo el cariño que acabó degustando sola, porque su hijo tenía planes que había olvidado comentarle.

—Perdona —se disculpó—. Pensaba que te lo había dicho.

—No.

—Culpa mía.

«Sí», pensó ella. «Culpa tuya.»

—¿Con quién has quedado?

—Con Chris Mancuso —respondió él—. Creo que no lo conoces.

—¿Por qué no cenas en casa y sales después?

—Vamos a pedir pizza y veremos un partido de hockey. ¿Hay algún problema?

—No. Haz lo que quieras.

—Joder, ¿qué problema hay? —preguntó él—. Cuando estaba en la universidad, cenabas sola cada noche.

Era cierto, por supuesto. Durante el otoño había cenado sola encantada, porque así tenía que ser. La ausencia de su hijo formaba parte del necesario y correcto orden de la vida. El problema era su presencia ahora —un enorme paso atrás para ambos— y a eso se sumaba su asombrosa capacidad para acaparar más espacio del que le tocaba en la casa y ofrecer muy poco a cambio.

—Tienes razón. —Eve le señaló la puerta—. Pásatelo bien. Si bebes, no conduzcas.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Brendan con tono cansino, como si fuese una persona adulta y madura de la que se pudiera esperar sensatez—. Disfruta del pollo.

Eve remoloneó todo lo que pudo en la mesa —se lo merecía— y después arrastró los pies hasta la cocina, haciendo todo lo posible por postergar el momento en que ya no le quedara nada por hacer y que marcaba el inicio oficial de lo que ya sabía que sería una noche melancólica e insomne.

Así había sido durante todo el invierno. Le resultaba difícil relajarse cuando oscurecía, no lograba acurrucarse con un libro o permanecer en el sofá el tiempo suficiente para ver una película de principio a fin. Era un saco de nervios y energía. La embargaba la agobiante e inquieta sensación de que tenía que ir a alguna parte, de que había algo más —algo urgente e importante— que debía hacer. Pero ese era el drama: no tenía adónde ir ni nada que hacer.

Toda la libertad que había experimentado durante el otoño, esa mareante sensación de nuevos horizontes, había desaparecido por completo. Ya no era una estudiante que cavilaba sobre teoría feminista, bebía y bailaba con sus amigos, exploraba su sexualidad y cometía errores estúpidos pero muy excitantes. Ahora no era más que una simple mamá madura que cortaba cebollas, se sentía abandonada y limpiaba las pelusas del filtro del aspirador. Se sentía limitada y constreñida, como si la vida la hubiera vuelto a meter en una caja que conocía muy bien pero que se le había quedado pequeña. Y sin embargo, la vida no le había dado ningún empujón. Ella misma se había sometido voluntariamente al confinamiento, metiéndose en la caja y cerrando las solapas de cartón sobre su cabeza.

Se dijo que lo había hecho por Brendan. Después de todo, él era el universitario de la familia, no ella, pese a que ella había completado el primer semestre de forma brillante, ganándose un sobresaliente en el curso de Margo y encendidos elogios por su trabajo final, que exploraba la tensa relación entre el feminismo radical y el movimiento transgénero.

«¡¡¡Excelente!!!», había garabateado Margo en la última página, con una letra desaliñada y casi ilegible que Eve no pudo evitar identificar como

masculina, pese a que sabía que era un reflejo mental mezquino, una suerte de transfobia residual. Pero la prioridad era Brendan: era él quien de verdad necesitaba asistir a clases universitarias durante el semestre de primavera, y ECC era el sitio más adecuado para que lo hiciese. Eve comprendió que era un momento delicado en la carrera académica de su hijo —tenía la autoestima por los suelos— y le había parecido adecuado darle espacio, ahorrarle el bochorno de asistir a la misma universidad que su madre e incluso topársela en la biblioteca —si es que él ponía alguna vez los pies allí—, o tener que comparar sus notas con las de ella.

En ese momento a Eve le había parecido un sacrificio menor, un breve paréntesis en su formación, pero resultó ser una renuncia mucho más terrible de lo que se imaginaba. Sin una clase a la que asistir y que la obligase a salir de casa, que la hiciese pensar con rigor y le posibilitase relacionarse con personas afines, su vida intelectual quedó en dique seco y su vida social entró en coma. Se sentía como una adolescente castigada de forma indefinida por un estúpido desliz, aunque al mismo tiempo era la madre que había impuesto el castigo, lo cual significaba, una vez más, que solo podía echarse la culpa a sí misma.

Chris quería la última alita de la bandeja. Le dije que la cogiese.

—Están buenísimas —dijo.

Me mostré de acuerdo; tenía un montón de huesos en mi plato para probarlo. Pero me sentía un poco culpable, porque mi madre había cocinado un pollo entero en casa, y aquí estaba yo comiendo alitas picantes en la Casa de la Pizza de Haddington.

—En mi universidad había un sitio, Pennyfeathers creo que se llamaba, donde preparaban unas alitas impresionantes. Tío, durante los fines de semana repartían hasta las dos de la madrugada. —Su mirada se perdió en la lejanía y se pasó un buen rato asintiendo—. Echo de menos esas alitas.

Chris echaba de menos un montón de cosas de la universidad. A sus compañeros de fraternidad, a sus compañeros del equipo de fútbol, la heladería alucinante que vendía cornetes de pasta de gofre bañados en

chocolate, todos los bares de la calle 12 que hacían la vista gorda si presentabas un carnet de identidad falso, y ahora esas alitas de Pennyfeathers.

—Fueron buenos tiempos —me aseguró.

Chris y yo nos conocíamos un poco del equipo de fútbol americano del instituto de Haddington, pero él era dos años mayor y formaba parte de la alineación titular cuando yo todavía calentaba banquillo. Había oído que estaba en una de esas universidades pequeñas en Pensilvania, de modo que me llevé una grata sorpresa cuando me lo crucé en el pasillo de ECC, donde apenas había nadie a quien conociese del instituto (la única excepción era Julian Spitzer, que aparecía cada vez que doblaba una esquina, aunque los dos pasábamos de largo como si no nos conociésemos de nada, como si no me lo hubiera encontrado durmiendo en mi puta cama esa noche, un recuerdo que todavía me producía escalofríos). Chris me contó que lo habían mandado de vuelta a casa durante un semestre por una mierda disciplinaria y me propuso que tomáramos unas cervezas algún día. Pensé que lo decía por quedar bien, pero volvió a proponérmelo cuando nos tropezamos en CrossFit. Y yo no tenía nada mejor que hacer, claro.

—Supongo que tienes muchas ganas de volver allí —le dije.

—No sé si voy a volver. —Se limpió la boca con una servilleta, pero se dejó un resto de grasa en la barbilla—. Sin la fraternidad va a ser un coñazo.

—¿Qué quieres decir?

—Nos la cerraron. Cinco años de suspensión.

—¿Por qué?

—Por ese chaval. ¿No has oído hablar de eso?

—Creo que no.

—Vaya. —Parecía sorprendido de que el asunto no fuese de dominio público—. Un novato que pasaba el rito para entrar en nuestra fraternidad murió de un coma etílico. La noticia corrió por internet.

—¡Hostia puta! ¿Tú estabas allí?

—Más o menos. Estaba jugando a hockey de mesa en la sala de juegos, metido en mi rollo. Vi a ese chaval tambaleándose, pero no era el único que estaba en ese estado. Todos los novatos estaban totalmente pedo. —Se bajó la visera de la gorra de béisbol, como si fuese un famoso que no quisiera que lo

reconociesen—. Supongo que salió a vomitar y todo el mundo se olvidó de él. Mi colega Johnny lo encontró a la mañana siguiente tirado en el césped.

—Dios. ¿Cuánto bebió?

—Un montón de chupitos de vodka.

—¿Como cuántos?

—No lo sé. —Chris parecía cabreado—. No era más que un jodido juego. Todo el mundo hace que parezca que fue culpa nuestra, como si le hubiéramos forzado a beber. Pero estaba encantado de participar. Gritaba y chocaba los cinco con todo el mundo. Se lo estaba pasando de puta madre.

Se calló, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que no era el mejor modo de explicarlo.

—Tuvimos que escribir cartas de disculpa a sus padres, y eso fue muy jodido. Y después hubo una investigación y expulsaron a toda la fraternidad. Daba igual si estabas involucrado o no. Y ahora si quiero regresar tengo que volver a hacer una petición de ingreso. Para mi último año. ¿Te lo puedes creer?

—Guau —dije—. Pensaba que habías suspendido una asignatura o algo por el estilo.

—Eso al menos tendría sentido.

—¿Y qué piensas hacer?

Chris cogió otra servilleta del servilletero. En lugar de limpiarse la boca, la desplegó con sumo cuidado y la colocó encima del plato, como si cubriese los huesos con una sábana.

—Quizá me aliste en los marines —dijo—. Lo que quiero es largarme de aquí, ¿sabes?

Facebook no iba a permitirle olvidarse ni un segundo de qué día era, inundándola con imágenes de corazones y flores, un torrente en apariencia inagotable de memes edulcorados, fotos de parejitas felices y cariñosos homenajes a las fieles parejas.

«Gus, gracias por veintidós años de rosas rojas!»

«Una cena romántica en el Nido de Amor. Soy tan afortunada...»

«Este hombre maravilloso no solo me ha regalado UN DÍA estupendo! Me ha regalado UNA VIDA estupenda! Te amo, Mark J. DiLusio!!!»

«Acurrucada junto al fuego con mi apuesto amorcito el día de San V.»

«Alguien va a recibir una pequeña sorpresa esta noche...  
#voyasertraviesa»

Hizo lo posible por tomárselo con deportividad, poniendo un puñado de *likes* poco entusiastas y ofreciendo un comentario de apoyo en los casos en que era pertinente, pero acabó dejándolo correr después de unos minutos de amargados jugueteos con la pantalla. No era que envidiase la felicidad de sus amigas, no era de ese tipo de personas, solo deseaba que fuesen un poco más moderadas en su exhibición, un poco más discretas.

«Habéis triunfado», pensó. «No tenéis ninguna necesidad de regodearos.»

Sabía que las triunfadoras no tenían la sensación de estar regodeándose —según sus ingenuos planteamientos, solo estaban celebrando una festividad y compartiendo sus emociones con las personas a las que querían—, pero a Eve le resultaba difícil no tomárselo como algo personal, no sentirse como una alumna de instituto llorosa que se ha quedado sola en casa mientras todas sus compañeras están bailando acarameladas en la fiesta de graduación. Era mucho más fácil ser una perdedora en la época anterior a las redes sociales, cuando la gente no estaba tan versada en restregarte las cosas, plantándote ante tus narices y en tiempo real la diversión que te estabas perdiendo.

No me entusiasmaba la idea de ir a la fiesta de un grupo de chavales del instituto —algo un poco cutre cuando ya te has graduado—, pero Chris estaba empeñado en ir. Se había hecho amigo de la chica que daba la fiesta y me aseguró que era muy enrollada y sensata, pese a que iba a la Academia Hilltop, un instituto de la ciudad casi tan caro como una universidad de la Ivy League.

—¿De qué la conoces? —le pregunté. Los alumnos del instituto de Haddington y los de Hilltop normalmente no se mezclaban.

—Del campamento de verano. Ella era supervisora junior. Flirteamos un montón, pero no llegamos a enrollarnos. Y ahora tengo la esperanza de llevar



la cosa al siguiente nivel.

—Me parece estupendo —dije—. ¿Te importa si te acerco y después me voy? No estoy de humor para fiestas.

—Tío —me dijo, como si no estuviese cumpliendo las expectativas que se había hecho sobre mí—. Entra un momento y tómate una cerveza. Si no te gusta, te marchas, ningún problema. Pero no te comportes como una nenaza.

Su amiga se llamaba Devlin y vivía en Haddington Hills, en lo que parecía una casa bastante normal, solo que cuatro veces más grande que cualquier otra en la que yo hubiera estado. Era medio asiática y muy guapa, e iba vestida con una falda corta negra y calcetines blancos hasta las rodillas. En el corazón de papel que llevaba prendido en la blusa se leía: «¿Eres mi cita de San Valentín?».

—Oh, Dios mío. —Le dio a Chris un caluroso abrazo, como si este volviese de entre los muertos—. Cómo me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo —replicó él—. Este es mi colega Brendan.

Después de la euforia del abrazo, Devlin me miró con severidad.

—Vas a tener que ayudarme a sacárselo de la cabeza.

—¿El qué?

—Lo de alistarse en los marines. Es una locura.

—Mala suerte —dijo Chris—. Porque Brendan se va a alistar conmigo. Devlin me miró consternada.

—¿En serio?

—¿Por qué no? —dije—. Alguien tiene que hacerlo.

Yo solo estaba bromeando, siguiéndole la corriente a Chris, pero Devlin no lo sabía. Se lo contó a sus amigas y enseguida se corrió la voz por toda la fiesta. La gente solo quería hablar de eso, lo cual a mí me iba muy bien, porque me ahorraba el mal trago de tener que explicar que había dejado la BSU y que ahora vivía en casa de mi madre e iba a clases en la universidad local.

La mayoría de las chicas con las que hablé estaban radicalmente en contra de que me alistase, un par de ellas dijeron ser pacifistas y a las restantes les parecía demasiado peligroso o pensaban que tenía más sentido

formar parte de los Peace Corps y ayudar a la gente en lugar de intentar matarla. Algunos de los chavales se mostraban más entusiastas y me preguntaban si me había planteado las Fuerzas Especiales, porque esos tíos eran los verdaderos machos, los Rangers, los Seals y la Delta Force.

La mejor conversación la mantuve con un chico negro de piel bastante clara llamado Jason, corredor de medio fondo y que en otoño iba a ir a Dartmouth. Había asistido a un curso de verano sobre Literatura de Guerra Contemporánea y me habló de un montón de libros que le gustaban —a mí solo me sonaba uno, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, que había leído en clase de Literatura en mi penúltimo año de instituto— y después nos pusimos a hablar de películas. Teníamos gustos muy similares, a los dos nos gustaba *El único superviviente* y *En tierra hostil*, y también *Tropic Thunder*, que no era exactamente una película de guerra, pero era muy divertida.

—Aunque no muy políticamente correcta —comentó—. Ya sé que se supone que no tengo que reírme de Robert Downey Jr. con la cara pintada de negro, pero joder, si algo es divertido pues lo es. ¿No crees?

—Claro —dije, y brindamos con los botellines de cerveza.

Jason era uno de los pocos tíos de la fiesta que llevaba un corazón de papel prendido al pecho. El suyo decía: «¡Alguien me ama!». Le dio unos golpecitos con dos dedos.

—Bueno —dijo—. Tengo que volver con mi chica antes de que alguien me la robe.

Después bailé con una amiga de Devlin llamada Addison, en cuyo corazón se leía: «Hazme una oferta». Yo no bailaba desde mi cita con Amber y me sentí de maravilla moviendo el cuerpo en la oscuridad, sudando y haciendo el tonto con un grupo de gente enrollada a la que acababa de conocer. Era casi como si hubiese vuelto a la universidad, solo que esta universidad era mejor que BSU, y yo también era mejor persona, un tío sensato con opiniones interesantes y un plan sólido de futuro.

Solo había bebido dos cervezas, de modo que no estaba ni ligeramente borracho, pero sí necesitaba ir al lavabo. Addison me dijo que estaba al fondo

del pasillo, justo después del estudio.

De camino me distraje un poco. El pasillo era largo y las paredes estaban llenas de fotografías de Devlin, su hermano pequeño, su madre y su padre, una familia de gente guapa que parecía vivir siempre cerca del agua —playas, lagos, piscinas, fuentes— y siempre que les sacaban una foto se estaban riendo de algo.

La primera habitación en la que asomé la cabeza era un despacho y en la segunda había una colchoneta de yoga en el suelo junto a una enorme pelota roja de ejercicio. Localicé el estudio al tercer intento: estanterías, una chimenea, sillones de cuero.

—Perdón —dije, porque también había un sofá, ocupado por Jason y la chica con la que se lo estaba montando. Estaban muy metidos en faena y mi aparición les sobresaltó—. Estaba buscando el...

—¿Buscando qué? —preguntó Jason después de un incómodo silencio.

No respondí. Miraba a la chica. Y ella me miraba a mí, tan desconcertada como yo.

—¿Becca? —dije—. ¿Qué haces aquí?

Eve cerró los ojos y suspiró con fuerza, como hacía siempre antes de ponerse a ver porno. Era una reacción a medio camino entre la admisión de la derrota y un intento de despejarse la cabeza y crear un espacio mental libre de juicios morales y abierto a las sugerencias eróticas.

En los últimos meses había moderado mucho el consumo de porno —una de las consecuencias positivas del regreso de Brendan—, pero todavía visitaba milfateria de vez en cuando, casi siempre en noches como esa, en las que estaba aburrída, se sentía sola y buscaba algo que la animase o, al menos, la distrajese un rato.

«Yo también me merezco un poco de placer», pensó, una frase que no estaría mal como actualización de estado —y no digamos ya como epitafio para su tumba— de haberse atrevido a ponerla en Facebook.

No creía que Brendan fuera a volver pronto a casa, pero subió a su dormitorio y cerró la puerta con el pestillo por si acaso. Se quitó los tejanos,

se tumbó en la cama y se puso a buscar, haciendo clic en cualquier vista en miniatura que le llamase la atención.

Como mínimo, en milfateria nadie se había enterado de que era San Valentín. Los protagonistas de los vídeos porno seguían a lo suyo, las veinticuatro horas, día tras día, con una energía inagotable y un entusiasmo a prueba de bomba, del todo ajenos al calendario. Follaban en Navidades, follaban el Día del Planeta, el Cuatro de Julio y el Día de Acción de Gracias; sus polvos no se veían alterados en lo más mínimo por las guerras, los ataques terroristas o los desastres naturales. Nunca se ponían enfermos, nunca se cansaban, nunca envejecían. Eve cayó en la cuenta de que algunos de ellos probablemente ya habían muerto, aunque no había modo de averiguar quiénes. Pero ahí seguían, en la pantalla, enfrascados con desenfreno en su tarea, pasándose en grande.

«Me alegro por vosotros», pensó. «Seguid a lo vuestro.»

Se alegraba por lo bien que se lo pasaban, pero no lograba excitarse, lo cual había empezado a no ser tan infrecuente las últimas semanas. Ya no sabía lo que quería. El material de MILF lesbianas le ponía nerviosa, y no había sido capaz de encontrar otra categoría que la sustituyese. Algunos temas del menú parecían demasiado familiares, mientras que otros eran demasiado específicos. Casi siempre acababa echando un vistazo a las MILFS caseras, mujeres normales y corrientes que mantenían relaciones sexuales bastante normales, por lo general con sus maridos, si una se creía la breve descripción que acompañaba a los vídeos.

El problema era que a Eve cada vez le interesaban más las mujeres y menos el sexo. Se empeñaba en intentar descifrar quiénes eran y cómo habían acabado en la pantalla del portátil. ¿Lo habían hecho de forma voluntaria o sus parejas las habían presionado? ¿Se les había pasado por la cabeza que algún día sus hijos podían ver el vídeo? ¿O que podían verlo sus padres, sus vecinos o sus compañeros de trabajo? ¿No querían ni pensar en estas posibilidades o simplemente les daba igual? ¿O quizá se sentían orgullosas, como si por fin tuvieran la oportunidad de enseñar al mundo lo mejor de sí mismas?

Debió de hacer clic en más de una veintena de vídeos, buscando algo capaz de arrastrarla fuera de su cabeza y de centrarla en su cuerpo, pero nada

funcionó. Fue triste fracasar en la tentativa de masturbación —de nuevo, la única culpable era ella—, pero al menos era mejor que fracasar con una pareja. Aquí al menos no había que disimular ni disculparse, ni consolar a nadie ni pretender que no pasaba nada. Te limitabas a apagar el ordenador, negar con la cabeza y dar el tema por zanjado.

Intenté localizar a Chris antes de marcharme de la fiesta, pero alguien me dijo que había subido a la primera planta con Devlin. Imaginé que al fin lo había conseguido, así que me dirigí al vestíbulo para recoger mi chaqueta. Y allí fue donde me topé con Becca.

—Brendan, lo siento. —Estaba plantada en la entrada, con su aspecto de siempre (todos los botones abrochados, cada cabello en su sitio), que no era el aspecto que tenía en el estudio un rato antes—. Te lo tendría que haber contado.

Los abrigos estaban amontonados en una enorme pila y la mayoría de ellos eran plumíferos negros como el mío.

—Lo que tú digas —le solté, mientras apartaba una parca roja de chica—. Supongo que no estabas tan ocupada como creías.

Yo había intentado retomar la relación con ella a principios de diciembre, unas semanas después de volver a casa y de dejar la BSU, pero ella había dicho que estaba colapsada con los deberes del instituto y las solicitudes de ingreso a las universidades y no tenía tiempo para salir conmigo.

—Quería mandarte un mensaje —dijo.

Me resultaba violento mirarla, no solo porque casi había olvidado lo buena que estaba, sino porque además llevaba un corazón de papel que decía exactamente lo mismo que el de Jason: «¡Alguien me ama!».

—¿Cómo lo has conocido? —le pregunté.

—Por Instagram —respondió—. Es muy buen tío.

Encontré mi chaqueta. Sabía que era la mía porque mi madre había escrito mis iniciales en la etiqueta interior antes de que me marchase a la universidad.

—Lo sé —dije—. He estado hablando con él.

Intenté pasar rápido, esquivándola para salir, pero ella me agarró del brazo.

—¿Brendan? —me preguntó—. ¿En serio vas a alistarte en los marines?

—Me lo estoy pensando.

Se quedó mirándome fijamente unos segundos, como si intentase imaginarme con el uniforme azul.

—¿Sabes qué? —me dijo—. Creo que te vendría muy bien.

No tenía ganas de volver a casa, así que di una vuelta con el coche. Cuando conducir sin rumbo empezó a aburrirme, me dirigí al instituto y me senté en la fila más alta de las gradas del estadio, desde donde podía ver el campo. Wade, Troy y yo habíamos hecho varias veces lo mismo durante el verano. Era un rollo nostálgico, una manera de recordar nuestros días de gloria.

No hacía mucho frío para ser febrero, supongo que debido al cambio climático, aunque tal vez no obedeciese más que a un patrón climático tipo la corriente del golfo o algo por el estilo. No sabía demasiado del tema. Había leído para mi clase de informática un capítulo de un libro que daba a entender que se aproximaba el fin del mundo, pero en la vida real yo no lo percibía. Lo que percibía era que hacía una noche fantástica.

Ahora que ya lo había digerido, me di cuenta de que no estaba tan cabreado con Becca. Tendría que haber estado furioso con ella por haberme mentido en diciembre, pero sabía que dejándome con la excusa de que estaba demasiado ocupada para mantener una relación, solo intentaba ser amable conmigo. Y no podía criticarla por salir con Jason, aunque hubiera preferido que se hubiera liado con alguien más vulgar y que no me hiciese sentir como un perdedor al compararme con él.

La única chica con la que de verdad estaba cabreado era Amber. En diciembre y enero le había enviado un montón de mensajes, solo para contactar con ella, para entablar un diálogo, pero ella amenazó con bloquear mi número si seguía molestándola. Desde entonces no había vuelto a intentarlo, de modo que imaginaba que se habría calmado un poco. Pensé en decirle que me iba a alistar en los marines —con eso al menos captaría su

atención—, pero en realidad no pensaba alistarme ni de coña. Tenía cero interés en afeitarme la cabeza y todavía menos en ir a Afganistán.

Me pasé un buen rato pensando qué podía decirle. Ya me había disculpado con ella un montón de veces y eso no me había llevado a ninguna parte. No se me ocurría nada gracioso, entrañable o ni siquiera interesante que decirle, de modo que me limité a desearle un feliz día de San Valentín y ahí lo dejé. No me respondió, pero vi que había leído el mensaje, y supongo que eso era mejor que nada.

Eve estaba profundamente dormida cuando sonó el móvil y la despertó de forma abrupta. Se incorporó, apartó la colcha y tecleó su código de acceso, mientras su todavía atontado cerebro repasaba posibles desastres.

El mensaje provenía de un número de teléfono que no reconoció. Contenía tres palabras, una triste broma lanzada por el universo.

«Feliz San Valentín!»

Se tomó un momento para respirar hondo y amansar los acelerados latidos de su corazón.

«Quién eres?»

Hubo una breve pausa y después se oyó un gozoso ¡blup!

«Soy Julian»

El resplandor de la pantalla le molestaba en los ojos. Eve notó los dedos gordos y torpes al teclear.

«Cómo has conseguido este número?»

«En el listado de alumnos del curso... del pasado semestre.»

¿Era posible? Eve no recordaba haber puesto su número de móvil en el listado de clase. Pero tal vez sí lo había hecho. En cualquier caso, ya le había llegado otro mensaje.

«Te molesto?»

No sabía muy bien qué responder. Era todo un detalle que Julian se acordase de ella el día de San Valentín. Pero no en plena noche. Eso no estaba bien. Solo que, según el reloj de la mesilla de noche, no era de madrugada, únicamente pasaban unos minutos de las once. En cualquier caso, Julian ya había lanzado la siguiente pregunta:

«Estás en la cama?»

Y la siguiente:

«Estás desnuda?»

Eve tiró de la colcha para cubrirse las piernas. No estaba desnuda, pero casi. Solo llevaba las bragas y una camiseta, pero eso no era asunto de Julian.

«Julian..., por favor, no me hagas esto.»

Se produjo una pausa más larga.

«No me echas de menos?»

Esta pregunta era más fácil de responder. Claro que lo echaba de menos, igual que a todos los nuevos amigos de ese otoño, Amanda, Margo, Dumell, todo ese grupo de tan corta vida. Y además le debía una disculpa por lo sucedido aquella noche de noviembre y por no responderle a los emails que le mandó los días siguientes. Pero este no era ni el momento ni el lugar para mantener ninguna de esas dos conversaciones.

«Has estado bebiendo?», le preguntó Eve.

«Estoy pedo»

«Dónde estás?»

La respuesta de Julian llegó en una rápida sucesión de globos de texto que se fueron acumulando.

«Vermont»

«Visitando a un amigo en la UVM»

«Una chica me ha tirado los tejos en una fiesta»

«y no he podido evitar pensar»

«que preferiría estar contigo»

Eve sonrió porque era un disparate que pensase en ella en esas circunstancias. Aunque en el fondo no era tan disparatado.

No era en absoluto disparatado si una lo pensaba detenidamente.

«La chica», escribió Eve, porque de pronto quería saberlo, «era guapa?»

«Diría que sí»

«Cómo era?»

Julian tardó unos instantes en agrupar sus ideas.

«eres muy sexy...»

«jodidamente sexy»



«Gracias», respondió ella, añadiendo un emoticono con una sonrisa.  
«Me siento halagada.»

Llegaron dos mensajes más mientras Eve mandaba el suyo.

«Me la pelo a todas horas»

«pensando en ti»

Eve hizo una mueca y de su garganta surgió un gemido gutural.

«Julian... Esto no es buena idea.»

«Ahora mismo estoy empalmadísimo»

Eve cerró los ojos e intentó no pensar en eso.

«Puedo mandarte una foto», añadió Julian.

«Buenas noches, Julian. Voy a apagar el móvil ahora mismo.»

Él no protestó, ni siquiera intentó hacerla cambiar de opinión.

«buenas noches eve»

Ella en realidad no apagó el móvil, pero Julian no volvió a mandarle ningún mensaje más, lo cual en cierto modo era una lástima, porque en realidad lo echaba de menos y pensó que a él le hubiera gustado saber — aunque ella jamás se lo habría confesado— que en esos momentos se estaba tocando pensando en su cuerpo. El orgasmo que antes se había mostrado esquivo de pronto resultó rápidamente accesible —estaba ahí, en la punta de sus dedos— y resultó mucho más intenso que ningún otro reciente que recordase.

«Gracias», le hubiera gustado decirle, «gracias por acordarte de mí».

## Dirty Martini

Eve sabía que había llegado la hora de volver a salir con alguien —era uno de sus tres primeros propósitos de año nuevo—, pero tenía que motivarse, convencerse de que esta vez tendría más éxito que en el pasado.

Consciente de que necesitaba apoyo moral, invitó a sus amigas más íntimas —Peggy, Jane y Liza— a una arenga motivacional y *brainstorming* en el Brasserie and Lounge de Haddington. Hacía meses que no salían a cenar —habían estado muy ocupadas en otoño— y todas se apuntaron de inmediato a la oportunidad de escabullirse de sus casas una noche entre semana de finales de invierno para beber unas copas de vino y poner su sabiduría romántica colectiva a trabajar en beneficio de una buena causa.

Aunque estaban muy excitadas ante la idea de organizar estrategias para revitalizar la vida amorosa de Eve, empezaron por donde siempre lo hacían, con una rápida puesta al día sobre sus respectivos hijos, motivo por el que en realidad se habían hecho amigas: jóvenes madres en el patio del colegio, en las bandas de los partidos de fútbol, en las fiestas escolares, repartos de premios y ceremonias de graduación, toda una época de sus vidas que parecía eterna mientras sucedía pero que de repente había quedado atrás. Había sido solo un capítulo, no la novela completa.

Jane echaba de menos a sus hijas, las inteligentes y encantadoras gemelas, a las que les iba muy bien en la universidad. El hijo de Liza, Grant, acababa de embarcarse en el semestre que pasaría navegando, y las fotos eran impresionantes. Peggy estaba entusiasmada de poder informar que Wade había sobrevivido al semestre de otoño, hincando los codos después de un par de desastrosos exámenes parciales, y al final había salido airoso con bienes y aprobados en los finales, un resultado mucho mejor del que se esperaban de él.

—Es fantástico —dijo Eve—. Debes estar muy orgullosa.

Peggy asintió con cierta reticencia, como disculpándose por ese orgullo. Jane y Lisa miraron a Eve con idéntica expresión solidaria.

—Brendan está bien —les explicó, esquivando la compasión de sus amigas—. Solo ha pasado una mala época. Demasiadas juergas y... no sé. Algo no funcionó. Todavía tiene que madurar un poco.

—Lo conseguirá —dijo Liza.

—Mira el lado positivo —añadió Jane—, al menos lo tienes en casa. Eso tiene que ser estupendo.

—Supongo que sí. Pero yo ya me estaba acostumbrando a hacer de nuevo mi vida. Y no quiero perder eso. Quiero salir y pasármelo bien, ¿lo entendéis?

Las amigas de Eve la animaron mucho y se mostraron seguras de que encontraría el amor por internet, o al menos daría con algunos candidatos prometedores. Lo único que había que hacer era afrontarlo con una actitud positiva.

—Una amiga de mi hermana, Denise, conoció a un tío en Match.com —explicó Jane—. Y se casaron. Él es un poco mayor que ella, dermatólogo jubilado. Se pasan la vida viajando. Ella está encantada.

—Con lo de un poco mayor —quiso saber Eve—, ¿estamos hablando de un cincuentón o de alguien de sesenta y pocos?

—Más bien setenta y algo —respondió Jane—. Pero en forma.

—Alto ahí —dijo Eve—. No quiero salir con un tipo de setenta y pico años. Me da igual lo en forma que esté.

—La cosa es que Denise contrató a un consejero amoroso, y por eso todo salió tan bien. El consejero la ayudó a redactar su perfil, le recomendó a un fotógrafo profesional para que le hiciese las fotos y le dio consejos sobre cómo responder a los hombres que la contactasen. Asesoró a Denise en cada paso. —Jane miró a Eve—. Te lo digo por si lo quieres tener en cuenta.

—Solo por curiosidad —dijo Eve—. ¿Sabes cuánto puede costar?

—Sale caro —admitió Jane—, pero Denise dice que ha sido la mejor inversión de su vida.

Peggy le dio una palmadita a Eve en la muñeca.

—Tú no necesitas un consejero. Nos tienes a nosotras.

—Desde luego agradecería un poco de ayuda para escribir mi perfil —admitió Eve—. Siempre parezco muy sosa. En fin, ¿qué debería poner?

—Sé sincera —Jane fue contando con ayuda de los dedos—. Eres una buena madre, una gran amiga, muy eficaz en tu trabajo...

—¿Lo ves? —Eve simuló desplomarse en su silla—. Estás confirmando lo que yo he dicho. Me duermo solo con pensar en mí.

—No te agobies con el perfil —dijo Liza, que llevaba divorciada más tiempo que Eve y había probado hasta el último sitio de internet sin éxito alguno—. Créeme. Lo único importante es la foto. Tienes que encontrar un buen fotógrafo y tienes que ponerte algo ceñido y escotado. Eso es lo que haría yo si tuviese tu figura.

—Tiene razón —confirmó Peggy—. Ve a la peluquería y ponte guapísima. Quizá tendrías que contratar a una maquilladora. La primera impresión es crucial.

En líneas generales, Eve estaba contenta con su pelo. Era denso pero manejable, y a diferencia de otras partes de su cuerpo había soportado la transición hacia la mediana edad sin perder demasiado su firmeza y lustre juveniles. Tenía que teñírselo, por supuesto, pero esa era la única intervención relevante. Cuando tenía treinta y pico había experimentado durante un periodo breve con un corte por encima de los hombros descarado y fresco, pero no funcionó, probablemente porque ella no era una persona descarada y fresca. Enseguida volvió a su corte universitario de probada eficacia —largo y suelto, con raya en medio, rollo cantante folk de bar bohemio—, excepto en el trabajo, donde optaba por el aire profesional y se hacía un moño o una coleta o se lo recogía con un broche de nácar.

Era un estilo sin estridencias y familiar, y empezó a preguntarse si ese podía ser el problema. Porque entendió que en cierta forma Liza tenía razón: había que transmitir una impresión atrevida si una quería triunfar en el despiadado mundo de las citas *online*, sobre todo si ya se había cruzado el Rubicón de la cuarentena. Y Eve tenía la creciente sospecha de que el peinado Joan-Baez/ trabajadora-social que había lucido durante la mayor parte de su vida adulta no iba a funcionar en ese contexto.

—Vamos allá —anunció mientras tomaba asiento para ponerse en manos del peluquero—. Intentemos algo nuevo para cambiar.

El peluquero, que se hacía llamar Christophe, aunque su verdadero nombre era Gary, se mostró encantado.

—¿Qué te gustaría?

—Tú eres el experto. Proponme algo.

La estudió en el espejo, asintiendo con seguridad y sin abrir la boca, como si ya hubiera concebido un plan.

—Que no sea muy loco —le advirtió ella.

Empezó cambiándole el color —su cabello era caoba oscuro, casi negro — a un luminoso castaño con reflejos rubios que resaltaba el tono avellana de sus ojos. Después le desplazó la raya del centro hacia un lado y empezó a cortar, primero sin contemplaciones para rebajar el largo y después con tijeretazos más medidos para encuadrar el rostro de Eve con una serie de ingeniosos estratos engañosamente simples y naturales, pero que resaltaban la estilosa forma oval de su cara y la elegante curvatura del mentón (Eve no tenía ni idea de que su mentón fuese elegante) y al mismo tiempo disimulaban las zonas menos atractivas del cuello. Cuando el peluquero acabó de secarle el pelo con el secador, Eve se contempló asombrada.

—Oh, Dios mío —dijo, mientras Christophe tiraba del velcro que cerraba el blusón—. Eres un genio.

Él quitó importancia al cumplido con un gesto de la mano.

—Estaba todo ahí —le dijo—. Solo había que desbrozar un poco para que luciese.

Eve se pasó la tarde mirándose una y otra vez en el espejo, esperando a que apareciese el típico remordimiento poscorte, pero en lugar de esa sensación de haberla pifiado que conocía muy bien —«¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se me ha ocurrido?»— lo que experimentó fue una insistente sensación de grata sorpresa.

Para asegurarse de que no se había vuelto loca, se hizo un *selfie* y lo colgó en Facebook junto con el descriptivo pie de foto «Nuevo look». La respuesta fue instantánea y arrolladoramente positiva, veintipico *likes* en los primeros diez minutos y un montón de comentarios de apoyo de sus amigas.

Fue muy gratificante, pero solo durante un rato. La sensación de euforia empezó a torcerse a medida que oscurecía y se le presentaba otra noche de sábado sin ningún plan. ¿Qué sentido tenía hacerse un corte de pelo fabuloso si no lo iba a ver nadie excepto Brendan, que ni se percataría del cambio hasta que ella se colgase un cartel al cuello?

—Esta mañana he ido a la peluquería —le dijo—. ¿Qué te parece mi corte?

Él la miró un par de segundos e hizo un seco movimiento de cabeza aprobatorio.

—Está bien —sentenció—. ¿Quién te lo ha cortado? ¿Ese tío francés?

—Christophe.

—Es gay, ¿verdad?

—Creo que sí. ¿Eso qué importa?

—No es nada malo —dijo Brendan—. Es solo que el tío tiene un nombre gay y un trabajo gay. Sería muy desconcertante que fuese hetero. Así es mejor para todo el mundo.

Brendan se marchó hacia las ocho y se metió en un Toyota lleno de abolladuras que conducía uno de sus amigos del CrossFit. En cuanto arrancaron, Eve subió a su dormitorio y se cambió de ropa, se puso una falda ceñida, una blusa entallada y el único par de zapatos de tacón de aguja para ocasiones especiales que todavía tenía. Se hizo un *selfie* de cuerpo entero en el espejo de la habitación, con los labios fruncidos, lo cual resultó menos ridículo de lo que se temía. Solo por probar, se desabotonó un par de botones de la blusa y sacó una foto del escote que dejaba entrever el sujetador negro, aunque jamás se le pasaría por la cabeza colgar una imagen de ese tipo. La hizo para consumo propio, para levantarse la moral, como prueba irrefutable de que todavía podía resultar sexy si la ocasión lo requería.

Ahora que se había arreglado, parecía una tontería no salir, aunque solo fuera a tomar una copa rápida, para tener un mínimo de contacto humano. Si se quedaba en casa, no le iba a suceder nada divertido ni interesante, eso estaba claro.

El Lamplighter estaba mucho más concurrido que en su anterior visita y la multitud del sábado era más joven y ruidosa de lo que se esperaba. Un poco incómoda con la situación, Eve se sentó en el último taburete libre de la barra y pidió un dirty martini a una camarera con cara de niña recién salida del instituto.

—¿Jim Howie no trabaja esta noche? —preguntó Eve.

La camarera la miró con suspicacia. Vestía una blusa corta y Eve vio una rosa negra tatuada que le asomaba por encima de la cintura de los tejanos.

—Hobie solo trabaja entre semana. ¿Lo conoces?

—Un poco. Nuestros hijos estudiaron juntos.

La chica asintió y cogió el billete de veinte que Eve había dejado en la barra. Cuando volvió con el cambio, frunció el ceño como si algo le rondase por la cabeza.

—Ya sé que no es asunto mío —le dijo—, pero tendrías que andarte con ojo. Hobbie es buen tío, pero suelta un montón de rollos que no se cree ni él. Y después se comporta como si nunca hubiera prometido nada.

—De acuerdo. —Eve bebió un sorbo del cóctel—. Gracias por la advertencia.

La chica sonrió con aire triste y se pasó la mano por el tatuaje, como si le doliese.

—No sé en qué estaba pensando.

—Bienvenida al club —le dijo Eve.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú y él...?

—No —respondió Eve—. Lo que quería decir es que una siempre se hace ilusiones y después...

La chica se rio y dijo:

—Has dado en el clavo con Hobbie.

—Seguro que sí —dijo Eve—. Pero eso no quiere decir que tú te equivocases teniendo esperanzas.

Al final la noche no fue tan mal. Bebió un par de copas, conversó con un par de tíos más o menos tratables de su edad —un tasador de casas divorciado y un expoli prejubilado con invalidez total, aunque se le veía muy

sano—, los dos razonablemente atractivos y sin nada interesante que decir. Pero lo importante era que Eve al menos lo había intentado.

Salió del bar pasadas las diez y se metió en el coche. Mientras esperaba que el motor se calentase —la noche era gélida— sacó el móvil y echó un vistazo a las fotos que se había hecho por la tarde. Eran muy resultonas, y no se trataba solo del corte de pelo y la ropa, sino de su mirada e incluso del modo en que posaba, con la mano en la cadera y la cabeza inclinada en el ángulo perfecto para transmitir sensación de seguridad en sí misma. Todo resultaba muy auténtico y proyectaba la imagen que ella quería transmitir.

«Vamos allá», pensó.

Seleccionó la segunda foto —la más sexy— y se la mandó a Julian. Se había pasado la noche queriendo dar ese paso. Resultó muy excitante pulsar por fin enviar y convertir la fantasía en realidad.

Julian no respondió de inmediato, de modo que Eve arrancó, salió del aparcamiento y emprendió el camino de vuelta a casa. Había recorrido apenas un par de manzanas cuando sonó la campanita del teléfono. Eve jamás conducía manejando el móvil, de modo que contuvo las ganas de leer la respuesta hasta que aparcó frente a su casa.

«Gran foto! Pero has olvidado abrocharte un par de botones.»

«Ha sido un descuido. He pensado que te gustaría.»

Bajó del coche y se metió en casa, con el corazón acelerado. No había nada tan excitante como el suspense que precede a la llegada de un mensaje de coqueteo, era como si durante la espera el mundo se detuviese, conteniendo el aliento hasta que el siguiente ¡ding! lo pusiera de nuevo en movimiento. Acababa de cerrar la puerta cuando llegó la respuesta de Julian.

«Me encanta!»

Eve le mandó un emoticono ruborizado que debió de cruzarse con el siguiente mensaje de Julian:

«Puedes hacerte una sin la blusa?»

Eve soltó una risotada, una melódica risa espoleada por los dos martinis.

«No seas glotón», le respondió.



## Una invitación

Como siempre, era el trabajo lo que la mantenía con los pies en el suelo, recordándole que todavía podía aportar cosas relevantes a su comunidad y al mundo. Era difícil sentir lástima de sí misma en el centro para mayores, donde se topaba con personas con problemas tan serios —artritis crónica, primeros síntomas de Parkinson, sordera, la muerte del amado cónyuge, un cheque de la Seguridad Social que no cubría ni siquiera los gastos mensuales más básicos— que los suyos parecían triviales. La capacidad de adaptación de los ancianos, su sentido del humor y su renuencia a quejarse, la determinación de mirar siempre el lado positivo de una mala situación (casi siempre con tendencia a empeorar) era al mismo tiempo una cura de humildad y un ejemplo alentador.

Ese invierno Eve se volcó en el día a día del centro con energía y compromiso renovados, delegando menos tareas en el personal y arremangándose más de lo habitual para ejercer el liderazgo que le correspondía. Ella en persona resucitó el club de lectura de novelas de misterio, que había ido languideciendo después del fallecimiento de su fundadora y *alma mater*, una profesora de literatura jubilada llamada Regina Filipek. Eligió *Perdida* como primer título y dirigió una animada, aunque a ratos decepcionante, discusión sobre los múltiples y complicados giros de la trama con un grupo de siete lectores en su mayor parte entusiasmados con el libro.

También se sumó a la liguilla de bolos de los martes por la mañana, incorporándose a un equipo llamado Las Viejecillas como sustituta temporal de Helen Haymer, que estaba sufriendo un episodio severo de vértigos que le impedían moverse de casa. A ninguno de los equipos rivales de Las Viejecillas le importó que Eve fuese treinta años más joven que la persona a la que sustituía. Esto se debía en parte a que les encantaba verla en la bolera —como directora del centro, era una especie de celebridad local—, pero sobre todo a que jugaba mucho peor que Helen, que había sido conductora de

autobús y mantenía una media de ciento cincuenta puntos, uno de los resultados más altos de la liguilla (Eve con suerte llegaba a los cien si tenía un buen día). En el instituto no había jugado nunca a deportes de equipo — creció justo antes de la edad de oro del atletismo femenino— y le sorprendió lo divertido que era formar parte de uno, felicitando a sus compañeras cuando conseguían un *strike* y animándolas cuando no derribaban ni uno, recordándoles que no importaba, que siempre habría una nueva oportunidad.

Los martes por la mañana no tardaron en convertirse en su momento favorito del calendario laboral. Se presentaba en el despacho con los tejanos más cómodos, respondía los emails y despachaba los asuntos que no podían esperar y después se subía al autobús de la residencia con sus compañeras de bolera. Chismorreaban durante todo el trayecto hasta la bolera de Haddington, donde casi siempre tenían las pistas para ellas solas. Era una vigorizante ruptura de la rutina diaria, con abundantes risas, palmadas y refrescos sin alcohol.

Justo antes de su quinto partido, las compañeras de equipo de Eve le regalaron una camiseta con el eslogan FUTURA VIEJECILLA estampado en la pechera. Eve se la puso con orgullo, hizo su mejor partido hasta el momento y consiguió unos respetables ciento diecisiete puntos. Ese día, más tarde, telefoneó a Helen Haymer para preguntar cómo se encontraba y la apenó oír que el problema con los vértigos no mejoraba, aunque probablemente no la apenó tanto como hubiera debido.

Al salir del trabajo una lluviosa tarde de miércoles a principios de marzo, Eve pensó en Amanda, en cómo le iría en la biblioteca. Se preguntó si sería correcto contactar con ella mandándole un breve y amistoso email para saludarla y hacerle saber que no la había olvidado. Probablemente no fuese una buena idea, pero el silencio que reinaba entre ambas dejaba algo pendiente en el aire, como un teléfono mal colgado.

En los últimos días Eve había pensado mucho en Amanda, porque tenía que encontrarle una sustituta lo antes posible —en una época de presupuestos municipales muy ajustados, había que llenar las plazas libres a toda velocidad, porque si no se corría el riesgo de que las eliminasen— y estaba en

pleno proceso de selección. Le habían llegado currículos de más de una cincuentena de aspirantes, muchos de ellos muy sobrecualificados para ese puesto mal pagado y de nivel básico. Una docena como mínimo tenían posgrados —la mayoría en Trabajo Social o en Administración de entidades sin ánimo de lucro— y dos habían acabado la carrera de Derecho para entonces darse cuenta de que ya había demasiados abogados en el mundo.

Eve había seleccionado a cinco candidatos y hasta el momento había entrevistado a tres. Todos habían resultado muy dignos, competentes, profesionales y vestidos de forma apropiada. Tenían experiencia y contaban con cartas de recomendación impresionantes. Hannah Gleezen, la joven con la que había hablado esa tarde, había acabado hacía poco la carrera en la Universidad de Lesley y había pasado los últimos seis meses trabajando sin remuneración como becaria en una residencia asistida en Dedham, donde cantaba números de bingo, organizaba un exitoso torneo de Scrabble y dirigía un coro que había contribuido de manera notable a elevar los ánimos de los residentes. Parecía cumplidora y jovial, y Eve no tuvo ningún motivo para dudar de su sinceridad cuando dijo que le encantaban los ancianos y estaba convencida de que su generación tenía un montón de cosas que aprender de sus mayores.

—Para mí este trabajo no consiste solo en ayudarlos a ellos —había asegurado—. Es más bien una carretera de dos direcciones.

Eve podría haberla contratado de inmediato. Los ancianos la adorarían y el equipo también. Era la absoluta antítesis de Amanda, que durante la entrevista había comentado que la gente mayor la inquietaba, no por sus ocasionales exabruptos racistas u homófobos y su entusiasmo por Bill O'Rilley —aunque todo esto ya era bastante horrible—, sino también por sus cuerpos averiados y la ropa espantosa que vestían, e incluso por cómo olían algunos de ellos. Aunque ella era consciente de que eso no era justo, no podía evitarlo.

Contratarla había sido arriesgado —Eve lo tuvo claro desde el primer día— y al final la cosa no había acabado bien, pero eso no significaba que hubiera sido un error hacerlo. Se sentía orgullosa de Amanda por haber intentado revolucionar el centro y de ella misma por haberse atrevido a hacer esa apuesta tan osada. No quería optar por una sustituta que no tuviese la

misma chispa, por alguien insulso y previsible, cuya elección pareciese una disculpa —o todavía peor, una traición a todo lo que había representado Amanda—, de modo que Eve le había estrechado la mano a Hannah y le había dicho que tendría noticias suyas en una semana más o menos, después de entrevistar al resto de candidatos.

La lluvia era fría e insidiosa. Mientras cruzaba el aparcamiento, notaba cómo algunas gotas se le colaban por el cuello del abrigo y se deslizaban por su espalda, pero aun así creyó detectar en el aire un difuso anuncio de la primavera, una lejana promesa de algo mejor. Era tarde, casi las seis y media, y el aparcamiento estaba desierto, con la excepción de su coche y un vehículo que no reconoció —un Volvo bastante nuevo— aparcado al lado, tan pegado a la línea divisoria blanca que parecía estar violando su espacio.

Los faros y el limpiaparabrisas del Volvo estaban encendidos, lo cual resultaba un poco inquietante y dificultaba que Eve pudiese distinguir algo a través del parabrisas. Tratando de que los faros no la deslumbraran, Eve se deslizó por el estrecho espacio entre ambos vehículos. Mientras pulsaba el mando a distancia —las luces de su coche la saludaron con un parpadeo—, se abrió la ventanilla del asiento del pasajero del Volvo.

—Eve. —Julian apareció inclinado por encima del cambio de marchas, vestido con una chaqueta militar verde con bolsillos en la pechera y en una postura que le obligaba a girar la cabeza y los hombros en un ángulo muy forzado—. ¿Qué tal?

Al volverse para mirarlo, Eve se golpeó el hombro con el retrovisor lateral del coche.

—Por Dios —dijo—. ¿Tenías que aparcar tan pegado?

—Lo siento. —Julian parecía avergonzado—. Estoy un poco oxidado. No cojo mucho el coche.

Eve pensó que era verdad. Nunca lo había visto detrás de un volante.

—¿Puedo... ayudarte en algo? —Le salió un tono más frío del que pretendía. La había desconcertado encontrárselo aquí, en su trabajo y sin previo aviso. No era una actitud que quisiese alentar.

—La verdad es que no —respondió Julian—. Solo esperaba poder hablar contigo.

Pasó un coche por la calle Thornton y de pronto Eve se sintió expuesta, como si la hubieran pillado en mitad de una transacción ilícita. Se cubrió ambos lados de la cara con las manos y se inclinó hacia la ventanilla abierta.

—Está lloviendo.

—Entra. —Julian señaló con un gesto de la cabeza el asiento del pasajero—. Tengo la calefacción puesta.

Eve sabía que la culpa era suya. No tendría que haberle enviado esa foto a Julian la otra noche. Había sido un acto estúpido e imprudente. Y ahora le tocaba apechugar con las consecuencias. Con él. Y hablar con él —afrentar su comprensible confusión, disculparse por los mensajes contradictorios que le había enviado— era lo mínimo que podía hacer.

—Solo un minuto —le dijo—. Tengo que volver a casa para preparar la cena.

La puerta no se podía abrir del todo por el chapucero modo de aparcar de Julian, de manera que Eve tuvo que hacer algunas piruetas para deslizarse en el interior del Volvo. Se sintió más tranquila una vez dentro, donde ya no la podían ver desde la calle.

—Te he echado de menos —le dijo él.

Eve asintió, aceptando el sentimiento, pero sin dejar ver que fuese mutuo. Se miraron un buen rato, familiarizándose de nuevo después de no verse durante todo el invierno. Él se había dejado un poco de barba en mejillas y barbilla, un desaliñado aire hipster que le añadía un par de años al rostro.

—Me gusta tu peinado —le dijo Julian—. Te queda muy bien.

—Gracias.

—El de antes también me gustaba —añadió raudo, no fuese que el cumplido la ofendiera—. Pero este te queda mejor. Estás muy sexy.

Eve dejó escapar un suspiro de advertencia, más dirigido a sí misma que a Julian, un recordatorio para no salirse de la ruta fijada, para no dejarse arrastrar hacia una conversación que sería mucho más placentera (y peligrosa) que la que debían mantener.

—Julian —dijo—, te agradezco el cumplido. Pero tengo edad como para...

—No me importa —la cortó él.

—Escucha. —Negó con la cabeza con un apesadumbrado gesto de remordimiento—. Sé que he hecho algunas cosas que han complicado la situación entre nosotros y de verdad que lo siento. Pero no somos pareja. Jamás podremos ser pareja. Creo que lo sabes tan bien como yo.

Él le dejó ganar ese punto sin ofrecer resistencia.

—Lo sé perfectamente.

—Muy bien, estupendo. —Eve sonrió aliviada—. Me alegro de que coincidamos.

Julian miró a través del parabrisas —los limpiaparabrisas seguían moviéndose a un lado y a otro— con una taciturna intensidad que a Eve le recordó a su novio del instituto, Jack Ramos, un jugador de béisbol de mirada tristonera con un temperamento explosivo. Jack se había echado a llorar cuando ella rompió con él, y después le ordenó bajar cagando leches de su puto coche, un Volkswagen amarillo que olía a calcetines sucios. En aquella época todavía no existían los móviles y le llevó una hora regresar a casa en plena noche. Pero le había parecido un precio razonable a pagar, porque fue ella la que quiso romper y se había quitado un gran peso de encima al acabar esa relación.

Julian estiró el brazo por encima del cambio de marchas y le cogió la mano. Eve se quedó tan sorprendida que no se resistió.

—Solo esperaba que pudiésemos follar de vez en cuando —le propuso, acariciándole los nudillos con la yema del pulgar. A Eve el gesto le provocó una sensación nostálgica, un recuerdo hecho carne—. No se tiene por qué enterar nadie.

Ella se rio. No se esperaba algo así. Reaccionando tarde y no sin cierto pesar, apartó la mano.

—Julian —le dijo—. Eso no va a pasar.

—¿Por qué no?

Eve dejó escapar un quejido de perplejidad.

—No sé ni por dónde empezar.

—Dame una sola razón.

—¿Me estás tomando el pelo? Quiero decir, en serio... ¿Cómo íbamos...?

—Mis padres están de vacaciones.

En un primer momento, Eve no lo entendió. Pensó que estaba cambiando de tema, aceptando su derrota.

—Van a estar fuera toda la semana. —Se calló un momento, dándole tiempo para que siguiera su razonamiento—. Pásate la noche que quieras. Pronto, tarde, me da igual. Me avisas con un mensaje y vienes.

Eve no podía ni imaginárselo. ¿Qué iba a hacer? ¿Subir los escalones de la entrada y llamar al timbre? ¿Quedarse allí plantada, a la vista de todo el vecindario, esperando a que él le abriese la puerta? Pero él pareció leerle la mente.

—Dejaré abierta la puerta del garaje. Puedes entrar directamente. Para cerrarla he atado un cordel al interruptor y lo he colgado del techo. Lo alcanzarás desde el asiento del coche. Tiras del cordel y la puerta se cierra automáticamente. No te verá nadie.

Eve no sabía qué decir. Parecía un buen plan, simple y del todo plausible, si la persona que tirase de ese cordel fuese cualquiera menos ella.

—Lo tienes todo planeado —murmuró.

Julian la miró. La expresión de su cara era seria, rebosante de deseo adulto. Era como si Eve pudiese ver a través del estudiante universitario al hombre en que se convertiría en el futuro.

—No he pensado en otra puta cosa —le confesó él.

## Coyote

Eve no tenía intención de acudir a escondidas a una cita amorosa con un chico de diecinueve años cuyos padres estaban de vacaciones. Aparte de la diferencia de edad, motivo ya más que suficiente para echarse atrás, todo el montaje le parecía sórdido y vagamente degradante: la puerta del garaje abierta, la cuenta atrás (¡oferta válida solo por una semana!) y el rollo cita-consexo/amigos-con-derecho-a-roce que Julian proponía. Olía a receta infalible para acabar arrepintiéndose, si es que no acababa directamente en un desastre. El mero recuerdo del encuentro semiclandestino en el centro para mayores —la gélida lluvia, los dos coches pegados en un aparcamiento vacío, el breve interludio con Julian cogiéndole la mano— ya la hacía sentirse ridícula y un poco inquieta al evocarlo ahora.

Recordaba haber leído hacía unos años una columna con consejos de un experto que sugería la siguiente regla general: «Si estás pensando en hacer algo que no serás capaz de confesarle a tu cónyuge o a tu mejor amigo, ¡NO LO HAGAS! ¡YA SABES DE ENTRADA QUE ESTÁ MAL!». Era un consejo solvente, incuestionable, y sin duda aplicable a su actual dilema. Con la posible excepción de Amanda —con la que en cualquier caso Eve no mantenía en estos momentos ningún contacto— no era capaz de imaginarse a nadie a quien pudiese confesárselo; cualquier adulto responsable se mostraría horrorizado al enterarse de lo que ya había hecho con Julian —¿o a Julian?—, no digamos ya de la propuesta que ahora tenía sobre la mesa.

Por suerte, esto no era un problema muy grande, porque no había nada que discutir. No iba a ir a casa de Julian ni iba a entrar por el garaje ni iba a tirar de un cordel (lo del cordel atado al interruptor era un bonito detalle, digno de la inventiva de Benjamin Franklin) ni a esperar a que la puerta se cerrase para poder entrar a hurtadillas en la casa y agravar su anterior desliz —que al menos tenía la virtud de no haber sido premeditado— con otro desliz más serio y deliberado, una estupidez de campeonato.

Simple y llanamente no iba a hacerlo.



Y sin embargo, para ser algo que ya tenía más que decidido, no paró de pensar en ello durante los siguientes días. El deseo de Julian —su simple existencia— actuaba sobre ella como una fuerza gravitatoria que no había previsto y a la que le resultaba sorprendentemente difícil resistirse.

Él la estaba esperando.

Nadie más lo hacía.

Eso había que tenerlo en cuenta.

Sería tan fácil hacer feliz a Julian... Eso también había que valorarlo, porque Eve no iba a hacer feliz a nadie más, y menos que a nadie a sí misma. Además, ¿cuál era la alternativa? ¿Actualizar su perfil en Match.com y sacarse unas cuantas fotos con un profesional? ¿Repasar los jactanciosos perfiles de cientos de tíos con los que no querría citarse ni dentro de un millón de años? Y aquellos con los que sí le gustaría tener una cita, esos probablemente no le darían un segundo vistazo a su perfil, si es que condescendían a mirarlo una vez. Pasarían años antes de que consiguiese una cita decente. Quizá la vida entera.

Y el asunto era que esos hombres de internet, a los que, tal vez, esperaba tener ocasión de conocer algún día, eran puramente hipotéticos. Julian en cambio eran real. Y estaba esperándola. De acuerdo, era joven —demasiado joven, era del todo consciente de este desafortunado detalle—, pero la juventud tenía cosas que ofrecer, ¿no? El vigor, la gratitud, todos los clichés eran tales porque eran verdad. Incluso su falta de experiencia era conmovedora, porque no duraría siempre. Y era hermoso —no había otro modo de expresarlo—, en unos momentos en que no había casi nada hermoso en la vida de Eve.

Era doloroso recibir un regalo como ese y no tener otra opción que devolverlo sin abrir.

Julian era un caballero; no la presionó demasiado, pero tampoco dejó que se olvidase de la propuesta. El jueves por la noche le mandó un mensaje con un signo de interrogación, y el viernes un «Estoy solo». El sábado a medianoche

le envió una foto en la que aparecía sentado en la cama, con los hombros caídos y sin camisa, con una expresión cómicamente desolada.

«No ha venido nadie a mi fiesta.»

El domingo Eve no podía parar de pensar en él. Pensó en él durante el paseo que dio por la tarde —hacía una temperatura muy agradable y decidió dar una segunda vuelta al lago, lo cual no formaba parte de sus hábitos— y pensó en él mientras cocinaba una copiosa cena a base de cerdo asado, patatas cortadas en rodajas y *kale* con judías blancas. Pensó que ojalá pudiese invitarlo, plantarle delante un plato bien lleno y contemplarlo mientras comía. Con sus padres fuera de la ciudad, lo más probable es que estuviese subsistiendo a base de fideos japoneses o de sobras de pizza del día anterior.

En lugar de eso, a la mesa solo se sentaron Brendan y ella, y a su hijo se lo veía un poco alicaído. Eve no sabía muy bien qué le preocupaba. Apenas habían hablado en toda la semana —sus horarios estaban desfasados— y ella se sentía culpable por tenerlo abandonado mientras centraba su atención en asuntos más egoístas.

—¿Has ido hoy al gimnasio? —le preguntó.

—Sí —respondió él—. He hecho sobre todo cardio.

Eve se llevó a la boca un trozo de cerdo. Estaba cocinado a la perfección, tierno y con sabor a ajo.

—¿Estaban tus amigos?

—Algunos.

—Me gustaría conocerlos.

—Claro. —Bebió un sorbo de agua y volvió a dejar el vaso en la mesa. Después lo cogió de nuevo y dio otro sorbo—. Bueno, los veo sobre todo en el gimnasio, así que...

—Cuando te apetezca —le tranquilizó Eve—. ¿Y qué tal la universidad? ¿Cómo te va?

Brendan se encogió de hombros con apatía. Se había matriculado en dos cursos en el semestre de primavera de la ECC —Conceptos básicos de contabilidad e Introducción a la ciencia política—, pero apenas hablaba de ellos y decía que hacía todos los deberes en la biblioteca, lo cual supuestamente explicaba por qué en casa nunca estudiaba.

—La verdad es que es bastante aburrido.

—¿Por qué? ¿Por los manuales? ¿Por los profesores?

—No lo sé —musitó—. Por todo. Es como si hubiera vuelto al instituto, solo que con todos los perdedores. Los que no han sido lo suficientemente espabilados para entrar en una universidad de verdad.

«¿Y quién tomó esta decisión?», quiso preguntarle Eve.

—No es una mala universidad —le dijo—. El pasado semestre hice allí un curso magnífico. La profesora era excelente y varios de mis compañeros de clase eran muy listos.

Brendan levantó la mirada del plato. Su rostro permanecía inexpresivo, pero Eve podía percibir cierta hostilidad.

—Ya lo sé. Me lo has contado cien veces.

Eve cayó en la cuenta de que en eso probablemente tenía razón. Y hacer que se sintiese culpable no iba a ayudar. Eso con Brendan nunca había funcionado.

—¿Sabes a quién me encontré en el supermercado? —le preguntó Eve—. A la madre de Becca. Creo que Becca quiere estudiar en Tulane.

—¿Y se supone que eso tiene que interesarme?

—Era tu novia. He pensado que...

—Lo mío con Becca se ha terminado —dijo Brendan.

Eve tenía interés en conocer los detalles de la ruptura y el papel que había tenido en el desastroso semestre de otoño. Parecía una pieza importante para completar el puzle.

—¿Qué os pasó? ¿Os peleasteis?

—En realidad no. —Brendan se encogió de hombros—. Solo... No sé. Nunca nos acabamos de entender.

—Bueno —dijo Eve—. No te portaste muy bien con ella.

—¿Yo? —Brendan parecía ofendido—. ¿Qué hice yo?

Eve llevaba mucho tiempo esperando esta oportunidad.

—¿Recuerdas el día que te marchaste a la universidad? — empezó—. ¿Cuando Becca vino a despedirse?

Brendan asintió con cautela, pero antes de que ella pudiese continuar, su móvil emitió un sonoro campaneó informando de que le había entrado un mensaje.

—Alguien te ha escrito —dijo Brendan. Parecía aliviado por la interrupción.

Eve notó que se le subían los colores. Tenía el teléfono boca abajo encima de la mesa, junto al plato. Quería cogerlo, pero no podía, no si era un mensaje de Julian.

—¿No vas a mirar de quién es? —le preguntó Brendan.

Por suerte, era un inofensivo mensaje de Peggy a todo el grupo —una foto del cachorro de labrador de sus vecinos con una zapatilla entre los dientes— y no tuvo que mentir. Le mostró a Brendan el cachorrito y respondió con un emoticono de un corazón. El teléfono volvió a sonar casi de inmediato; ahora era Jane, que mandaba la foto de su queridísimo y ya fallecido beagle.

«R.I.P. Horace», escribió Eve, era un encanto de perro.

Cuando alzó la mirada, Brendan ya estaba ante el fregadero. Enjuagó su plato y lo metió en el lavavajillas.

—La cena estaba muy buena —dijo, y desapareció.

El domingo Julian no le mandó ningún mensaje. Eve intentó convencerse de que eso la hacía sentirse aliviada y que por fin él había captado el sentido de su silencio, pero al mismo tiempo no podía evitar consultar el móvil cada dos por tres y por la noche le costó conciliar el sueño.

El silencio del lunes fue incluso peor. Se preguntó si algo iba mal —si debía llamarlo, asegurarse de que no estaba enfermo o deprimido—, pero la parte de su mente que estaba aún lúcida comprendió que esta era exactamente la reacción que él estaba esperando. Estaban en plena batalla de voluntades y Eve tenía que resistir un poco más, hasta que se cerrase la ventana de oportunidad y ambos pudieran seguir con sus vidas.

«Mantente firme», se dijo a sí misma. «No hagas ninguna tontería.»

Siguió a rajatabla este sabio consejo más o menos hasta las once de la noche, cuando se levantó de la cama y bajó las escaleras con sigilo en camisón y zapatillas. Después de una breve parada en la cocina, cogió un forro polar del perchero de los abrigos y se lo puso para ir hasta el coche.

A esas horas las calles de Haddington estaban desiertas, completamente vacías salvo por la presencia de un solitario coyote que merodeaba por la calle Lorimer. Estaba muy flaco y parecía abatido, era todo costillas y cola. El animal la miró desolado cuando Eve cruzó por delante de él, como si hubiera agradecido que lo recogiese.

Solo había ido una vez a casa de Julian, la noche que lo acompañó a casa desde el bar de Barry. Era un edificio muy bonito, una hacienda con la fachada de ladrillo, grandes ventanales y una parcela de césped delante. Todas las luces estaban apagadas.

La puerta del garaje estaba abierta, tal como él había prometido, pero Eve aparcó frente a la casa, justo detrás del Volvo. Dejó el motor en marcha y cogió una neverita portátil de pícnic roja y blanca del asiento del pasajero, cruzó el césped y subió los escalones de la entrada. En la neverita había dos tápers —uno con el cerdo que había sobrado y el otro con patatas— junto con una placa de hielo y un post-it con una nota que decía que pasase un buen día. Lo dejó sobre el felpudo, donde seguro que Julian se lo encontraría por la mañana.

El martes Eve pasó apuros en la bolera, bajando de sus discretos noventa y ocho puntos en la primera partida a unos desastrosos setenta y siete en la segunda. Sus compañeras de equipo la consolaron con palmaditas en la espalda, asegurándole que ya remontaría la próxima vez, porque todo el mundo tenía días malos y nadie se quedaba hundido en el pozo mucho tiempo.

—Eso espero —dijo Eve—. No creo que pueda hacerlo mucho peor.

A medida que avanzaba la tarde miraba el móvil con una frecuencia cada vez más embarazosa y se iba sintiendo más molesta con Julian. ¿Cómo podía no agradecerle la comida que le había dejado en la puerta de su casa? Parecía de muy mala educación e impropio de él (una actitud más esperable de alguien como Brendan, pensó de pronto). Se preguntó si no habría acertado en su primera intuición: quizá Julian estaba enfermo y no podía salir de la cama. O quizá había salido de casa por el garaje y no había visto la neverita, aunque eso parecía poco probable teniendo en cuenta dónde estaba aparcado el Volvo. A menos de que hubiera cogido el monopatín, esa era otra

posibilidad. Eve no paraba de decirse que tenía cosas mejores que hacer, pero su mente se negaba a creérselo.

El misterio se resolvió por la tarde, cuando Eve volvió a casa del trabajo y se encontró la neverita en su felpudo. Le pareció un gesto bonito y amable hasta que abrió la tapa y comprobó que la comida seguía allí, intacta dentro de los tápers. Incluso le había devuelto el post-it con su nota y era obvio que su trivial y falso júbilo ahora iba dirigido a ella.

«¡Que pases un buen día!»

Eve no había pretendido ofenderlo. Se le había ocurrido lo de la comida como una suerte de tratado de paz, un modo inteligente de romper su silencio —de hacerle saber que pensaba en él—, sin decir nada que la fuese a meter en líos. Pero él —Eve ahora lo veía claro— lo había interpretado como una mofa. Ella había ido hasta la puerta de su casa —tan cerca, justo ahí—, pero no había entrado. Había dado media vuelta y le había dejado unos restos grasientos de comida. No era extraño que estuviese furioso.

«La he pifiado», pensó Eve.

Eve no podía dormir. Tenía la cabeza espesa. Se pasó un buen rato mirando el mensaje antes de enviarlo.

«Lo siento. No debería haberlo hecho.»

Eran las 2.14 de la madrugada, pero Julian respondió de inmediato.

«Por qué no entraste?»

«Las luces estaban apagadas. No quería despertarte.»

«Ahora estoy despierto.»

«Es tarde. Mañana tengo que trabajar.»

«No puedo dejar de pensar en ti.»

Y como ella no respondió, él insistió:

«Mis padres vuelven a casa el jueves.»

Y por si no lo había pillado, añadió:

«Mañana es nuestra última oportunidad.»

Y como ella seguía sin responder:

«Te deseo tanto que me voy a volver loco.»

Eve se quedó mirando el teléfono. Le llegaba el deseo de Julian a través del espacio exterior, rebotando en el satélite e irradiando en su mano.

Él seguía esperando.

Llevaba toda la semana esperando.

Eso tenía que valorarse de algún modo.

«De acuerdo», le escribió Eve. «Tú ganas.»

«En serio??? Y cuál es el premio???»

Eve se sintió de pronto agotada.

«Vete a dormir, Julian. Nos vemos mañana.»

## La puerta del garaje

Por la mañana Eve se sintió sorprendentemente despejada y descansada. Había dormido unas pocas horas, pero había sido un sueño profundo y reparador, el mejor de los últimos días. Todo el nerviosismo que la había estado agobiando —el peso acumulado de su indecisión— había desaparecido. Lo que quedaba era un burbujeante y casi eufórico sentimiento de anticipación.

«Lo voy a hacer», se dijo. «Va a suceder.»

Sabía que estaría trabajando hasta tarde, así que eligió la ropa interior con cuidado, por si decidía ir directamente a casa de Julian desde el centro para mayores. No se puso nada muy sofisticado —un sujetador rojo de encaje y unas bragas a juego—, pero le quedaba bien. Sabía que a él le gustaría.

«Tú ganas», pensó.

Podía visualizar el encuentro, una escena romántica de una película extranjera. Una mujer guapa de cierta edad entra en un oscuro garaje, la puerta se cierra detrás de ella. Recorre con sigilo la casa silenciosa, sube a la planta superior y entra en el dormitorio iluminado con velas donde la espera un joven sensible. Ella se queda en la puerta, paladeando la mirada ardiente de él, y poco a poco empieza a desabotonarse la blusa...

«Este es el premio.»

La ropa cae al suelo. Los cuerpos se fusionan.

Y después, ¿qué? ¿Qué sucedería cuando acabasen, cuando ella se vistiese y volviera a casa? Esa parte de la película era un agujero negro, justo lo que no podía permitirse considerar si de verdad iba a cumplir su promesa —hacer lo que tanto deseaba—; porque él la estaba esperando, era su última oportunidad y ella era el premio.

Ayudó que fuese el segundo miércoles del mes —el día de la conferencia de marzo—, lo cual significaba que Eve tenía mucho más trabajo del habitual



porque debía encargarse de los detalles de última hora, que normalmente eran responsabilidad del coordinador de actividades. Tenía que ir a Staples para recoger el cartel rígido y colocarlo en la entrada principal —se le había olvidado hacerlo— y parar en el supermercado para comprar galletas y refrescos para el pisolabis. Tenía que colocar las sillas plegables en la sala y comprobar que el sistema de sonido funcionase bien, todo eso mientras atendía diversas llamadas del invitado, un periodista de New Hampshire llamado Franklin Russett, que había escrito un libro titulado *El dulce oro líquido: elogio del sirope de arce*. Pero sobre todo dedicaba sus esfuerzos a atraer público y acorralaba a todos los ancianos que se le ponían a tiro para recordarles a qué hora empezaba la conferencia y para elogiar al ponente, muy solicitado en el circuito regional de conferencias.

Se alegró de que Amanda ya no trabajara en el centro. Franklin Russett y el sirope de arce representaban todo lo que ella detestaba de los ciclos de conferencias y había tratado de cambiar. Pero lo habían intentado con las propuestas de Amanda y no había funcionado. A muchos ancianos les había incomodado la conferencia de Margo —les había parecido «perturbadora», «inapropiada» e incluso «abominable»— y las quejas habían llegado hasta el ayuntamiento. Eve era consciente de que ahora todo el programa de conferencias estaba siendo escrutado con lupa. Necesitaba reparar el daño causado a su reputación y sobre todo proteger la financiación que había permitido convertir esas charlas en toda una institución. Lo único que pretendía era una vuelta al orden, una conferencia de tono optimista sobre un tema insípido, una velada razonablemente agradable en la que nadie tuviera que volver a pensar una vez acabada.

Había cuatro lavabos en el centro: los principales de señores y de señoras, el destinado solo a los empleados y un espacioso lavabo accesible con silla de ruedas que funcionaba a pleno rendimiento durante todo el día. Era el sitio que utilizaban los diabéticos para inyectarse insulina y las personas que llevaban bolsas de ostomía para vaciarlas. Los que padecían estreñimiento o diarrea también apreciaban la intimidad que ofrecía ese lavabo individual y con un buen pestillo, al igual que un amplio grupo de personas (en su

mayoría hombres) a los que les gustaba sentarse en la taza con un crucigrama mientras la naturaleza ponía en funcionamiento su parsimoniosa y caprichosa magia.

Esa popularidad, sin embargo, tenía un inconveniente. El inodoro del lavabo para discapacitados era notoriamente temperamental —se obturaba con facilidad y era propenso a desbordarse— y durante los últimos meses se había estropeado con creciente frecuencia. Eve había hecho una petición formal de una partida presupuestaria para cambiarlo, pero el ayuntamiento, como de costumbre, reaccionaba a paso de tortuga. De modo que no se sorprendió cuando Shirley Tripko —una oronda abuelita que parecía que llevase cojines bajo la ropa— se le acercó un par de minutos antes de las siete y le informó de que había un problema con el lavabo para discapacitados.

—¿Le importaría avisar al encargado? —le pidió Eve—. Tengo que presentar a nuestro conferenciante invitado.

—Ya lo he hecho. —La voz de Shirley sonaba tensa, un poco a la defensiva—. Necesita hablar con usted.

—De acuerdo —suspiró Eve—. Estaré allí en diez minutos.

—Ha dicho que la necesita de inmediato.

—¿Habla en serio?

Shirley se mordió el labio. Parecía a punto de llorar.

—No he hecho nada malo —dijo—. Solo he tirado de la cadena. Eso es todo.

Eve se plantó en la puerta del lavabo para discapacitados, intentando no respirar. No es que el inodoro se hubiera desbordado, es que parecía haber eructado. Rafael intentaba fregar el desaguisado sin perder el ánimo.

—¿Ha probado con el desatascador? —le preguntó Eve.

Rafael se la quedó mirando inexpresivo, con la cara tapada en parte con una mascarilla quirúrgica. También llevaba botas de goma y guantes de fregar, lo más parecido a un traje para manipular sustancias peligrosas que se podía improvisar en el centro.

—No funciona —dijo con una voz amortiguada por la mascarilla—. Hay que llamar al fontanero.

Eve refunfuñó. Llamar de urgencia y fuera del horario laboral a un fontanero era una monumental —y cara— tocada de narices.

—¿No podemos esperar hasta mañana?

Rafael lanzó una recelosa mirada al inodoro. Estaba lleno hasta el borde de un líquido de aspecto repugnante, que seguía oscilando, amenazador

—Yo no esperaría —advirtió.

Una oleada de pesadumbre recorrió el cuerpo de Eve. Y de pronto le vino a la cabeza una idea que nunca había expresado en voz alta.

«Una cagada», pensó. «Mi vida es una cagada.»

—De acuerdo —dijo—. Yo me ocupo.

En cuanto se sacó de encima la presentación y regresó a su despacho, se tranquilizó un poco. Mirando el lado positivo, la sala de conferencias estaba llena; el trabajo de reorganización que había llevado a cabo funcionaba. Y el tema del lavabo era manejable. Lo único que tenía que hacer era avisar a un fontanero y conseguir que arreglase el estropicio.

«No pasa nada», se dijo. «Está todo bajo control.»

Su manitas habitual —que respondía al irónico nombre de Fontanería Fiable— no le devolvió la llamada, y en Hermanos Veloso le dijeron que no podían mandarle a nadie hasta las diez como muy pronto. Eve no quería esperar tanto, así que lo intentó con Rafferty & Son. Hizo la llamada un poco nerviosa, consciente de que se aventuraba en terreno resbaladizo al pedirle un favor a un hombre a cuyo difunto padre ella había prohibido la entrada en el centro no hacía mucho. Por suerte, George Rafferty no era un tipo rencoroso. Por teléfono se mostró amable y aseguró que iría enseguida.

—Gracias —le dijo ella—. Me has salvado la vida.

Eve apenas lo reconoció cuando apareció en la entrada quince minutos después, con la caja de herramientas en una mano. Se había afeitado la barba entre pelirroja y canosa que había sido su rasgo más característico desde que lo conocía. Sin ella parecía más joven y mucho menos arisco.

—Has tenido suerte de encontrarme —le dijo él—. Los miércoles por la tarde suelo ir a yoga, pero hoy me ha entrado hambre y he pedido una pizza.

Eve se quedó impresionada. No tenía pinta de ser un tío que practicara yoga.

—¿Lo haces en el centro de Bikram? —le preguntó.

—En Serenidad Real. —Movié los hombros y se masajé los trapecios con la mano libre—. Me lo recomendó el médico para la espalda.

—¿Y funciona?

—A veces. También me sirve para salir de casa.

Eve asintió y murmuró un comentario solidario. Recordó que la mujer de George había muerto en otoño, justo un mes después de su padre. Había querido mandarle una nota de pésame, pero al final no lo hizo.

—Lo siento —le dijo—. Lo de Lorraine.

—Ha sido muy duro —explicó él, cambiándose de mano la caja de herramientas—. Sobre todo para mi hija.

—¿Cómo está ahora?

—Ha vuelto a la universidad. Le llevará algún tiempo aceptarlo. —Se encogió de hombros y cambió de registro poniendo cara de profesional resolutivo.

—Bueno, ¿qué tienes para mí?

Eve lo condujo a través del pasillo hasta el lavabo de la gran cagada. Rafael lo había dejado más o menos presentable —había limpiado las paredes y cubierto el suelo con toallas de papel— e incluso había colgado de la puerta un cartelito de advertencia, completado con una calavera y dos tibias cruzadas: «¡¡¡Inodoro roto!!! ¡¡¡No utilizar!!! ¡¡¡O lo LAMENTARÁN!!!» George echó un vistazo y asintió con un aire de consternación profesional.

—Muy bien —dijo—. Vamos allá.

Eve se deslizó en el auditorio y escuchó la parte final de la conferencia. Russett estaba explicando las diferencias entre el sirope de arce de grado A y el de grado B, que estaban relacionadas con el color, la dulzura y la época del año en que se recogía la savia. De manera paradójica, muchos consumidores expertos preferían el más barato y oscuro grado B al más refinado grado A.

—Es una controversia que sigue muy viva —explicó Russett—. Pero compren el que compren, no se equivocarán. En mi modesta opinión, el

auténtico sirope de arce siempre es de grado D... —Hizo una pausa para generar expectación en su público—. Por Delicioso. —Sonrió y alzó las manos—. Muchas gracias. Han sido ustedes un público maravilloso.

El pisolabis posterior a la conferencia nunca se alargaba mucho. La mayoría de los ancianos se limitaron a coger una o dos galletas mientras se dirigían a la salida; solo unos pocos se quedaron a charlar con el conferenciante. A las ocho y media la sala ya estaba vacía y Russett iba de vuelta a New Hampshire.

Eve recogió un poco —decidió dejar el plegado de las sillas para el día siguiente por la mañana— y fue a comprobar cómo iba el tema de la fontanería.

—Ya está arreglado —le dijo George, mientras se secaba las manos con una toallita de papel—. Había un buen embozo.

—¿Qué lo ha provocado?

—Pañales de adulto. —Tiró la toallita arrugada a la papelera y se acabó de secar las manos en la pernera de los pantalones—. Alguien los ha tirado y ha intentado que bajasen presionándolos hasta obturarlo todo. Quizá con una percha o un palo o algo similar. No lo sé. El problema es que son demasiado grandes para pasar por el desagüe.

—A veces se despistan —dijo Eve—. O simplemente les da apuro reconocer su error y al intentar arreglarlo la lían.

—Pobre gente. —George negó con la cabeza—. Pero a nosotros también nos llegará el día.

Eve cerró el centro y cruzó el aparcamiento en dirección a su monovolumen. La visión del vehículo la irritó: esa silueta abultada e informe, el cavernoso interior, todos esos asientos que nunca se utilizaban.

«Necesito un coche nuevo», pensó. «Uno más pequeño.»

Permaneció sentada un par de minutos en el asiento del conductor e intentó tranquilizarse, mientras se preguntaba por qué tenía los nervios a flor de piel. La conferencia había sido un éxito, el inodoro ya estaba arreglado y todavía no eran las nueve.

«Todo va bien», se dijo. «Según lo previsto.»

Se trataba solo de que le resultaba difícil cambiar de marcha, hacer la rápida transición típica de los superhéroes: de mujer responsable y profesional a guapa madurita de película extranjera, la que llevaba ropa interior roja de encaje debajo de su discreto traje.

Lo que de verdad necesitaba era una copa. Una rápida para despejar la cabeza y deslizarse en un estado mental más relajado y abierto. Se planteó hacer una parada en el Lamplighter para tomarse un martini, pero desviarse tanto no parecía una buena idea.

«Ve directa», se dijo. «Lleva una semana esperándote.»

Quizá sus padres tenían algo de alcohol en casa. Y lo más probable es que fuese de buena calidad, dado el vecindario en que vivían y el coche que tenían. Eve se podría servir en un vaso largo vodka con hielo, Absolut o Grey Goose. Podrían sentarse en la cocina y charlar un rato antes de subir.

«Muy bonito», pensó. «Les saqueas el bar antes de acostarte con su hijo...»

Era una mala idea ponerse a pensar en los padres, el señor y la señora Spitzer, que se lo estaban pasando en grande en St. Barts, sin sospechar lo que se estaba cocinando en su bonito hogar.

Esto no tenía nada que ver con ellos.

Era algo entre ella y Julian, y esta era su última oportunidad.

Giró la llave. El motor se mostró dubitativo unos instantes —hacía mucho que necesitaba una revisión— y por fin, de forma imprevisible, cobró vida. Eve metió la marcha atrás y el vehículo empezó a moverse.

Dio un par de vueltas alrededor de la casa de Julian —la primera vez le asustó la presencia de un hombre que paseaba al perro, la segunda, nada en concreto— antes de tomar la decisión de meterse en el camino de acceso. Pero antes de entrar en el garaje, permaneció sentada unos instantes, con el pie sobre el freno, mirando hacia adelante y reuniendo el coraje necesario para seguir adelante.

En el garaje se veía una luz encendida y eso la inquietó un poco. Estaba segura de que el domingo por la noche, cuando le dejó la neverita, el garaje

estaba a oscuras. Pero de pronto pensó que Julian estaba siendo amable y le daba la bienvenida a su casa desplegando la alfombra roja.

El garaje de Eve era zona catastrófica, un revoltijo de objetos rotos, oxidados y en desuso, reliquias de la infancia de Brendan y de la vida compartida con Ted. En comparación, el garaje de los Spitzer estaba envidiablemente limpio y ordenado, con su suelo de cemento, herramientas diversas colgadas de un tablero con clavijas, varias bicicletas dispuestas en vertical en la pared, un aspirador para superficies secas y húmedas, un cortador de césped y un calentador con lustrosas tuberías de cobre.

Y el monopatín de Julian, con las ruedas hacia arriba, encima de un banco de trabajo.

Y el famoso cordel para cerrar la puerta.

«Lo coges y tiras de él.»

El interior era espacioso. La entrada, amplia. Se accedía con facilidad, no había que preocuparse por plegar los retrovisores laterales o meterse hasta el fondo para que la puerta pudiera cerrarse.

Eve se disponía a dar el paso, pero hacía un rato que percibía un olorcillo en la furgoneta y empezó a preguntarse de dónde podía proceder. Se llevó el dorso de la mano a la nariz y aspiró, pero lo único que olió fue el intenso olor químico característico del jabón líquido; no era el aroma más maravilloso, pero tampoco algo de lo que preocuparse.

Continuando su investigación, bajó la barbilla y tiró del cuello de la blusa para olisquear el aire atrapado entre su piel y la tela. Le llegó la desalentadora fragancia habitual, una peculiar mezcla de sudor y agobio combinados con tristeza y decrepitud.

«Uf», pensó. «Huelo a centro para mayores.» Por supuesto que sí. Había pasado allí las últimas doce horas. Al final de la jornada siempre se le quedaba pegado a la piel, atrapado en el tejido de su ropa. Pero hoy había algo más, el sutil pero inconfundible tufillo de una emergencia de fontanería, una cereza podrida en el helado con frutas.

Pensó que tenía que pasar por casa para darse una ducha rápida y que después, en quince o veinte minutos, volvería a encontrarse con Julian limpia

y fresca, oliendo como se supone que debe oler una madurita seductora. Pero la decisión fue perdiendo firmeza mientras cruzaba la ciudad. Cuando entró en su casa y vio a Brendan jugando a un videojuego en el sofá, supo que había sido derrotada. Toda su determinación se había evaporado, siendo sustituida por una súbita sensación de rabia.

—¿No tienes deberes? —preguntó a su hijo.

Brendan no respondió. Estaba absorto en su estúpido juego, retorciéndose y moviendo el cuerpo de un lado a otro mientras pulsaba el mando, intentando exterminar a los malos.

—Apágalo —le gritó ella.

—¿Eh? —Brendan alzó la mirada, más perplejo que irritado.

—Ahora.

Obedeció. Cesaron los disparos, pero el silencio que se generó era igual de desasosegante.

—Tienes que tratar a las mujeres con más respeto —le dijo Eve.

Brendan parpadeó desconcertado.

—¿Qué?

—No estoy sorda. He oído cómo hablas a veces y no me gusta. No somos objetos sexuales y no somos zorras, ¿lo entiendes? No quiero volver a oír esa palabra en esta casa.

—Yo nunca... —protestó él.

—Por favor —le cortó ella—. No me tomes el pelo. Esta noche no. No estoy de humor.

Él se quedó mirándola un buen rato, agarrando el ya inútil mando. Y por fin asintió.

—Lo siento —dijo—. Esa palabra no quiere decir nada.

—La vida no es una película porno, ¿de acuerdo?

—Ya lo sé. —Parecía sinceramente ofendido por el hecho de que ella hubiera podido llegar a pensar que él creía semejante cosa—. Por Dios.

—Muy bien —dijo Eve—. En ese caso, por favor, empieza a actuar en consecuencia.



Mientras ella estaba en la ducha, Julian le envió tres mensajes, preguntándole dónde estaba y si pasaba algo. Eve no sabía qué responderle.

«Olía mal.»

«Soy una cobarde.»

«Soy demasiado mayor para ti.»

Las tres cosas eran ciertas, pero ninguna de ellas haría que Julian se sintiese mejor. Eve recordó lo horrible que resultaba a esa edad —a cualquier edad— hacerte ilusiones y acabar con las manos vacías.

«Pobre chico.»

Se echó un rato, pero ya no estaba cansada. Se levantó y se plantó ante el espejo de cuerpo entero con su albornoz rosa. Deshizo el nudo del cinturón y dejó que el albornoz se abriese.

«No estoy tan mal», pensó.

Su cuerpo ya no era el de antes, pero no estaba mal. El estómago no estaba a la altura, pero era fácil encuadrar la imagen de modo que solo se viera la cabeza y el pecho.

«No está nada mal.»

La primera foto quedó demasiado oscura, así que movió la lámpara de la mesilla de noche y volvió a intentarlo. La segunda quedó mucho mejor. Tenía el pelo mojado y los ojos fatigados, pero parecía ella misma, lo cual era bastante poco habitual en las fotos.

En la vida real tenía los pechos un poco más caídos de lo que le hubiera gustado —ya no eran «perfectos» o «maravillosos»—, pero tal como el albornoz los envolvía, dejándolos entrever, eso no se apreciaba.

En la foto los pechos eran deliciosos.

En la foto ella sonreía.

«Esto es solo para ti», le escribió a Julian. «Por favor, no se lo enseñes a nadie.»

Después de mandar el texto, abrió la agenda de contactos y bloqueó el número de Julian, para no poder hacer una cosa así nunca más en su vida.

## QUINTA PARTE

Mi día de suete

## La alfombra roja

Eve se casó a principios de septiembre, cuando Brendan debería haber estado empezando su segundo año universitario, si hubiera seguido en la universidad. El día amaneció gris y lluvioso, pero al final de la mañana el cielo se despejó y dio paso a una tarde espectacular, lo cual fue un gran alivio, porque celebraban la boda en su jardín.

Pasados unos minutos de las cuatro, Eve hizo su entrada con un vestido amarillo claro y un ramo de peonías y rosas en la mano. Los invitados estaban reunidos en el césped, de pie a ambos lados de una estrecha y ligeramente arrugada alfombra roja desplegada sobre la hierba.

Eve se detuvo un momento para disfrutar de la imagen, para grabarla en su memoria. No había mucha gente en el jardín —unas cuarenta personas, más de parte del novio que de la novia—, pero los rostros que se volvieron a mirarla formaban el mapa de su vida, la pasada y la actual. Su hermana y su madre habían venido en coche desde Nueva Jersey por la mañana y no habían hecho otra cosa que quejarse del tráfico desde que habían llegado. Jane y Peggy habían venido con sus maridos; Liza, que se autodenominaba la rueda de recambio, completaba el grupo de amigas. Los últimos meses se había mostrado muy cariñosa y la había apoyado mucho, felicitando con insistencia a Eve por su buena suerte, aunque era evidente que le dolía ver que la otra divorciada del grupo se reincorporaba al equipo de las casadas y la dejaba sola en el duro mundo de las mujeres de mediana edad sin pareja.

—No me olvides —le había susurrado al acabar la cena de despedida de soltera de la semana anterior, después de beber demasiadas copas de vino—. ¿Me lo prometes?

—No lo haré —le había dicho Eve, y era una promesa que pretendía cumplir.

Ted y Bethany la habían sorprendido, no solo al responder a la invitación con un entusiasta «¡¡¡Sí!!!», sino también porque habían traído a Jon-Jon, que tenía un aspecto adorable con su blazer azul, sus grandes ojos y

los brazos rígidos a ambos costados. Se comportaba bien, contemplaba la escena con cierta aprensión, pero de momento no había tenido ningún ataque o pataleta, y tocaban madera por que así siguiera. Y si empezaba a gritar, pensó Eve, pues tampoco pasaría nada. Ella no era una chica de veinticinco años y mirada soñadora que esperase que todo fuera perfecto en su gran día.

Aparte de Jon-Jon, solo había otro crío, la hija de ocho años de Margo, Millicent, que había acudido a la ceremonia directamente desde un partido de fútbol, con las botas y una camiseta a rayas azules y blancas con la palabra HUSKIES estampada en la pechera. Era alta para su edad, tenía las piernas como palillos y el cabello rubio, y estaba embutida entre Margo y Dumell. Parecían felices y muy unidos, aunque Eve sabía que habían tenido una crisis y la mayor parte del verano habían estado separados.

También había acudido un pequeño contingente de representantes del centro para mayores, entre ellos Hannah Gleezen, la popular nueva coordinadora de actividades, cuya energía y espíritu positivo la convertían en todo un carácter, y los Cantantes Canosos, un conjunto coral que había fundado y con el que se había pasado la primavera y el verano ensayando. Eve los había oído desde el interior de la casa, cantando para los invitados durante el cóctel, entonando *Going to the Chapel* y *Walking on the Sunshine* y una inesperada versión de *Beat It* que arrancó grandes aplausos.

La única persona de la lista de Eve que se disculpó por no poder asistir fue Amanda, pero la invitación la emocionó tanto que invitó a Eve a comer para celebrarlo una semana antes de la boda. Era la primera vez que se veían desde enero. Las cosas le iban bien, estaba contenta con su nuevo trabajo y muy enamorada de una de sus compañeras, una bibliotecaria llamada Betsy que era una mormona excomulgada.

A diferencia de Eve, Amanda sí había seguido en contacto con Julian. Le contó que se había matriculado en la universidad de Vermont y estaba entusiasmado con la idea de empezar una nueva vida y, sobre todo, con vivir por primera vez lejos de casa.

—Me alegro por él —dijo Eve—. Es muy buen chico.

Amanda hizo un gesto sardónico con las cejas —un sutil movimiento de subida y bajada para remarcar lo inadecuado o absurdo de la insulsa frase utilizada por Eve—, pero fue suficiente para que todo volviera a aflorar, la extraña e intensa hora que los tres habían pasado juntos en el dormitorio de Brendan, y la imposibilidad de integrar ese episodio en cualquier relato sensato de su vida. Su modo de lidiar con el asunto consistía básicamente en no pensar en él, o en darle el tratamiento de un sueño erótico que había tenido, un sueño embarazoso que se resistía a borrarse de su memoria.

—Esto que te voy a contar es un poco raro. —Amanda se inclinó sobre la mesa y bajó la voz adoptando un tono de confidencia—. Julian y yo... estuvimos saliendo durante algún tiempo. En primavera.

—¿Estuvisteis saliendo?

Amanda se sonrojó un poco.

—Fue algo muy informal. Él venía a verme una o dos veces por semana después de su clase nocturna. Duró uno o dos meses; en ese momento yo necesitaba compañía. Pero entonces conocí a Betsy... Aunque él se lo tomó muy bien.

A Eve le sorprendió sentir una ligera punzada de celos, o quizá solo de posesión, como si Amanda se hubiera apropiado de algo que le pertenecía legítimamente a ella. Pero era un sentimiento ridículo y codicioso, y lo apartó de su mente.

—Tengo una curiosidad —dijo—. ¿Alguna vez te enseñó una foto mía?

Amanda abrió los ojos como platos, simulando estar escandalizada.

—¡Ursula! ¿Le mandaste fotos?

—Solo una. Le pedí que no se la enseñase a nadie.

—Bueno, a mí no me la enseñó. —Amanda se encogió de hombros, como si lamentase no haberla visto—. Aunque no me hubiera importado que lo hiciera.

Eve no estaba segura de si se sentía aliviada o decepcionada.

—La próxima vez que hables con él —le dijo—, dile que le mando recuerdos.

—Lo haré —prometió Amanda.

Hannah Gleezen hizo sonar su diapasón y alzó un dedo, como si fuese a regañar a los cantantes. Lo bajó y los Cantantes Canosos se lanzaron con *Here, There and Everywhere*, la canción escogida para la entrada de la novia. A Eve le parecía un poco excesiva, porque la mujer de la canción era como una diosa —*me alegra cada día del año/ me cambia la vida con un gesto de su mano*—, pero George se había empeñado.

Por favor, concédeme este deseo, le había pedido, y ella por supuesto había aceptado, porque se había sentido halagada y porque él tampoco le pedía tanto.

Eve todavía se maravillaba a diario de la velocidad a la que había cambiado su vida. Hacía un año estaba perdida y hundida, y ahora se había encontrado a sí misma. Quería considerarlo un milagro, pero era más sencillo y mucho más vulgar; había conocido a un hombre amable y decente que la amaba. Él estaba allí, al final de la alfombra roja, muy guapo con su traje azul oscuro, y con una lagrimita rodándole por la mejilla mientras le sonreía y, moviendo los labios, le decía en silencio «estás preciosa». El padrino de boda de Eve, Brendan, estaba al lado de George, y le daba apoyo agarrándole el hombro. Eve pensó que era casi de cuento de hadas, demasiado bonito para ser cierto, y desde luego más de lo que se merecía.

Claro que no era exacto decir que lo había conocido. Era más exacto decir que le había seguido el rastro y había orquestado un encuentro casual en el centro de yoga Serenidad Real una semana después de que él arreglase el inodoro del lavabo para discapacitados. Ella actuó como si fuese una casualidad encontrárselo allí —como si él no le hubiera dicho que iba los miércoles por la noche—, pero él no la puso en evidencia por mentir. Se limitó a decir que estaba encantado de verla y se disculpó por los pantalones cortos muy dados de sí que llevaba.

—Si hubiera sabido que venías —le dijo— me hubiera puesto mis Lululemon.

Tuvieron su primera cita dos noches después. La Hollywell Tavern estaba hasta la bandera, así que acabaron en Enzo, que seguía siendo un sitio tan romántico como Eve recordaba. Solo habían pasado unos meses desde que había cenado allí con Amanda, pero parecía que había pasado mucho más tiempo, como si su desgraciado beso en el aparcamiento perteneciese a un

lejano pasado, un desliz juvenil que podía evocar con nostalgia y negando con la cabeza desde la madurez. Parecía mucho más consistente —mucho más realista— compartir cena con un hombre disponible de su edad, un hombre con el que ella ya empezaba, sorprendentemente, a sentir la posibilidad de un futuro juntos.

George se había puesto elegante para la ocasión —chinos, camisa Oxford, americana de tweed— y ese modelo le daba un sorprendente aire de profesor, acentuado sobre todo cuando se puso las gafas de cerca para leer el menú.

—No pareces un fontanero —le dijo Eve, consciente incluso antes de que esas palabras saliesen de su boca de que era un comentario estúpido y condescendiente.

—Gracias —respondió él, aunque no parecía muy contento con el piropo.

—Lo siento. —Eve se sintió como una estúpida—. Lo que quería decir es que normalmente, cuando te veo, estás...

—Sucio.

—No, sucio no. Pero no tan guapo como ahora.

—Soy muy bueno dejándolo todo como nuevo —dijo él con una sonrisa forzada—. Es parte de mi trabajo.

Bebió un sorbo del malbec chileno que él mismo había elegido después de un minucioso interrogatorio al camarero. Estaba claro que sabía manejarse con una carta de vinos, otro detalle que Eve tampoco se esperaba. Era una buena cura de humildad y muy instructivo tenerse que enfrentar cara a cara con su esnobismo.

—De hecho —le dijo él—, estoy pensando en jubilarme en un par de años, en cuanto Katie se gradúe. Vender el negocio y se acabó. Me gustaría viajar un poco, quizá irme a vivir cerca del mar. Llevo treinta años haciendo lo mismo. Creo que ya es suficiente.

Le contó que en realidad nunca había querido ser fontanero. Había empezado a estudiar Comunicación en la BU, pero le gustaba más salir de juerga que estudiar, y solo aguantó tres semestres. Tenía diecinueve años, seguía viviendo en casa de sus padres y, cómo no, acabó en el negocio

familiar, como aprendiz de su padre, no por elegir un oficio, sino más bien aceptando su destino, que al final resultó no ser tan malo.

—Me pagaban bien y me gustaba trabajar con mi padre. Me compré una casa bonita y formé una hermosa familia. Pasaron los años y de repente me vi convertido en el jefe. —Se mordisqueó la punta del pulgar y después contempló la marca que habían dejado los dientes—. Todo eso tuvo sentido hasta que Lorraine enfermó.

La enfermedad de su mujer fue una dura prueba que se prolongó cuatro años: el diagnóstico, la operación, la quimio, la radio, cruzar los dedos. Un breve periodo de esperanza, un escáner con mala pinta y vuelta a empezar todo el ciclo. Su hija mayor, Maeve, se casó justo después de terminar los estudios y se mudó a Denver con su marido. Ya tenía su vida. Era Katie, una adolescente de carácter cambiante, muy apegada a su madre, la que le preocupaba. Estaba destrozada. Y para colmo, la madre de George murió y empezaron los problemas de su padre.

—El año pasado fue una pesadilla. No lo llevé muy bien. Intentaba mantener el negocio en marcha y al mismo tiempo ocuparme de todo el mundo. No dormía bien, así que empecé a beber para apaciguarme, y ya sabes cómo es eso. Acabó convirtiéndose en un problema.

—Es muy duro convertirse en cuidador —le dijo Eve—. Sales del paso como buenamente puedes.

George le contó que había tenido problemas para controlar sus emociones. Se pasaba el día enfadado, con Dios, consigo mismo, con los médicos, lo cual le daba bastante igual. Pero también estaba enfadado con su mujer por estar enferma, y eso era imperdonable.

—¿Sabes lo que me sacaba de mis casillas? Me desquiciaba no tener ya vida sexual. Como si ella me estuviera fastidiando. La pobre mujer no podía comer, tenía dolores terribles, pero ¿y yo qué? ¿Lo entiendes? —Dejó escapar una tenue y amarga risita—. Vi un montón de porno mientras ella se estaba muriendo. Y cuando digo un montón quiero decir un montón. Mi mujer estaba en la planta de arriba, consumiéndose, y yo abajo, en el despacho, viendo *Tías buenas de vacaciones*, y cosas por el estilo. —Casi todo el rato hablaba mirando al mantel, pero de pronto alzó la cabeza y en la



cara tenía una expresión de desconcierto—. No sé por qué te cuento todo esto.

Eve se preguntaba lo mismo. No era el tipo de historia que una espera escuchar en una primera cita. Pero la conmovió su sinceridad y se sintió aliviada al saber que las experiencias de ambos se habían solapado en ese peculiar escenario, aunque ella no pensaba hablarle de las suyas.

—Eres un buen hombre. —Se inclinó sobre la mesa y le dio una palmadita en el dorso de la mano—. Te ocupaste de tu familia cuando te necesitaban. Recuerdo el día que viniste al centro. Vi lo mucho que querías a tu padre.

Él esbozó una sonrisa.

—Lo siento si fui maleducado contigo. Aquel fue probablemente el peor fin de semana de mi vida. Al menos hasta entonces.

—No tienes que disculparte. Fue una situación lamentable. Todos lo hicimos lo mejor que pudimos.

Al oírle decir eso, George se animó y le habló del viaje a Hawái que llevaba tiempo queriendo hacer, si reunía el ánimo suficiente para ir solo. Pensaba que le gustaría aprender a bucear, aunque le aterraba.

—Ahí abajo es otro mundo. Eres como un astronauta dando un paseo por el espacio.

Eve le habló de Brendan y la mala época que estaba pasando, y le contó algunas cosas sobre el curso de Género y Sociedad que había hecho en la ECC. George se mostró más interesado de lo que ella esperaba y le explicó que Katie era una experta en todo eso, que si *queer*, que si trans. En su primer año de universidad se echó una novia, aunque ahora estaba saliendo con un chico.

—Dice que le atrae la persona, no el género. Supongo que eso duplica tus posibilidades de tener suerte.

—Es una manera muy progresista de verlo.

—Que elija lo que la haga feliz —dijo él—. Es lo único que me importa.

La llevó a casa en su coche y la acompañó hasta la puerta. Le preguntó si podía besarla y ella le dijo que sí. Fue un beso bonito, aunque más educado de lo necesario. Brendan estaba pasando el fin de semana fuera, visitando a Wade en la Universidad de Connecticut, y Eve decidió aprovechar la ocasión.

—¿Quieres entrar a tomar una copa?

George frunció el ceño como si le hubiera pedido que resolviese un acertijo muy enrevesado.

—Me gustaría. Pero creo que tal vez deberíamos tomárnoslo con calma.

La besó por segunda vez, un beso de disculpa en la mejilla, y se marchó hacia su coche. Eve entró, con la sensación de que de algún modo había arrancado una derrota de las fauces de la victoria, y se sirvió una copa de vino para consolarse. Solo había bebido un sorbo cuando le sonó el móvil y le llegó un mensaje que le hizo cerrar los ojos y dar gracias a un Dios en el que no creía.

«Es demasiado tarde para cambiar de opinión?»

Después de eso todo se movió con rapidez. ¿Por qué no iban a pasar los fines de semana juntos? ¿Y por qué no iba él a dejarse caer para cenar un martes por la noche, y después quizá quedarse a ver la tele? Y si en el sofá se adormecía, cosa que tendía a hacer, ¿quién decía que tenía que irse a su casa? La cama de Eve era enorme y descubrió que dormía mucho mejor con él tumbado a su lado, roncando muy bajo, como si hiciese un esfuerzo inconsciente por no molestarla.

Todo mejoraba cuando George estaba cerca. Incluso a Brendan le gustaba, lo cual fue la mayor de todas las sorpresas, dado lo gruñón y territorial que podía llegar a ser su hijo. Se sentían cómodos charlando y empleaban un tono mitad cariñoso, mitad burlón, que hasta entonces Brendan reservaba para sus compañeros de equipo más queridos y sus mejores amigos.

—Oh, mierda —decía a veces al volver de CrossFit—. ¿Otra vez este tío por aquí? ¿En tu casa no tienes tele?

—Tengo una estupenda —respondía George—. Mucho mejor que esta porquería. Pero tu madre tiene Netflix y además es muy guapa.

—Lo que tú digas, colega. Solo espero que esta vez me hayas dejado algo de cena.

—Me he zampado el filete, pero te he dejado un montón de esos calabacines que tanto te gustan.

En esa época Eve se sentía muy frustrada con Brendan —era un problema que ella no era capaz de resolver—, pero George insistía en que el chico solo estaba pasando por una mala época, ese complicado periodo de transición entre el instituto y el mundo real.

—Saldrá adelante, Eve. No todo el mundo puede aspirar a conseguir una beca Rhodes.

—No le pido que gane una beca Rhodes. Solo le pido que haga sus deberes de vez en cuando.

Probablemente mantuvieron una docena de versiones distintas de esta conversación hasta la noche en que George le puso la mano sobre el estómago y le dijo:

—¿Sabes qué? Puede venir a trabajar conmigo. Solo durante el verano. Si no le gusta, no pasa nada. Siempre puede probar otra cosa.

Eve guardó silencio un rato, intentando hacerse a la idea de ver a su hijo sosteniendo una enorme llave inglesa y vistiendo unos pantalones Carhartt sucios. No era la vida que había imaginado para él, pero parecía extrañamente plausible, desde luego más fácil de imaginar que ver a Brendan convertido en analista financiero o auditor público. Y sabía que George sería un buen jefe y un profesor paciente.

—Deberías hablar con él —le dijo Eve.

Una semana después, Brendan se dio de baja de la ECC y empezó a trabajar a tiempo completo como aprendiz de fontanero. Se adaptó enseguida. Le gustaban la carga física del trabajo, las herramientas y la terminología, la sensación de haber hecho algo útil al final del día. Desde luego que podía ser un trabajo asqueroso, pero decía que uno se acostumbraba rápidamente. El sueldo inicial no estaba mal —muy por encima del salario mínimo— y con los años mejoraría de forma sustancial, cuando se presentase a los exámenes y se sacara la licencia. Un salario de seis cifras para cuando tuviera treinta años no era para nada imposible. E incluso podía llegar el día en que pasase a encargarse del negocio, convirtiéndose en el Hijo de Rafferty & Son.

Eve le dijo que no se precipitase, que fuera paso a paso. Le decepcionó que dejase los estudios, pero la tranquilizaba verlo tan animado y decidido, con parte de su confianza en sí mismo recuperada. Era una gran mejora con respecto a la versión taciturna y derrotada de su hijo con la que se había

acostumbrado a convivir durante el invierno anterior y buena parte de la primavera.

El día de la boda de mi madre tenía una resaca de campeonato, pero al menos tenía una buena excusa. Después del ensayo de la ceremonia, fui a casa de George y me quedé despierto hasta muy tarde, bebiendo chupitos de vodka con su hija Katie y el novio de ella, Gareth, un tío alto y flaco que parecía gay al noventa y cinco por cien.

—Vamos a ser hermanastros —me dijo Katie—. Ya era hora de que nos conociésemos.

Era raro que no la hubiera visto nunca hasta el día antes de la boda, teniendo en cuenta la cantidad de horas que había pasado con su padre, más de las que pasaba solo. George y yo ya éramos como una familia. Pero Katie había estado todo el verano en Ithaca, dando clases a chicos problemáticos, y aquello quedaba demasiado lejos como para volver a casa a pasar el fin de semana.

—No sé. —Repasó con la mirada el salón, que estaba repleto de fotografías familiares, incluidas varias de su madre fallecida, y se encogió de hombros—. Es duro estar aquí. Cada vez que cruzo esta puerta me entran ganas de llorar.

—Es un museo del dolor —murmuró Gareth. Tenía un aire gótico, el cabello muy corto en un lado y muy largo en el otro. La melena lateral le caía sobre la cara y le tapaba un ojo.

—Sí —dije—. Siento lo de tu madre.

—Gracias. —Katie trató de sonreír. Me mostró la cara interior del antebrazo, con el nombre de su madre tatuado en elegantes letras cursivas—. Era una gran persona. Te hubiera gustado. Aunque supongo que si siguiese viva nunca os hubierais conocido.

—Probablemente no —dije.

Gareth sirvió más chupitos y los tres bebimos a la salud de la madre de Katie.

—Es asombroso —dijo—. No hace ni un año que murió y mi padre ya se vuelve a casar.

Le pregunté si eso la incomodaba y ella negó con la cabeza, sin dudarlo.

—Estuve muy preocupada por él durante el invierno. Estaba hecho una mierda. Pero ha mejorado mucho desde que conoció a tu madre. Supongo que necesita a una mujer que cuide de él. No sabe apañarse solo.

Me pareció que tenía razón. Recordaba cómo George había aparecido de repente en nuestra casa en primavera y cómo en seguida se había convertido en uno más de la familia. Desde el principio parecía que formaba parte de ella, como si llenase un hueco en nuestras vidas. Pero supongo que nosotros habíamos hecho lo mismo por él.

—¿Sabes qué? —dijo Gareth como si se le acabase de ocurrir—. A tomar por culo el cáncer.

—Brindemos por eso —propuso Katie, y lo hicimos.

El cáncer era demasiado deprimente para ponerse a pensar en él, así que opté por preguntarles cuánto tiempo llevaban juntos. Intercambiaron una mirada rápida, como dando a entender que era una pregunta más complicada de responder de lo que parecía.

—No estamos..., bueno..., no estamos realmente juntos juntos —dijo Gareth.

—Sí que lo estamos. —Katie parecía un poco molesta—. Vivimos juntos.

—Sí —concedió Gareth—. Pero no tenemos relaciones sexuales.

Katie asintió, tal vez un poco apesadumbrada.

—Gareth es un ace —me explicó.

—¿Un qué?

—Asexual —me aclaró él—. Me gusta estar con la gente. Pero no quiero hacer nada con ellos. —Hizo una mueca, como si estuviese pensando en comida que le diese asco—. Nunca he entendido qué le ven a eso.

—Me parece bien —dije—. Cada cual tiene sus gustos.

Brindamos por eso, por que la gente fuese como le diese la gana. Yo ya estaba bastante borracho, así que miré a Katie y le pregunté:

—¿Y tú... también lo eres? ¿Asexual?

—Solo con Gareth —respondió ella—. Cuando una persona me atrae, intento amoldarme a su forma de ser.

Estaban sentados juntos en el sofá y ella posó la cabeza sobre el hombro de él en un gesto cariñoso. Unos segundos después él levantó la mano y empezó a acariciarle la espalda con movimiento circulares, como si estuviese limpiando una ventana.

—Pasamos mucho tiempo acurrucados juntos —me explicó Katie—. Es lo mejor de nuestra relación.

Era más guapa de lo que me esperaba —en las fotos que había visto parecía bastante anodina—, con el pelo pelirrojo y pecas, y tenía un cuerpo orondo, de acogedora madre Tierra. De hecho, me recordaba mucho a Amber, lo cual resultaba muy raro, porque Amber, de forma totalmente inesperada, acababa de mandarme un largo email hacía un par de días. Era la primera vez que tenía noticias suyas desde que había vuelto a casa en otoño.

Me explicaba que acababa de volver de Haití, donde había pasado el verano como voluntaria en un refugio para mujeres de la capital. Había sido una experiencia increíble y una cura de humildad, intentando ayudar a mujeres que eran mucho más valientes y fuertes de lo que ella lograría ser jamás. Mujeres que apenas tenían nada y debían luchar para sobrevivir, para dar de comer a sus hijos, para mantenerlos sanos y, tal vez, si tenían mucha suerte, mandarlos a la escuela para que pudiesen aprender a leer y escribir, y así algún día pudieran vivir una vida mejor. Para ella había sido una experiencia transformadora, una experiencia que le había hecho darse cuenta de lo trivial que había sido su vida, sobre todo su vida en la universidad.

Me explicaba que le horrorizaba la idea de volver a BSU y verse absorbida otra vez por ese torbellino de sinsentido: las fiestas, el equipo de softball, las redes sociales, los comedores, con toda esa comida que se tiraba cada día.

Me decía también que hacía meses que quería escribirme, pero que lo iba retrasando, porque una parte de ella quería disculparse y la otra parte pensaba que estaba loca por querer hacerlo. Desde luego no quería disculparse por nada que hubiera hecho ella, no por darme un puñetazo, que yo me merecía, o por sacarme a patadas de su habitación, o por no responder a los mensajes que yo le había enviado; solo quería disculparse por el cuadro de Cat, que no reflejaba con exactitud sus sentimientos.

Brendan, no estoy diciendo que para mí no fueses una decepción. Pero me han decepcionado muchos tíos y creo que no es justo singularizarlo en ti.

Además, si ibas a estar colgado en aquella pared, yo también debería haber estado contigo. Porque fui yo la que te dio el poder de decepcionarme. En este sentido, yo me decepcioné a mí misma, lo cual es igual de lamentable, si no peor.

No voy a permitir que eso me vuelva a suceder.

Espero que hayas pasado un buen verano.

Amber

No sabía qué conclusión sacar de aquel email, aunque supongo que de algún modo era reconfortante saber que no me odiaba tanto como yo creía. Estuve tentado de contarle toda esa historia a Katie, solo para conocer su opinión. Tenía la sensación de que era alguien a quien se podía pedir consejo en situaciones como esa. Pero Gareth se había puesto a masajearle el cuello y ella estaba muy dispersa porque lo estaba disfrutando, hacía muecas y gimoteaba como una actriz porno mientras él le amasaba el cogote.

—Oye, Brendan —me dijo él mirándome fijamente mientras trabajaba con sus dedos mágicos—. ¿De verdad vas a ser fontanero?

—De momento soy un mero aprendiz —le expliqué—. Lleva tiempo sacarse la licencia.

Katie abrió los ojos.

—Mi padre dice que algún día te harás cargo del negocio.

—Tal vez —dije—. A menos que decida volver a la universidad.

Era muy raro, hasta que no pronuncié esas palabras, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba pensando en que quizá podía darle otra oportunidad a la universidad. Pero durante las últimas semanas me había deprimido escuchar a Wade y a Troy y al resto de mis colegas hablar de las ganas que tenían de volver a sus habitaciones en la universidad, de volver a ver a sus amigos y retomar las clases y las fiestas. Resultaba difícil de digerir que acabaran de hacer las maletas y que me hubieran dejado colgado en Haddington, condenado a pasarme la vida instalando calentadores y arreglando cañerías agujereadas.

—Deberías volver —me dijo Gareth—. Yo me he cambiado tres veces de universidad hasta llegar a Ithaca. Tienes que encontrar la universidad adecuada.

—No sé qué te cuenta mi padre —intervino Katie—, pero a él nunca le ha gustado su trabajo. Siempre ha dicho que ojalá se hubiera sacado una licenciatura.

—Quizá rellene algunos formularios de admisión —dije—. Para ver qué pasa.

—Encontrarás alguna universidad interesante —dijo Katie, y brindamos por ello, y después por alguna otra cosa, y seguimos con los brindis hasta que vaciamos la botella y empecé a verlo todo borroso.

Los invitados seguían sonriendo a Eve, irradiando amor y aprobación, pero en sus expresiones empezó a abrirse paso cierta confusión, una tácita pregunta colectiva: ¿Sucede algo? Los Cantantes Canosos llevaban un rato cantando, de modo que ¿por qué Eve no empezaba a avanzar? ¿Por qué seguía parada en la entrada, apretando el ramo con los puños? ¿A qué esperaba?

«Adelante», se dijo a sí misma, pero sus pies seguían clavados en el suelo.

Los cantantes siguieron con la segunda estrofa, aunque parecían menos seguros de sí mismos que al principio. La cara de perplejidad de George ya se había transformado en preocupación, puede que en miedo.

«Es un buen hombre», se recordó Eve a sí misma.

Solo había habido un momento verdaderamente conflictivo en su relación, un pequeño incidente en lo que por lo demás era un immaculado expediente de felicidad. Había sucedido hacía unos meses, la cuarta o quinta vez que dormían juntos, y no era algo en lo que Eve quisiera pensar en ese momento, con ese sol resplandeciente, todo el mundo tan elegante y el cura que habían contratado intentando no impacientarse.

Esa noche el sexo había sido especialmente satisfactorio. Eve encima, que era la postura que prefería. Encontraron el ritmo, dulce y suave, y no dejaban de mirarse. Ella tuvo la sensación de que habían ido más allá del



placer físico, alcanzando un escenario de mayor intimidad, un escenario en el que sus almas se conectaban.

—Dios —le dijo él—. No me puedo creer lo que está sucediendo.

—Es increíble —confirmó ella.

—Eve, llevo mucho tiempo soñando con esto.

—¿Con qué?

—Joder, sí —gimió él con una voz que sobresaltó a Eve. Era más áspera de lo habitual, e incluso quizá un poco rabiosa, como si hablase con los dientes apretados—. ¡Eres mi MILF!

Eve se detuvo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, el recuerdo de algo desagradable.

—Perdona —dijo—. ¿Qué has dicho?

Él abrió la boca para responder, pero se contuvo.

—Nada —dijo—. No tiene importancia.

En eso consistió el incidente, unas palabras en mitad de un acto sexual por lo demás fantástico. Les rompió el ritmo durante unos segundos, pero lo recuperaron enseguida. Cuando acabaron, Eve pensó en volver a sacar el tema, pero ¿qué iba a hacer, preguntarle a bocajarro si le había mandado un repulsivo mensaje anónimo cuando apenas se conocían, cuando su mujer estaba muriéndose y su padre estaba perdiendo la cabeza? ¿Y qué pasaría si él le decía: «Sí, fui yo»? ¿Qué habría hecho ella? ¿Dónde estaría ahora?

En realidad no era nada relevante, solo una sombra pasajera, y Eve había vivido lo suficiente como para saber que era una estupidez preocuparse por una sombra. Todo el mundo tenía una, era la silueta que creaba tu cuerpo cuando salía el sol. La suya era visible en ese momento, una familiar silueta negra a ras de suelo que se movía lentamente por la reluciente alfombra llevándola hacia el hombre al que amaba.

## AGRADECIMIENTOS

A *La señora Fletcher* y a mí nos gustaría dar las gracias a Liese Mayer y Nan Graham por sus inquisitivas preguntas y excelentes consejos; a Maria Massie y a Sylvie Rabineau por su infatigable guía y apoyo; y a Lyn Bond y Carolyn J. Davis por sus iluminadoras conversaciones que me dieron impulso cuando más lo necesitaba. Nina y Luke Perrotta mejoraron el libro con sus meticulosas lecturas y sagaces comentarios, y Mary Granfield aportó tantas cosas que es imposible enumerarlas todas.

«... el mundo que se esfumó de un día para otro cuando comenzó el culebrón noticioso de Twitter; el neobalzaciano, pero soporífero, tapiz de facebook, la agresiva y porno Instagram..»

VALERIA LUISELLI

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *La señora Fletcher*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



## Nota biográfica

Tom Perrotta (Newark, Nueva Jersey, 1961) es escritor y guionista. Ha publicado con gran éxito de público y crítica dos libros de cuentos y ocho novelas que han sido traducidos a múltiples idiomas. Muchas de sus obras han sido llevadas al cine, entre ellas *Election* (1998), *Juegos de niños* (2004) -por cuyo guion estuvo nominado al Oscar- y *The Leftovers* (2011), que se convirtió en una exitosa serie de la cadena HBO. *La señora Fletcher* (2017) es su última novela.

\* MILF, acrónimo de «Mother I'd like to fuck», literalmente: madre a la que me follaría.

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de La vuelta del torno, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[La uruguaya](#), Pedro Mairal

[Tiene que ser aquí](#), Maggie O'Farrell

[Cómo se hizo La guerra de los zombis](#), Aleksandar Hemon